
Hasta que
TERMINE
el semestre
GUERREROS CALIENTES - 1
CECÍLIA TURNER

Hasta que termine el semestre

GUERREROS CALIENTES - 1

CECÍLIA TURNER

1.ª edición - 2026

Copyright© 2026 Cecília Turner
Diseñadora de la portada: Layce Design
Maquetación: Cecília Turner

Esta es una obra de ficción. Su objetivo es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio, tangible o intangible, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal .



A ti, que ya has perdido a alguien importante...
Que ya has llorado...
Que pensaste que no lo superarías...
Que pensaste que el dolor y la nostalgia eran demasiado grandes...
Sepa que la añoranza siempre estará presente.
Pero lo que guardas en tu memoria y en tu corazón te guiará en este nuevo viaje.
Llora cuando te apetezca... No pasa nada por llorar.
Vive cada día, no tengas miedo de empezar de nuevo...
Honra la memoria de tus seres queridos que se han ido, de la mejor manera posible...
Siendo feliz...



GLOSARIO
PRÓLOGO 1
PRÓLOGO 2
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40

NOTA DE LA AUTORA



Este es el primer libro de la serie GUERREROS CALIENTES, y está ambientado en el mundo universitario.

Se abordarán temas como el duelo, los nuevos comienzos, los descubrimientos, el primer amor, el abuso infantil, las decisiones...

Soy de las que lloran con los anuncios de margarina, si tú también eres así, prepara unos pañuelos, pero tranquilo, al final te quedará el corazón calentito.

Otro punto importante: este libro contiene un uso habitual de palabrotas.

¡Qué le voy a hacer, los chicos tienen la boca muy sucia!

Por último, y no menos importante, contiene escenas de sexo explícito, por lo que no es recomendable para menores de dieciocho años.

Si, aun así, sigues aquí... espero que te diviertas tanto como yo me divertí escribiéndolo.

¡Vamos, Guerreros!

¡Un beso enorme, Cecília!





Como siempre, muchas canciones han acompañado esta historia.

Y algunas encajaban a la perfección... ¡¡ME ENCANTA!!

¿Te ha picado la curiosidad?

Abre Spotify en tu móvil, haz clic en «buscar» y, a continuación, en la cámara.

¡Solo tienes que colocarla sobre el código que aparece a continuación y disfrutar!

GLOSARIO



Fútbol americano

No es objetivo de esta autora entrar en detalle sobre todas las reglas del fútbol americano, sin embargo, nuestro protagonista es un jugador, por lo que en varios momentos verás algunos términos.

A continuación, encontrarás algunas explicaciones obtenidas en Google que pueden serte de ayuda si nunca has visto un partido o leído un libro ambientado en este universo.

Espero haberte ayudado.

- Objetivo: llegar el mayor número de veces posible a *la zona de anotación* del adversario, es decir, es un deporte de conquista de territorio, en el que la estrategia es fundamental.

- **Campo**: tiene 120 yardas o 109,70 metros de largo por 53,5 yardas o 48,92 metros de ancho. Cada yarda está marcada en el campo, los múltiplos de 5 están marcados con una línea completa y los múltiplos de 10 están numerados en el césped.

- **Zona de anotación**: son las áreas situadas en los dos extremos del campo, con unas dimensiones de 10 yardas por 53,5 yardas, generalmente pintadas con los colores del equipo local, y donde se encuentran los postes en forma de «Y».

- Descenso (o ***down***) es el nombre que se le da a cada intento de avance de un equipo durante su ataque. En la liga

nacional, o NFL[1] , un equipo tiene cuatro intentos ( ) para conseguir al menos 10 yardas si quiere mantener la posesión del balón. El equipo va ganando *downs* intentando acercarse a la zona de anotación del adversario. Cada nuevo descenso se denomina *first down*.

- **Jugadas**: por regla general, hay dos jugadas básicas: el pase, que se produce cuando el quarterback del equipo lanza el balón a uno de sus receptores (wide receiver); o las «carreras», que suelen ser responsabilidad del running back. El quarterback avisa a los jugadores de la «jugada» que se va a realizar antes del intento, de modo que cada uno sabe lo que tiene que hacer y su posición en el campo.

Si el equipo que está atacando no consigue avanzar las 10 yardas en los cuatro intentos que tiene, pierde la posesión del balón, que pasa al equipo contrario, desde el punto en el que se detuvo la última jugada.

Por eso, la mayoría de las veces, los equipos intentan avanzar en tres jugadas y la cuarta se utiliza para devolver el balón con un ***punt***, de modo que el otro equipo comience su jugada lo más lejos posible de la zona de anotación, o bien para intentar un *field goal* y sumar al menos tres puntos.

- Puntuación: hay tres formas de puntuar en un partido. La principal es el touchdown (TD), cuando el jugador tiene la posesión del balón en la zona de anotación del adversario, habiendo avanzado así las yardas del campo. Vale seis puntos.

Después de conseguir el touchdown, el equipo tiene dos opciones para sumar puntos extra. Un simple punt, que si se acierta dentro del poste en Y, suma 1 punto, o bien intentar entrar de nuevo en la zona de anotación, avance terrestre, que en este caso vale 2 puntos.

En la mayoría de los casos, los equipos optan por el tiro simple, ya que es más «seguro» el punto, sin embargo, todo dependerá de la estrategia del equipo y del marcador.

Otra forma de puntuar es el **field goal**, que, como se ha explicado anteriormente, se produce cuando el equipo no consigue avanzar las 10 yardas en los tres primeros intentos. En este caso, entra en el campo un jugador especializado en patadas, el pateador. Su misión es pasar el balón por e de la portería en forma de Y, que se encuentra en la zona de anotación. Si lo consigue, su equipo recibe 3 puntos. Si falla, el balón pasa al equipo contrario para iniciar su ataque.

- Jugadores: cada equipo tiene 11 jugadores en el campo a la vez. Hay 11 jugadores en el equipo ofensivo, responsables de atacar, es decir, avanzar yardas e intentar el touchdown; 11 jugadores del equipo defensivo, responsables de la defensa, es decir, impedir que el equipo contrario avance yardas. Además, hay jugadores especialistas, como es el caso del pateador, que entra para intentar convertir el *gol de campo*, etc.

Hay innumerables posiciones dentro del equipo ofensivo y defensivo.

Aquí traigo solo algunas definiciones:

- **Quarterback:** es el responsable de pasar el balón a los receptores. Debe observar la defensa adversaria y, si es necesario, ajustar la jugada elegida por el coordinador ofensivo.

- **Wide receiver:** es el jugador del equipo ofensivo cuya función es recibir el pase del quarterback y avanzar lo máximo posible hacia la zona de anotación, con el fin de conseguir un touchdown.

- **Running back:** jugador responsable de correr con el balón, que puede serle pasado directamente por el quarterback o por el center.



Love is Gone – Slander & Dylan Matthew
You said you'd Grow Old with me – Michael Schulte

8 años

Mi padre era el mejor de todos.

Era el que me llevaba al entrenamiento, el que practicaba conmigo en el patio, que nunca fue muy grande, pero siempre fue suficiente para nosotros. Era el que hacía huevos revueltos y tortitas por la mañana, el que me contaba historias increíbles y me hacía soñar con ser algún día un gran jugador, como Peyton Manning, Drew Brees...

Éramos felices.

Eso hasta hace unos meses.

En casa solo se hablaba de una palabra.

Crisis.

En ese momento, no lo entendía muy bien, solo sabía que mi padre había perdido su trabajo en la mina de carbón.

Solo comprendí la magnitud del problema cuando empezamos a quedarnos sin comida en casa.

Mi madre volvió a trabajar como camarera en la calle Limestone, cerca de la universidad, pero entonces llegó otra sorpresa.

El embarazo de mi hermano.

Ella intentó seguir trabajando, pero un día se puso muy mal, fue horrible. Yo estaba con ella allí. Solía llevarme con ella y yo hacía los deberes en la trastienda. La señora Thompson siempre fue muy amable y hasta me traía dulces.

Mi padre estaba en casa, pero mi madre decía que era mejor que se quedara solo. Cuando volvíamos por la noche, siempre olía a cerveza.

Nunca olvidaré ese olor.

Ya no jugaba conmigo.

Siempre estaba triste.

Mi madre y él discutían mucho y ahora que ella ya no podía trabajar, todo había empeorado.

Tengo hambre, pero no digo nada.

Su madre siempre llora cuando le pregunto si hay algo para comer.

Así que ya no pregunto...

Suena el timbre y dejo de dibujar. Se supone que es un *quarterback*, pero ha quedado raro.

—¿Puedes abrir la puerta, cariño? —pide ella, tumbada en el sofá.

Su barriga ya está muy grande y necesita descansar mucho.

Órdenes del médico.

— Ya voy. Aparto la silla de la mesa y me apresuro hacia la puerta. —Es la señora Thompson, mamá —le aviso.

—¡Vaya! —exclama al mismo tiempo que comienza a acomodarse en el sofá—. Puedes abrir.

— ¡Buenas noches! —saluda en cuanto abro la vieja puerta de madera, dejando paso.

—¡Buenas noches!

— Parece que cada vez que te veo, estás más grande, Josh.

Sonrío.

Todo el mundo dice lo mismo.

Alto y delgado.

Me encojo de hombros y ella se acerca a mi madre.

— No hace falta que te levantes, Abby. Solo he venido a ver cómo estaban y a traerles algo.

Solo entonces me fijo en la caja que lleva en las manos.

— Grace... —comienza mi madre y, incluso desde lejos, noto cómo se le llenan los ojos de lágrimas al darle las gracias a su antigua jefa.

Hoy tendremos comida.

Mi estómago se alegra.

— Lo siento —digo rápidamente.

— No hay de qué, jovencito —responde, centrando su atención en mí—. He puesto aquí algunas cosas deliciosas, creo que te gustarán.

— Gracias, señora Thompson.

— Grace, querido. Puedes llamarme Grace.

Asiento y ella sonríe.

No se queda mucho tiempo, charla un momento con mi madre y pronto volvemos a estar solos los dos.

No digo nada, solo corro a ayudarla.

— ¿Qué te parece una buena sopa de verduras, Josh?

Dios mío, se me hace la boca agua.

—¡Una idea estupenda! —respondo, sonriendo como un tonto, y ella me acaricia la cabeza.

— ¡Vamos, entonces!

Abro el cajón, cojo el pelador y lo pongo sobre la mesa.

— Estás rápido... — Parpadea.

— ¿Quieres que lo haga yo?

— ¿Crees que puedes?

— ¡Solo tengo ocho años, pero ya sé hacerlo, mamá! — comento con seriedad.

—Vale, vale. ¡Cuidado con los dedos, ¿vale?

Asiento con la cabeza y me pongo manos a la obra.

Mi madre intenta coger un recipiente del armario que hay junto a la nevera y sé que le cuesta trabajo.

— Déjame a mí, mamá. ¡Yo lo alcanzo!

— Grace tiene razón. ¡Vas a ser muy alto, cariño!

— El entrenador dijo que si me pongo muy alto, puedo ser un buen *quarterback*, porque podré ver por encima de las líneas y encontrar a los receptores.

— ¡Claro que sí!

Media hora más tarde, la olla a presión empieza a hacer ruido y me siento en el sofá a su lado.

— ¿Te duele? —le pregunto, mirando su enorme barriga.

— ¡No! —responde con una sonrisa—. ¿Quieres sentir cómo se mueve tu hermanito?

La miro con recelo, pero ella me coge la mano y la pone sobre su camiseta.

— No siento nada —comento, pero entonces...

— ¿Lo has sentido? —pregunta, mirándome con los ojos muy abiertos.

— ¿Es Finn? —pregunto sin disimular mi sorpresa.

—Ajá.

— ¡Vaya! Hola, Finn... —Otra patada.

Mi madre sonríe y me doy cuenta de que yo hago lo mismo.

Hace tiempo que no la veo así.

— Todo va a salir bien, mamá... — le digo, mirándola a los ojos, que como los míos son marrones, de un marrón muy oscuro.

— *Sí, lo estará.*

El timbre vuelve a sonar y me apresuro a abrir la puerta.

—Tu padre debe de haber olvidado la llave —señala.

— ¡Déjame a mí!

Abro la puerta y hay dos policías allí de pie.

—Mamá, es la policía —grito, sin moverme de la puerta.

— ¿Qué? —pregunta, acercándose y secándose las manos con un paño de cocina que ha visto días mejores.

— ¿Sra. Miller?

El agente mira de mi madre a mí y parece incómodo.

«¿Qué pasa?», pregunta ella, tratando de parecer tranquila, pero hay pánico en su voz.

—¿Está casada con Aaron Thomas Miller?

Ella asiente.

¿Por qué preguntan por mi padre?

— Señora Miller, por favor, siéntese —le pide uno de los policías.

— ¿Qué ha pasado? —insiste ella.

— Lamento informarle... —comienza a decir, y todo parece detenerse a mi alrededor.

Veo a mi madre gritando, mientras el oficial la sostiene, pero no la oigo.

Es como si todo sucediera a cámara lenta.

Siento una mano en mi hombro y levanto la mirada asustado hacia el guardia.

— ¿Cómo te llamas, chico?

— Jo... —mi voz falla—... Josh.

— Soy el oficial Trenton.

Asiento con la cabeza, observando su nombre en el bolsillo del uniforme.

—Mi padre... —Hago una pausa, tratando de procesar los últimos acontecimientos—. Él...

—Vamos, Josh. Tu madre te necesita. Tienes que ser fuerte, ¿vale? —Me aprieta el hombro y yo me seco una lágrima que se empeña en resbalar por mi mejilla.

Mi padre ha muerto.

Una fatalidad.

Esa fue la gran palabra que dijeron.

Nunca lo olvidaré.

Fa.ta.li.da.de.

Estaba caminando por el borde de la carretera. Últimamente lo hacía a menudo. Caminaba sin rumbo fijo, pero siempre volvía a casa.

Ese día no regresó.

Un accidente... nos lo arrebató.

Cambió nuestra vida...

Para siempre.



Pensaba tantas cosas...
Que las cosas se arreglarían...
Que tendríamos tiempo...
Que íbamos envejecer juntos.
Que yo crecería... ¡***y sería más alto que él***!
Que él me vería jugar... que nos reiríamos mucho.
Que juntos le enseñaríamos a Finn a jugar al fútbol.
Me equivoqué.

No recuerdo las últimas palabras que le dije a mi padre. ¿Estaba enfadado por algún lío que yo había montado? *Espero que* no...

Seco las lágrimas rebeldes que insisten en caer.
Solo en mi habitación, puedo dejar que fluyan.
Afuera, tengo que ser fuerte.
A partir de ese día, solo quedamos nosotros dos.

Cuando volvimos del velatorio, mi madre me abrazó con fuerza y me dijo que todo iba a salir bien. Que Dios nos ayudaría... que Él lo sabe todo... y que si se había llevado a mi padre tan pronto, era porque tenía una buena razón.

No se me ocurrió ninguna razón por la que lo hubiera hecho, así que simplemente asentí. Mi madre es adulta, ella debe entender estas cosas mejor que yo.

Al final, tenía razón.

Varias personas nos ayudaron, y creo que fue Dios quien las envió, quien las puso en nuestro camino.

Unas semanas después, escuché a mi madre hablando con mi abuela por teléfono, *no nos íbamos a mudar*.

Fue como si me hubieran quitado un peso de encima. Nuestra casa es pequeña y hay varias cosas rotas, pero es nuestra... además, me gusta mucho el colegio, mis amigos, el entrenador. *No quería irme*.

—Mamá, ¿no crees que la señora Thompson necesita ayuda en la cafetería?

— ¿Por qué preguntas eso, Josh? — Me mira con preocupación y de repente me siento avergonzado.

— Yo podría... ayudar. —Me encogí de hombros.

— Escucha... —Se sienta, quedando a mi altura—. Lo siento —comienza y su voz se quiebra.

No quería hacer llorar a mi madre. Si hubiera sabido que se iba a poner triste, no habría dicho nada.

— Yo... siento que las cosas no hayan sido fáciles en los últimos meses, cariño —me acaricia la cara—, pero se arreglarán y no vas a trabajar allí ni en ningún otro sitio, ¿me oyes?

Asiento con la cabeza.

— ¿Qué te ha dicho siempre tu padre sobre los estudios, Josh?

Cierro los ojos.

Y sus palabras me vienen fácilmente, ya que era algo que siempre repetía.

— «La educación no tiene precio, pero su falta tiene un costo».[2]

— ¡Exacto! Tu preocupación son tus estudios, cariño, es jugar, divertirte. Deja la parte aburrida a mi cargo.

— Pero...

— ¿Recuerdas cuando dije que Dios nos ayudaría?

— Ajá.

— Nos ayudó y sigue ayudándonos. Quita esa preocupación de tu cabecita. —Me toca la frente con el dedo índice.

— Vale, mamá.

—Tú y tu hermano —acaricia su vientre— sois el mejor regalo que me dejó vuestro padre. Sois su herencia, y él siempre estará velando por nosotros. Ahora ven aquí y dame un abrazo.

Finn llegó dos meses después y fue lo que realmente nos salvó.

Ahora tengo otro papel.

Soy el hermano mayor.

La tristeza ha dado un respiro.

Donde antes solo había llanto, ahora el sonido es diferente.

El llanto es de felicidad.

Todavía duele, sobre todo a la hora de dormir, cuando la casa se queda a oscuras.

Mi padre estaba diferente y distante, pero seguía siendo mi padre.

Y yo lo quería MUCHO.

Duele pensar que nunca más lo veré, que nunca más jugaremos, que nunca más verá uno de mis partidos, que Finn nunca lo conocerá...

—Papá... si me estás escuchando desde el cielo —empiezo, pensando si esto funcionará. Un amigo del colegio me dijo que su madre le dijo que funciona, que ella habla con su abuela que ya murió, así que creo que vale la pena intentarlo. — Si estás ahí —continuo—, puedes estar tranquilo. Yo me encargaré de todo aquí. Cuidaré de mamá y de Finn, y... —me arde la garganta y siento cómo las primeras lágrimas resbalan por mi rostro, aunque no quiera —... yo... te echo de menos, papá... ¡mucho!

¡Siempre te echaré de menos!



PRÓLOGO 2

Megan

All I want – Kodaline
Saturn – Sleeping at Last

Mayo/2022

No puedo creer que ya casi haya terminado.

Adiós, secundaria.

— ¡Se acerca la graduación! — Ashley, mi mejor amiga, grita a mi lado mientras caminamos las pocas cuadras que separan nuestras casas de Hills High School.

— ¡No me lo puedo creer! —le respondo, conteniendo a duras penas la sonrisa.

Los últimos meses han sido agotadores, por decir lo menos. Estudiar para los exámenes finales, asegurar buenas notas, todo para conseguir excelentes recomendaciones y recibir la tan soñada carta. Solicité plaza en varias universidades y cada mañana mi madre comprueba si hemos recibido alguna respuesta.

La ansiedad me está matando poco a poco.

— No te emociones demasiado, todavía nos queda este último trabajo —le recuerdo, y ella pone los ojos en blanco.

— Ay, aguafiestas. Hablemos de cosas buenas. ¿Has visto que han anunciado el tema del baile?

Asiento con la cabeza.

Está flipando.

¡Todos lo están!

Es el evento más importante de todos.

El que esperamos desde que, no sé, dejamos de ser niños.

— ¿Te llamará Scott?

— ¡Claro que no! —respondo rápidamente, haciendo una mueca.

— ¿De dónde sacas tanta certeza?

— Quizás porque rompimos hace más de un mes.

—Ah, pero él todavía está locamente enamorado de ti —argumenta, y yo pongo los ojos en blanco.

— ¡Me engañó, Ash! —le recuerdo.

— ¡Tienes razón! Olvídalo, fue un gran imbécil.

— Por decirlo suavemente, ¿no?

— Estos chicos solo quieren meterse en nuestras bragas y luego se van a otra.

— Esto es tan ridículo. — Suspiro, recordando lo mucho que insistía en que fuéramos más allá. — Menos mal que abrí los ojos a tiempo.

— Entonces vosotros no... —Arquea una ceja en señal de interrogación.

— ¡Claro que no, loca! —respondo rápidamente—. Si lo hubiéramos hecho... ya sabes... —Ella se ríe y siento que se me enrojecen las mejillas—. Bueno, ¡te lo habría contado!

—Qué bien —bromea—. Al fin y al cabo, soy tu mejor amiga, ¿desde cuándo? Ni siquiera lo recuerdo. —Finge pensar.

—Desde sexto curso —añado riendo.

— ¡Caramba, ya llevo todo ese tiempo aguantándote!

Le doy un empujón en el hombro, sin fuerza alguna, y ella se ríe a carcajadas.

— ¡Loca! —le digo.

— ¡Yo también te quiero, M! —Me echa el brazo por los hombros y me besa en la mejilla.

— Date prisa, Ash, que tenemos mucho trabajo por delante. El plan es almorzar rápido y empezar a repasar nuestros apuntes.

— Solo tú puedes hacerme estudiar en un día tan soleado. Ya debería estar haciendo las maletas para las vacaciones y, por supuesto, organizando todo para el baile.

— ¡Es el último trabajo! ¡Ánimo! —Intento animarla, pero reconozco que una piscina me vendría muy bien.

— Quien te ve, piensa que lo necesitas —refunfuña, y realmente no lo necesito, ya lo he aprobado, pero quiero mantener unas notas impecables.

—Quiero terminar con broche de oro, además, el profesor Johnson es muy comprensivo.

— Si tú lo dices, hagámoslo ya, para poder charlar el resto del día.

— ¡Buena idea!

—¿Mamá...? —grito nada más entrar.

— ¡En la cocina, cariño!

— Hola, señora Hillary.

— Ashley, ¡qué bien que hayas podido venir a comer con nosotros!

— ¡Y perderme tu comida... nunca! —bromea, guiñándome un ojo, y yo me contengo para no reírme.

Mi madre cocina bien, pero no exageremos, ¿vale?

Ni pedirle que haga un asado. Tiene la pésima costumbre de dejarlos quemarse hasta convertirlos en carbón.

— Nunca me dejarán olvidar ese día. — Hace un puchero.

— Nos encanta tu comida, mamá —insisto, besándole la mejilla—. Vamos a cambiarnos y bajamos enseguida. — Estiro el cuello, tratando de ver qué ha preparado. Huele demasiado bien.

— Deja de intentar espiar y ve a cambiarte.

— Mmm... me ha entrado curiosidad.

— Puré de patatas, carne y ensalada.

— ¡Me encanta!

— Lo sé —me guiña el ojo—. No tardéis mucho, tengo una reunión dentro de cuarenta minutos, pero creo que podré comer con vosotros.

— ¡Ya volvemos! —anuncio, subiendo los escalones de dos en dos hasta mi habitación.

Estamos bajando las escaleras cuando oímos un ruido fuerte, seguido del inconfundible sonido de cristales rompiéndose.

Terminamos de bajar corriendo, y mi corazón casi se sale del pecho cuando veo a mi madre tirada en el suelo.

—Mamá... —grito, desesperada.

Esquivo los cristales rotos e intento despertarla, no veo ningún corte, pero debe haberse golpeado la cabeza en la caída.

—Mamá —insisto, pero nada. —¡Llama a urgencias! —le grito a Ash, que está tan asustada como yo.

Respira, está bien...

¡Respira!

No sé cuánto tiempo pasa, parece una eternidad.

Por fin llega la ambulancia y se hacen cargo.

— ¿Por qué no se despierta? —murmuro, abrazándome a mí misma, mientras veo cómo colocan la camilla dentro del vehículo.

—Vamos, M. Yo conduzco —me llama mi amiga.

Asiento con la cabeza, observando cómo se aleja el vehículo.

— Tengo que avisar a mi padre. — Me tiemblan las manos cuando cojo el móvil.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta Ash angustiada y le digo que no con la cabeza.

—Que yo sepa, no.

—Tu brazo, M, te debes haber cortado ahí. ¡Toma, presiona esto! —Me entrega una toallita que siempre lleva en el bolso.

Obedezco automáticamente, sin pensarlo mucho.

Contesta... contesta.

— Hola, Meg Muffin, qué suerte, iba al gimnasio —mi padre empieza a hablar, animado como siempre.

— Papá... — Mi voz se quiebra y él nota mi vacilación.

— ¿Qué pasa, cariño? ¿Algo va mal?

—Mamá...

— ¿Qué ha pasado, Megan? —repite, y me obligo a recomponerme.

— Se desmayó en la cocina y no se despertaba... —Miro por la ventana mientras unas lágrimas rebeldes resbalan por mi rostro.

— Está bien, cálmate. Debe haber sido un bajón de presión.

— Vamos al St. Mary.

— Vale, nos vemos allí, cariño.

Cuelgo y mis manos siguen temblando.

— Oye, todo va a salir bien. — Mi amiga me aprieta la pierna y yo respiro hondo, tratando de calmarme.

— Ha sido muy aterrador —susurro.

— Y que miedo, sí. Déjame a mí, voy a regañar a tu madre por casi matarnos del susto —bromea y mi corazón se calma... un poco, pero ya es mejor que nada.

No sé cómo lo ha hecho, pero cuando entro en la recepción del hospital, mi padre ya está allí.

Debe de haber infringido todas las normas de tráfico.

—Papá... —Corro hacia él y lo abrazo, ignorando el ardor en mi brazo derecho.

—Todo va a salir bien —me susurra al oído, y solo puedo sentir un nudo en la garganta.

— Tenía tanto miedo...

—Pronto tendremos noticias, estoy seguro de que solo es un gran susto—. Me acaricia el pelo, recorriendo mi cuerpo con la mirada—. Tienes que cuidar ese corte, jovencita.

— No es nada —respondo, pero entonces miro mi brazo y no deja de sangrar.

—Claro que lo es. Si conozco bien a tu madre, es capaz de regañarme por no haber cuidado tu brazo. Vamos.

Mientras esperamos noticias, me llevan a la enfermería.

Resultado de la broma: tres puntos.

¿Puedes creerlo?

Y yo que pensaba que solo me pondrían una tirita.

— No es nada, ¿verdad? —dice mi padre a mi lado.

Le dije que no hacía falta que se quedara a mi lado. Ya no soy una niña pequeña, pero ahí está.

Un ojo puesto en mí y el otro esperando a ver si algún médico o enfermera viene a dar noticias.

— No lo parecía.

— El corte era un poco profundo, por eso hemos optado por suturarlo. Te recetaré un analgésico y un antibiótico, por precaución. Por lo demás, solo evita el esfuerzo físico durante los próximos quince días. Aparte de eso, limpia bien la zona y mantén el vendaje seco y limpio. ¡Ya puedes irte!

— Gracias, doctor.

— ¡Gracias! —mi padre le saluda.

Apenas salimos de la enfermería, un médico llama a mi madre.

Por fin.

Caminamos apresuradamente hacia él.

—¿Cómo está?, pregunta mi padre.

— ¿Ya podemos verla? —No puedo contenerme y añado.

El médico está demasiado serio para mi gusto.

— Le están haciendo algunas pruebas más, pero ya está consciente.

El alivio inunda mi cuerpo.

— ¿Ha presentado somnolencia, dolor de cabeza, pérdida de apetito, problemas de equilibrio? —pregunta, y mi padre y yo nos miramos.

— ¡Estaba bien! Claro que de vez en cuando tiene dolor de cabeza, pero siempre ha tenido algunas crisis de migraña —explica él.

— ¿Alguna otra información?

— No ha comido mucho en los últimos meses, pero supuse que era una nueva dieta. No sé si eso es importante.

— ¡Toda la información es importante en este momento!

— ¿Qué está pasando, doctor?

— Los análisis de sangre dieron resultados muy alterados. Ya le hemos hecho una ecografía y ahora, con la tomografía con contraste, esperamos tener una respuesta.

— ¿Cuál es la sospecha?

— Esperemos a tener todos los resultados, ¿de acuerdo?

La respuesta llegó una hora más tarde, cuando el mismo médico nos llamó a una sala, acompañado de otros especialistas, con los informes y los exámenes, y nos dio el diagnóstico.

Cáncer de páncreas en estadio IV, con metástasis en el estómago, el hígado, el intestino y el cerebro, de ahí el desmayo repentino.

Oímos a otras personas comentar casos lejanos, pero nunca estamos preparados para recibir este tipo de noticias.

Siento como si se hubiera abierto un agujero bajo mis pies y no pudiera dejar de caer.

Es devastador.

«¿Cuál será el tratamiento?», pregunta mi padre, agarrándome con fuerza la mano.

Le devuelvo el apretón para que sepa que estoy aquí.

Respira, Megan.

— Desgraciadamente, debido al avance de la enfermedad, el tratamiento quirúrgico no es una opción.

— ¿Cómo es eso?

— En casos como el de su madre, el tratamiento es la quimioterapia, con el objetivo de ralentizar el crecimiento de los tumores y prolongar la supervivencia.

— ¿Está diciendo que no hay nada que hacer? ¿Es eso?

Se miran entre sí y la respuesta está ahí, ante mis ojos.

Mi madre va a morir...

— Debe haber algún tratamiento, siempre leo sobre estos nuevos ensayos clínicos —mi padre se lanza a hablar—.

Siento que se me cierran los ojos y me tiemblan los labios.

— No en el caso de su esposa, señor Adams. La enfermedad ya está muy avanzada, ha afectado órganos vitales. Trabajaremos para darle una buena calidad de vida, pero deben empezar...

— No diga eso —le pido, casi gritando—. No diga preparativos.

— Deben prepararse... *para una despedida*.

Se me escapa un sollozo y ya no puedo contenerme.

Las lágrimas corren por mi rostro.

Mi padre me abraza y yo me entierro en el hueco de su cuello.

Duele...

Mucho.

«¿Cuánto tiempo?», pregunta, y sé que él también está emocionado, y verlo así me rompe el corazón de mil maneras más.

—Tres meses, cuatro si tenemos suerte.

Mi llanto se intensifica.

No quiero creerlo.

No puedo... todo iba bien. ¿Cómo ha podido pasar esto?

—¿Ella ya lo sabe? —pregunta mi padre.

— Todavía no.

—Se lo contamos—. Se vuelve hacia mí, con los ojos enrojecidos por la emoción, pero no dice nada.

Me seca la cara con el pulgar.

—Tenemos que ser fuertes... —Su voz se quiebra y yo solo asiento, incapaz de decir nada—. Ella... nos necesita.

Más lágrimas caen y yo las seco apresuradamente.

Buscando reunir fuerzas no sé de dónde.

La próxima conversación no será fácil.

¿Cómo decirle a alguien, que es la mujer más activa del mundo, totalmente enamorada de la vida, que... no hay nada que hacer, salvo esperar?

No hay cura.

No hay tratamiento.

En aquel soleado día de mayo, *mi mundo se derrumbó.*

En las últimas semanas, me he dividido entre mis obligaciones en la escuela y el hospital.

Sí, ella sigue hospitalizada.

La han examinado de pies a cabeza y ya ha comenzado el tratamiento.

Si para nosotros fue un shock, para ella... ni me lo puedo imaginar, pero claro, mi madre no dejaría de sorprenderme.

Estaba conmocionada, no quería hablar, ni siquiera mencionar el tema.

Era como si, al no hablar de ello, todo eso fuera a desaparecer y volviéramos a nuestra rutina.

Tres días...

En la habitación, esbozó una sonrisa, dijo que quería hablar con los médicos y quiso saberlo todo.

Detalle por detalle.

Después de escuchar todo, les preguntó a los médicos:

«¿Cuándo empezamos mi tratamiento?».

Tardaron unos segundos en responder, quizá sorprendidos por su reacción, pero entonces ella fue más allá. Se volvió hacia mi padre y hacia mí... y solo de recordarlo, me dan ganas de llorar.

Dijo:

«Puedo irme, pero, demonios, voy a luchar para quedarme aquí todo el tiempo que pueda... con ustedes».

— Oye, ¿aún no estás lista? —pregunta Ash al volver del baño.

— Solo me falta ponerme los zapatos.

— Y ponerte pintalabios, ¿no, amiga? — Se acerca y me ayuda, sabiendo que, con el humor que tengo, probablemente elegiría algo negro.

Hoy es el día del baile.

No es que me importe.

Todo ha cambiado.

Mis prioridades han cambiado.

Ni siquiera quería ir...

Pero mi madre insistió, quiere que vaya y le envíe fotos, ¡*muchas*!

— Así está mucho mejor — señala Ash—. De hecho, podrías ir sin maquillaje y seguirías estando guapísima, M, pero vamos a darle un poco de color a esta cara. —Me guiña el ojo y yo intento sonreír.

No puedo.

Obligo a mis pies a moverse.

Mi padre está parado al pie de la escalera, con la mirada fija en mí.

— ¡Estás preciosa, cariño!

— ¿No es así, M? —Ash me da un codazo.

— Todos ustedes son sospechosos.

— ¿Adónde creéis que vais? —dice de repente, y solo entonces me doy cuenta de que tiene el móvil en la mano—. ¡Fotos! Tu madre me matará si llego al hospital sin fotos vuestras.

Debería estar allí... *con ellos*, y no yendo a este maldito baile.

Respira.

No es por ti... es por ella, para hacerla feliz.

Ash me abraza y yo esbozo una sonrisa. Cuando mi padre por fin está satisfecho, nos dirigimos hacia el coche.

— ¡Cuídense! —grita desde la puerta de entrada.

Mi mirada se cruza con la suya.

Está intentando ser fuerte.

Está sufriendo tanto como yo.

Al menos, no nos ha pedido que nos divirtamos. Eso sería imposible.

La diversión es lo último en lo que pienso.

En veinte minutos llegamos al centro de eventos.

¡Todo está precioso!

Impecable, tal y como siempre lo imaginé.

Intento disfrutar, escuchar la música, participar en las conversaciones, pero no puedo, mi cabeza no está aquí.

Todo me parece fútil y sin sentido.

Mi madre se está muriendo.

Salgo corriendo, necesitando desesperadamente aire.

La brisa fresca me recibe y apoyo las manos en las rodillas, ignorando las miradas curiosas de los guardias de seguridad.

No pienso, solo actúo.

Le envío un mensaje de texto a Ash y cojo el primer taxi que veo.

— Al Hospital St. Mary, por favor.

Llegamos rápido, son poco más de las nueve de la noche y las calles están vacías.

Camino apresurada por los pasillos.

—Megan... —La enfermera, una señora maravillosa, parece sorprendida al verme.

— Sé que el horario de visitas ya ha terminado, pero... —Mi voz se quiebra y respiro hondo—. Por favor, déjeme verla, será rápido.

— Será nuestro secreto, querida —me susurra al oído y la abrazo con fuerza, incapaz de agradecerle lo suficiente.

Y así, bien vestida y maquillada, entro en su habitación.

— Megan... —Su voz es débil, un poco ronca, cargada de una emoción que no puede ocultar—. Estás... preciosa, cariño.

— Yo... necesitaba estar aquí. — Se me escapa un sollozo.

¡No llores, sé fuerte!

Acerco el sillón a su cama y me siento allí.

A su lado.

—Quédate conmigo, entonces. —Extiende la mano, que parece helada al tacto, pero que es la mejor sensación del mundo.

Saber que ella está aquí y que yo estoy con ella.

Nosotros.



Me he graduado oficialmente.

Este sería el momento de elegir a qué lugar ir, a qué universidad...

¿Cuál será mi camino?

Las cartas están sobre mi escritorio.

Simplemente no puedo pensar en ello.

Ahora no.

— Tu padre dijo que llegó la carta de la Universidad de Columbia.

La que más quería.

— Ha llegado.

— ¡Deberías estar celebrando! —comenta, mirándome con curiosidad.

Intento esbozar una sonrisa.

— Lo veré más tarde, mamá. Ya no sé si quiero ir allí — respondo, y es la verdad. He recibido muchas cartas, pero ahora ya ni siquiera estoy segura sobre la carrera.

Ella apoya su mano sobre la mía.

Tan fría.

¿Estará todo bien?

Miro los monitores, preocupada.

«Estoy bien, cariño», me tranquiliza, y vuelvo mi atención hacia su rostro.

No sabría decir cuántos kilos ha perdido.

La expectativa es que vaya a casa la próxima semana y vuelva solo para la próxima sesión de quimioterapia, eso si no hay ninguna complicación.

Con la inmunidad baja, ha estado luchando contra focos infecciosos.

— En cuanto a la universidad, no te precipites. Tienes todo el tiempo del mundo, es una decisión importante, pero recuerda que las personas cambian, evolucionan. No pasa nada si tienes dudas sobre qué carrera seguir o si quieres cambiar de rumbo. Tú trazas tu camino, *Meg Muffin*.

Oh, mamá...

Parece que sabe lo que tengo en la cabeza, aunque no se lo haya contado.

— Esto es para ti.

— ¿Qué?

Me entrega un sobre.

— ¿Qué es? — En el sobre solo pone mi nombre.

— Es tuyo —me guiña un ojo— para leer, solo después...

Después...

—¡Mamá! —exclamo, sintiendo ya cómo se me acelera el corazón.

— ¡No discutas conmigo! Puede que esté en una cama, pero sigo siendo tu madre.

Sus ojos están llorosos y yo me muerdo los labios, tratando de controlar el torbellino de emociones que siento.

No digo nada.

No podría.

Ese mismo día guardé el sobre en mi joyero, uno antiguo que me regalaron cuando tenía diez años y que tiene una pequeña bailarina. Lo doblé y lo guardé con cuidado en ese escondite, esperando que tardara mucho tiempo en conocer su contenido.

Por desgracia, no fue así.

Mi madre volvió a casa.

Fue un día de celebración.

¡Había vuelto!

Los tres estábamos juntos.

Durante un mes, pudimos disfrutar.

Vimos películas, hablamos sobre el futuro, planeamos los viajes más increíbles, me tumbé en su regazo, solo para que me acariciara el pelo, como solía hacer siempre. *Fueron días inolvidables*.

Hasta que un lunes de septiembre, cuando el otoño ya estaba en pleno apogeo, con los árboles teñidos de tonos rojos, naranjas y amarillos, y esa brisa fría que nos recuerda que el invierno se acerca, tuvimos que volver al hospital.

Ella no podía dormir.

El dolor no se lo permitía.

Otra hospitalización.

Perdí la cuenta de cuántos kilos perdió.

Su cuerpo estaba cediendo, pero ella seguía luchando.

Mi padre y yo nos turnábamos para que nunca estuviera sola.

Yo debía ir al hospital solo por la tarde, mi padre estaba allí. Pero no podía quedarme en casa.

¿Cuál es el propósito?

Me pongo un abrigo y salgo.

De camino, paso por la floristería y compro sus favoritas: rosas, lirios, kalanchoes y minimargaridas.

Camino por los pasillos del hospital, que ya conozco como la palma de mi mano, estoy a punto de llegar cuando noto una gran

conmoción en la habitación.

Varios médicos y enfermeras entrando y saliendo.

Veo la cara de mi padre y sé inmediatamente que algo va mal.

Está llorando...

Él nunca llora.

No aquí.

No delante de mí ni de ella.

— Meg...

Intento ir directamente a la habitación, pero él me detiene y me abraza con fuerza.

— No...

No puede ser.

— Tengo que ir a hablar con ella —casi grito.

— Están... intentando estabilizarla.

No puedo hablar.

Las lágrimas me ciegan y se me cierra la garganta.

Me cuesta respirar.

Necesito...

No sé cuánto tiempo pasa.

Parece una eternidad.

El Dr. Moore aparece a nuestro lado.

«Me gustaría darles buenas noticias», comienza a decir, y mi padre me abraza con fuerza. «Es hora de que se despidan».

Mis labios tiemblan.

Los muerdo con fuerza, tratando de detenerlos, pero no lo consigo.

No puedo hablar.

Respiro hondo.

Me seco las lágrimas con la palma de la mano.

No quiero que ella me vea así.

— Yo...

— Vamos, cariño, estoy justo detrás de ti. — Me acaricia el pelo. — Ve, ella te necesita.

Asiento con la cabeza, incapaz de decir nada.

—Mamá —susurro, nada más entrar en la habitación.

Parece estar dormida, pero mueve ligeramente la mano, invitándome a acercarme.

Intenta hablar, pero no le sale nada... Por su rostro ruedan algunas lágrimas.

— No hace falta que digas nada, está todo bien, estamos aquí. — Le acaricio la cara y ni siquiera me molesto en disimular mi llanto, que cae libremente. — Vamos a estar bien... — Mi voz se quiebra, un sollozo sacude mi cuerpo y siento la mano de mi padre sobre mi hombro. — Descansa, mamá... dentro de nosotros, siempre estarás viva.

Ella aprieta ligeramente mis dedos, mira de mí a mi padre, y su mirada... ah, su mirada está llena de amor, no hacen falta palabras, parpadea, y podría jurar que hay una leve sonrisa en su rostro.

Mi padre se acerca y le roza los labios en la frente.

«Te quiero, Hilly...», la llama cariñosamente, como solía oír en casa.

Todo sucede muy rápido.

Los aparatos empiezan a pitar y sus ojos se cierran, y yo sé...

Se ha ido.

Me inclino sobre ella, le acaricio el pelo y le susurro al oído:

— Te quiero, mami... siempre te querré. — Le beso en la mejilla, me giro y abrazo a mi padre con fuerza, con toda la fuerza que puedo, porque a partir de este momento solo quedamos nosotros dos, y el cielo está de fiesta, porque acaba de ganar una estrella más.

Ella.



CAPÍTULO 1

Megan

Keep Holding On – Avril Lavigne
Everybody Hurts – Avril Lavigne

Última semana de agosto de 2023 – 19 años.

Pronto hará un año desde su partida.

Sí, la vida siguió su curso.

Mi padre recibió una oferta de trabajo y la aceptó. Y por muy aterrador que sea dejar la casa que ha sido mi hogar toda mi vida, necesitamos un cambio de aires.

No ha sido fácil estar aquí...

Todo me recuerda a ella, cada habitación, cada detalle.

No es que cambiar vaya a mejorar la nostalgia, eso es imposible.

Pero espero que...

Maldita sea, ni siquiera sé qué esperar. Solo sé que no puedo dejar que mi padre se vaya solo. Él me necesita... y yo lo necesito a él.

Hablamos, la típica reunión familiar.

Yo me iría...

Pero sabía que no me quedaría.

Es extraño.

Ni siquiera me había mudado todavía, pero ya sabía que mi estancia en Kentucky tenía fecha de finalización.

Hasta que terminara el semestre... la próxima primavera.

Hasta entonces, esperaba haber calmado de alguna manera mi corazón.

El viaje, el que iba a ser nuestro, lo haría sola... y esa aventura sin duda me daría mucho tiempo para pensar. Revisar mi rumbo, definir nuevos caminos.

Encontrarme a mí misma.

Mi única tristeza es dejar atrás a Ash, después de todo, somos amigas desde siempre, pero pensándolo bien, ella también se mudará, como dije: la vida sigue.

— ¿Me prometes que me llamarás? —me pregunta mientras me ayuda a empaquetar algunos libros más—. Necesito saber si los chicos de Kentucky son todo lo que dicen.

—Estás loca —le digo entre dientes y ella se ríe.

— Estarás bien allí, Megs.

¿De verdad?

Sonrío.

— Gracias por venir, ya sabes... a echar una mano.

— ¡Venga ya! Como si no fuera a aparecer. — Hace una mueca, como si no fuera gran cosa estar aquí conmigo en pleno sábado. — Deja mi colchón en tu habitación, que puede que me pase por allí.

— Genial, no puedo creer que vas a estar a cuatro horas de distancia. Parece que me voy lejos de todo lo que conozco.

— ¡Porque te vas!

— Gracias por tus palabras de apoyo.

— Tranquila, estoy aquí para eso. — Pisca.

Siempre lo ha estado.

Incluso cuando todo a mi alrededor parecía derrumbarse, ella no me abandonó. Cuando por fin terminaron las clases, todos siguieron adelante. Vacaciones de verano. Ashley también se fue con

su familia a la casa de su abuela, en Florida, pero no pasó ni un solo día sin llamarme.

Era en su oído *donde lloraba*.

— La gente quiere ir a ese barcito cerca de Greenwich Village esta noche, ¿te apuntas?

— Lo siento, Ash. ¡Ve y diviértete mucho! Yo todavía tengo mucho tiempo por aquí —señalo el caos de la habitación— y después solo podré pensar en una cosa: la cama.

—Esta vez lo dejaré pasar. —Hace un puchero—. Parece que la próxima borrachera será en Kentucky. He oído que el whisky de allí es malísimo. —Mueve las caderas.

— Dios mío, menos mal que me tienes a mí para darte un poco de sentido común.

Su móvil vibra y sé que es hora de despedirse.

Se me encoge el corazón.

—Ay, todavía no me lo puedo creer—. Ella sorbe por la nariz, secándose disimuladamente una lágrima, *pero yo la he visto*.

— Oye, ven aquí y dame un abrazo. ¡Cuídate en Indiana, eh! ¡Intenta portarte bien, al menos un poco! —bromeo, tratando de hacerla reír.

— Te voy a extrañar mucho, Megs.

— Y yo a ti.

— Siempre hemos sido un buen equipo.

— Seguiremos siéndolo, nada que unas videollamadas no puedan solucionar. No te librarás de mí tan fácilmente.

— Intentaré ir a visitarte en noviembre.

— ¡Estaré contando los días! —le respondo, y joder, lo digo de verdad.

— No me sustituyas como mejor amiga, pero intenta integrarte allí, ir a fiestas, conocer chicos de fraternidades, jugadores guapos... — Parpadea y yo pongo los ojos en blanco—. Estoy bromeando, pero no te quedes solo en la biblioteca o encerrada en casa, leyendo novelas o viendo series.

Vaya, eso es difícil.

Mis habilidades sociales, que ya eran bastante limitadas, están totalmente oxidadas. Quizás debería salir más, pero quedarme

en casa con un buen libro ha sido toda la diversión que necesito.

No me faltan libros.

Los libros no te cobran ni te traicionan.

Los libros no nos hacen sufrir (*quizás algunos*).

Los libros no se van.

— Prometo esforzarme.

Arquea una ceja y me mira con desconfianza.

— ¡Te voy a vigilar, ¿vale?! Aunque estés a cientos de kilómetros de distancia.

— Palabra de scout: integrarme, fiestas... — Cruzo los dedos frente al pecho.

— Chicos —continúa ella—.

— Ay, estás yendo demasiado lejos.

— Diviértete, Megs, vamos a la universidad, es hora de disfrutar.

— Pensaba que era para estudiar.

— ¡Siempre siendo un aguafiestas!

Empiezo a reír, a reírme a carcajadas, como no lo hacía desde hacía tiempo.

— Tengo que irme. — Me mira fijamente, con los ojos llorosos. — Me voy, antes de que se me manche toda la cara. ¡Te quiero! — grita, saliendo como un huracán de la habitación.

— ¡Yo también te quiero! —le grito a mi vez—. Vale, ahora te toca a ti, Megan... *Vamos* a organizar este pequeño desastre — murmuro, mirando a mi alrededor.

Dos horas más tarde, respiro hondo y me estiro.

¡No me lo puedo creer!

La habitación está llena de cajas y más cajas.

— ¿Está todo empaquetado ahí? —grita mi padre desde el salón, donde también sigue empaquetando.

— ¡Casi todo! —respondo, apoyando las manos en la cadera y mirando a mi alrededor—. ¡Última caja! —anuncio, sin poder creerlo.

Dejé los artículos más delicados para el final, porque sabía que darían más trabajo, ya que no había forma de meterlos en la caja sin asegurarme de protegerlos bien con plástico de burbujas.

Serán más de mil kilómetros de sacudidas por las carreteras.

Llámame exagerada. Yo prefiero precavida.

Con cuidado, meto en la caja de cartón algunos marcos de fotos, un espejo, perfumes, relojes, y el escritorio se va vaciando, hasta que solo queda el joyero y dentro de él está la cartita que ya he leído... miles de veces.

Abro la caja solo para encontrarla, doblada. Algunas partes están incluso estropeadas por las lágrimas que han caído sobre ella.

Cierro la caja y salgo corriendo de la habitación.

Necesito aire.

Necesito... *a ella.*

«Ahora vuelvo», le grito a mi padre y salgo con el coche.

Cuando me doy cuenta, estoy en el aparcamiento del cementerio.

Respiro hondo, apretando con fuerza el volante y, tras unos segundos, tomo una decisión.

Bajo.

Hojas y más hojas cubren el césped, y los últimos rayos de sol se cuelan entre los árboles. Solo se oye el canto de los pájaros en las copas de los árboles.

Paz.

Me arrodillo frente a su lápida.



— La casa es un desastre. Estarías volviéndote loca entre las cajas con nosotros y probablemente tendrías una hoja de cálculo con el contenido de cada una. — Sonrío al imaginar la escena. —

Mañana nos ponemos en marcha, estoy un poco nerviosa, pero emocionada. Todavía no sé si voy por el buen camino, pero quiero intentarlo... haré todo lo que te prometí —continuo y se me encoge el corazón—. No voy a tener miedo. Puede que todavía esté un poco perdida, pero me encontraré *a mí misma*, *lo prometo.*

Me levanto y me quito las hojas que se me han pegado a la sudadera.

Dios, si Ash me viera ahora, se volvería loca.

Simplemente salí con la ropa que llevaba puesta.

— Te echo mucho de menos, mamá. — Pongo las flores nuevas y quito las secas.

Vuelvo a casa sintiéndome un poco mejor.

Sé que no tengo que ir allí para hablar, *pero ha estado bien*.

—Ya estaba preocupado —dice mi padre nada más entrar por la puerta del salón.

— Lo siento, perdí la noción del tiempo.

— ¿Todo bien?

— Sí, fui al cementerio.

No me critica, solo asiente. Él también va allí...

— Con la mudanza, será más difícil... ya sabes —comento.

— Siempre podemos organizarnos y hacer el viaje. Seguro que no faltarán personas a las que visitar *de vez en cuando*.

— ¡Tienes razón!

— Hay pizza en el horno, llegó hace unos cinco minutos y la guardé para que no se enfriara.

— Vaya, me muero de hambre —le aviso.

Allí, en medio de las cajas, devoramos una deliciosa pizza de pepperoni.

— ¡Estaba muy buena! —digo cuando termino mi porción—. Voy a echar de menos la pizza de aquí.

— Seguro que allí también encontraremos una buena —me tranquiliza mi padre.

— ¿Estás ansioso?

—Un poco —reconoce—. Cambiar nunca es fácil, pero no podemos dejar que nuestros miedos nos limiten.

Asiento con la cabeza y me levanto, necesitando urgentemente una ducha y la cama.

— Estoy segura de que todo saldrá bien, papá. ¿Vas a poner a todos los jugadores los pelos de punta? Sí, pero al final... te querrán.

— Eso espero, Meg Muffin.

Pongo los ojos en blanco.

Ya le he hablado de ese apodo infantil, pero él lo ignora y dice que siempre seré su niña.

Al menos, no lo usa delante de los demás.

—Buenas noches, papá. —Le doy un beso en la mejilla.

— Buenas noches, cariño.

Tardo en dormirme, así que, cuando suena el despertador a las seis de la mañana, hundo la cara en la almohada, deseando tener al menos dos horas más.

¡Ánimo!

Los de la mudanza tienen mucho trabajo y cargan la mayoría de las cajas en el camión.

Algunas, las especiales o muy delicadas, las llevamos con nosotros en el coche.

Las calles aún están vacías cuando salimos del barrio y tomamos la autopista. El trayecto es largo, tipo, *súper*, megalargo.

Le dije que fuéramos en avión, pero mi padre insistió en que un viaje en coche sería divertido. Que sería como nuestras antiguas aventuras, excepto que ahora *solo* somos *nosotros dos contra el mundo.*

Sigo pensando que está loco.

¡Once horas! ¿Te lo imaginas? Por suerte, mi Kindle tiene la batería llena. ¡Qué alegría!

Miro por la ventana y sonrío al ver cómo cambia drásticamente el paisaje a medida que nos alejamos de las grandes ciudades.

Eso es...

— Adiós, Nueva York. *¡Kentucky, allá voy!*



CAPÍTULO 2

Joshua

Don't stop believing – Journey

Última semana de agosto de 2023 – 21 años.

— ¡El almuerzo está casi listo! — anuncia mi madre, volviendo a la sala.

Aproveché los últimos días de vacaciones de la universidad y vine a visitarlos. Cuando vuelven las clases y los entrenamientos, es muy difícil venir aquí sin prisas.

Hoy es diferente.

Llegué temprano, vine a almorzar y a pasar un rato con Finn, el chico está cada vez más grande y mi madre me dijo que está teniendo algunos problemas en el colegio.

Ya hemos hablado. Esta época es realmente cruel. Las hormonas a mil, su cuerpo pasando por mil transformaciones, las chicas, los matones que siempre provocan... No echo de menos el instituto en absoluto.

Ahora, en la universidad, estoy en mi mejor momento.

Solo falta una cosa, en realidad...

Ser titular.

Pero, como decía mi padre, tengo que entrenar, entrenar y estar listo para cuando llegue el momento, y eso es lo que estoy haciendo.

Cada vez que vuelvo aquí, me invade una mezcla de emociones. Recuerdos de él, de las cosas buenas y de las no tan buenas, y cada vez más, quiero sacarlos de aquí. La casa sigue igual, pero el barrio ya no es el mismo y aparece constantemente en las noticias, y no por cosas buenas.

—¿Cómo van las cosas en el taller, Josh? —pregunta Jack, mi padrastro.

Es un tipo agradable.

Trata bien a mi madre y a mi hermano, y eso es lo que me importa.

Mi madre lo conoció hace tres años.

Era cliente habitual de la cafetería de la señora Thompson y, bueno, una cosa llevó a la otra.

Yo estaba en el último año de secundaria cuando finalmente se mudó con nosotros. No llegó imponiendo reglas, lo cual fue bueno, porque si no, habríamos tenido problemas.

Ayudó que pronto me mudara a la fraternidad, así que no vivimos juntos mucho tiempo. La verdad es que podría haber seguido viviendo aquí, no está lejos de la universidad, pero estaba deseando largarme.

Me siento asfixiado aquí, pero vengo, al fin y al cabo, tengo que comprobar que todo está en orden con mi madre y el FT, como llamo cariñosamente a mi hermanito.

Me necesitan.

— ¡Todo está bien! —Me encojo de hombros.

— Mason dice que te va bien con los motores —Arquea una ceja y *ya sé adónde quiere llegar*—.

El taller es un trabajo a tiempo parcial que me ayuda a ganar algo de dinero. Lo mejor es que el dueño entiende que mi rutina es muy complicada cuando empiezan los entrenamientos.

Me pagan por hora, así que él no sale perdiendo. Cuanto más trabajo, más gano. Si no trabajo, no gano. No es mucho, pero ayuda.

Tengo una beca académica completa, mi única preocupación es pagar el dormitorio y mis propios gastos, si no fuera por la beca, estaría jodido. Por eso, mi prioridad es mantener mis notas y mi rendimiento en el campo. *Nada más importa*.

Los otros chicos del equipo siempre se burlan, dicen que nunca habían visto a un jugador nerd, hasta que me conocieron.

No podría ser más preciso.

O estoy estudiando o entrenando.

Siempre me ha gustado estudiar y el deporte es mi válvula de escape.

La verdad es que tengo que compaginar los estudios, los entrenamientos y el taller para alcanzar mi objetivo: *convertirme en jugador profesional*.

Es mi sueño, siempre lo ha sido.

— Es tu último año —continúa Jack, y yo respiro hondo—. Sé que estás trabajando duro en los campos, pero ¿has valorado otras opciones?

— ¡El almuerzo está listo! —anuncia mi madre, tratando de cambiar de tema.

Ella sabe lo mucho que me molesta eso. Esa presión de tener un plan B, por si acaso no me selecciona ningún equipo de la liga nacional.

No soy ingenuo.

Sé de lo que hablo, y por eso me he esforzado tanto, tanto dentro como fuera del campo.

— Solo digo que es importante tener algo en mente, chico. Juegas muy bien, sin duda, pero eres senior y sigues en el banquillo.

Aprieto los dientes.

— No tienes que preocuparte por mí, Jack —le respondo con seriedad, dando por zanjado el tema.

Hay mucha gente dispuesta a desanimarte y decirte que no vas a conseguirlo y que eres un soñador, pero lo difícil es encontrar a gente que te apoye y te anime.

«No dejes que tus miedos ocupen el lugar de tus sueños».

La frase de Walt Disney es una de las muchas que me inspiran a seguir luchando cada día, a no rendirme y a creer en mi sueño.

— Josh, va a ser un gran *quarterback* y habrá varios equipos peleándose por él —dice mi hermano desde el otro lado de la sala.

—Finn... —le interrumpo, sin querer prolongar el tema.

—¿Qué? ¡Es verdad! —continúa, y el chico realmente lo cree.

Daré lo mejor de mí, hermanito.

—Bueno, mientras llega ese día —mi madre parpadea—, ¿qué tal si mantenemos a nuestro *quarterback* bien alimentado? —bromea.

— Caramba, mamá, cuánta comida. Voy a tener que pasar la noche en el gimnasio, así.

— Ah, déjalo ya, cariño. Come todo lo que quieras. Estás estupendo.

Hago ejercicio todos los días.

Los entrenamientos son duros, pero están dando resultado. Si las chicas que me persiguen son una indicación, voy por buen camino. Aunque no se lo voy a decir a mi madre.

— ¿Ya te vas, cariño? ¡Qué pronto! — exclama mi madre al verme levantarme.

— Tengo que irme. Todavía quiero ir al gimnasio hoy —le explico y ella me mira, preocupada.

— Deberías descansar, cariño, es tu último año, seguro que será muy duro.

Una razón más.

— No tardes en volver —refunfuña mi hermano sin apartar la vista del móvil—. Dijiste que me ayudarías a practicar algunos lanzamientos.

Vaya, realmente lo dije.

— ¡No voy a ir! —Le revuelvo el pelo y él refunfuña—. Adiós, Jack. —Saludo con la mano desde lejos y abrazo a mi madre, que está de pie, mirándome como si fuera a estar un año lejos de casa.

— ¡Cuídate, cariño!

— ¡Siempre! Si necesitas algo, llámame, ¿vale? —Miro en dirección a Jack y a mi hermano pequeño.

— Quédate tranquilo. Aquí todo está bajo control. Que tengas una temporada bendita —me susurra al oído—. Creo en ti, Josh. —Me acaricia la mejilla y siento un nudo en la garganta.

No puedo ni siquiera responder.

Solo asiento con la cabeza y salgo.

El viento helado me recibe y respiro hondo.

No te decepcionaré, mamá.

Ni a ti, papá...

Pongo en marcha el viejo Civic. Es hora de volver al campus.

Vivo en la fraternidad *Alpha Lambda Theta* de la Universidad de Georgetown, o UG, como la llamamos, la mayoría de los chicos del equipo están aquí, excepto algunos de la línea defensiva.

Es una especie de tradición del equipo de fútbol, y con nosotros no es diferente.

Llegué aquí en mi primer año y, aunque era el suplente del suplente, siempre me trataron bien.

El equipo es una familia.

El *quarterback* titular es Patrick Jones, un buen jugador, hay que reconocerlo, aunque quizá un poco engreído, y no está pasando por su mejor momento, ya que no ha lanzado tantos yardas y la temporada pasada fue más interceptado que nunca, pero sigue en el equipo. Al fin y al cabo, es decisión del coordinador ofensivo.

Por mi parte, solo puedo seguir esforzándome y estar listo para cuando el equipo y el entrenador me necesiten. Cada vez que salgo al campo, juego como si fuera una final, el objetivo es ganarme mi puesto como titular.

Mi momento llegará.

La temporada pasada, jugué dos partidos cuando Patrick y Derek estaban lesionados y conseguí hacer varios pases, uno de ellos, de más de treinta yardas, que cayó perfectamente en las manos de Dylan, uno de nuestros *wide receivers*, que son los que reciben los lanzamientos y corren hacia la *zona de anotación*[3] y consiguen el tan esperado *touchdown*, la máxima puntuación dentro del partido.

Dylan es uno de los mejores del equipo, junto con Matt y Will, no en vano son los titulares. ¡*Son la hostia*! Los chicos me acogieron dentro y fuera del campo.

Hoy soy uno de ellos, uno de los cuatro *Guerreros Calientes*, o GC, por ridículo que sea este apodo. El hecho es que nuestra fama nos precede en el campus, por las fiestas que damos y nuestras habilidades fuera del campo.

— Hola, Josh, ¿ya te enteraste de la noticia? — Travis, nuestro *tight end*, o simplemente TE, se apresura a decirme al verme entrar. El hijo de puta es un armario de lo más grande, pero no por eso es lento, es nuestro comodín en los partidos y, dependiendo de la jugada elegida, puede ayudar tanto en el bloqueo del equipo contrario como, a veces, recibir él mismo y disparar para avanzar yardas y anotar.

— ¿Ni siquiera han vuelto las clases y ya estás cotilleando, tío? —bromeo.

— ¡Vete a la mierda! —responde, mostrándome el dedo corazón—. No es chisme, joder. —Se rasca la cabeza—. Pensándolo bien, quizá sí lo sea.

Intento contenerme, pero me echo a reír y Matt, Will y Dylan me siguen.

— Joder, así me matas. Me duele el estómago de tanto reír.

—¿Quieres oírlo o no? —pregunta, cuando por fin conseguimos controlarnos.

— ¡Cuéntalo! —le pido, tirándome en el sofá.

— ¡Emerson ya está acabado!

¿El coordinador?

Me acomodo en el sofá después de eso.

— ¿Cómo que sí?

— Es lo que estoy diciendo —continúa, emocionado—. ¿Te acuerdas de Stef?

Hago un gesto con la cabeza indicando que no y él pone los ojos en blanco.

— Es una amiga y tal.

— ¿Desde cuándo tienes amigas, cabrón? —responde Will y todos se ríen, pero yo me quedo callado, esperando la información.

— Trabaja en administración, en realidad es becaria, pero este tipo de papeles pasan por ella.

— ¡Joder! —Me levanto, de repente impaciente—. ¿Está segura de eso?

—¡Al cien por cien! —afirma sin dudar—. Dijo que ya tiene un nuevo novio.

Bueno, no puedo decir que la vaya a extrañar. Emerson no era fácil de tratar. Tenía sus favoritos y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Además, sus estrategias siempre parecían más de lo mismo.

Sentado en el banquillo durante la mayor parte de los partidos, nunca logré entender su perspectiva. No parecía confiar en el equipo. Por supuesto que entrenamos y practicamos las jugadas, pero a veces es necesario improvisar.

El entrenador nunca apoyaba eso. Si no era exactamente como él quería, no estaba bien, aunque se lograra el resultado.

— ¡Ni de coña! —Dylan, que hasta entonces había estado callado, se manifiesta.

— No sé por qué están tan agitados —comenta Will estirándose—. ¡Adiós, Emerson, que Dios te acompañe! Bienvenido, nuevo entrenador.

— Solo espero que no sea un idiota —dice Matt, dirigiéndose a la cocina—. Joder, se ha acabado el zumo, ¿a quién le toca ir al supermercado?

— El tipo puede ser un capullo, pero mientras sea bueno, a mí me vale —me encojo de hombros.

—Joder, Josh. Entonces nos va a joder. Imagínate si se mete con todo.

— La temporada pasada nos arrollaron y ni siquiera pudimos llegar a los *playoffs* —les recuerdo, y la expresión de todos cambia.

— Joder, fue una mierda.

— Si consigue ayudarnos a conseguir un mejor resultado, puede ser el mayor capullo de todos los tiempos.

Los chicos se miran entre sí. Saben que tengo razón. No necesitamos a alguien que nos adule, sino que nos motive a mejorar.

— ¡Por el nuevo entrenador! — Matt levanta una copa con dos dedos de zumo.

Todos gritan en respuesta.

— ¡Estáis locos! —digo, subiendo las escaleras hasta mi habitación y cogiendo mi mochila.

—¿Adónde vas? —pregunta Dylan al verme ponerme la sudadera—. Son las cuatro de la tarde, las chicas ya deben estar llegando. —Sonríe con picardía.

—A entrenar —le aviso.

—Pero los entrenamientos no vuelven hasta pasado mañana —comenta Liam—. Kim me ha dicho que Claire también viene, la chica siente algo por ti, gran Josh. Sin duda has marcado algunos *touchdowns* ahí.

Los chicos se ríen y yo solo pongo los ojos en blanco. Una razón más para largarme. No me malinterpretes. Me encanta meterme en un coño, pero creo que estoy cansado de esta mierda. De todo el lío que siempre viene después. Las chicas empiezan a creerse sus dueñas.

¡Aquí no!

Mi único compromiso es con mi juego.

Dar lo mejor de mí.

Conseguir sacar a mi madre y a Finn de ese agujero al que llaman hogar.

— Voy contigo — Will me hace una señal y me animo.

Además de la compañía, hay algunos ejercicios que podemos practicar y que son buenos para ambos, yo lanzando y él recibiendo.

—¡Estáis locos los dos! —Aún oigo la inconfundible voz de Liam y las risas de los demás—. Menos mal que sobra más.

—¡Aprovecha! —grito, dejando que la puerta se cierre detrás de mí.

Ya me he adelantado en lo que he podido con los estudios. He leído los materiales de las primeras clases y, a menos que surja un trabajo inesperado, estoy bien en este comienzo de semestre.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Will mientras nos dirigimos al gimnasio.

— He pensado en hacer una ronda de ejercicios en el gimnasio, calentar y luego podemos entrenar algunas jugadas en el campo. ¿Qué te parece?

— Creo que tenemos un plan, J. — Me da un ligero puñetazo en el hombro. El tipo es tan alto como yo, puro músculo. Si se hubiera quedado en casa, seguramente estaría pasándoselo bien con las chicas.

— ¿De verdad no te preocupa el cambio en el equipo? —le pregunto y él se encoge de hombros.

—No es algo que esté bajo nuestro control, tío. Si hay algo que aplico a mi vida, es no preocuparme por lo que no puedo resolver. Ya tengo bastante entre manos.

— ¡Joder, Will, hoy estás muy profundo! —bromeo y el cabrón sonríe—. ¡Tienes razón! Tenemos que centrarnos en lo que podemos hacer.

— ¡Exacto! Ahora vamos a entrenar o te vas a quedar charlando, futuro titular.

— ¡*Vamos*! —grito.

No sé nada sobre el futuro.

Solo sé que estoy en una carrera contra el tiempo.

Si quiero *ser titular* y tener alguna oportunidad, el momento es ahora.

¡Hora de jugar!



CAPÍTULO 3

Megan

Keep holding on – Avril Lavigne
Fight song – Rachel Platten

Georgetown, una ciudad de poco más de cuarenta mil habitantes situada en el condado de Scott, en Kentucky.

Este es mi nuevo hogar... *hasta finales de primavera*.

Para alguien que nació y creció en Nueva York, tengo que reconocer que es un gran cambio, pero algo me dice que será bueno.

No sé cómo explicarlo.

¿Aires nuevos, tal vez?

Estamos a pocos minutos de Lexington, la segunda ciudad más grande del estado, conocida como la capital de los caballos. Todo aquí parece girar en torno a eso, incluso hay un parque, el Kentucky Horse Park, que por supuesto tendré que visitar.

En fin, creo que nunca había visto tanto verde en mi vida.

Todo es absolutamente precioso y estoy más emocionada de lo que he estado en mucho tiempo.

Nuestra casa, un pequeño adosado, está en el centro de la ciudad, en una calle arbolada y a pocos minutos de la Universidad

de Georgetown, hogar de los «Guerreros», como se conoce al equipo de fútbol.

Siempre he sido muy aficionada a este deporte, y mi madre y yo solíamos ir a menudo a ver los partidos y animar a mi padre.

Él siempre esbozaba una gran sonrisa cuando nos veía en las gradas.

El último partido al que asistí fue con ella, poco antes de descubrir la enfermedad, la final de la temporada en la escuela.

No sé cuándo tendré el valor de volver a pisar un estadio. *Todo me recuerda a ella*.

Mi padre es el coordinador ofensivo más joven del equipo local que, según él, no tuvo muy buenos resultados la temporada pasada.

Bueno, por eso lo contrataron.

Le encantan los retos y nosotros necesitábamos *un cambio de aires*.

Él sabe que mi estancia aquí es temporal y sé que eso le preocupa, pero preferí no darle falsas esperanzas.

No podía dejarlo solo, *todavía no.*

La verdad es que no quiero estar sola, me siento muy perdida, pero tampoco puedo quedarme seis meses más sin hacer nada, por eso me matriculé en el curso de bioquímica, que siempre me ha interesado, pero nunca fue una opción, otros cursos siempre tuvieron más preferencia... hasta que decidí *arriesgarme*.

El programa de la universidad es de calidad, está muy bien clasificado, me atrevo a decir que está a la altura de muchas otras universidades de renombre. Cuando mi padre habló de mudarnos a Kentucky, mi primera reacción fue asustarme, pero hoy veo que no podría ser el mejor destino.

Aquí, en este lugar alejado de todo lo que conozco, es mi nuevo comienzo.

— Voy al campus a hablar con el rector, ¿quieres venir conmigo para conocerlo?

— No —hago una mueca—, voy a aprovechar para desempaquetar algunas cosas, quizá dar un paseo por el barrio.

Mi padre se acerca y me pone las manos en los hombros.

— Todo va a salir bien, Meg. Te va a gustar este lugar.

Sonrío.

—Claro que sí. Ya me encanta. ¡Todo este verde y esta paz me han conquistado!

Él sonríe en respuesta.

— Solo recuerda nuestro acuerdo —le recuerdo, odiando tener que borrar su sonrisa.

— Imposible olvidarlo, hasta que termine el semestre de primavera, aunque todavía tengo la esperanza de que cambies de opinión. — Me guiña el ojo, poniéndose el abrigo.

El otoño apenas ha comenzado, pero ya se nota con temperaturas más suaves.

— Ya compré los boletos —le grito cuando está en la puerta.

— Solo tienes que cancelarlos —responde riendo, y luego cierra la puerta tras de sí.

Claro, como si fuera tan fácil.

Odio desanimar a mi padre, pero no consigo imaginar nada que me haga quedarme.

Mis planes y yo estamos a salvo.



Estoy terminando de secarme el pelo cuando oigo que se abre la puerta del salón.

— ¿Papá? —grito.

— ¡Soy yo, cariño! —Vaya, ya estaba empezando a preocuparme, no porque sea tarde, pero son más de las ocho de la tarde, lo cual es mucho para él.

—¿Todo bien? —pregunto, bajando las escaleras.

Lo confieso, estoy un poco curiosa.

— ¡Todo genial! Estoy... —Mi padre no puede hablar y se queda callado.

Hace tiempo que no lo veo así, *nervioso*.

— ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres agua?

Dios, no te pongas malo...

— ¡Solo estoy emocionado! —me tranquiliza y hasta respiro más aliviada.

— ¡Qué bien! —le respondo, entregándole un vaso de agua fría, que él acepta.

— ¡Muy bien!

Sonrío, me gusta verlo así*, feliz*.

Normalmente, yo estaría emocionada.

Mañana es mi primer día en la universidad. Llevo años preparándome para este momento. Pero no siento *nada.* Todo parece vacío dentro de mí.

Vacío.

— Me voy a acostar —anuncio y él me besa en la frente.

— Buenas noches, cariño. Mañana te invito a desayunar.

— No puedo esperar —sonrío, recordando las innumerables veces que mi madre se quejaba del desorden que él dejaba en la cocina.

No vayas por ahí...

Subo las escaleras, saltando los escalones de dos en dos, necesitando el refugio de mi habitación.

Me apoyo contra la puerta en cuanto la cierro.

Por poco.

No quiero llorar, no delante de él.

Quiero ser fuerte.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Inspira.

Exhala.

Cuando finalmente creo que he controlado el torbellino que hay dentro de mí, me acerco a la ventana y miro hacia fuera.

Todo está tranquilo.

La calle está vacía y una suave brisa mece las copas de los árboles.

Es realmente bonito y me pongo a pensar en cómo debe ser aquí en primavera, con todo en flor.

Me cepillo el pelo y me hago una trenza, para que mañana no esté tan revuelto.

Miro la cama y me parece una buena idea, sobre todo después de pasar el día ordenando la mudanza.

Estoy agotada.

Apenas me tiro en el colchón, mis ojos se posan sobre él.

El joyero.

Lo saqué hoy de la caja, pero no le presté mucha atención. No lo abrí, no miré por vigésima vez *la carta*. *Hoy no... al menos.*

Me levanto y me acerco a él. Paso el dedo índice por el exterior, sintiendo su textura, las marcas del tiempo, o debería decir, de las caídas que ha sufrido, pero sigue intacto.

Lo abro e ignoro el pequeño papel doblado.

Le doy cuerda unas cuantas veces, lo coloco en el mismo lugar y vuelvo a la cama.

Cierro los ojos, la suave melodía inunda la habitación y en mi mente invaden mis recuerdos de nuestra familia, cuando éramos tres, cuando estábamos completos.

Eso ya no existe.

Respiro hondo, aprieto los ojos, pero no sirve de nada.

Ahí están otra vez. Una tras otra, caen, mojando la funda de la almohada... caen hasta que el sueño me vence.

Una vez más.



— Puedes dejarme aquí —le pido a mi padre, nada más entrar en el campus.

— ¿Estás segura? Hay un buen trecho hasta la entrada —me señala, pero estoy preparada—. El aparcamiento de los empleados está más cerca, puedo dejarte cerca de la entrada.

— No quiero que piensen que tengo algún beneficio. — Parpadeo y él me entiende.

No es la primera vez que tenemos esta conversación. Ya sufrí mucho en el colegio por ser hija de un profesor. Siempre había alguna broma de mal gusto, sobre todo cuando el equipo perdía, o lo que es peor, alguien detrás de mí por interés. ¿Te imaginas a una

adolescente enamorada descubriendo eso? No es nada bueno, ¿verdad?

Con el paso de los años, he aprendido a protegerme. En primer lugar, no le digo a nadie quién es mi padre; si lo descubren, eso es otra cuestión, pero no lo descubren por mí. Mi padre sabe que no debe hablar conmigo mientras estamos allí, excepto en una situación de vida o muerte, como suelo bromear.

— ¿Las reglas del instituto siguen vigentes aquí? —Arquea una ceja.

— Por supuesto, entrenador —respondo rápidamente y él se ríe, deteniendo el coche—. Buenos días, papá. Que tengas un excelente primer día. —Le beso en la mejilla y cojo mi mochila.

— Buenos días, Meg Muffin, ¿nos vemos por la tarde?

— No te preocupes, me las arreglaré.

Hace una mueca.

— Tranquilo, papá. Hay un autobús que para delante de casa.

— Te conseguiremos un coche.

— ¡No hace falta! —Me apoyo en la ventana—. Solo son unos meses, ¿recuerdas? —Hago una mueca.

— ¡Se me había olvidado! — Ahora es él quien pone cara de asco.

—¡Hasta luego! —Saludo con la mano y empiezo a caminar.

— ¡Adiós, cariño!

Mi padre no bromeaba cuando dijo que estaba lejos, pero al menos me sirve de ejercicio, ya que hace meses que no sé lo que es un gimnasio.

La mañana pasa volando.

Tardo un poco en orientarme entre los innumerables edificios, pero al final de la semana eso dejará de ser un problema.

Encuentro los lugares principales: el comedor y la biblioteca, exactamente en ese orden.

Hice un tentempié rápido, ya que no tenía nada de hambre, e ignoré las miradas curiosas. Creo que los novatos deben desprender algún tipo de olor característico, no es posible.

«Nos miran como si tuviéramos un par de antenas, ¿verdad?», comenta una chica rubia, alta y con los ojos muy maquillados con delineador, sentándose a mi lado. «Soy April, estudiante de primer año, licenciada en ciencias».

—Megan —respondo cuando mi cerebro se recupera de la sorpresa.

—¿Y tú?

— ¿Perdón? —pregunto, confundida.

— ¿Qué estudias?

Ah...

— También soy licenciado en ciencias.

— Vaya, entonces nos veremos por ahí.

Parece que sí.

— ¿Cómo sabías que era estudiante de primer año? —pregunto con curiosidad, y también porque es agradable conversar con alguien.

— ¡Adivina! —Parpadeo y abro mucho los ojos, sorprendida.

— ¿En serio?

— No —reconoce, haciendo una mueca—. Te vi en la clase de cálculo 101. —Sonrío, levantándome—. Me ha encantado hablar contigo, Megs, nos vemos por ahí.

—¡Nos vemos! —saludo con la mano, todavía recuperándome del huracán que es April.

Parece simpática.

Un poco loca, como Ash. Vaya, tengo que llamarla. Últimamente he sido una pésima amiga.

Necesito saber cómo están las cosas en Indiana, después de todo, ella también se mudó.

Después del almuerzo, vuelvo a la biblioteca y, como mis otras clases son más tarde, aprovecho para adelantar la lectura del material de apoyo que nos han pasado los profesores.

Es mucho, pero lo bueno es que mantiene la mente ocupada y el tiempo vuela.

Estoy caminando hacia la salida cuando recuerdo que necesito un libro sobre química orgánica.

Vuelvo hacia las estanterías y empiezo a buscarlo.

— McMurry... McMurry. — Paso el dedo índice por los lomos de los libros, tratando de encontrar el bendito.

Sé que está en este pasillo, porque lo he consultado en el sistema de la biblioteca.

«¡Lo encontré!», celebro, solo para darme cuenta de que fue antes de tiempo.

El maldito está en la última estantería, totalmente fuera del alcance que me permiten mis 1,60 metros.

Estiro las manos, me pongo de puntillas e incluso intento dar un saltito, pero nada funciona.

— ¡Maldición!

—¿Es este? —Una voz ronca suena detrás de mí, y entonces un chico alto, muy alto y absolutamente guapo, sin ningún esfuerzo, coge el libro y me lo entrega.

Responde. Vamos*...*

Todo sucede en una fracción de segundo, pero es más que suficiente para evaluar al espécimen masculino que tengo delante: alto, *superalto*, megaalto, debe medir más de 1,90 m, porque tengo que levantar la vista para mirar a sus ojos marrones oscuros. Pelo liso, corto, pero no tanto.

Huele bien.

Dios, ¿qué me pasa? ¿Y por qué me late tan rápido el corazón? Como si nunca hubiera visto a un chico guapo en mi vida.

Como este, seguro que no.

Él sigue mirándome y me dedica una sonrisa de lado.

Di algo, loca.

Entonces me fijo en el uniforme.

Es jugador y es como si me hubieran echado un cubo de agua fría encima. No tengo nada en contra del equipo ni del deporte, pero sé muy bien cómo actúa este «tipo» de personas. Tuve mi cuota de imbéciles en el instituto. Se creen irresistibles y coleccionan conquistas.

No es que él esté coqueteando conmigo, ni nada por el estilo. Es más bien una observación genérica y un poco prejuiciosa, *lo sé*.

Responde antes de que piense que tienes algún problema.

—¡Gracias! —respondo, sintiendo cómo se me enrojecen las mejillas.

— Química orgánica, ¿eh? —comenta, y tardo unos segundos en darme cuenta de que está señalando la portada del libro.

—Ah, sí. Tengo un trabajo dentro de unas semanas.

—Qué coincidencia, yo también vine a buscar este libro —dice, con la atención puesta en el estante frente a él—. ¡Ni hablar! —murmura.

Joder.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero todo indica que el guapo jugador acaba de entregarme el último ejemplar.

— Espero que tengas otro —dice, mirándome—. Porque era justo lo que quería.

Inconscientemente, abrazo el libro, manteniéndolo a salvo conmigo.

Lo cual es ridículo.

Es un libro, por el amor de Dios.

— ¡Lo siento! —Hago una mueca—. Creo que no has tenido mucha suerte.

— Yo no diría eso —replica, mirándome de arriba abajo con esa sonrisita que debe volver locas a las chicas del campus.

¡A mí no, querido!

Hago un buen trabajo manteniéndome indiferente, aunque solo sea una fachada.

—Bueno, la estantería vacía dice lo contrario. Mejor suerte la próxima vez, Jugador.

— ¿Cómo? —Parece confundido y le señalo su camiseta, él se mira el pecho y sonríe, pasándose las manos por el pelo, y me pillo pensando si serán suaves.

Megan, por el amor de Dios.

— Tengo que irme. — Me muerdo los labios, de repente avergonzada. — ¡Gracias! — Levanto el libro en señal de despedida y él entrecierra los ojos.

— No es justo, *Megan*.

Abro mucho los ojos, no sé si por la sorpresa de que sepa mi nombre o por lo bien que suena en su boca.

Respira, mujer.

— ¿Cómo sabes mi nombre? —pregunto, tratando de sonar seria, y él señala la carpeta que tengo en la mano, con una enorme etiqueta con mi nombre.

Cierro los ojos, avergonzada.

¡Perfecto!

—¿Qué no es justo? —pregunto, volviendo a su comentario, sin poder evitar la curiosidad, sin entender lo que quiso decir.

—Sabes que soy un jugador, nada más justo que me cuentes algo sobre ti —comenta.

—Me llamo Megan. —Hago una mueca.

— Eso no vale, al fin y al cabo, lo he descubierto yo solo.

— Todavía no sé tu nombre —le respondo.

— Josh.

Josh... le queda bien.

No debería caer en esta charla, pero aquí con él se está bien.

— ¿Qué quieres saber?

Parece pensar, pero, increíblemente, no dice ninguna tontería.

— ¿De dónde eres?

— ¿Es tan obvio que no soy de aquí? —pregunto sonriendo, y su mirada no me abandona.

—Mucho —responde, con la mirada fija en la mía.

Podría mentir, decir cualquier lugar, pero no.

—¡Nueva York!

Él sonríe y añado otro punto a mis notas: *hoyuelos*.

Tiene unos malditos hoyuelos.

— ¡Hasta mañana, Nueva York! —dice y, tan rápido como apareció, me deja desconcertada en medio de la biblioteca.

¿Qué diablos ha sido eso?

¿Y por qué ha dicho «hasta mañana»?

Mi móvil vibra en mi bolsillo y vuelvo a la realidad, solo para casi tener un ataque al darme cuenta de que es la hora de mi clase.

¡Llego tarde!

Me he distraído con el guapo.

Corro hacia el aula y, por suerte, aún no ha empezado.

Veo a April sentada en una de las esquinas del auditorio, pero todo está lleno a su lado, así que me siento en la primera silla libre que encuentro.

Dios mío, qué locura.

Mientras la clase no empieza, hojeo el libro de química. Debería estar pensando en el trabajo, pero mis pensamientos se dirigen directamente al Jugador, y me sorprendo sonriendo sola.

Cierro el libro enfadada y lo guardo en mi bolso, agradecida de que llegue el profesor.

¡Concéntrate, Megan!

¡Concéntrate!

Son casi las seis de la tarde cuando por fin salgo del campus.

Cansada y feliz.

Ha sido un buen primer día.

—¡Ya estoy aquí! —aviso nada más entrar en casa.

— ¡Cocina! —dice mi padre y, por el olor, sé que está preparando algo.

— Hum, ¿qué tenemos aquí?

— ¡Tortilla y beicon! No pude pasar por el mercado. Ha sido un día ajetreado.

— ¡Me encanta la tortilla con beicon! —exclamo, mientras acerco una silla.

— ¡Ahora cuéntame! ¿Cómo ha ido tu primer día, Meg Muffin?

— ¿En serio, papá? Ya soy universitaria y ¿todavía vas a seguir con el apodo?

— ¡Siempre! —responde sonriendo.

Pongo los ojos en blanco, pero empiezo a parlotear, contándole sobre las clases y los profesores. Soy del tipo observadora, así que me quedé en mi mundo, tomando nota de todo. Si era un profesor tranquilo o agitado, quiénes ya habían formado grupitos, etc.

No hablé con nadie, bueno, técnicamente las únicas personas con las que mantuve una conversación fueron April y él, y eso porque la chica prácticamente se tiró sobre mi mesa *y* él... Siento que mi corazón se acelera al recordarlo y me reprendo a mí misma.

— ¡Conocí a una chica en el comedor! —digo, mordiendo un trozo de tocino súper crujiente.

— ¡Mmm, qué bueno! ¿Está en tu clase?

—Que yo sepa, Cálculo 101 y Química General, pero lo averiguaré durante la semana.

— ¡Qué bien, cariño!

Omito la parte del Jugador, ese tipo de cosas solo se las cuento a Ash, y ni siquiera a ella. Mejor lo olvido, si no, la loca se pondrá a hacer mil teorías y planes descabellados, cuando ni siquiera voy a volver a verlo.

— ¿Y tú, cómo te ha ido el día? ¿Ya les has hecho arrancarse los pelos a todos? —la provoqué.

— ¡Estoy trabajando en ello! —responde.

— ¡Estoy segura de que sí!

— Voy a trabajar mucho en los próximos días, ponerme en forma y ensayar algunas jugadas, espero que estemos listos para el primer partido de la temporada.

Me vienen a la mente imágenes de Josh entrenando y siento que se me calientan las mejillas.

— ¿Quieres que baje el aire acondicionado, cariño? —mi padre me observa con atención.

— ¿Qué? No, estoy bien. — Me levanto rápidamente, casi tirando la silla. — ¡Estoy segura de que será un éxito, papá! — Cambio de tema y empiezo a colocar los platos en el lavavajillas.

Estoy así porque era el primer día de clase.

¡Ha habido muchas novedades! Sí, solo es eso.

Mañana todo será diferente y tranquilo.

Sin emociones.

Sin... cierto jugador.



Wake me up – Aviici
Glad you Came – The Wanted

El día de hoy comenzó tenso.

Me quedé dormido.

El despertador no sonó, no sé qué diablos pasó. El caso es que llegué cinco minutos tarde y, cuando entré en el vestuario, ya estaban todos allí, incluido el jefe del equipo, el Sr. Moore, acompañado de un hombre serio, que solo podía ser el nuevo coordinador.

Ni hablar.

Aún no habían empezado a hablar, pero me sentía como una mierda, con todas las miradas puestas en mí.

«Ahora que están todos aquí», comienza, y si pudiera, cavaría un agujero. «Quiero que conozcan y den la bienvenida al nuevo coordinador ofensivo de los Georgetown Guerreros, Andrew Adams».

Todos aplauden, incluido yo, pero por dentro solo puedo pensar:

¡Sí, joder!

— ¡Gracias, Jack! —el hombre saluda al jefe, y algo me dice que se conocen desde hace tiempo—. Gracias a todos. Quiero decir

que es un gran placer estar aquí con ustedes, formar parte de este equipo. ¡Estoy seguro de que lograremos un gran progreso y llevaremos a los Guerreros aún más lejos! —Todos se emocionan—. He escuchado muy bien a todos y cuento con la ayuda de ustedes. Más que un equipo, me gusta pensar que somos una familia.

Todos aplauden de nuevo.

— Ah, y por favor, solo Adams, solo mi madre todavía me llama Andrew —bromea y todos se ríen.

El ambiente distendido no dura mucho.

El jefe se marcha y nos quedamos solo con el nuevo coordinador, que deja claro cómo le gusta trabajar y qué espera del equipo. Insistió en aclarar que nadie tiene el puesto asegurado, que evaluará a cada uno.

En ese momento, vi una luz al final del túnel, pero enseguida volví al punto de partida cuando empezó a enumerar sus reglas:

1. *Buenas notas*: nadie juega si tiene problemas académicos. Si tienes dificultades, busca un tutor.

Algunos chicos se miraron entre sí. Yo estoy tranquilo, ya que me va bien en los estudios.

2. *Sin retrasos*: compromiso con el equipo y con todos los que están aquí para ayudarte.

No me mira, pero cada palabra es como si fuera para mí.

Justo hoy he incumplido una de sus reglas. La mejor manera de empezar nuestra relación. Dejando una impresión de mierda.

«Sé lo que deben estar pensando», continúa. «Este tipo acaba de llegar y ya está imponiendo reglas, ¿verdad?».

Nadie abre la boca. Nadie estaría tan loco.

— Este tipo tiene algunas canas y un poco de experiencia, este tipo —pausa, mirando a cada uno de nosotros— cree que la disciplina y el trabajo duro son la mitad del camino.

— ¿Cuál es la otra mitad, entrenador? —Travis no puede mantener la boca cerrada—.

— La otra mitad, señor Jones —ya se sabe nuestros nombres —, es el esfuerzo personal de cada uno de ustedes. Es la capacidad de leer una jugada, de innovar, de progresar ante la adversidad.

Joder.

El tipo es bueno.

— Los detalles ganan campeonatos, señores. Den lo mejor de ustedes, cada día sean mejores que el día anterior, sean el maldito detalle. i —Su mirada está fija en mí y solo puedo sentir esta energía palpitando dentro de mí.

—¡El maldito detalle! —grito, sin poder contener la emoción.

Todos me siguen gritando y el entrenador permanece serio por un momento, pero luego *sonríe* y nuestras miradas se cruzan.

No dice nada, solo asiente con la cabeza en señal de saludo.

Bueno, tal vez no todo esté perdido.

Seguiré sus reglas, le demostraré que puedo ser el detalle y me ganaré mi puesto como titular.

Ese es el objetivo.



Desde el vestuario, vamos directamente al campo, lo cual es extraño, ya que normalmente hacemos nuestra rutina de ejercicios en el gimnasio.

«¿Qué diablos?», susurra alguien a mi lado, pero lo ignoro y sigo las órdenes.

En el césped, todo el cuerpo técnico está presente.

El entrenador explica que hoy quiere hacer una actividad diferente.

Pide a todos que hagan un calentamiento, seguido de actividades rutinarias, con cada técnico especializado.

Patrick, Derek y yo seguimos a Gunner, el responsable del entrenamiento de *los quarterbacks*, hasta un extremo del campo, mientras que Matt, Will y Dylan se dirigen al lado opuesto para trabajar con Sánchez, que se centra en los ejercicios necesarios para mejorar el rendimiento de los receptores, y así sucesivamente.

No hay un único técnico, cada posición tiene un entrenador especializado que responde ante el coordinador ofensivo, en este caso, el Sr. Adams. Lo mismo ocurre con el equipo defensivo, que tiene sus propios entrenadores y coordinador defensivo.

Quienes están fuera no tienen ni idea de la cantidad de trabajo y preparación que hay detrás de un equipo de fútbol americano.

— ¡Muy bien, chicos, vamos a practicar los lanzamientos! — avisa Gunner.

— No sé para qué, todos saben que soy el mejor lanzador — Patrick murmura solo para nuestros oídos.

Ignoro la provocación y me concentro en mis movimientos.

— Ya has oído al nuevo jefe, Jones. Lanza —advierte—. Muy bien, Josh. Mantén el brazo más alto. Perfecto.

Evito incluso mirar en dirección al coordinador.

Me siento como un novato en su primer día en el campo.

Cuando termina el entrenamiento, todos estamos agotados y yo todavía tengo que prepararme para las clases.

Me despido de los chicos y me dirijo al edificio de biología.

Química orgánica avanzada parece una buena forma de empezar el semestre, y todo iba bien y según lo previsto, hasta que el profesor me llama al final de la clase y me dice que ha hablado con su colega y que todo está listo para que dé unas clases extra de neurofarmacología.

Necesito los créditos, así que ni lo pensé mucho. Por supuesto que dije *que sí.*

Ahora tengo más material que leer, empezando por el libro de química orgánica de Mc Murry, donde hay conceptos básicos, pero que voy a necesitar repasar para el trabajo sobre drogas sintéticas y comportamiento.

Solo quería ir a la fraternidad, pero parece que tengo otra parada antes: la biblioteca.

«¡Buenas tardes!», saludo nada más entrar y, como siempre, me siento bien allí. Todo ese silencio, el olor a libro. Puede parecer una locura, pero es algo que realmente aprecio. Me dirijo al pasillo, por el que he pasado innumerables veces, es casi como si mis piernas se hubieran memorizado el camino.

Pasillo S. 17, donde están los libros de química y física.

Es mi destino.

Nada más entrar en el estrecho pasillo, me detengo.

Pero qué...

Qué guapa.

Cabello castaño claro, no puedo ver bien su rostro, porque está de lado, pero lo que vi...

Bajita... jodidamente bajita. No debe medir más de 1,60, estirándose al máximo para intentar coger un libro de la última estantería.

Deja de mirarla y muévete.

—¿Es este? —pregunto, cogiendo el libro y entregándoselo.

Se gira hacia mí y, joder.

Guapa es poco para describirla.

Su largo cabello enmarca su rostro a la perfección. Sus ojos azul claro recuerdan a esa piscina que te invita a darte un chapuzón en un caluroso día de verano.

Dios mío...

¿Cuándo me he emocionado tanto solo con mirar a una chica? Parece que vuelvo a tener quince años y no puedo ver a una mujer sexy.

Y esta lo es *mucho.*

En su justa medida, mi medida.

Contrólate, Josh.

— ¡Gracias! —responde después de unos segundos y parece incómoda.

Creo que la he asustado y de repente es importante corregir la situación.

—Química orgánica, ¿eh? —comento y ella parece aún más confundida. Señalo la portada del libro y su atención se centra en mí.

—Ah, sí. Tengo un trabajo dentro de unas semanas.

Hasta su voz es agradable.

¿Pero qué coño?

—Qué coincidencia, yo también vine a buscar este libro. —Lo cual es una coincidencia increíble, si me preguntan.

Joder, cogí el libro para la chica, pero ni siquiera miré si quedaban más ejemplares. El libro es antiguo y no hay muchos volúmenes. Recuerdo que siempre fue difícil conseguirlo en los

primeros años. Varias veces tuve que recurrir a los chicos, que tenían dinero de sobra para comprarlo.

— ¡Ni hablar! —murmuro.

—¿Qué pasa? —pregunta.

— Espero que haya otro, porque era justo lo que quería.

Reviso los volúmenes que estaban al lado del libro, solo para descubrir que son otros y no la edición que necesito.

La chica se aferra al libro y me dan ganas de reír. ¿Qué se cree, que voy a quitarle el libro de las manos y salir corriendo?

— ¡Lo siento! —Hace una mueca—. Creo que no has tenido mucha suerte.

Como se suele decir, si la vida te da limones, haz limonada.

Puede que no tenga el libro, pero...

— Yo no diría eso —replico, poniendo mi mejor mirada, esa que suele hacer que las chicas se me echen encima, pero que parece tener el efecto contrario con ella.

—Bueno, la estantería vacía dice lo contrario. Mejor suerte la próxima vez, Jugador —replica, sorprendiéndome.

— ¿Cómo?

Ella señala mi pecho, y solo entonces me doy cuenta de que llevo la camiseta del equipo, no la del partido en sí, sino una con el emblema de los Guerreros.

Normalmente eso atrae a las chicas, no las aleja, como es el caso de la bajita.

—Tengo que irme, ¡gracias! —Levanta el libro en señal de agradecimiento y, maldita sea, *no quiero que se vaya*.

— No es justo, *Megan* —digo, viendo el nombre en su carpeta y haciendo mi jugada.

Funciona, a juzgar por su sorpresa.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta seria y me apresuro a señalar su carpeta, donde hay una etiqueta gigante, antes de que la chica piense que soy una especie de acosador.

Cierra los ojos y sé que la he sorprendido.

—¿Qué no es justo? —pregunta, y ya sé que es curiosa.

—Sabes que soy un jugador, nada más justo que me cuentes algo sobre ti.

¿Qué diablos me está pasando? Debería simplemente irme y no perder el tiempo con alguien que claramente no está interesada. Si chasqueo los dedos, hacen cola en mi habitación.

—Me llamo Megan —bromea.

— Eso no vale, al fin y al cabo, lo he descubierto yo solo. — Parpadeo y ella se sonroja, poniéndose aún más guapa.

— Todavía no sé tu nombre —replico, sin pensarlo siquiera.

— Josh.

— ¿Qué quieres saber?

¿Qué quiero?

Megan me mira y sé que espera alguna tontería.

Ya está claro que tiene algún problema con los jugadores. ¿Un ex imbécil, tal vez?

La idea de ella con alguien me molesta, lo cual es ridículo, lo sé, así que me concentro en nuestra conversación.

—¿De dónde eres? —Es una de las muchas cosas que tengo en la cabeza, porque tan cierto como que el cielo es azul, ella no es de aquí.

Su ligero acento no deja lugar a dudas, pero no consigo identificarlo.

— ¿Es tan obvio que no soy de aquí? —pregunta y esboza una sonrisa que me hace perder el hilo de mis pensamientos.

Joder.

— Mucho —respondo, sin poder apartar la mirada de ella.

—¡Nueva York!

Joder, chica, estás muy lejos de casa.

— ¡Hasta mañana, Nueva York! —digo, sin poder pensar en nada más inteligente que decir. La chica bajita de ojos expresivos parece tener la capacidad de freírme los sesos.

Salgo de la biblioteca sin mirar atrás. Mi enfoque son los estudios y el fútbol. ¡No hay espacio para nada más!

Lo último que necesito ahora mismo es líos, y las chicas son precisamente eso, sobre todo la forastera con esos ojos en los que me podría ahogar.

Me gustaría decir que en cuanto salí del edificio la olvidé..., pero cuando la brisa helada me recibe, estoy sonriendo, lo cual,

créanme, es raro, y por muy loco que parezca, es la idea de volver a verla lo que me hace sonreír.

¿Qué mierda es esta?



No cometo el mismo error dos veces.

Llego temprano.

— ¿Te caíste de la cama, Josh?

— ¡Hola, Joe! —saludo al conserje, que lleva tantos años trabajando en el campus que, como bromeo, es nuestro patrimonio —. Ayer llegué tarde. No puedo volver a meter la pata.

— ¡Muy bien, chico!

Espero a que lo abra todo y me voy directamente al gimnasio.

Estoy tan concentrado en la serie de ejercicios que ni me doy cuenta de que ya tengo compañía.

— Entrenador.

— Josh, ¿verdad? —Me tiende la mano y me apresuro a saludarlo.

— Josh Miller, señor.

— Olvídese del señor —bromea—. Me hace sentir más viejo.

Asiento con la cabeza y él sigue su camino hacia su despacho, mientras yo intento volver a mi rutina.

Media hora más tarde, el lugar está lleno y comienza un día más en la vida de un estudiante-atleta.

Cuando termina el entrenamiento, estamos todos agotados.

Hemos estado entrenando nuevas jugadas, con nuevas rutas para los lanzamientos, ha sido una locura.

«No sé vosotros, pero yo me voy a tirar en la cama», anuncia Dylan mientras caminamos por el aparcamiento.

«Ojalá, yo todavía tengo dos clases hoy».

— El profesor ha cambiado el programa de la semana, así que estoy tranquilo —explica el *receptor abierto*, para nuestra envidia.

— Si hubiera sabido que la carrera de administración era tan fácil, la habría elegido.

— ¡Vete a la mierda!

Will, Matt y yo nos echamos a reír.

— Apuesto a que el empollón ya tiene todo el material separado y preparado para las próximas tres semanas —dice D con sarcasmo y, por supuesto, no pierdo la oportunidad.

—¡En realidad, para las próximas cuatro semanas! —lo provoqué, guiñando un ojo, y Matt y Will se volvieron locos.

—Vete a la mierda, Josh. Joder, tío, ¿cómo lo haces? Yo ni siquiera soy capaz de organizarme bien para una semana, y mucho menos para cuatro.

— Si no pasaras tanto tiempo memorizando la anatomía de cada chica del campus, podrías estudiar más, tío —señala Will, encogiéndose de hombros, y Dylan solo levanta el dedo corazón.

— ¿Y perderme toda la diversión? Ni de coña. Mis notas son buenas, eso es lo que importa. Hablando de tías buenas, los chicos van a Jake's a tomar unas cervezas. ¿Quién se apunta? Mañana no tenemos entrenamiento —recuerda, levantando una ceja.

Por «la gente», entiéndase el resto del equipo. Ataque y defensa, todos juntos. Siempre es divertido, pero tengo otros planes.

— Hoy no va a poder ser —le respondo.

— ¡Joder, J, las mejores chicas estarán allí, tío! — Matt intenta convencerme.

— Tengo que ir a la biblioteca —anuncio, entrando en el coche.

—¡Eres un puto empollón! —grita Dylan, y yo solo le enseño el dedo corazón mientras pongo el coche en marcha.

Estoy unos metros por delante, pero aún oigo las risas.

Hijos de puta.

Los quiero y normalmente incluso pasaría por allí, pero hoy tengo una misión: volver a encontrar a la chica bajita.

¿Quién sabe? ¿Quizás volver a hablar con ella me ayude a sacármela de la cabeza? Porque nunca había pensado tanto en Nueva York como ahora.



Por supuesto, no la encontré en la biblioteca.

No sería tan fácil.

Claro que no.

Plan B en acción.

— Hola... — Me acerco al mostrador de la biblioteca y, por suerte, es el mismo chico de anoche. — Eres Jason, ¿verdad? — le pregunto, después de mirar disimuladamente su placa identificativa.

Él asiente con la cabeza.

— Tío, necesito tu ayuda. Ayer conocí a una estudiante. Bajita, pelo castaño, ojos azules, llevaba vaqueros y una camiseta negra de manga larga...

— ¿La novata?

Claro que lo era, la habría visto antes por el campus.

—¡Esa misma! ¿Hay alguna posibilidad de que sepas en qué hermandad está? Yo... necesito hablar con ella.

— Mira, tío, me gustaría ayudarte, pero ese tipo de información es confidencial, podría perder mi trabajo.

Maldición.

— No pasa nada, tío. No quiero causarte ningún problema — le respondo, pensando ya en otra forma de encontrarla.

— No sé si esto te ayudará —comienza, mirando a ambos lados y luego tecleando como un loco—. Sí, lo sabía, ayer cogió varios libros, dos usados de cálculo 101. —Arquea una ceja—.

— Gracias, tío. ¡Me has salvado!

— No hay de qué. Buena suerte en la temporada.

Así que el tipo sabe que soy jugador.

— ¡Pásate por allí, Jason! ¡Gracias!

Salgo de la biblioteca con un nuevo destino.

Llevo cinco minutos parado en la puerta.

Los chicos pasan y me saludan.

Las chicas sonríen y se arreglan el pelo.

Yo simplemente las ignoro.

Me siento como un *acosador* en este momento, pero realmente necesito hablar con ella.

Ayer no fue suficiente.

Los alumnos empiezan a salir y yo me enderezo, esperando mi momento.

No tarda mucho, la bajita sale.

Con la mochila a la espalda y varios cuadernos y libros en la mano.

Jodidamente guapa.

— Hola, Josh —me dice una chica al pasar a mi lado, la saludo con la mano, porque no soy maleducado, pero toda mi atención está puesta en ella.

Ella sigue ajena a mi presencia, hasta que una rubia que está a su lado le susurra algo.

Levanta la cara y su mirada se cruza con la mía.

—Nueva York —saludo.

La sorpresa inunda su mirada.

La rubia dice algo más y se aleja.

De repente, solo quedamos nosotros dos en el pasillo.

«¿Me estás siguiendo?», pregunta arqueando una ceja.

De todas las cosas que esperaba oír, esta no estaba en la lista.

— ¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

La bajita apenas abrió la boca y ya me hizo perder el ritmo.

Y pensando en eso, mi mirada se dirige directamente a sus labios, que ella se muerde en ese momento, mientras sigue mirándome con seriedad.

— Entonces, ¿qué?

— ¡Necesito el libro! —Me encojo de hombros.

— ¿Estás bromeando, verdad?

— ¡Lo digo 100 % en serio! —le digo, y ella no parece creerme—. Tengo un trabajo de neurofarmacología y necesito repasar algunos conceptos básicos para... —empiezo a decir, pero ella me interrumpe.

—Eres veterano— susurra, pero la oigo.

— Y tú eres una novata, que seguro que no necesitas este libro *ahora mismo* —insisto, al fin y al cabo, yo ya he pasado por eso.

—Estoy adelantando algunas lecturas, ¿acaso está prohibido? —Levanta la barbilla.

Ay, nena...

— No lo es, yo mismo lo he hecho innumerables veces. De hecho, lo sigo haciendo hoy en día —continuo, y su mirada cambia a sorprendida. — ¿Pensabas que solo era un jugador, Nueva York?

— Yo... —comienza, con las mejillas sonrojadas, y me acerco, haciendo que abra los ojos como platos—. Admito que no me lo esperaba. Por lo general, solo conseguís lo necesario para que no te echen del equipo.

Ella realmente está familiarizada con el medio. Parece que mi suposición de que mi exnovio era jugador es cierta, lo que me altera por dentro.

— Yo soy diferente. —Doy un paso más y ella da uno atrás—. Realmente necesito el libro, bajita.

— ¿Qué has dicho? —Su mirada podría matar.

— ¿Prefieres Nueva York? —la provoqué—.

— ¿Qué tal solo Megan?

— Demasiado impersonal. —Me encojo de hombros y ella cierra los ojos.

— Vale, Josh, ya entiendo que necesitas el libro. ¿Para cuándo es tu trabajo?

— A finales de mes.

— ¡Aún queda mucho! —replica indignada—. Te lo devolveré la semana que viene y tendrás tiempo más que suficiente para leerlo.

— Lo quiero ahora. — Mi mirada se dirige a su boca.

— ¡Eso no va a pasar!

— ¿Todavía estamos hablando del libro? — Sé que estoy jugando con fuego, pero no puedo resistirme.

— ¡Claro! —responde, demasiado rápido—. ¿Sabes qué? ¿Por qué no ves si alguna de tus fans tiene el libro para prestártelo? ¡Así no me molestarás!

Me da la espalda y empieza a caminar.

— Megan, espera —le digo, siguiéndola.

— ¿Qué? —Está cabreada.

— ¿Me lo puedes entregar el próximo viernes? —le pregunto con seriedad.

Respira hondo.

Vaya, he conseguido irritarla.

— ¡El viernes, el libro es tuyo! Para entonces, ya habré terminado mis anotaciones.

Me emociono y ella pone los ojos en blanco.

— Ahora, si me disculpa. — Acomoda el material en su mano y se prepara para irse.

— Pequeña —la llamo, y su mirada se encuentra con la mía —. ¡Hasta el viernes! —Parpadeo y ella intenta ponerse seria, pero sonríe y eso es mi perdición.

Estoy perdido.



CAPÍTULO 5

Megan

Thousand Years - Christina Perri / Steve Kazee
Teenage Dream - Kate Perry

— Vale, cuéntamelo todo —me pide Ash y me tiro en la cama, sabiendo que la llamada será larga.

— No hay mucho que decir —comienzo, solo porque sé que esto la alterará.

— Eso es imposible, Megs. Dime algo, estoy muerta de curiosidad. Vamos, por favor.

— ¡Estás loca!

— No estoy bromeando, quiero saberlo todo. Hagámoslo así, yo pregunto y tú respondes, sin pensarlo mucho.

— ¿Es una broma?

— Yo lo llamo interrogatorio.

Empiezo a reírme y ella no se aguanta al otro lado.

— Vamos, voy a empezar. ¿Ya has hecho nuevas amigas?

— ¡Claro que no!

— Uf, sigo segura en mi puesto de mejor amiga.

— Pensándolo bien —empiezo—.

— Vete a la mierda. Lo que vale es la primera respuesta.

— ¿Todavía tienes eso?

— Claro, mi interrogatorio, mis reglas.

— Entonces está bien.

— ¿Hay alguien?

— Amiga, no, pero conocí a una chica en el comedor, es simpática.

— ¿Cómo se llama?

— April. ¡Te gustaría! Es un poco loca, como tú.

— Nadie es como yo.

— Cómo decirlo, no tiene ningún filtro, como alguien que conozco.

— Creo que ya me gusta —bromea—. Pero no te encariñes demasiado, que soy celosa.

— Solo tú, Ash.

— Siguiente pregunta: ¿algún profesor guapo?

— ¡Dios, no! —respondo rápidamente, recordando a los que he conocido hasta ahora—. 100 % no.

— ¡Qué pena! Siempre rezo por encontrar a alguno guapo en clase, eso sin duda me motivaría mucho más para estudiar.

— ¡Eres muy traviesa!

—Prefiero el término «estudiosa».

— ¡Por qué me duele la barriga! —pido, tratando de dejar de reír.

— Última pregunta: ¿hay algún chico guapo por aquí?

En ese momento, mi mente se dirige al desafortunado Jugador y ese es mi error, porque Ash no es tonta y se da cuenta de que me he quedado bloqueada.

— No.

— Hum... esta no, no ha sido muy firme, lo estoy sintiendo, incluso a kilómetros de distancia.

Empiezo a reírme, a ver si eso la distrae.

— ¿No tienes deberes que hacer?

— ¡No cambies de tema, Megan Elisabeth!

— Caramba.

— Suéltalo.

— Hay uno —empiezo.

— ¡Lo sabía! —grita, y tengo que alejar el teléfono de mi oído.

— Nos vemos en la biblioteca.

— Hum, inteligente —comenta y me muerdo los labios, tratando de no reírme.

— Me ayudó a coger un libro que estaba muy alto.

— ¡Los humillados serán exaltados!

— Para, Ash, no puedo hablar si me haces reír.

— Vale, me portaré bien —promete—. Es que es interesante.

— Él es...

— ¿Guapo?

— Interesante, pero totalmente fuera de lugar.

— ¿Por qué? ¿Qué problema hay con el señor Guapo Interesante?

— Es jugador.

— ¿Y qué? Eso significa que debe estar en muy buena forma física.

— Ash...

— ¡Solo digo la verdad! Recuerda al chico del baloncesto con el que salí, tenía una resistencia increíble.

— Ya sabes lo que pienso al respecto —le recuerdo—. Además, mi padre es el nuevo coordinador.

— ¿Lo sabe?

— Claro que no.

— Entonces ya sabes que no te está hablando por interés, Megs. Lo que pasó en primer año es agua pasada. Ese Brian era un completo imbécil.

— Lo sé, pero...

— Nada de *«pero»*. ¿Cómo se llama el guapo? ¡Con todo respeto, claro!

Río.

— Se llama Josh.

Y realmente es guapo.

— Estoy haciendo corazoncitos con la mano.

— No seas ridícula. No ha pasado nada. Me cogió el libro y ahora lo quiere de vuelta porque lo necesita para un trabajo.

— ¿Qué?

— Eso mismo. ¿Te puedes creer que hoy me ha estado esperando en la puerta del aula para que le devolviera el libro?

— Ay, Megs, qué libro ni qué libro. Lo que quiere es a ti, amiga.

Casi me atraganto con la saliva.

— Realmente estás viendo demasiadas telenovelas y películas románticas, amiga.

— Sí, sí, repítelo para ver si te lo crees. Está interesado.

¿De verdad?

— ¡Basta ya de hablar de mí! Cuéntame las novedades de Indiana.

Afortunadamente, consigo cambiar de tema y paso la siguiente media hora escuchando las últimas novedades, créeme, son muchas.

Ashley es la persona más maravillosa que conozco.

Colgamos con la promesa de hablar la semana que viene.

Es nuestro compromiso.

Me levanto y voy a la cocina, necesito urgentemente un vaso de agua.

Vaya, he hablado tanto que se me ha secado la boca.

— ¿Todo bien con Ash? —Mi padre aparece de la nada, casi matándome del susto.

— ¡Qué susto! ¡Creía que estabas durmiendo!

— Ojalá, estoy en el salón revisando la planificación, pensando en algunas jugadas nuevas.

— ¡Hum, nuevas jugadas siempre son buenas! — Parpadeo. — ¿Zumo, agua?

— Aceptaré el jugo, cariño.

Le sirvo un vaso y termino de ponerme agua para mí.

— ¡Toma! —Se lo entrego, aprovechando para echar un vistazo a sus notas.

— Ni intentes entender mis garabatos. A veces ni yo los entiendo. — Sonrío, realmente es complicado. — ¿Y tu amiga?

— Ah, todo bien. Me estaba contando las novedades. Ya sabes cómo es Ash...

— ¿Charla mucho?

— ¿Animada? —Arqueo una ceja y él intenta ponerse serio, pero no lo consigue.

—¡Papá! —le regaño, pero acabo riéndome con él.

— Tengo que reconocer que tu elección de palabras es mucho más educada que la mía.

— Es cuestión de sinónimos —bromeo y él asiente con la cabeza.

— Me alegro de verte así —dice de repente, mirándome de una forma extraña.

—¿Así?

—Sonriendo.

—Ha sido una buena semana. —Me encojo de hombros—. Y siempre me divierto hablando con ella.

Parece pensativo, pero no dice nada más, se levanta y me da un cariñoso beso en la frente.

— Que duermas bien, cariño.

— Tú también, papá. No te quedes trabajando hasta tarde, ¿vale? Te estoy vigilando.

— Sí, señora.

Me acuesto en la cama y pongo una *lista* de reproducción de música instrumental que supuestamente ayuda a relajarse. Sigo insistiendo en ella, aunque nunca me ha funcionado. Me cuesta conciliar el sueño, pero hoy no.

Cierro los ojos, dejo que la melodía me invada y, por primera vez en meses, el sueño llega fácilmente.

Siento los párpados pesados y, cuando finalmente cedo, la imagen de un jugador en particular ocupa mi mente.



No he sabido nada de él en los últimos días.

No es que lo esté buscando ni nada por el estilo. ¡NUNCA!

Es solo que, para alguien que estaba tan preocupado por el libro, ha desaparecido. Y no debería importarme lo más mínimo,

pero me sorprendo a mí misma constantemente mirando a mi alrededor.

¡Qué tontería!

¡Concéntrate, Megan!

Ya he terminado de usarlo.

Por ahora, solo tenía que leer los cinco primeros capítulos y eso fue fácil. Los leí, tomé notas y, por seguridad, incluso hice algunas fotos con el móvil, por si necesitaba releer algo más adelante.

Mi estómago protesta, recordándome que tengo que comer.

Son más de las dos de la tarde y ni me atrevo a ir al comedor.

Voy a una de las cafeterías que hay fuera del campus y compro un sándwich natural y un zumo.

¡Esto servirá!

Hace un día tan agradable que decido comer sentada en la hierba.

Y es sentada a la sombra de un árbol, después de asegurarme de que no hay hormigas cerca, donde almuerzo.

Para alguien que ha nacido y vivido toda su vida en la gran ciudad... en el asfalto, esto es muy liberador.

Respiro hondo y miro al cielo, sintiendo ese agradable calor en la cara.

— ¿Tomando el sol, Nueva York?

Mi corazón se acelera.

Esa voz.

Abro los ojos, solo para encontrarme con esa iris marrón que me ha perseguido en sueños.

No es que vaya a quejarme.

Es mejor que las pesadillas que solía tener.

— Jugador...

Se sienta a mi lado, sorprendiéndome.

¿Pero qué locura es esta?

—¿Cómo estás? —me pregunta, observándome con atención, y por un segundo temo tener un trozo de lechuga entre los dientes.

—Bien, ¿y tú?

—Ahora mejor.

Pongo los ojos en blanco, pero siento que mi corazón se acelera.

«Estaba pensando en ti», digo, y por su mirada de sorpresa, parece que no ha sonado como debería.

— Vale...

— No es lo que estás pensando, Jesús...

— ¡No he dicho nada! —Levanta las manos, sonriendo, y eso solo atrae mi atención hacia sus bíceps.

Concéntrate, Megan.

Empiezo a rebuscar en la mochila, ignorando los casi dos metros de tentación a mi lado.

— ¡Toma! Es todo tuyo. — Le tiendo el libro y su mirada va de mi mano a mi cara.

— Hoy todavía es miércoles —comenta, aceptando el libro.

— Intenté terminarlo antes —me encojo de hombros—, para poder dártelo si te veía por ahí.

Me mira de una manera extraña.

Es intenso, no sé cómo explicarlo.

Nunca me he sentido tan nerviosa cerca de un hombre como cuando estoy con Josh, pero es un nerviosismo bueno.

No estoy pensando en nada.

— Gracias, Megan —me da las gracias, sin dejar de mirarme. Busco alguna broma, algún juego de palabras, pero no, realmente está diciendo eso.

— ¡No hay de qué! Yo... tengo que irme. — Me levanto y él hace lo mismo.

Nos quedamos uno frente al otro en silencio.

Y todo a nuestro alrededor parece desaparecer.

¡Muévete!

— Espero que el libro te ayude en tu trabajo.

— Lo hará —afirma.

—Me voy. —Saludo con la mano, me doy la vuelta y rezo para no tropezar de camino al edificio de biología.

— Nueva York —me llama, y vuelvo a mirar en su dirección, por ridículo que sea ese apodo.

Mejor que bajita, no te quejes.

— ¿Jugador? —Le miro a los ojos, arqueando una ceja.

— Ya lo veremos. — Me guiña el ojo y se aleja en dirección contraria.

No debería emocionarme, pero...

Cuento con ello.



— Joder, Megs, ¿cuál es tu secreto? —pregunta April en cuanto me siento a su lado en clase.

— ¿De qué estás hablando? —pregunto sin entender nada.

— Te vi en el césped. —Arquea la ceja, como si eso aclarara algo.

— ¿Y? Compré un sándwich en la cafetería y decidí reponer un poco de vitamina D —bromeo.

—¡Al lado de uno de los GC! Y es la segunda vez que te veo hablando con él.

—¿GC? Ayúdame, por favor.

— ¿No lo sabes? ¡No me lo puedo creer! —comienza, muy emocionada, y yo me preocupo—. GC significa « Guerrero Caliente» y el guapo que estaba contigo, con todo respeto —guiña el ojo—, ¡es uno de ellos!

— ¿De ellos? ¿Hay más de uno?

— ¡Son cuatro! —Su entusiasmo es envidiable—. Su fama dentro del campus es «legendaria», por sus increíbles fiestas y bueno... por sus habilidades fuera del campo.

— Dios... —Abro los ojos, sin disimular mi sorpresa.

Josh, un Guerrero Caliente. ¿Por qué no me sorprende?

Porque es tan típico de los jugadores. Esa actitud de mujeriego, de tener a todas las mujeres a sus pies.

— No tenía ni idea —me apresuro a explicar.

— Puede que tú no lo sepas, pero todos lo saben, y el hecho de que él esté interesado en ti...

— ¿Qué? —casi grito, interrumpiéndola—. ¡No, no! Él no está interesado en mí, por el amor de Dios, solo hablamos sobre un libro

de química orgánica.

— Si tú lo dices, bueno, Megs, el hecho es que que te vean junto a él te pone en el punto de mira de todos, aunque no sé si eso es muy positivo. —Parece pensarlo—.

— Eso es ridículo.

— La información corre rápido por aquí.

— ¿Te refieres a los chismes? —replico, indignada por la situación.

— Piensa en el lado positivo.

— ¿En serio? No creo que lo haya.

— Claro que sí, las fiestas de *Alpha Lambda Theta* son el objeto de deseo de cualquier estudiante de primer año y seguro que tu GC te invitará. — Parpadeo y pongo los ojos en blanco, sacando el portátil de la mochila.

— ¡No *es mi* novio, April! —enfatizo el pronombre posesivo, para que no haya dudas, y ella levanta las manos, pero se está riendo—. Solo hablamos.

Y me gusta más de lo que admito, pero eso es otra cuestión.

—Vale, me has convencido, pero te aviso de que puedes tener problemas con Heather.

— ¿Quién? ¿Y por qué tendría problemas con ella? — pregunto, imaginándome ya la respuesta.

—Es la capitana de las animadoras y, por lo que sé, ella y Josh han salido juntos algunas veces y ella no aceptó muy bien el «fin».

—¡Perfecto! Justo lo que necesitaba, una ex celosa.

—Técnicamente, no es una ex.

Arqueo una ceja.

— Los GC no salieron juntos, Megs. —Se encoge de hombros, como si hubiera dicho algo obvio.

— Oh, claro, cómo no se me ocurrió. Los putos de la universidad solo follan y no se encariñan.

— ¡Exacto! —responde y se ríe.

Intento ponerme seria, pero toda esta situación es tan absurda que me rindo y me echo a reír con ella.

Los demás alumnos deben pensar que estamos locas, pero qué más da.

Afortunadamente, el profesor llega en unos minutos y me olvido de Josh, los deberes, Heather... me olvido de todo lo que no sea la asignatura que tengo delante.

Los números, las funciones y las derivadas son seguros.

Pensar en el Jugador, *¡no!*



Perfect – Ed Sheeran
Fix you - Coldplay

Ya he ido dos veces a la biblioteca esta semana y no ha sido para estudiar.

Es vergonzoso, lo sé, pero necesito descubrir más cosas sobre Nueva York, además de la ciudad de donde ella viene.

¿Qué le gusta? ¿Qué odia (además de los jugadores), qué música le gusta, qué la hace sonreír? Es preciosa cuando sonríe.

No es como si pudiera aparecer cada vez que tiene clase, créeme, ya lo he considerado.

— ¿Por qué quieres tanto ir a la biblioteca, tío? Sé que eres un friki de cojones, pero aun así, tío.

— Te dije que no vinieras conmigo.

— ¿Y perder mi transporte? Ni de coña.

— Interesado.

— ¡Listo! Resuelve rápido lo que tengas que hacer ahí y vámonos, que estoy hambriento. Podríamos comprar una pizza por el camino —sugiere, y estoy a punto de mandarlo a la mierda

cuando la veo, sentada en una mesa de estudio, rodeada de libros y totalmente ajena a su entorno.

Guapísima, *como siempre*.

— ¿Has oído algo de lo que he dicho? ¿Josh? Ahora empiezo a entenderlo. — Su mirada sigue la misma dirección que la mía—. Está buena, ¿eh? Nunca la he visto en nuestras fiestas, pero...

— Ni termines la frase, D. — Me giro hacia él y prácticamente escupo las palabras, con el corazón acelerado. — Ella está totalmente fuera de discusión, ¿he sido claro?

Levanta las manos.

— ¡El que lo dijo ya no está aquí, hermano! La chica es toda tuya.

Mierda...

No debería gustarme cómo suena eso, pero qué demonios, ocurre exactamente lo contrario.

— ¿Vas a hablar con la chica o solo has venido aquí para mirar? —me provoca.

— ¡Ahora vuelvo!

— Estaré aquí esperando, pacientemente, o no. — Parpadea, haciendo un corazón con los dedos índices y yo simplemente ignoro al cabrón, abriéndome paso hacia ella.

Está tan distraída que ni siquiera se da cuenta de que me acerco.

— Oye... —le digo, acercando la silla a su lado.

— Hola, Jugador —responde en voz baja, por miedo a que alguien se queje.

— ¿Cómo estás? ¿Te has adaptado a Kentucky?

Parece pensar unos segundos.

— Me va... —Hace una mueca y quiero preguntarle qué le pasa, pero ella se me adelanta—. ¿Has conseguido hacer el trabajo?

Me paso la mano por el pelo, avergonzado.

— Ni siquiera he podido empezar a leerlo —admito en un susurro y ella entrecierra los ojos.

— Hum, para alguien que estaba tan desesperada, no parece tener prisa —me dice con sarcasmo y me dan ganas de reír.

Esta chica es mi perdición.

— Esta semana ha sido dura. Tenemos un nuevo entrenador —le explico, y ella abre mucho los ojos.

— Estoy segura de que podrás con él.

— Espero que sí, Nueva York, necesito mucho entrar en el equipo —me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

No suelo hablar de mi vida personal o del juego con las chicas, pero es tan fácil conversar con ella.

—Pensé que ya estaba —responde, pero no hay burla ni ninguna broma oculta en su tono.

— No, soy el *quarterback* suplente, pero estoy decidido a cambiar eso.

— Parece un buen plan —respondo en voz muy baja, porque ya nos están mirando mal.

— Jugaremos la semana que viene. Es el primer partido de la temporada, tú... —empiezo a decir, pero me callo. En todos estos años, nunca le había pedido a una chica que fuera a verme, es humillante.

Megan no es una chica cualquiera.

Ella es...

Joder, claro que lo sé.

— Bueno, ya sabes, si puedes, pásate por allí. — Me levanto apresuradamente.

— Tengo mucho trabajo. — Señala los libros y, como imaginaba, me despide.

Joder, eso duele.

¿Es así como se ponen las chicas cuando las despido?

Creo que no, siempre soy educado y no hago promesas que no puedo cumplir. Les garantizo un buen rato en mi cama, varios orgasmos y *nada más*.

Esa es la regla, simple y objetiva.

La mayoría lo entiende e incluso lo agradece. Quieren disfrutar y saben que mi prioridad es solo una: el fútbol, pero de vez en cuando, alguna perdida cree que es la coño de oro y que a partir de esa follada, mi polla será suya para siempre.

Gracias a Dios, eso suele ocurrir una vez al año, con las recién llegadas. Lo cual, sin duda, no es el caso de la chica que

tengo a mi lado.

«Voy a animarte para que lo hagas genial», continúa, que es una forma educada de decir: lárgate, y dar por zanjado el tema.

Eres libre, Josh Miller.

— ¿Quién sabe, en la próxima? —Eso es, humíllate más, idiota. No ha sido suficiente por hoy.

Necesitas un coño y olvidarte de la forastera.

¡Eso es!

— Nos vemos por ahí. — Se levanta, guardando sus cosas en la mochila con prisa.

— Quédate, ya me voy. No te voy a molestar más. — Te agarro del brazo y, joder, es como si me hubiera dado una descarga eléctrica.

Su mirada se encuentra con la mía y nos quedamos mirándonos en silencio.

Hay una tensión que no sé explicar.

— Ya es tarde, yo... — Se muerde los labios, indiferente a cómo me afecta eso. — De verdad tengo que irme.

Asiento con la cabeza, soltándole el brazo y ya echándola de menos.

Me doy la vuelta, listo para ir a encontrarme con Dylan, cuando ella me susurra al oído:

— No me has molestado. — Sus mejillas se tiñen de un tono rosado—. Me gusta hablar contigo. — Y con eso, me da la espalda y se aleja, sin mirar atrás.

¡Joder!

No todo está perdido.

Le gusta hablar conmigo... ¡Joder!

Conmigo.

Puedo trabajar con eso.

— Ha sido embarazoso —dice D en cuanto me detengo a su lado.

— Ni una palabra.

— No sé qué decir, tío. Todavía estoy en shock.

— ¡Vete a la mierda! Vamos, antes de que cambie de opinión y te haga volver andando hasta la residencia.

— ¡No lo harías!

— ¡Pruébame!

— Relájate, J. Estás muy tenso. No le diré a nadie que estás colado por la novata.

No respondo, que es lo que él quiere.

Simplemente lo ignoro y me dirijo al estacionamiento.

He oído a algunos profesores decir que el silencio a veces es la mejor respuesta, pero en mi caso, la sensación es más bien que quien calla, otorga.

Estoy jodido.



CAPÍTULO 7

Megan

Thousand Years – Christina Perri
Symphony – Clean Bandit (Zara Larsson)

— ¿De verdad no quieres que te lleve, cariño?

— Hoy solo tengo clase por la tarde, voy a adelantar algunos trabajos por aquí y luego iré andando.

— ¡Son casi cinco kilómetros!

— ¿Crees que no puedo? —Arqueo una ceja—. ¿Te has olvidado de que formaba parte del equipo de atletismo?

— Eso fue hace mucho tiempo, Meg Muffin —bromeó.

— Vaya, pensé que ibas a animarme con mi proyecto de ponerse en forma —bromeo.

— No quiero que te lesiones, eso sí. Ve en autobús y empieza con caminatas más cortas, antes de querer recorrer largas distancias.

— Sí, señor.

— Aún estás a tiempo de ir con tu viejo.

—Vete, realmente voy a descansar un poco. Los últimos días han sido agotadores.

— Vale, avísame cuando llegues.

— Sí.

— Casi se me olvida, ¿vas al partido del viernes? Puedo conseguirte un buen sitio, con ventajas, ya sabes, por ser del equipo técnico. — Guiña el ojo.

— Yo... —Me muerdo los labios.

Él conoce mis motivos. Por qué no he ido a ningún otro partido desde que...

— No sé si estoy...

— Olvídalo, no pasa nada. — Me pone las manos en los hombros—. Te lo juro.

— Lo siento, papá.

— Oye, no tienes por qué disculparte, cariño.

Siento el típico nudo en la garganta.

Hacía días que no me sentía así, pero siempre íbamos al estadio a apoyar a mi padre. Ella decía que éramos sus fieles seguidoras, porque independientemente del equipo, *siempre sería él*.

— Prometo que me esforzaré, solo que me duele... — Mi voz se quiebra.

— ¡No pasa nada! Cuando estés lista, irás. — Me acaricia la cara y me siento fatal por haber estropeado el ambiente.

Él estaba emocionado.

— ¡Estoy segura de que lo harás genial! —afirmo, tratando de cambiar de tema.

Él sonríe y solo entonces me doy cuenta de que fue la misma frase que le dije a Josh, y quería decir cada palabra, como ahora.

— ¿Cómo está el equipo? ¿Preparado para el estreno? — Curiosa, aprovecho para sondear un poco.

— Todo según lo previsto. Voy a hacer algunos cambios, lo que siempre causa cierto estrés, es parte del juego. Anótalo, Meg Muffin, nunca se puede complacer a todo el mundo, siempre hay alguien que se queda decepcionado, sobre todo los que se quedan en el banquillo.

Tiene razón.

Creo que nadie quiere ser suplente. Al menos, no durante mucho tiempo.

Espero que Josh consiga el puesto.

— Me voy, o llegaré tarde. Hasta luego, querida.

—Hasta... —Le digo adiós con la mano mientras sale por la puerta principal y luego subo las escaleras, necesitando media hora más de sueño.

Fallo estrepitosamente.

Lo único que consigo es tener el sueño más loco de todos los tiempos. Estoy de nuevo en un estadio, en la grada, cerca del campo. Mi padre está a unos pasos de distancia, en el área técnica, está feliz, e e celebrando, su equipo acaba de hacer un *touchdown* y va ganando en el marcador. Grito y silbo emocionado, *no hay* tristeza... solo celebración, entonces él aparece... de la nada, sudoroso, guapo, echándose el pelo hacia atrás, antes de atraparme en sus brazos y besarme.

Y en ese momento, claro, me despierto.

Asustada, emocionada...

Dios mío, no puedo creer que haya soñado con Josh.

Golpeo la almohada y vuelvo a hundir la cara en ella.

En mi cabeza, un solo pensamiento.

Hay algo que no está bien en mí.



— ¿Has podido descansar por la mañana? —me pregunta April, al verme tomar más notas en mi cuaderno.

Estamos en el comedor, en una de las mesas que hay fuera.

El tiempo es agradable.

Ni demasiado calor ni demasiado frío, lo que me recuerda por qué me encanta el otoño.

—No tanto como me gustaría —admito—. ¿Y tú?

— Aproveché para ordenar mis cosas en el dormitorio. ¿Te puedes creer que todavía tenía cosas dentro de las cajas de la mudanza?

— Te creo totalmente —respondo, sonriendo.

— Deberías quedarte allí con nosotros. Sería divertido. Hay una plaza más. —Me guiña un ojo.

— Por muy tentador que sea, mi casa está cerca, no tiene sentido.

— Yo estoy muy lejos de casa, pero en mi caso es una bendición —comenta, con la mirada perdida.

— ¿Quieres hablar?

— No vale la pena, créeme. — Veo cómo la tristeza nubla su rostro, pero pronto es sustituida por la sarcástica sonrisa de siempre. — Además, una de las mejores experiencias de la universidad es esta, compartir dormitorio con un completo desconocido. Solo superada por las fiestas de las fraternidades, creo.

— ¿Te he dicho ya que estás loca? Tengo que ponerte a hablar con Ash. Os vais a llevar bien. — Me río.

—Por lo que dices, estoy segura de que sí. Parece simpática.

—Lo es. —Es imposible no sonreír al recordarla—. ¿Nos vamos? —pregunto, viendo que faltan menos de cinco minutos para la primera clase de la tarde.

— No tenemos otra opción. —Hace una mueca.

— ¡Qué desánimo! *Vamos*, mujer. — Guardo solo el portátil en la mochila y cojo los libros en mis brazos. El camino no es largo y, en cuanto llegue allí, los volveré a necesitar.

Apenas damos cinco pasos, escucho un murmullo en el comedor.

— Oh, no...

— ¿Qué pasa? — Giro la cabeza hacia ella y no me doy cuenta de que la rubia, muy alta, choca contra mí con fuerza, haciendo que mis libros caigan al suelo.

— ¡Cuidado por donde andas, novata! —grita, y yo me quedo en shock durante unos segundos, indecisa entre agacharme a recoger los libros o recordarle que fue ella quien casi me atropella.

— Lo siento, no te vi —decido optar por la vía diplomática.

—Claro que no—se burla, mirando a las dos chicas que están a su lado—. Estás más preocupada por mirar al hombre ajeno.

La paciencia tiene un límite y yo no soy una persona tolerante.

— Seguro que me has confundido con otra persona, *querida*. — Sí, enfatizo la última palabra. — Porque yo desde luego no estoy mirando al hombre de nadie —destaco—. Y mucho menos al tuyo, sea quien sea el pobre.

Nada mal.

April, a mi lado, se contiene para no reírse.

La chica se acerca con una mirada asesina y yo respiro hondo.

Tanto por mantenerme alejada de los problemas.

— Josh. Sí. El mío —dice lentamente, como si me costara entenderlo.

— No recuerdo haber visto tu nombre en él —le respondo, levantando la barbilla—. Creo que tienes que recordárselo. — Parpadeo.

Ella no dice nada, pero su mirada lo dice todo: me he ganado una enemiga y no he hecho nada para que eso ocurra.

—Vamos, Heather —dice una de sus amigas, la más sensata —.

—Vamos, April, no podemos llegar tarde—. Le doy la espalda y sigo mi camino.

Todos nos miran.

Quiero gritar que el circo ha terminado, pero me contengo.

Mi sangre hierve.

«Ya te han dado el mensaje, novata», grita, cuando ya estoy a unos diez metros de distancia.

Ni me molesto en responder, solo la ignoro y abro la puerta del comedor.

— ¿Qué ha sido eso? Dios mío, Megs. ¡Eres increíble!

— ¿Quién se cree que es esa chica?

— Heather Mitchell, la capitana de las animadoras y, al parecer, la dueña de Josh.

No puedo contener la risa.

— Tiene que avisarle.

— Todavía estoy sorprendida de que no le hayas bajado la cabeza.

— ¡Nunca!

— No lo entiendes. Todos le temen.

No todos.

Esa chica no puede afectarme.

— No me da miedo.

— Ten cuidado, Megs. Esas chicas pueden ser muy malas cuando quieren.

— Tranquila, April. ¡Estoy bien! Me cabreé porque tiró mis libros. Les tengo mucho cariño.

— ¿Qué vas a hacer con Josh?

— ¿Cómo que qué?

— Ya sabes, ella seguirá atormentándote si sigues hablando con él.

— No voy a dejar de hablar con nadie solo porque a la guapa no le guste. Que se ponga de acuerdo con su novio.

— Esto va a ser divertido —murmura a mi lado.

— Quieres ver cómo se arma el circo, ¿verdad?

— Nunca, pero quizá compre palomitas para verlo desde la primera fila.

Solo pongo los ojos en blanco.

— *¡Vamos a* estudiar, April!

Por suerte, el resto de la tarde transcurre tranquilamente. El profesor nos asigna una actividad en grupo y el tiempo pasa volando.

— Hoy ha sido diferente, ¿eh? —comento, tan pronto como termina la clase.

— Sí, no me ha dado tanto sueño, pero aun así necesito un café. ¿Vamos?

— Creo que puedo hacer ese sacrificio.

En cuanto salimos del aula, veo a Josh apoyado contra la pared y mi corazón se acelera.

Tranquila, a veces está esperando a otra persona.

Claro, pero entonces ¿por qué no me quita los ojos de encima?

— El café quedará para otro día —susurra April a mi lado—. Diviértete. —Me guiña el ojo y luego acelera el paso, dejándome sola.

Vale...

Sigo caminando y él viene hacia mí.

— ¿Podemos hablar?

— Creo que ya lo estamos haciendo —bromeo, mirándolo de reojo mientras se pasa las manos por el pelo.

Respira, Megan.

Solo quiere hablar.

— Me enteré de lo del comedor —me dice, y veo que la gente aquí realmente es rápida.

— ¿Te refieres a lo de tu novia? —le provoqué, necesitando escuchar su respuesta.

— Ella no es nada mía —hace una mueca.

—Realmente tienes que dejarle eso claro—le respondo riendo y él sonríe.

—Se lo diré —responde serio y, de repente, incluso siento pena por la chica—. Lo siento.

— Oye, tú no tienes la culpa de sus acciones, ¿vale? — El aire frío del atardecer nos recibe al salir del edificio. — Además, puede que haya dicho que no vi su nombre *en ti*. — Me encojo de hombros y su sonrisa se amplía.

Precioso.

— También me enteré de eso —aclara, y quienquiera que sea el chismoso, hizo un buen trabajo—. Seguro que has ganado algunos admiradores —comenta, con la mirada fija en mí—. No cualquiera se enfrenta a esa chica, por eso es tan descarada.

—No hablemos de ella —hago una mueca—, cuéntame, ¿cómo va tu trabajo?

— ¡Estoy jodido! —suelta, y eso no me lo esperaba—.

— ¿Cómo es eso?

—Te vas a reír, pero llego tan agotado al dormitorio después de los entrenamientos y las clases que empiezo a leer y me quedo dormido.

Empiezo a reírme y él me sigue.

— Supongo que es parte de ser deportista y estudiante, ¿no?

— Ni me digas.

Durante los siguientes minutos, hablamos sobre el libro y, en realidad, Josh solo necesitaba recordar algunos conceptos básicos.

Lo tenía todo guardado en la memoria.

«Ya lo sabes todo», le digo, después de recordarle algunos temas del capítulo cuatro que, por suerte, fue uno de los que leí.

— Vaya, no tienes ni idea de lo mucho que me has ayudado.

— No exageres. —Mi móvil vibra en mi bolsillo, alguna notificación, pero solo entonces me doy cuenta de la hora que es—. Vaya, no me he dado cuenta de cómo ha pasado el tiempo. ¡Tengo que irme!

— Te acompaño.

— No —digo rápidamente y él parece haberse molestado—. Lo siento... —Me muerdo los labios, nerviosa—. No es que no quiera tu compañía, es que... no quiero molestarte, está muy cerca. Te lo agradezco.

— Nunca sería una molestia. Me gusta hablar contigo, Nueva York.

Oh, mierda...

— ¿Cuándo vas a dejar de llamarme así?

— ¿No te gusta? —Me mira con atención.

—Nadie me llama así —me encojo de hombros—, pero creo que sí me gusta —reconozco y mi corazón se acelera.

— A mí también. —Y por un segundo no sé si seguimos hablando de apodos.

— Nos vemos por ahí, Josh.

— ¿Ya no soy «Jugador»? —pregunta, haciendo hincapié en la palabra.

— Algunas personas evolucionan —bromeo, guiñándole un ojo.

— ¿Así que es eso? —Arquea una ceja—. Puedo pensar en algunos apodos nuevos para ti también, ya sabes, evolucionar... ¿Qué te parece Megginha, Maggie?

Con cada palabra, pongo una mueca.

— ¿Meguin?

— No... — Empiezo a reírme y no puedo parar.

¡Qué bueno!

— Eres preciosa, Megan.

Es raro que oigan mi nombre completo, siempre lo acortan.

Pero, caramba, me gusta cómo suena cuando lo dice él.

Espera un segundo, ¿acaba de llamarme guapa? No sé qué pensar al respecto.

¡Di algo!

—Nos vemos por ahí, entonces. —Échale un saludo, sé que tengo que actuar.

¡Vamos, chica!

— Josh, ¿me prestas tu móvil? —le pido, extendiendo la mano.

Me lo da sin hacer preguntas.

Tecleo mi número antes de que me arrepienta y lo guardo en los contactos como «Nueva York».

Le devuelvo el aparato y él mira la pantalla, sin ocultar su sorpresa.

—No es nada del otro mundo —me encojo de hombros y él me mira a los ojos—. Si quieres, ya sabes —voy a tener un ataque, eso es todo—, hablar sobre el libro y tal. ¡Nos vemos por ahí! —digo rápidamente y, sin darle tiempo a responder, me doy la vuelta y me alejo antes de que me sienta aún más incómoda.

— Cuenta con ello —grita y empieza a caminar en dirección contraria.

Apenas doy tres pasos, mi celular vibra en el bolsillo.

Un mensaje de un número desconocido.

«Me parece justo que tú también
tengas el mío,
Tu Jugador Favorito».

Guardo su contacto y, por supuesto, le pongo «Jugador», no me perdería la broma por nada del mundo.

Le escribo rápidamente un mensaje.

«¿Preferido?
¿Ya te has tomado la medicinita hoy?
Lo necesitas... ¡MUCHO!
Buenas noches, Nueva York».

Vuelvo a casa con una sonrisa ridícula en la cara y una sensación agradable en el pecho.

Podría intentar engañarme...

Pero no tiene sentido.

La razón es solo una: *él.*



CAPÍTULO 8

Megan

Symphony – Clean Bandit & Zara Larsson

Mi padre tenía razón.

Todavía no estoy lista para caminar cinco kilómetros.

Me atrevería a decir que las ampollas en mis talones están de acuerdo con él, pero ahora solo quiero darme un buen baño y tirarme en la cama.

¿Cómo pude estar tan distraída y no ver la parada del autobús?

La culpa es suya: del Jugador.

El resultado es que he venido andando hasta aquí, y eso está descartado en el futuro, sobre todo sin los zapatos adecuados.

Apenas me tiro en la cama, el celular vibra.

Busco a tientas en el colchón, rezando para no tener que levantarme, al menos hoy no.

— Aquí estás. — Suspiro cuando lo encuentro.

Ignoro la tristeza al ver que no hay nada suyo y paso a los siguientes mensajes.

El primero es de April.

«Espero que la conversación haya ido bien. Por seguridad, voy a llevar una bolsa de palomitas en la mochila, por si acaso nos encontramos con tu otra amiga, esa cuyo nombre empieza por H».

¡Loca!

Escribo rápidamente una respuesta:

Yo: *«Vaya, ¿de verdad quieres ver el caos, eh?*

April: *«Solo disfruto del entretenimiento en el ambiente universitario. ¿Todo bien contigo y GC?».*

Yo: *«Todo bien, vino a disculparse por culpa de la loca».*

April: *«Como mínimo, ¿no? Sé que la culpa es de ella, pero él contribuyó a freírle los sesos con todos esos músculos...».*

Yo: *«¡April!».*

April: *«¿Qué pasa? No soy ciega. Por cierto, hay rumores de que habrá una fiesta si los Guerreros ganan el primer partido, eh... prepárate».*

Yo: *«¿Y?»*

April: *«Seguro que tu «amigo» te invita. Nos vemos mañana, besos».*

Yo: *«Hasta mañana».*

No es mi amigo. Es un *conocido*. Un conocido musculoso que no se me va de la cabeza, pero eso es todo.

Paso a los siguientes mensajes.

Una de ellas es de Ash, pidiéndome que le devuelva la llamada porque tiene noticias.

Mmm... ahí se va mi oportunidad de acostarme temprano.

— ¡Hola, Ash!

— ¡Has llamado! Pensaba que te habías olvidado de que tienes una amiga.

— Enviaste el mensaje hace menos de una hora.

— ¡Una eternidad! —bromea.

— ¿Qué hay de nuevo?

— No tan rápido, ¿cómo van las cosas por ahí? ¿Tu jugador?

— Todo va bien, está muy ocupado con las clases —empiezo —. ¡Y no es mío!

— Todavía...

— ¡Eres terrible!

— Estoy saliendo con alguien —dice como si estuviera hablando del tiempo.

— ¿Qué? —casi grito.

Espero que mi padre no lo haya oído.

— Casi me deja sorda, y luego me llaman loca a mí.

— ¿Hablas en serio, Ash? ¿Quién es el pobre, *perdón*, quiero decir, el afortunado?

— Voy a ignorar esa broma —refunfuña, y sé que se está riendo—. ¡Es el quarterback de los Indiana Wreckers!

— ¡No!

— ¡Sí!

— ¡Quiero saberlo todo!

— Sabía que ibas a decir eso, espero que estés tumbada.

— Basta de rodeos. ¡Vamos!

Durante la siguiente media hora, ella me cuenta todo, desde que se conocieron en una fiesta de la hermandad a la que ella pertenece, hasta el primer beso. Si fuera por Ash, tendría más detalles, pero prefiero mantener la pureza de mis oídos.

—¡Qué locura! —digo cuando se calla.

— Ni me digas, ¿te has parado a pensar que probablemente mi chico va a jugar contra el tuyo?

— Ya te he dicho que él no... Da igual, olvídalo.

Me rindo.

Es Ash.

— Incluso juegan en la misma posición, Megs. Increíble.

No me digas nada.

— Necesita saber que su padre es el entrenador.

— Somos compañeros.

— Claro, hasta que se meta en tus bragas.

— ¡Ashley! ¿Has bebido hoy?

Puedo oírla reír.

— Ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas?

— Sí, te estás protegiendo y bla, bla, bla, lo entiendo, pero sigo pensando que estás jugando con fuego. Él no es Brian. Oye, tengo que colgar, Megs, las chicas necesitan ayuda aquí.

— Vale, ve. Hablamos luego, besos.

— Espero que haya algún avance cuando volvamos a hablar.

—¡Adiós, Ashley! —respondo, riendo.

Me quedo tumbada en la cama, mirando al techo.

Sé que él no se parece en nada a Brian, pero es mucho más cómodo mantener esta información solo para mí.

No es como si hubiera mentido o algo así, ¿no?



Confieso que estaba un poco tensa cuando llegué a la universidad esta mañana, pero, gracias a Dios, ni rastro de esa tal Heather.

No es que tenga miedo ni nada por el estilo, es solo que lo último que necesito hoy es lío, ya tengo suficientes problemas con mis pies.

Sí, todavía me duelen, y aunque llevo tiritas, me cuesta mucho caminar. Y eso que llevo unas zapatillas viejas y muy cómodas.

Para colmo, hay una ligera llovizna, lo que significa que el comedor estará abarrotado.

Ni hablar de quedarme allí.

Camino hasta la cafetería fuera del campus y, como imaginaba, allí la situación es otra, solo hay unos pocos estudiantes.

Me como mi sándwich y estoy lista para volver al campus, cuando la llovizna se intensifica.

«Parece que tendré que quedarme unos minutos más por aquí», susurro, mirando por la ventana.

Ya sé...

Cojo mi agenda, y sí, tengo una de papel.

Uso el portátil para todo, pero aun así, no salgo sin mi libreta. La mayoría de las veces, incluso paso la información al ordenador, lo cual es ridículo, pero bueno, el placer de tomar notas, de usar el bolígrafo, quién sabe.

Tenía que haber hecho esta lista nada más llegar de Nueva York, pero entre organizar la mudanza, empezar las clases y el trabajo, acabé posponiéndolo.

Ya no más.

Cojo mi bolígrafo azul, mi favorito, de punta fina, y empiezo.

Lista de objetivos:

Veamos, por dónde empezar.

Ya lo sé.

1. Buenas notas.

Eso no debería ser un gran problema, modestia aparte, pero aun así, es un objetivo.

2. Ir al menos a una fiesta de la fraternidad.
3. Conocer lugares nuevos (no cuenta nada de la

universidad).

Esto es importante, porque yo mismo intento sabotearme. Conocer otro edificio o una biblioteca *no cuenta*.

4. Hacer amigos.

Creo que eso es todo.

¿Me estoy olvidando de algo?

Una pareja entra en la cafetería y, de repente, ya sé cuál es mi último objetivo.

Es bastante obvio, sobre todo teniendo en cuenta que mi estancia es limitada, pero no cuesta nada escribirlo.

5. No enamorarme.

Miro los cinco puntos y no podría estar más satisfecha.

Creo que puedo hacerlo.

Los más difíciles, sin duda, son el segundo y el tercero, pero quizá April y yo lo consigamos.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz que reconocería a metros de distancia suena justo detrás de mí.

Y salto sobre el banco.

¿Cómo ha aparecido de la nada?

— ¿Una lista de objetivos? Interesante —comenta, y apenas tengo tiempo de cerrar el cuaderno cuando se sienta a mi lado y lo acerca hacia él.

— ¡Oye! —le reprendo—. ¡Devuélvelo! ¿No te enseñó tu madre que está mal coger las cosas de los demás sin pedir permiso?

— Tienes razón, Nueva York. — Devuelve el bloc. — Lo siento, pero puedo ayudarte con algunas cosas de esta lista. — Esboza una sonrisa y no puedo enfadarme mucho tiempo.

— ¿En serio?

— ¡Claro! Los números 2, 3 y 4 son pan com mantequilla.

— Creo que puedo hacerlo yo sola.

— No lo dudo, pero ¿dónde estaría la diversión?

— Eres muy presuntuoso —le digo, mirándole a los ojos marrones.

Él sonríe y, maldita sea, esos hoyuelos lo hacen aún más irresistible.

— ¿Por qué no quieres enamorarte? —pregunta de repente y, durante unos segundos, mi cerebro se bloquea.

— Es... —comienzo, pensando en cómo responder a eso sin abrir mi corazón aquí—. ¡Complicado!

Por supuesto, él no iba a aceptar una respuesta evasiva como esa.

No, sigue mirándome fijamente, esperando algo.

— ¡No es el momento! —Me encojo de hombros—. Están pasando muchas cosas en mi vida, solo traería problemas.

— Hum... — Se pasa la mano por la barbilla, como reflexionando al respecto, y estoy a punto de poner los ojos en blanco cuando continúa, sorprendiéndome: — Parece que me estoy escuchando a mí mismo.

Nos miramos durante unos segundos, en un entendimiento mutuo, y entonces sonrío.

Esto... es una locura.

— ¿Sabes qué? ¡Me gusta tu idea!

— ¿Cómo es eso? —pregunto, confundida.

— ¿Me puedes dar una página de tu bloc? —pregunta, y sin pensarlo mucho, arranco una hoja y se la entrego.

Sin creer que realmente vaya a hacerlo.

—Yo también voy a hacer mi lista de objetivos.

¿No irá a hacerlo de verdad?

— ¿Para cuándo tenemos que cumplirla? —Me mira expectante.

— Hasta que termine el semestre, la próxima primavera.

—¡Perfecto! —Empieza a escribir y trato de espiar.

No soy de hierro, ¿verdad?

— ¡Espera, Nueva York!

— ¡Tengo curiosidad! —murmuro.

— Me doy cuenta —responde con una sonrisa en los labios.

— ¡Tú has espiado las mías, así que es justo! —exclamo, pero entonces él deja de escribir.

— Vale, creo que eso es todo. Si se me ocurre algo más, lo añadiré después.

Lista de objetivos:

1. Sacar buenas notas.
2. Llevar a una chica guay a las fiestas de ALT.
3. Llevar a la misma chica a conocer nuevos lugares que ni siquiera imagina...

Cuando empiezo a leer, no puedo parar.

Por supuesto que me río.

— Tengo la sensación de que el 2 y el 3 están relacionados con los míos.

— Eres muy presuntuosa, NY. Puedo llevar a un montón de chicas guays a fiestas o a conocer lugares increíbles de Kentucky, o

debería decir, «la tierra del mañana».

Pongo los ojos en blanco y sigo leyendo los demás objetivos.

4. Ser seleccionado en el draft.
5. Sacar a FT y M del parque.
6. No enamorarse.

— El 4 es ambicioso, pero creo que lo conseguirás.

— Gracias por tu apoyo, precisamente tú, que nunca has ido a un partido del equipo ni me has visto jugar.

— Es complicado. — Hago una mueca, pero sé que tiene razón.

— No te compliques. La vida no tiene por qué ser tan complicada.

— Lo pensaré. ¿Quiénes son FT y M, y por qué sacarlos del parque? — La interrogación se refleja en mi rostro.

— Es complicado —responde, y yo solo arqueo una ceja, en un mensaje silencioso.

Lo entiendo.

— Quizás otro día te lo cuente.

— De acuerdo.

— Cuando me digas por qué no vas al estadio —destaca.

— No es que no vaya... —empiezo, haciendo una mueca.

— ¿El problema soy yo?

— ¡No! Claro que no.

— Ya sé, ¡es complicado! — Parpadeo y asiento con la cabeza. — No hay problema.

— Copiaste el primer y el último gol. ¡Qué falta de creatividad, Jugador! —comento, feliz de cambiar de tema.

— Oye, estoy 100 % de acuerdo con ellas.

Entrecierro los ojos al mirarlo.

— ¿Cómo pretendes cumplir eso, siendo uno de los GC?

— ¿Ya lo sabes? —Se pasa las manos por el pelo, diría que está un poco avergonzado por el apodo.

— ¡Ya me han informado! —Parpadeo.

Sí, guapo, conozco tu fama.

Y, aun así, estoy aquí.

— Es solo una broma. Todas las chicas saben que no tengo nada más que ofrecer —su mirada es tan intensa que me quedo sin aliento—, aparte de un buen rato y algunos orgasmos.

Casi me atraganto.

Joder.

— ¿Algunos? —Arqueo una ceja, tratando de fingir que estoy acostumbrada.

— ¿Crees que la «H» fue gratis?

— ¡Qué asco!

—Prefiero competente. Soy un buen jugador dentro y fuera del campo.

— Demasiados detalles. Para, no quiero vomitar —bromeo, poniendo los ojos en blanco.

Él se ríe.

Y, maldita sea, es un sonido tan agradable que es imposible permanecer indiferente.

Me sorprendo sonriendo también.

Su mirada se encuentra con la mía y, de repente, se hace un gran silencio.

— Siempre es un placer verte, Nueva York.

— Yo digo lo mismo, Jugador.

«Nos vemos por ahí». Se levanta y ya siento su ausencia.

Contrólate, Megan.

El tipo ni siquiera se ha ido todavía.

Asiento con la cabeza, temerosa de cómo sonará mi voz.

— ¡Tranquila, te ayudaré con los objetivos! —Me guiña el ojo, lo que hace que mi cuerpo se agite cuando no debería.

— ¡Seguro que sí! —bromeo.

— Te sorprenderás, Megan. — Sonrío y ahí estoy, babeando por tus hoyuelos.

Ya lo estoy, créeme.

Y eso no es necesariamente bueno.

— ¡Hasta luego! — Saluda con la mano y mi corazón parece que va a explotar dentro de mi pecho.

Respira.

—¡Hasta luego! —suspiro, acompañándolo con la mirada mientras se aleja, esperando que mi ritmo cardíaco se normalice pronto.

Qué vergüenza.

Has visto sus objetivos...

Debería alegrarme de ver que estamos en sintonía, sobre todo con respecto a la última, pero en este momento solo hay un pensamiento que martillea en mi cabeza.

Vuelvo a coger el bolígrafo.

Voy a mi bloc de notas.

Miro atentamente mis objetivos.

Se suponía que iba a ser sencillo, pero ya no estoy seguro de nada.

Con letras mayúsculas escribo al lado del último objetivo.

5. No enamorarse. **(De Josh)**

No está de más recalcarlo, ¿no? Miro la lista y solo puedo pensar:

Tengo un gran problema por delante.



CAPÍTULO 9

Joshua

Eye of the Tiger – Survivor
Counting Stars – OneRepublic
Lose Yourself - Eminem

Faltan exactamente dos días para el primer partido de la temporada.

Todos están nerviosos y emocionados a la vez.

Por supuesto, el hecho de que nadie tenga la certeza de si será titular contribuye un poco a este ambiente.

En mi caso, ya tengo el «no», así que estoy concentrado.

Todo mi tiempo libre lo paso en el campo. Entrenando las nuevas jugadas propuestas por el Sr. Andrew. Tengo que admitir que son jodidamente creativas y el equipo contrario ni siquiera sabrá lo que ha pasado, pero para eso, tenemos que hacer que suceda.

Sacarlas del papel y ponerlas en práctica.

—¡Otra vez! —grito frustrado al ver que el balón pasa directamente por Will.

Maldición.

Todo *quarterback* quiere un lanzamiento que ponga a nuestros receptores en posición de hacer el tan esperado

touchdown, pero más que eso, el balón tiene que ser recibido, ¡porque cada yarda avanzada cuenta! Si el balón no llega a las manos del receptor, la situación es mala, pero si cae en manos del adversario, todo es aún peor.

Perdemos la oportunidad de anotar y ellos pasan al ataque.

Por eso, lanzo una y otra vez, practicando hasta el agotamiento, si es necesario.

Mis mejores amigos son los principales receptores del equipo, y si sueño con ser titular, tenemos que estar en sintonía y en nuestra mejor forma.

Es más que físico.

Se trata de velocidad, ritmo, altura... una serie de factores que dan como resultado el pase perfecto.

— ¡Eh! —me emociono cuando Will recibe el balón a más de treinta yardas.

— ¡Caramba! ¡Esa ha sido buena, J. Muy buena! — Dylan se emociona y corre hacia el campo, mientras yo me preparo para otro lanzamiento, esta vez dirigido a él.

Una hora más tarde, estamos todos sudados y listos para ir directamente al vestuario. La mayoría ya se ha ido y somos los últimos cuatro en el campo.

— No sé vosotros, pero yo estoy hecho polvo.

— Ha merecido la pena, los lanzamientos han sido buenos. — Matt me pasa el brazo por los hombros—. ¿Listo para repetirlos el viernes?

Estoy listo para responder que, por mi parte, la respuesta es un «sí» del tamaño del mundo, pero el sonido de alguien tosiendo nos hace parar y mirar atrás.

—¡Entrenador! —decimos al unísono.

Vaya, pensaba que se habían ido todos, pero el hombre sigue aquí.

— Señores —nos saluda con su carpeta de notas, que no suelta.

— Buenas recepciones, Rodríguez, Cooper y Harris —dice, mirando a los chicos, luego se vuelve hacia mí y contengo la

respiración—. Fueron lanzamientos impecables, Miller. —Y sin decir nada más, se dirige a la zona administrativa.

Joder.

Ni siquiera puedo agradecerle el cumplido.

— Hummm. Impecable, eh, Miller — Dylan se burla y, joder, ni siquiera sé qué decir.

— ¿He oído eso?

—Claro, joder. Lo has hecho genial en los entrenamientos. Es hora de dejar a un lado esa inseguridad y confiar más en ti mismo. —Will me da una palmada en el hombro.

— Sé que va a sonar raro —Matt comienza, muy serio, atrayendo la atención de todos—, pero W tiene razón.

—Vete a la mierda. Siempre lo he tenido.

— Claro, ¿necesito recordarte aquel episodio en la fraternidad?

—Por favor, no —Dylan aprovecha para burlarse.

— Sois todos unos capullos. Fue un error legítimo y puede que hubiera bebido un poco.

Todos se ríen, recordando la vez en que Will casi besó a la chica de otro chico en una fiesta, pensando que era la suya, en su defensa, de espaldas las dos eran muy parecidas, excepto que una llevaba un vestido rojo y la suya llevaba vaqueros y una camiseta negra. No hace falta decir cómo terminó la noche para él.

—Fue vergonzoso, tío.

— Creo que se enfadó más porque me olvidé de la ropa que llevaba que por haberme acercado a la otra chica.

— Ni siquiera valoró el esfuerzo de la chica —se burla D, y hablando no me di cuenta de que ya habíamos llegado a la fraternidad.

— La charla está bien, pero necesito mi cama —aviso nada más entrar.

La sala y la cocina son un caos.

— Joder, parece que han celebrado una fiesta aquí — comenta Will, el más paranoico con la limpieza de todos nosotros.

«Estos cabrones tienen que limpiar el desastre que hacen, déjalos conmigo mañana», avisa Matt, tirándose en el sofá de la

sala, ignorando todo lo que le rodea.

Will resopla y sale a recoger unos vasos y platos de aperitivos esparcidos por el suelo.

Normalmente, le ayudaría, pero realmente necesito acostarme.

— Deja las cosas ahí. Mañana te ayudaré con eso. — Golpeo su puño con el mío y empiezo a subir las escaleras. — ¡Hablado para quien se quede!

— Joder, Josh. Pareces un niño que se va a la cama temprano —la voz de Matt suena detrás de mí.

— El niño necesita recuperar energías —respondo sin mirar atrás.

— Debilucho.

Solo le muestro el dedo corazón y escucho las risas.

El agua caliente hace milagros en mis músculos cansados y doy gracias mentalmente por tener un baño en mi habitación.

No hay nada como darse un baño cuando uno quiere, sin preocupaciones.

Tuve mucha suerte de conseguir este lugar, ya que estaba ocupado por un veterano, pero quedó libre justo el día que llegué. Dylan, Will y Matt ya se habían instalado y también tienen una habitación con baño privado. Son los espacios más codiciados de la fraternidad, ya que el resto del personal tiene que compartir los dos baños comunes que están al final del pasillo.

Nadie entra en mi habitación.

Es mi refugio.

El colchón se hunde con mi peso, flexiono los brazos bajo la cabeza y cierro los ojos, pensando en lo productivo que ha sido el día.

Caramba, hasta el entrenador me ha felicitado.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al recordarlo.

Todo el esfuerzo de las últimas semanas habrá valido la pena.

Lo creo.

Me he matado entrenando.

Llego temprano y soy uno de los últimos en irme, y cuando caigo en la cama, como hoy, solo quiero una cosa: dormir e intentar no pensar en la morena bajita que insiste en atormentar mis sueños.

Megan... o *Nueva York*.

Es imposible no recordar esa boca inteligente, esos expresivos ojos azules, la forma en que se le sonrojan las mejillas cuando se siente avergonzada, aunque intente disimularlo.

Necesito follar urgentemente, me estoy volviendo loco, deseando a la única chica del campus que no quiere saber nada de mí.

Que no quiere enamorarse... no es que yo quiera, tampoco.

¡Ni hablar!

Si lo pienso bien, es mejor que ella no quiera, no es que me importe, claro, es más porque no puedo dejar de preguntarme, ¿por qué? ¿Por qué no quiere?

Es curiosidad, solo eso...

Sería tan fácil enamorarme de ella. Megan es diferente, es especial.

Cojo el móvil y me quedo unos cinco minutos mirando su contacto, apenas se le ve bien la cara. Está de lado y parece mirar por la ventana, pero es la frase fijada en su perfil lo que me llama la atención:

> *«La primavera siempre llega, aunque en este momento sientas que estás atrapado en un invierno sin fin. —El Pensador».*

Después de leer eso, algo se agita dentro de mí y sé lo que tengo que hacer.

Hacerla sonreír...

Aunque sea por mí.

Yo: *«Hola, Nueva York, espero que no estés durmiendo todavía. Yo ya estoy acostado, agotado, después de un entrenamiento intenso... y sé que dijiste que estás llena de trabajo y tal (lo cual no me convenció ni por un segundo, claro), pero solo te recuerdo que el viernes es nuestro primer partido. Estoy seguro de*

que va a ser realmente bueno y estaría bien verte allí... aunque sea para animar al equipo contrario».

Termino con unos emojis haciendo muecas y le doy a enviar antes de arrepentirme.

Tiro el móvil a la cama y cierro los ojos, pensando en su reacción al verlo.

Probablemente se reiría, que era mi plan desde el principio, pero también podría sentirse tentada a ir.

Soñar no cuesta nada, ¿no?

El dispositivo vibra casi al instante y me apresuro a cogerlo de nuevo.

Nueva York

Mi corazón se acelera como el de un adolescente.

***Nueva York**: «Totalmente despierta por aquí, Jugador. Realmente no voy a ir... todavía no (es complicado), pero ten por seguro que te animaré... nunca al adversario. Que pases una buena noche... y arrasa. No acepto nada menos de ti».*

La chica me tiene com unas cuantas con un simple mensaje.

Ella me animará.

Sé que es ridículo, pero no puedo borrar la enorme sonrisa de mi cara.

Pensando en la bajita de Nueva York, dejo que el sueño me lleve, sabiendo que ella estará allí conmigo y *que nada será complicado.*



El primer partido de la temporada comienza en veinte minutos.

La adrenalina corre por mis venas mientras termino de ponerme el uniforme y me hago dos rayas en las mejillas.

La primera batalla está por llegar.

El entrenador Adams reúne al equipo ofensivo y habla de la importancia de este primer partido, de cómo todos se han esforzado

en las últimas semanas y de que no tiene ninguna duda de nuestro potencial.

El hombre puede ser serio, pero, joder, sabe cómo motivar a un equipo, además de ser innovador como el carajo. Independientemente de si soy titular o no, siento que el equipo ha ganado con su llegada.

«El equipo que comienza el partido hoy, atacando por los Georgetown Guerreros , es...», comienza a decir la posición, el apellido y el número de la camiseta.

La hora de la verdad.

—*Receptores abiertos:* Rodríguez, n.º 70; Harris, n.º 43 y Cooper, n.º 24.

— ¡Sí! —los chicos se emocionan por seguir en el equipo titular y no podría ser de otra manera, son buenos en lo que hacen.

Choco mi puño contra el suyo y seguimos escuchando los nombres de los once seleccionados.

Por supuesto, la última posición en anunciarse sería la que yo juego.

Respira, joder.

A mi lado, Patrick sonríe, confiado.

Recuerdo lo que me dijeron los chicos y lo mucho que me preparé, y mantengo la mirada fija en la dirección del cuerpo técnico.

Preparado para la decisión del entrenador.

— *Quarterback*: Miller, número 52.

Todo parece detenerse a mi alrededor.

Y es como si ni siquiera oyera los gritos.

Soy titular.

Mi mirada se cruza con la del Sr. Adams, le hago un gesto de agradecimiento por su confianza.

— ¿Quién está listo para la batalla? —pregunta.

«¡Nosotros!», gritamos todos.

«¿Quién está listo para ser el maldito detalle?».

«¡Nosotros!», rugimos, listos para entrar y dar lo mejor de nosotros mismos.

¡Eso es, la hora de la verdad!

Entramos al campo bajo los gritos de la hinchada, una de las ventajas de jugar en casa.

Sé que ella no está aquí, pero aun así me sorprendo mirando hacia las gradas.

— ¿Qué estás buscando, J? —me pregunta Dylan a mi lado.

En el campo, la banda toca los últimos acordes.

— Nada —me encogí de hombros.

— ¿Buscas a la chica guapa de la biblioteca? —Arquea las cejas y me mira con recelo—. ¡Lo siento, tío! —Levanta las manos en señal de disculpa—. Seguro que tiene una buena razón para no venir, relájate.

— ¿No tienes a nadie más a quien molestar? —le provoqué, tratando de cambiar de tema.

Se ríe y señala hacia la hinchada, donde las chicas gritan nuestros nombres y sostienen carteles.

Ni de coña.

«GC, jugad conmigo», ***«Dylan, te quiero»***, ***«Josh, ¿te casás conmigo?».***

Y así sucesivamente.

— ¿Sabes lo que es eso, J? —pregunta, señalando a las chicas.

Ya sé que viene mierda, pero aun así, hago gestos negando con la cabeza.

— ¡BO.CE.TAS!

— ¡Necesitas tratarte, tío! — Zoo y el hijo de puta se ríen, alejándose.

— ¿Miller?

— Entrenador — respondo, acercándome para escuchar sus últimas instrucciones.

— Vamos a empezar con la izquierda, 70, Águila.

— Sí, señor.

— ¿Estás bien? —pregunta, evaluándome.

— ¡De maravilla! —respondo, y lo digo de corazón.

Nos colocamos en posición para escuchar el himno nacional, y es difícil no emocionarse al ver y escuchar a todos cantando.

Eso es... *hora del espectáculo*.

El mensaje de Nueva York me viene a la mente cuando me pongo el casco y espero poder afirmar más tarde con rotundidad que sí, que hemos ganado... y *que lo he hecho genial*.

Saludo al entrenador con la mano y él me responde con un gesto positivo.

«¡Vamos, *Guerreros*!», grito a mis compañeros.

«¡Vamos!», responden al unísono, mientras corremos hacia el campo.

El comienzo del partido es tenso.

La defensa rival nos está machacando y ya me han derribado dos veces sin siquiera poder lanzar.

El entrenador pide tiempo y da instrucciones a los chicos que me protegen en la línea de frente.

Estamos en tercera y ocho yardas, o conseguimos convertir el descenso o tendremos que devolver el balón al Tennessee Thunder, sin siquiera intentar un *field goal*, ya que aún estamos lejos.

Estamos perdiendo.

No podemos dejar que se distancien.

— Vale. Es hora de demostrar cómo se juega aquí —grito para animar a la gente—. Izquierda, 70, Águila —anuncio la jugada y los chicos se preparan.

La tensión es palpable.

Recibo el balón y la línea intenta contener a la defensa de Tennessee.

Dylan corre por el campo, tal y como hemos ensayado miles de veces.

Miro en dirección contraria, tratando de confundir al equipo contrario, y luego lanzo.

Contengo la respiración mientras sigo el recorrido del balón.

Las gradas se quedan en silencio y luego estallan en gritos cuando D recibe con precisión, agarra el balón y corre hacia la *zona de anotación*, como si el mismísimo diablo lo persiguiera.

— ¡Corre, D! —grito, sin poder creer lo que está pasando.

Y...

— ¡Es *un touchdown*! —grito emocionado, dando un puñetazo al aire, mientras el equipo corre a celebrarlo con él.

— ¡Buena recepción, D! —grito cuando me acerco, tocando mi casco con el suyo.

— Buen lanzamiento, J. Estamos de vuelta en el partido — me grita él a su vez.

— ¡Joder, sí! — Le abrazo mientras volvemos al banquillo y vemos a Antony, nuestro *pateador*, convertir el tiro sencillo, anotando un punto más en el marcador.

Georgetown Guerreros 7 x *Visitantes* 3.

Después de abrir el marcador, fue como si nos hubiéramos quitado un peso de encima. Todos empiezan a jugar como si fuera la final de un campeonato, dándolo todo.

Conseguí hacer cuatro pases más para *touchdown*, además de las yardas avanzadas con lanzamientos, y no me interceptaron.

Final del partido: victoria de los Guerreros **[*38 x 17]***

Un resultado increíble para el debut.

— ¡Sí! ¡Lo conseguimos! — Will celebra al final.

— Joder, J. Hoy has jugado de puta madre. — Matt está eufórico.

Todos están sudados, cansados, pero rebosantes de felicidad.

— ¡Excelente trabajo, chicos! ¡Enhorabuena a todos! — El Sr. Adams comienza muy serio, felicitándonos en el vestuario.

— ¡Los hemos arrollado, entrenador! —grita Jones y todos vibran, ni siquiera el técnico puede contener la risa, y cuando aparece su sonrisa, el vestuario casi se viene abajo.

«Hemos hecho sonreír al hombre, chicos», grita uno de ellos, y en medio del alboroto ni siquiera puedo identificarlo.

—Vale, vale, calmaos. Estoy contento, todos lo estáis. Sí, les hemos arrollado. Gracias, Sr. Jones, por ayudarnos a elegir la «palabra», bromea. Pero necesito que recuerden que este fue nuestro primer partido. Tenemos cinco más por delante, cinco partidos que marcarán la diferencia entre avanzar a las eliminatorias o quedarnos con las manos vacías, señores. Celebren, festejen esta victoria, pero recuerden que la guerra apenas comienza.

—¡A la guerra! —grito y todos me siguen, y con eso, le arranco otra sonrisa al hombre.

Si alguien me pregunta por el resultado de hoy, solo se me ocurre una respuesta.

Un infierno de POSITIVO.



CAPÍTULO 10

Megan

Cada día que estás aquí me estoy curando
Cada día que estás aquí, me estoy curando.
Y se me estaba acabando la suerte
Y se me estaba acabando la suerte
Nunca pensé que encontraría este sentimiento
Nunca pensé que encontraría este sentimiento

Symphony – Clean Bandit & Zara Larsson
Fix you – Coldplay
Tear in Heaven – Eric Clapton

El partido ya debe haber terminado a estas horas.

Espero que todo haya salido bien.

Es el primer partido bajo el mando de mi padre como coordinador ofensivo, y es el primer partido de Josh como titular, *eso espero*.

Me hubiera gustado preguntarle, pero mi repentino interés por el equipo habría resultado muy sospechoso.

En el campus no se hablaba de otra cosa, y si eso es una señal, las gradas estarán llenas para apoyarlos.

Podría estar allí, pero aún no estoy preparada.

Me muerdo los labios, tratando de controlar mi ansiedad.

Mi estómago gruñe y abro la nevera, pensando en qué preparar.

Quiero algo rápido y sabroso.

Una tortilla.

Sí, eso será.

Plato listo, zumo en el vaso, preparo la mesa y enciendo la televisión, decidida a encontrar alguna serie o película que me distraiga y me permita empezar bien el fin de semana.

Lo primero que aparece en la pantalla de Netflix es un documental sobre *un quarterback*, justo lo que no necesito en este momento.

Sigo buscando y, finalmente, pongo algo que ya he visto innumerables veces, pero que aún así me encanta: Constantine[4] .

Nunca he sido muy fanática de las películas de terror o de cosas espirituales, pero con Keanu Reeves, veo todo y esta es una de mis favoritas.

Apenas comienza la película, mi celular vibra sobre la mesa.

Miro mi tortilla, aún intacta, y a este ritmo está claro que se va a enfriar.

Un vistazo a la pantalla me hace olvidar todo lo que me rodea.

¿Quién necesita comer?

«Hola», saludo tímidamente, sin creer todavía que sea realmente él.

«Hemos ganado, Nueva York», anuncia, y la felicidad en su voz hace que mi pecho casi explote de alegría.

— — ¡Aeeeeeeeee! —grito, sin importarme que pienses que estoy loca—. ¡Felicidades, jugador! Ya lo sabía —bromeo y tú te ríes a carcajadas.

—Me alegro de oír tu voz —dice, y mi corazón se salta un latido.

—Yo también —le respondo, temerosa de cómo sonará mi voz.

Silencio.

— ¡Quiero detalles! Vamos...

— Deberías haber ido a verlo, bajita.

— ¿Cómo me has llamado? Yo aquí, siendo tu amiga, apoyándote, ¡y tú menospreciándome en la conversación! —Intento parecer enfadada, pero acabo riéndome.

— Voy a seguir con Nueva York, es más seguro.

—¡Mejor! —bromeo.

— Fui titular.

— ¡Vaya, quiero decir, eso es increíble! Me alegro mucho por ti, Josh.

— No me lo puedo creer. —Su voz se quiebra ligeramente y, Dios, qué ganas tengo de darle un abrazo.

—Seguro que has trabajado duro para ganarte tu puesto —comento, y no tengo ninguna duda al respecto. Mi padre es muy, muy exigente.

— ¡No fue fácil!

— ¡Te lo mereces!

— ¿Qué estás haciendo? —pregunta de repente.

— Preparándome para ver una película que ya he visto unas diez veces —admito, solo omito la parte de la comida, porque no quiero que cuelgue.

— ¿Cuál?

— ¡No te rías! —le advierto.

—Seguro que no me sorprenderá.

— Constantine...

—La de Keanu Reeves —decimos al unísono.

— ¿Lo conoces?

— ¡Esta película es muy buena! «Me llamo John. John Constantine, idiota».

— ¡Exacto! —respondo, riendo.

— Tengo que admitir que estoy sorprendido.

— ¿Qué, pensabas que solo veía romances? —Intento parecer enfadada.

— ¿Románticas? ¿Tú? ¡No!

— ¿Qué quieres decir con eso? —Me da miedo tu respuesta.

— Tú... no sé, pareces más del tipo maratón, no sé: House.

— ¿Me estás llamando gruñona?

— ¡No! Nunca. — Se ríe al otro lado y yo también sonrío, jugando con la tortilla que tengo delante.

— Quiero decir, series médicas, esas que hacen llorar a todas las chicas, ¿cómo se llaman? Ya lo recuerdo, Grey's Anatomy.

— La guionista adora el dolor y el sufrimiento, qué le voy a hacer.

— ¿Entonces la ves?

—Ajá —reconozco, como si no fuera nada del otro mundo.

—¿Lo ves? Lo sabía.

— Claro, medio mundo la ve. Es una de las series más vistas —bromeo.

— Acerté y eso es lo que importa.

— ¿Y tú, qué estás haciendo? —le pregunto, pero enseguida me arrepiento, porque seguro que está saliendo a celebrar con los chicos, lo que naturalmente implica chicas.

Y pensar en él con alguien, de alguna manera insana, me molesta.

Lo sé, es ridículo, pero no podemos controlar los sentimientos.

—Tumbado en mi cama.

— ¿Cómo? —No puedo ocultar la sorpresa en mi voz—. ¿No deberías estar celebrando algo así?

— Hoy solo quiero hablar contigo y luego descansar.

¿Hablar conmigo?

Mi corazón parece a punto de salirse del pecho.

Hablar de este tipo de cosas debería estar prohibido.

— Sigo pensando que deberías celebrarlo —le respondo.

— ¡Lo haremos! Mañana.

— Ah...

¿Nosotros?

Se debe referir a los compañeros de equipo, claro.

— Los chicos ya se están encargando de todo. Vamos a celebrar una fiesta aquí en *ALT.*

— *¿ALT?*

— En *Alpha Lambda Theta*, en la fraternidad.

— ¡Ah, claro! Bueno, pues diviértanse mañana.

— Me divertiré cuando te vea entrar por la puerta principal.

Casi escupo el zumo que estaba bebiendo.

— ¿Perdón?

— Me has oído, preciosa.

Mi cerebro se ha frito, eso es.

¿Acaba de llamarme guapa... otra vez?

Debe habérsele escapado, seguro que le habla así a todas.

— Pensaba que había que tener invitación para estas fiestas.

— Oficialmente, sí. Extraoficialmente: nadie controla eso, los chicos solo quieren bebidas y chicas.

— Hum, gracias por la explicación. Muy didáctica e interesante.

Él se ríe.

— Yo te estoy invitando. — Su voz ronca despierta todas mis alarmas.

Dios...

— No sé...

— Ven, Nueva York —me pide y me siento tentada, lo reconozco. — Recuerda los objetivos.

— ¿Qué pasa con ellos?

— ¿Cómo voy a cumplir los míos si tú no te esfuerzas por cumplir los tuyos? —bromea, y recuerdo lo que puso en su lista: ***«Llevar a una chica guay a las fiestas de ALT».***

— Oye, tengo hasta el final de la primavera —argumento.

— ¿Por qué dejar para después lo que puedes hacer ahora?

Buen punto.

Me muerdo los labios y aprieto el aparato con fuerza contra mi oreja.

Podría haber llamado a cualquiera, pero me llamó a mí.

Es un amigo.

Claro, uno al que quieres besar.

Cierro los ojos, tratando de ser racional.

¿Quiero ir? Mucho.

¿Es seguro? ¡No!

Pero, a veces, se trata de *arriesgarse.*

Lo máximo que puede pasar es que vuelva pronto a casa.

— ¿Y bien?

— ¿Puedo llevar a una amiga a esta fiesta?

— ¡Claro! Tu amiga es mi invitada.

— Hmm.

April se va a volver loca, seguro.

— Vamos, Nueva York. ¡Piensa en el OBJETIVO! —insiste, y me echo a reír.

Ah, si esa fuera mi preocupación.

— ¡Voy!

—¡Sí! —se emociona—. Creo que nunca había estado tan ansioso por una fiesta.

— No exageres, ya me has convencido con lo de la «meta» —bromeo.

— No estoy bromeando —responde y se me eriza el vello de la nuca.

Joder.

— Más vale que la fiesta sea buena, Jugador.

—Lo será —afirma sin dudar—. Estarás aquí... conmigo.

Contengo la respiración, pensando en algo gracioso que responder. Pero no se me ocurre nada.

¿Cuándo se pusieron las cosas tan intensas?

¿Desde que le echaste el ojo encima?

—Hasta mañana, Megan...

—*Hasta*... Josh.

Cuelgo con una sonrisa en la cara.

La tortilla está fría en el plato y ahora ya no puedo comerla. La guardo en la nevera para, quién sabe, más tarde.

Estoy tan emocionada que no puedo estar quieta.

Una ducha...

Sí, eso debería funcionar y relajarme.

Es una fiesta, como tantas otras a las que he ido en el instituto, ¿no?

Claro, repítelo unas veinte veces, a ver si te convence.

La ducha hace su magia y decido tirarme en la cama y seguir con Constantine, con la esperanza de distraerme.

No funciona.

No dejo de recordar nuestra conversación.

Al final, me rindo y me pongo a escuchar una lista de reproducción aleatoria en Spotify.

Todo era perfecto, hasta que empieza a sonar *Tears in Heaven*.

A mi madre le encantaba esta canción, decía que le recordaba a mi abuela. Yo me burlaba, decía que era muy melancólica, pero nunca había prestado atención a la letra.

Ahora entiendo por qué siempre lloraba cuando la escuchaba.

Oh, mamá...

La euforia y la emoción de hace unos minutos dan paso a esa tristeza que suele ser mi fiel compañera.

Me doy la vuelta y me cubro, deseando que esta sensación se vaya, que este nudo en mi pecho desaparezca.

Sé que ya va a hacer un año, pero no duele menos.

Sé que tengo que seguir adelante, sé que hay días buenos... y otros no tanto, pero siempre es agobiante saber que nunca más te volveré a ver, que n s volveré a oír tu voz cuando llegue a casa, que no hablaremos de todo, incluso de chicos... tú eras la mejor consejera y Ash la peor.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de pensar en cosas buenas, cualquier cosa que me quite este peso de dentro.

Y por absurdo que parezca, lo primero que me viene a la mente es la risa de Josh, y me sorprendo sonriendo entre lágrimas.

—Creo que te gustaría, mamá —susurro, apretando con fuerza la almohada.

Sí, te gustaría... estoy segura.

Me vienen a la mente flashes de nuestras conversaciones, de sus bromas, de sus ojos marrones y de sus hoyuelos, y me aferro a eso.

Empieza a sonar *Fix you,* de Coldplay, y no podría ser más perfecta. Respiro hondo y dejo que la música me inunde, el aire entra y sale lentamente, la opresión, la tristeza van disminuyendo,

hasta que me resulta más fácil respirar, hasta que solo queda Josh en mi mente...

Y pensar en él es casi como un salvavidas para alguien que se está ahogando, *como yo*.

Es exactamente lo que necesito... él.

Y eso es más aterrador de lo que quiero admitir.



CAPÍTULO 11

Megan

Disturbia - Rihanna
Don't Stop the music – Rihanna
Yeah - Usher
Something - Lasgo

— ¿Ya estás lista?

— Casi, ¿y tú? —grito, ya que estoy un poco lejos del móvil.

— ¿Qué?

— Lo siento, lo dejé en el altavoz mientras intentaba ponerme el delineador sin mancharme toda la cara.

— ¿Cómo te ha quedado?

— Horrible, ya me lo estoy quitando todo. Por aquí solo llevaré lápiz de ojos y rímel.

Ella se ríe y yo me contengo para no reírme.

— Sí, ríete. No todas tienen habilidad con estos lápices.

— Es cuestión de práctica. Luego te daré algunos consejos.

— Te lo voy a cobrar.

— Ya me voy, te recojo en unos quince minutos. ¿Queremos disfrutar de esta fiesta o qué?

— Ya estoy nerviosa por tu culpa.

— Si todo lo que he oído es cierto, va a estar genial.

— Me alegro de que alguien esté animado.

— Como si tú no lo estuvieras.

— Yo...

— Estás deseando ver al *quarterback* guapo. Tranquila, yo también lo estaría en tu lugar.

Me echo a reír.

— Ven pronto, algo me dice que tú también puedes ligarte a algún deportista por allí.

Se queda en silencio unos segundos, lo cual es extraño.

April siempre está hablando o bromeando.

— Estoy segura de que nadie querría algo —parece pensar— con alguien tan confusa como yo.

— Oye, eres una chica guapa, ¡y aún no te he visto hoy, eh!

— Ah, Megs, eres especial, chica, gracias por eso.

April no habla mucho de su pasado, de su familia, y lo poco que ha dejado escapar me dice que el ambiente allí no es de los mejores.

— Cualquiera sería afortunado de tener a alguien como tú.

— No porque no hayas sabido maquillarte, tienes que arruinarme el mío. Dejemos la charla. Termina ya, que voy a recogerte.

—Vale, besos. —Cuelgo apresurada y vuelvo al espejo.

Termino de ponerme el rímel y me miro en el espejo.

No está mal.

Tengo que admitir que resalta mis ojos.

El vestido negro corto, con pequeños detalles en color burdeos, es de manga larga y cuello alto, lo que protege un poco del frío de la noche.

Es holgado, con drapeados en toda su longitud y ceñido gracias al cordón.

Lo compré la última vez que fui al centro comercial con Ash, pero no llegué a usarlo... poco después, *todo cambió*.

Respiro hondo, decidida a no pensar en cosas tristes hoy.

Me pongo las botas de caña corta, con tacón alto, claro, y son el toque final.

Aquí no hay nada de bajita. *Al menos, no tanto.*

Miro mi reflejo y me dan ganas de reír, segura de que ni siquiera con tacones altos me acerco a Josh.

Bajo las escaleras con cuidado, ya que hace tiempo que no uso algo tan alto.

— Vaya...

— ¿Te gusta? —pregunto sonriendo.

— Estás preciosa, cariño. ¿Puedo saber adónde vas así?

— Voy a salir con unos amigos —me encojo de hombros, sin entrar en detalles.

¿Y si le digo el nombre de la fraternidad y él sabe que hay varios jugadores suyos allí?

— ¿Amigos?

— Sí, amigos... — Sonrío, abro la nevera y me sirvo un vaso de agua, mientras April no llega. — La victoria de ayer todavía está dando que hablar en el campus.

— ¿Te has enterado?

— ¡Sí! — Lo abrazo.

Por su quarterback... quiero decirlo, pero me contengo.

No hay motivo, no tenemos nada y no quiero que mi padre se haga ilusiones.

— ¿Vas a celebrarlo con el equipo? —le pregunto.

— No, deja que piensen que soy un tipo duro e insensible, por ahora.

— Como si fuera posible, en poco tiempo se darán cuenta de que solo es una fachada.

— No por lo que a mí respecta.

— Es usted malo, entrenador Adams.

Suena una bocina y pongo el vaso en el fregadero.

— Es April, me voy, papá.

— Diviértete y compórtate.

— ¡Siempre! —Le doy un beso en la mejilla.

Estoy casi en la puerta cuando me llama por mi apodo de niña. Me giro y ahí está, mirándome de una forma extraña.

— Me alegro de verte así. Últimamente sonríes más.

Creo que sí.

— Yo...

— Vete, no quiero retrasarte.

— ¡Me voy! — Le lanzo un beso y me voy.

— Vaya, quién necesita delineador, estás guapísima, Megs.

— Ah... gracias. Tú...

— No empieces, voy a por las bebidas y los cotilleos.

— Iba a decir que estás preciosa.

Ella pone los ojos en blanco, pero es verdad.

Con un estilo propio, totalmente desenfadado, April es impresionante.

Y hoy la rubia ha elegido unos vaqueros negros, rotos en los muslos y las rodillas, un jersey negro holgado con varios tachones plateados que forman la palabra «Foda-se» (Que te jodan), acompañados de sus botas negras, pero lo más destacado son sus ojos verde claro, que son como faros en su maquillaje oscuro.

— Sí, y pensar que aún no has bebido nada.

— Venga ya, tú...

— Vamos ya a la fiesta.

— ¡Vamos!

Fiesta en la fraternidad, allá voy.

— Nunca había venido por aquí —comento, mientras nos acercamos.

— ¿De los dormitorios?

— Sí, me siento mal, podrías haber venido directamente aquí, en lugar de venir a recogerme.

— Oye, no ha sido ningún problema. Es allí, el ALT. — Señala un edificio enorme, rodeado de grandes árboles.

— ¡Vaya, es enorme! —exclamo, observando aún en estado de shock la construcción de dos pisos, con varias ventanas tipo balcón, y muy grande sobre la puerta de entrada se lee ALT.

Afuera, hay una multitud aglomerada y solo puedo imaginar cómo estará adentro.

— Espera a ver el interior. Dicen que es uno de los más elegantes.

Siento mis manos heladas y mi estómago parece dar vueltas.

«Hola, chicas, bienvenidas», nos saluda un chico, mirándonos de arriba abajo, lo que me hace pensar si no debería haberme puesto unos vaqueros.

Ánimo, Megan.

— ¿Vamos?

Asiento con la cabeza y entramos, pero no estaba preparada para eso.

Si fuera estaba lleno, dentro lo estaba aún más.

Decenas de personas bailan al ritmo de una mezcla de *Don't Stop the Music* y *Disturbia*, de Rihanna, y agradezco que la música sea buena.

Miro a mi alrededor, tratando de reconocer a alguien, pero no lo consigo.

Es imposible dar un paso sin chocar con alguien.

— Hola, señoritas. — Se acerca un tipo, todo manos, y me encogí, asustada.

— ¡Lárgate! —April es más rápida que yo, y le agradezco con una sonrisa.

— ¡Puta! —responde él y sigue su camino con el vaso en la mano.

— ¡Qué imbécil! ¿Te lo puedes creer?

— Voy a avisar que hemos llegado. — Cojo mi móvil del bolso y me dispongo a escribir, cuando siento una sensación extraña, como si me estuvieran mirando.

— Creo que ya te ha encontrado, amiga —me susurra al oído —. Vale, voy a buscar algo decente para beber por aquí. Ahora vuelvo.

La veo alejarse y me preparo para girar en la dirección que me ha indicado, y cuando lo hago, descubro que nada podría haberme preparado para lo que voy a ver.

Joder.

Empieza a sonar *«Yeah»* de Usher, mientras él se acerca, y yo...

Cierra la boca.

Lleva unos pantalones cortos cargo y una camiseta negra ajustada que marca a la perfección su abdomen trabajado, y ¿qué son esos brazos?

Respira...

—Has venido, Nueva York. —Se detiene a pocos centímetros de mí y siento que me arden las mejillas.

Dios, ¿se habrá dado cuenta de que lo estoy comiendo con los ojos?

—Dije que vendría —logro decir después de unos segundos.

— Hoy voy a tener trabajo.

—¿Por qué? —pregunto, confundida.

Él sonríe y sus hoyuelos están ahí.

—Para mantener a todos estos grandullones lejos de ti —susurra cerca de mi oído.

No lo vi venir y algo dentro de mí se agita.

— Pensaba que el objetivo era precisamente ese... divertirse —me encojo de hombros.

Su mirada es intensa y parece a punto de decir algo ingenioso, cuando April regresa.

— Toma, chica —me entrega un vaso—. Me ha costado mucho encontrar algo que no tuviera alcohol.

— Josh, ella es April, mi amiga. April, él es...

—Jugador —completa ella, y me sonrojo aún más cuando él arquea una ceja.

Sí, tal vez te haya hablado de ti.

— Encantado, April. Me alegro de que hayáis venido. Me ha costado convencer a cierta persona. — Su mirada se posa en mí y, joder, parece que hace mucho calor aquí dentro.

— ¿En serio? Megs estaba tan emocionada por venir — responde, mirándome, y mis ojos deben haberse puesto del tamaño de platos—. ¿Verdad?

Josh se contiene la risa y yo podría cavar un agujero.

— Os voy a presentar a los chicos. ¡Vengan! — Extiende la mano hacia mí y April casi se queda bizca, señalándome.

Ah, qué más daña.

Acepto su mano y es como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo.

Su tacto es cálido, fuerte...

Por Dios, Megan.

Caminamos entre la multitud que parece abrirle paso a medida que se acerca.

Él no es cualquiera.

Es una de las estrellas del equipo... y uno de los GC, no lo olvides.

Por dondequiera que miro, veo chicas mirándolo con interés, pero él parece ajeno a la atención que despierta.

Nos detenemos frente a un pequeño grupo, sentado en un sofá en uno de los rincones más alejados de la casa.

— Chicos, esta es Megan —dice, mirándome a mí y a los chicos con una gran sonrisa en la cara—. Y la rubia a su lado es April, son estudiantes de primer año y esta es su primera fiesta de ALT, así que intentad no asustarlas —bromea.

Oh, mierda.

Sus miradas se dirigen de él a mí, y a su mano, que todavía está en la mía.

— Estos son Will, Dylan y Matt, los mejores receptores de la Universidad de Georgetown.

— ¡Hola! —saludo con la mano.

— Bienvenidas, espero que disfrutéis de la fiesta. — Uno de ellos me guiña el ojo. — Cuidado con el ponche, parece que le han echado toda la botella —comenta Dylan, un rubio alto, e inmediatamente miro mi vaso. Ni siquiera lo he probado todavía.

— El tuyo está bien, Megs —me susurra April a mi lado.

— ¿No bebes, rubia? —pregunta el chico negro, sentado más en la esquina, muy serio, mirando a mi amiga con evidente interés.

Vaya.

—Me gustan las bebidas más fuertes —responde ella, sorprendiéndome, y él sonríe, sorprendido por la respuesta.

Vaya.

—Interesante.

— ¿Qué pasa? ¿Estás acostumbrado a chicas que solo beben bebidas dulces? —Arquea la ceja y no sé de dónde ha salido todo eso.

¿Qué problema hay con las bebidas dulces? Me encantan y, si me dejan, me las bebo todas, lo cual es peligroso. No me dejéis cerca de nada así.

Se miran el uno al otro.

Él se levanta y camina hacia nosotros.

— Encantado, Megan. — Me tiende la mano y yo la acepto, luego se detiene frente a April. — Voy a prepararte algo, rubia. — Y se aleja.

«¡Esto está cada vez mejor! Y la noche ni siquiera ha empezado», comenta otro armario, *¿cómo se llama?* Matt, eso es, claramente divirtiéndose mucho.

Un grupo de chicas llega y prácticamente se lanza sobre ellos.

— Oye, tranquilas, chicas. Hay para todas.

Dios mío, ¿en serio?

El tal Matt equilibra a una chica en cada muslo.

— ¡Te dije que te comportaras, tío! — Josh se burla a mi lado.

— ¿Qué he hecho? —Levanta las manos con una sonrisa y ellas se restriegan más contra él.

— Ha sido un placer conoceros —empiezo, un poco avergonzado.

— Oye, quédate ahí, vamos a jugar a verdad o reto dentro de un rato, va a ser divertido.

— ¡Ahhh, me encanta este juego! — exclama una de las chicas, pasando su larga uña roja por su cara.

— Yo... —Miro a April, que se encoge de hombros, bebe un poco más de su copa y pone cara de asco—. No sé, no queremos estropearos los juegos. —Vuelvo a mirar a Josh—. April y yo vamos a dar una vuelta por la fiesta.

— Toma, a ver si te gusta —Will regresa con un vaso con alguna bebida y se lo entrega a April.

— ¿Qué hay aquí?

— Descúbrelo, a menos que tengas miedo de que sea demasiado fuerte para ti. — Arquea una ceja.

Ella sonríe ante el desafío.

—Un Negroni c[5] —dice después de dar un sorbo y yo no tengo ni idea de lo que es eso, solo sé que lleva naranja—. Tengo que reconocer que me has sorprendido, receptor.

¿Soy yo o hay tensión entre estos dos? Humm...

Concéntrate, Megan.

Habla con Josh.

— Gracias por recibirnos, no quiero entretenerte más, tú... sé que tienes otros invitados a los que atender. — Le suelto la mano e inmediatamente la echo de menos.

Él se acerca y me quedo paralizada.

— Hoy soy todo tuyo, Nueva York —me susurra solo a mí y siento su aliento en mi cuello—. Me tomo mis objetivos muy en serio.

— Ah... claro.

Ayúdame, Dios.

— ¿Jugamos o no? —insiste el rubio—. ¿Te apuntas, W, J? Verdad o reto para empezar bien la noche.

— Esto va a ser divertido. — Will se vuelve a tumbar en el sofá, pero su mirada sigue fija en mi amiga, que está distraída con su nueva copa.

Todas las miradas parecen estar puestas en mí.

Josh no dice nada, solo me observa.

La decisión es mía.

¿Y si hago el ridículo?

La última vez que jugué a algo fue hace unos tres años, y aun así, fue «Yo nunca», en el que alguien hace una afirmación «Yo nunca...» y si lo has hecho, tienes que beberte lo que hay en el vaso. El mío se quedó lleno y, joder, fue un poco humillante ser la única que aún no había hecho nada.

— ¿Podemos salir fuera, si quieres, Nueva York? — Sus dedos rozan ligeramente mi mano.

— ¡Vamos a jugar! —afirmo y mi corazón está a punto de explotar en mi pecho.

—¡Sí! —grita Matt, casi tirando al suelo a las chicas.

Más gente se acerca, algunos para participar y otros solo para mirar.

— ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Megs? —me susurra April a mi lado.

—En absoluto —respondo—, pero vamos a hacerlo de todos modos.

¿Qué puede salir mal?

En las primeras rondas, consigo escapar.

El fondo de la botella o su pico pasaban lejos de mí.

Y la mayoría eran retos estúpidos entre los chicos. Meter hielo en los pantalones, tocarse la nariz con la lengua, quitarse un calcetín con la boca o besar a una chica al azar. No hace falta decir que había varias voluntarias, pero entonces la botella empezó a pasar muy cerca de mí.

Primero, se detuvo con el fondo hacia Will y la boquilla hacia April, lo que significa que él hace la pregunta y ella responde.

Esto va a ser interesante.

— ¿Verdad o reto, rubia?

— Verdad.

—¡Cobarde! —Finge toser, soltando estas palabras, y ella podría matarlo con la mirada—. ¿Cuál es la mayor mentira que le has contado a alguien de tu familia?

Ella ni siquiera lo piensa mucho, levanta la barbilla y, sin dudar, responde:

—Que estaba bien.

Todos se quedan en silencio ante su respuesta.

—Vale, vale, siguiente ronda —anuncia Dylan, pero yo solo puedo pensar en lo que ella ha dicho.

Se levanta apresuradamente.

— ¿April? ¿Estás bien? —Le cojo la mano.

— Ahora vuelvo. Solo voy al baño. — Me guiña el ojo, pero no me convence.

— ¿Estás segura? Puedo acompañarte.

— Claro que sí. Ahora vuelvo. Intenta no besar al Jugador mientras estoy fuera... ya veremos —bromea y sale corriendo.

Las jugadas continúan y hasta es divertido.

Matt reta a algunas de las chicas a besar a Dylan, y ellas aceptan sin dudarlo.

Por favor, que nadie bese a Josh...

La botella cae con el cuello en su dirección.

— ¿Verdad o reto, J? —pregunta Dylan.

— Verdad.

— ¿Estás cachondo hoy?

— Solo calentando.

— Ya que es así. ¿Hay alguien en este grupo a quien quieras besar?

Ni siquiera respiro en mi sitio.

No lo mires.

No lo mires.

Demasiado tarde.

Levanto la mirada justo en el momento en que él responde, mirándome.

— ¡Por supuesto!

Joder.

— ¡Nombre!

— Tu pregunta no era «¿en quién?», sino «¿tienes?».

— ¡Vete a la mierda!

— Formula bien la pregunta la próxima vez —se burla y no puedo evitar sonreír.

— ¡Esto tendrá consecuencias, tío!

April vuelve y se sienta a mi lado.

— ¿Me he perdido algo?

— No —susurro, pero casi me da un ataque con su respuesta.

— ¿Estás bien? —le pregunto.

— Sí, todo bien —me tranquiliza, pero no sé si creerla.

La botella vuelve a girar y, por un segundo, pensé que volvería a caer en manos de April, pero no.

Esta vez, la afortunada *soy yo.*

«¿Verdad o reto?», pregunta Matt.

Y como soy muy cobarde, claro que elijo verdad.

Ni loca voy a pagar estos retos ridículos, ni correr el riesgo de tener que besar a alguien.

Solo hay una persona aquí a la que besaría...

Responde.

— Verdad.

Échame un vistazo a Josh y me doy cuenta de que bien podría preguntarme si quiero besar a su amigo, formulando la pregunta correctamente ahora, y claro que sería una puta mentira decir que no.

Una de las chicas le susurra algo al oído y él sonríe.

Oh, mierda, pregúntalo ya.

Mi corazón se acelera y me preparo para todo, menos para lo que sale de su boca.

— ¿Cuándo fue la última vez que lloraste y por qué?

Miro mis manos, menos a ellos.

¿Cómo voy a responder que lloro *todos los días*?

¿Cómo voy a responder, si solo de pensarlo ya siento los ojos llorosos y la garganta se me cierra?

Respira, Megan.

Es una fiesta y solo una broma.

«Quiero un reto», suspiro.

No me importa lo que piensen.

Nada puede ser peor que tener que abrir esta herida, aquí... delante de extraños.

— ¿Qué?

—Quiero cambiar. —Mi voz se quiebra, pero me obligo a continuar—. Un desafío.

Se miran entre sí.

Creo que nadie ha hecho eso nunca.

— Oye, Megan — Josh me interrumpe y parece preocupado. — No tienes por qué...

Evito su mirada.

— ¿Y bien? —pregunto, levantando la barbilla.

No voy a huir.

— Te reto a...

Cierro los ojos con expectación.

—Besaste a Josh —anuncia, y yo abro mucho los ojos— *en el cuello*.

Joder.

Esperaba algo así. Al menos, era con quien lo haría independientemente del desafío, pero aun así, mi corazón parece que se me va a salir por la boca.

Levanto la mirada y encuentro sus iris marrones fijos en mí.

Me levanto y la gente se emociona. Algunos aplauden, otros silban, lo ignoro todo, excepto a él y su mirada preocupada.

Me detengo a pocos centímetros y temo que pueda oír mi corazón.

— No hace falta —me susurra al oído.

«No pasa nada, Jugador», intento tranquilizarlo, «he aceptado el juego, solo es un besito».

Su mirada se estrecha y se dirige a mis labios.

—Megan. —Su voz suena ronca y me acerco, ignorando los gritos a nuestro alrededor.

Mi atención se centra solo en él.

En su mirada, en la forma en que hace que mi corazón se acelere.

Tan cerca...

Me detengo a pocos centímetros de su boca y el público enloquece.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, mirándonos el uno al otro, parece una eternidad.

Valor.

Me desvío de su boca, cierro los ojos y lentamente toco su cuello con mis labios.

Tu piel está caliente, huele bien, y me encuentro deseando más...

Mis labios se demoran más de lo necesario allí, y paso suavemente mi lengua por donde mi boca ha tocado.

Cuando me alejo, noto que traga saliva, su mirada es puro fuego, calentándome, quemando todo dentro de mí.

Le ha gustado tanto como a mí...
Y no sé si sentirme feliz o asustada.
La última opción gana.



Glad you came – The wanted

En el momento en que el cabrón de Matt anunció la broma, supe que había muchas posibilidades de que algo saliera mal, pero fui egoísta.

En el fondo, esperaba que hubiera un beso, no voy a mentir, pero ver tu pánico con esa pregunta me destrozó.

En ese momento, solo quería borrar la tristeza de su mirada y asegurarle que todo saldría bien.

Megan no se levantó y se fue, como muchos esperaban.

Insistió en terminar la broma y, por supuesto, los chicos se dieron cuenta de mi interés por ella, solo un ciego no lo habría visto.

Ya esperaba alguna broma, un beso, pero nada me preparó para el torbellino que se produjo dentro de mí al verla acercarse, su mirada en la mía... su tacto en mi piel.

Joder, tuve que apretar los puños y reunir todo mi control para no ponerme cachondo, allí mismo, delante de todos.

La deseo...

Mucho.

La broma continuó, pero no para mí ni para ella.

Para nosotros, terminó allí.

Cuando Megan pidió permiso, ni lo pensé dos veces, la seguí.

Necesitaba saber si estaba bien.

Se dirigió a la zona exterior, en la parte trasera de la casa. Un jardín privado donde, milagrosamente, no había nadie.

Lejos de todo el desorden y el ruido.

Estamos solos...

— ¿Estás bien, Nueva York? —le pregunto deteniéndome a pocos pasos de ella.

Ella gira la cara y me dedica una sonrisa que no me engaña.

— ¿No deberías estar ahí, jugando? —desvía la conversación.

— ¿Cómo, cuando lo único que me interesa está aquí fuera?

Ella pone los ojos en blanco y vuelve a mirar al frente.

— Perdona a los chicos, pueden ser irritantes —hago una mueca—, pero son simpáticos.

—Me han caído bien —afirma, y realmente parece querer decirlo.

— ¿No estás enfadada?

— ¿Enfadada? No, ¿por qué iba a estarlo? —Arquea una ceja y me mira a los ojos.

— La pregunta...

Se muerde los labios y vuelve a mirar al horizonte.

— Es complicado. — Esboza una sonrisa triste y decido no seguir hablando del tema, *al menos hoy*.

— Si quieres hablar, no soy solo una cara bonita.

Ella sonríe y mi corazón se acelera.

—Tampoco eres modesto, ¿eh?

— ¡Oye, no soy yo quien lo dice! — Levanto las manos en mi defensa.

— Claro, apuesto a que en esta fiesta hay varias chicas que lo afirmarían sin pestañear.

— Quizás, pero solo una me interesa —respondo en voz baja, pero sé que ella me ha oído porque sus mejillas se tiñen de rojo—. ¿Y qué hay del reto? —pregunto, acercándome a ella.

Dios, su perfume es delicioso, y solo puedo pensar en sentir la suavidad de su cabello otra vez.

— ¿Qué pasa con él? —Gira el cuerpo y quedamos cara a cara—. Solo era una broma, ¿verdad?

Claro, aunque no quiero que lo sea.

— Sí, una broma —insisto, sin poder apartar la mirada de sus labios, que ella insiste en mordisquear—, pero creo que te gustó, ¿te gustó besarme, Nueva York? —la provoqué, colocándole un mechón detrás de la oreja.

Su cuerpo se estremece bajo mi tacto, pero ella no retrocede y, por supuesto, tampoco se queda quieta.

— Solo era un reto —se encoge de hombros—. Te besé como podría haber besado a cualquiera de los que estaban allí —replica, sin mirarme—.

Solo por encima de mi cadáver.

Acerco la distancia.

— Dime eso mirándome a los ojos —le digo, tocándole la barbilla con el dedo índice y encontrando sus ojos azules.

Tan cerca.

Podría... tenía tantas ganas de probarla.

—Ahí están —dice Will, arruinando el momento—. La rubia está desesperada por encontrar a su amiga y lista para llamar a la policía.

— Dios, ¿siempre exageras?

— ¿No es cierto?

—Quizás... —Pone los ojos en blanco.

— April, lo siento, vine a tomar aire fresco y...

— ¿Aire fresco, eh? — Nos mira y esboza una sonrisa.

La bajita se sonroja y yo me alejo, necesitando alejarme de la tentación que ella representa.

Me siento como un adolescente otra vez, loco por besar a la chica.

— Voy a volver a la fiesta —anuncia W, dándose la vuelta para volver a entrar en la casa.

— Gracias, receptor —grita la rubia sin mirar atrás—. Perdona por interrumpir, pero tengo que irme —pone una mueca, totalmente avergonzada—, ¿quieres que te lleve, Megs?

Podría decirle que la llevo, pero mi control pende de un hilo.

— Claro, claro, sí, ¡vamos! Ya es tarde.

— Vale, te espero fuera, así podrás... — Gesticula en nuestra dirección, nada discreta, y me dan ganas de reír. — Despedirte.

Me saluda con la mano y se marcha tan rápido como ha llegado.

— Eso ha sido... —Megan empieza, visiblemente avergonzada.

— ¿Sutil? —bromeo y ella se ríe.

—No podría describirlo mejor —responde, mirándome—. Me lo he pasado muy bien —continúa y yo controlo el impulso de atraerla hacia mí.

— Voy a organizar nuestra próxima misión — anuncio, tratando de romper la tensión.

— ¿Cómo? —Parece realmente confundida.

— Tenemos otros objetivos que cumplir, Nueva York. No sé tú, pero yo me tomo los míos muy en serio.

La sorpresa se refleja en su rostro, pero luego esboza una enorme sonrisa que me emociona por dentro.

— Además, tendremos que repetir la fiesta en la fraternidad. Hoy no cuenta.

— ¿Ah, no?

— Claro que no, ni siquiera bailamos.

Ella abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

— Nada de bailar. Tengo la coordinación de un saco de patatas.

— Necesito verlo para poder opinar. — Parpadeo, acercándome de nuevo.

La chica es como un imán que me atrae.

— Créeme, te estoy protegiendo de un gran trauma.

— Acepto los riesgos.

Ahí está ella, mordiéndose los labios, otra vez.

— Tengo que irme. — Gesticula en dirección a la puerta, alejándose lentamente. — Gracias por hoy, me lo he pasado muy bien, Josh.

— Yo también.

Mucho.

La veo alejarse y desaparecer entre la multitud que hay en la sala.

Podría tener a cualquier chica allí, sería fácil...

Pero solo quiero a una: *a ella*.

Enhorabuena, Josh, estás oficialmente *jodido.*



CAPÍTULO 13

Megan

Keep Holding on – Avril Lavigne
Oceans (Where Feet May Fail) – Hillsong United, Taya
More than words – Extreme

Sabía que no debía haber salido de casa.

No hoy.

Un año...

Me aseguré de que pusieran flores frescas, sus favoritas, pero *debería haber estado allí.*

Mi móvil vibra y es Josh, preguntando si todo va bien.

No nos vemos desde la fiesta de la fraternidad.

Sé que está entrenando mucho, mi padre apenas pasa por casa, debido a los preparativos para el segundo partido de la temporada contra los Missouri Explorers.

Me quedo mirando el móvil un rato, pensando en qué responder.

Quería decir que *sí*, pero lo único que consigo hacer es enviar un emoji triste.

Yo: ☹

Definitivamente, hoy no soy buena compañía.

Vuelvo a centrar mi atención en la clase, pero es inútil, no consigo prestar atención a nada.

Me empiezan a arder los ojos y se me acelera el corazón.

No puedo quedarme aquí ni un segundo más.

— Tengo que salir —le susurro a April.

— ¿Estás bien? Estás pálida.

— Solo tengo que irme, te llamaré —la tranquilizo y salgo como un huracán de la clase, sin darle tiempo a hacer más preguntas.

Camino apresurada hacia la salida del edificio y solo cuando el viento helado me recibe, dejo caer las primeras lágrimas.

Me cubro la cara con las manos, no quiero que nadie me vea, *no así*.

Y entonces, unos brazos fuertes me envuelven.

Josh...

No sé si es el alivio de ver su rostro o el torbellino que hay dentro de mí, pero lo cierto es que más lágrimas caen sin control.

—¿Qué pasa? —Me seca la cara con el pulgar, con mirada angustiada.

— Yo...

Se me hace un nudo en la garganta.

Me lleva al pasillo entre los dos edificios, lejos de la vista de los curiosos.

— No acepto un «es complicado» como respuesta. —Me levanta la barbilla, obligándome a mirarlo—. Hoy no, Nueva York, no contigo así.

Un sollozo sacude mi cuerpo y cierro los ojos, tratando de calmarme.

— Déjame ayudarte, preciosa.

Ah, cómo me gustaría que fuera posible.

— ¿Recuerdas cuando... —respiro hondo—... me preguntaron en la fiesta...

—Te preguntaron cuándo fue la última vez que lloraste y por qué.

Asiento con la cabeza, secándome la cara con el dorso de las manos.

— No quise responder —empiezo, pero mi voz se quiebra.

— Venga, estoy aquí contigo. — Me abraza, acariciándome el pelo, y es tan fácil quedarse ahí...

— No quería decir que lloro todos los días.

Su atención está puesta en mí.

—Hoy hace un año que falleció mi madre, un año que... — otro sollozo—... perdí a una de las personas más importantes de mi vida, y pensé que el dolor disminuiría, pero no... hoy estoy aquí, a kilómetros de distancia y ni siquiera puedo ir a su tumba, dejar las flores que le gustaban. —Más lágrimas caen, ni siquiera intento contenerlas.

Sus brazos me envuelven y yo entierro la cara en su pecho, inhalando su perfume, sintiendo su corazón latir con fuerza, sintiéndolo allí conmigo, para mí.

— Lo siento, Megan. — En su voz no hay pena, en su rostro no hay una mirada condescendiente.

Parece comprender mi dolor mientras me sostiene la cara y seca cada lágrima que se escapa.

— Me has preguntado por qué no voy al estadio a verte jugar, no voy porque la última vez que estuve en uno... fue *con ella*. Lo siento.

— Oye, no hay nada, absolutamente nada, por lo que disculparse, ¿me oyes? — Me levanta la barbilla y me mira fijamente.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento.

— Ven conmigo. — Me tiende la mano y ni lo pienso, simplemente la acepto, entrelazando mis dedos con los suyos.

Entramos en su coche y se pone en marcha.

Su mano sigue en la mía y, de alguna manera, es reconfortante saber que está ahí.

En silencio, observo cómo cambia el paisaje.

Los edificios y las casas dan paso al verde y a las vallas de las grandes granjas.

— ¿Adónde vamos?

— Ya casi llegamos —dice, desviando la atención de la carretera para mirarme.

Cinco minutos después, nos detenemos frente a una...

— Esto es...

— Una capilla —confirma mis sospechas—. Estamos en la finca del viejo Sr. Mills.

Salta del coche y se apresura a rodearlo para ayudarme a bajar.

— Gracias —mi voz es un susurro—. ¿No te traerá problemas que estemos aquí? —Miro la inmensidad verde que nos rodea.

Hace un gesto con la mano para indicar que no y luego se acerca, deteniéndose a pocos centímetros.

—El dueño era amigo de mi padre. A veces veníamos aquí a ayudar con la cosecha —comenta y parece perdido en sus recuerdos. — Sé que no es lo mismo —continúa, sosteniendo mis manos entre las suyas—, pero este lugar siempre me ha traído paz, y cuando estaba muy triste o echaba mucho de menos a mi padre — oh, Dios, ha perdido a su padre, me muerdo los labios, tratando de no volver a *llorar—,* y no quería que mi madre o FT lo vieran, venía aquí.

— Josh, lo siento mucho.

— Fue hace mucho tiempo, preciosa. Tenía ocho años.

No sé qué es peor. Confirmar que realmente perdió a su padre o descubrir que era tan pequeño.

Soy adulta y apenas puedo lidiar con esto, imagínate un niño.

Me levanta la barbilla con el dedo índice y nuestras miradas se cruzan.

— No te pongas triste por mí, Nueva York.

— Yo... no sé si puedo —le respondo, y él me acaricia la cara con el pulgar.

Mi corazón se acelera.

— Sé que no es lo que esperabas, pero creo que puedes hablar con ella aquí.

Antes de que pueda responder, me besa en la frente y se aleja hacia el coche, dejándome a solas.

Sus ojos se llenan de lágrimas por su gesto.

Joder, Josh, realmente quieres complicarme la vida y mis objetivos.

Obligo a mis pies a caminar hacia la pequeña capilla.

Cuando entro, me faltan palabras para explicarlo.

Una increíble sensación de paz me invade.

Es como si una mano invisible me quitara toda la angustia y el dolor del pecho, y de repente me resultara fácil volver a respirar.

«Hola, mamá», comienzo, cerrando los ojos y doblando las rodillas.

No sé cuánto tiempo permanezco allí.

Yo... *hablo con ella.*

Hablo de un poco de todo.

Le digo que a estas horas las flores frescas ya deben estar en Nueva York y que, tan pronto como sea posible, pasaré por allí. Le cuento que papá ganó su primer partido, que las asignaturas están muy difíciles, tal y como ella dijo que sería, pero que estoy consiguiendo sacarlas adelante, le cuento que faltan exactamente ocho meses para mi viaje, *el* que debería ser nuestro, e , y le cuento que cada día estoy más confundida con respecto a mis sentimientos hacia un determinado jugador...

No debería dejar que entrara en mi corazón, no cuando me voy, para eso hay una meta, pero simplemente no puedo alejarlo.

Al menos, no ahora.

Cuando finalmente salgo del pequeño templo, me siento ligera.

—Perdona la demora —comienzo, tan pronto como lo veo apoyado contra el capó.

Guapo, como siempre.

—¿Te sientes mejor?

Asiento con la cabeza.

—Entonces ha valido la pena todo el tiempo que he estado aquí. —Me guiña un ojo y se acerca con una sonrisa que debería estar prohibida.

— Gracias, no sabía que lo necesitaba tanto hasta que me trajiste aquí. Sé que puedo rezar por ella desde donde sea, pero cuando iba allí, no sé, parecía que estábamos cerca.

—Cuando murió mi padre, mi madre dijo... —Hace una pausa y carraspea, demostrando que, por mucho tiempo que pase, nunca

es fácil lidiar con eso—. ...que él siempre estaría cuidando de nosotros, y que yo siempre podría hablar con él, que dondequiera que esté, él lo oye y lo ve todo. Yo sigo creyendo en eso.

Su madre fue perfecta, y ahí estoy yo, con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—¿Quién es FT? —pregunto, tratando de concentrarme en algo para no llorar.

— Es mi hermanito. Finn Thomas William Miller. Era un nombre muy largo, así que lo acorté. — Sonríe levemente.

— Entonces tú eres el hermano mayor.

— ¡Culpable!

Espera un segundo, estas iniciales...

Las he visto en alguna parte.

FT... sí, FT y M.

— Tu objetivo es él, ¿verdad?

Sonríe con tristeza, pero no lo niega.

— Lo siento, dijiste que era complicado y yo...

Me coge de la mano y me lleva a dar un paseo.

—Antes de que mi padre se fuera —comienza y entrelazo mis dedos con los suyos, queriendo que sepa que yo también estoy ahí para él—. La situación en casa se complicó mucho. Yo era pequeño, pero lo recuerdo, apenas teníamos para comer. —Hace una mueca —. Cuando todo sucedió, pensé que sería el fin, mi madre estaba a punto de tener a Finn y ni siquiera teníamos para nosotros, así que todo se fue arreglando. No fue fácil, pero lo conseguimos. Juntos superamos las dificultades.

— Josh, yo... no sé qué decir.

Me acaricia la cara y continúa:

—Me encantaba ir al colegio, porque allí no tenía que quedarme mirando esas paredes que parecían cerrarse sobre mí. Cuando conseguí la beca en GU, ni lo pensé mucho, me apunté a la lista para las residencias. Estaba deseando salir de esa casa, pero los dejé allí, a las dos personas más importantes de mi vida.

Vaya.

— No está lejos de aquí. Nací y siempre he vivido en Georgetown. Nunca he salido de Kentucky, pero el barrio ya no es el

mismo, la casa necesita muchas reparaciones, yo... —Hace una pausa y luego vuelve a mirarme y en su mirada solo veo una cosa: *determinación*—. Quiero convertirme en un profesional y poder ayudar a mi familia, sacarlos de allí, cambiar la vida de mi madre y mi hermano pequeño.

—Y lo harás. —Le toco la cara y él cierra los ojos—. Estoy segura de que lo conseguirás.

Vuelve a mirarme y nos quedamos así, en silencio, solo mirándonos.

«¿Lista para volver?», pregunta, y yo respiro hondo antes de responder.

— Sí.

Y realmente lo digo en serio.

— Bueno... — Sonrío, entrelazando sus dedos con los míos mientras caminamos hacia el coche. — Otro día te llevaré a montar a caballo, Nueva York.

Eso es lo que yo llamo cambiar de tema.

— Promesas, promesas —bromeo.

— ¿Ah, sí? —Arquea una ceja, fingiendo estar indignado—. ¿El sábado, entonces?

— ¿No tienes partido ni nada por el estilo?

— No, ese día seré solo tuyo.

— Suena bien —respondo, sin poder contener la sonrisa.

Solo cuando entro en el coche me doy cuenta de que ya son más de las cuatro de la tarde.

— Vaya, te he hecho perder tus clases.

— Tranquilo.

— ¿De verdad?

— Absolutamente. Yo también soy un empollón, ¿recuerdas? Conseguiré lo que necesites de los chicos.

— Vale, entonces, señor Nerd Jugador —bromeo—. Por cierto, ¿qué ibas a hacer en el edificio, ya sabes, cuando nos encontramos?

— Había ido a verte —responde, sin apartar la vista de la carretera.

— ¿Cómo es eso? —No puedo disimular mi sorpresa.

— Me di cuenta por tu mensaje de que algo iba mal y yo necesitaba... —Me mira y su mirada es intensa, parece ver dentro de mí—. Necesitaba asegurarme de que estabas bien.

Respira, Megan...

—Me alegro de que fueras —consigo decir después de unos segundos y él sonríe.

Alerta de hoyuelos en la zona.

Vuelvo a mirar por la ventana, tratando de frenar las emociones que hay dentro de mí.

— ¿La universidad o casa? —pregunta, en cuanto tomamos la autopista.

— A casa.

Le doy mi dirección y, treinta minutos después, aparca frente al edificio.

—Bonito lugar.

— Está cerca del campus, aunque ir andando sigue siendo todo un reto.

— Está cerca, pero no tanto.

— ¡Exacto! —le respondo y él se ríe.

— Espera, aquel día... por la noche, ¿viniste andando hasta aquí?

Asiento con la cabeza y él no disimula su sorpresa.

— Debería haberte traído.

— Me has traído hoy. — Cojo mi mochila y mi corazón se acelera—. Gracias por hoy. — Su mirada está fija en mí y me cuesta pensar—. Ha sido muy importante para mí.

— ¡Siempre a tu disposición! —responde, sonriendo.

Tengo la mano en el pomo de la puerta cuando me llama.

— Hola...

— Todo va a salir bien — dice con tanta convicción que se me llenan los ojos de lágrimas y me muerdo los labios.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder, y bajo caminando hasta la puerta de entrada.

—Hasta el sábado, Nueva York —grita y luego se aleja, dejándome con el corazón acelerado.

Si antes pensaba que Josh se estaba metiendo demasiado en mi cabeza y en mi corazón, ahora... *no tengo ninguna duda*.



CAPÍTULO 14

Megan

Symphony – Clean Bandit & Zara Larsson
Flashlight – Jessie J

Llegó octubre.

Trae consigo temperaturas más suaves.

Las mañanas y las noches son frías, pero durante el día se está muy bien y, para quienes han vivido el otoño en Nueva York, con temperaturas que rara vez superaban los quince grados, veinticuatro grados es el paraíso.

El mes promete más partidos de los Guerreros y, por supuesto, todavía queda Halloween, que siempre es un gran evento, y algo me dice que tendré que buscar un disfraz.

Josh no ha dicho nada, pero creo que me invitará a una fiesta en la fraternidad, si la hay, eso creo.

Hoy es sábado.

No hay clases.

No debería verlo, pero voy a ir y estoy emocionada.

Bueno, más bien estoy flipando.

Me he mirado unas diez veces en el espejo, hasta que me he rendido y he aceptado que voy a ir con esta ropa.

Dijo que íbamos a montar a caballo, así que me puse unos vaqueros que, sin falsa modestia, me quedan muy bien o, como dice

Ash, me hacen estar buena.

Tengo que llamar a esa loca, esta semana no hemos hecho nuestra llamada semanal, pero nos hemos enviado algunos mensajes de texto.

Una camiseta y una chaqueta, por si hace viento frío, completan el look.

Me cepillo el pelo, mirando una vez más el móvil.

Voy adelantada.

Bajo las escaleras esperando que mi padre ya se haya ido. Ayer dijo que iba al campus, a unas reuniones sobre el partido de la semana que viene.

Las posibilidades de dejar solo una nota pegada en la nevera se esfuman en cuanto lo veo en la cocina.

— ¡Buenos días! —lo saludo, dándole un beso en la mejilla.

— ¡Es sábado, cariño! Deberías aprovechar para descansar.

— Voy a salir —anuncio, mientras me sirvo un vaso de zumo de naranja.

Ignoro su mirada curiosa.

— ¿Salir?

— Sí, voy a ver caballos —digo simplemente—. Quizás montar en alguno —añado guiñándole un ojo.

— ¿Caballos?

Asiento con la cabeza y, justo en ese momento, mi móvil vibra en mi bolsillo.

Josh.

Justo a tiempo.

Dejo mi vaso en el fregadero y cojo mi mochila.

—Adiós, papá. ¡Que tengas un buen día! —Me despido y me dirijo apresurada hacia la puerta.

— Pero...

— Volveré por la tarde, no te preocupes, si pasa algo te llamo.

Se pasa las manos por el pelo, sin disimular su sorpresa.

— Vale, diviértete.

— Tú también en tus reuniones. — Parpadeo y él entrecierra los ojos, pero la sonrisa sigue ahí.

Corro hacia el Honda, tratando de no pensar en mi padre espiando por la ventana.

Josh no ha bajado del coche, gracias a Dios, habría sido difícil explicar su presencia aquí.

— Hola —saludo, un poco sin aliento, nada más entrar en el coche.

— ¿Todo esto es nostalgia, Nueva York? Has venido corriendo.

— ¿Siempre eres tan gracioso por la mañana? —le pregunto mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—Siempre soy así. —Me guiña un ojo, acercándose, y mi corazón se detiene.

¿Qué está haciendo?

Sus labios rozan ligeramente mi mejilla y su perfume me invade.

— Buenos días, preciosa.

—Buenos días —murmuro, tratando de controlar mi ritmo cardíaco, que sin duda alguna se ha disparado en este momento.

— ¿Lista para cumplir otro objetivo?

— ¡Estás muy empeñado en esto, eh! —bromeo.

— Descubrirás que soy muy decidido cuando quiero algo —responde, y ya no sé si estamos hablando de la lista.

— Ya lo veo, y respondiendo a tu pregunta, ¡nací preparada! —Parpadeo y él se ríe a carcajadas.

Algo me dice que hoy va a ser un día increíble y que solo acaba de empezar.

El viaje fue largo.

Confieso que, en cuanto vi la hora de llegada prevista en el GPS, me asusté, pero estuvimos charlando, hablando de música y películas durante todo el trayecto, y, cuando menos lo esperaba, Josh estaba aparcando el coche.

— Vaya, no me di cuenta de cómo pasó el tiempo.

— La carretera es buena.

—La compañía también —respondo.

— Así, me voy a malacostumbrar, Nueva York.

— Retiro lo que dije, entonces. — Parpadeo, soltando mi cinturón, mientras leo el gran cartel a pocos metros de nosotros.

«PARQUE NACIONAL DE MAMMOTH CAVE».

—Pensaba que íbamos a montar a caballo— digo, conteniendo a duras penas mi curiosidad.

— También podemos hacerlo, aunque aquí no es lo principal —explica, ayudándome a bajar—. He decidido aprovechar que hoy se prevé un día atípico de otoño, con temperaturas un poco más altas, y traerte aquí.

— ¿Qué estás tramando?

— ¡Ya lo descubrirás! —Me tiende la mano y yo la acepto, sin ocultar mi sonrisa.

Caminamos hasta el centro de visitantes, justo a la entrada del parque, y me sorprende toda la información que hay allí.

Es inmenso.

Hay senderos, cascadas, cuevas subterráneas, zonas de acampada, miradores y la lista continúa.

— ¿Qué te parece si empezamos con una caminata por el sendero? — Me guiña el ojo y coge uno de los mapas del lugar.

— ¡Ruta será! —respondo, agradeciendo haber venido con zapatillas y haber traído una gorra y protector solar en la mochila.

Josh compra unas botellas de agua y zumo, las mete en su mochila y nos ponemos en marcha para nuestro día de aventura.

«Apuesto a que hace tiempo que no ves tanto verde», bromea, mientras nos alejamos de la entrada.

— Tengo que admitir que sí, excepto si cuento el camino desde mi antigua casa hasta aquí. También había mucho verde —zoo y él sonríe.

—¿Por qué se mudaron? —pregunta mirándome fijamente.

— Creo que necesitábamos un cambio. Allí todo me recordaba a ella... —Recojo una hoja roja del suelo y la giro entre mis dedos—. Mi padre recibió una oferta de trabajo. —Me encojo de hombros—. Todo coincidió para que viniéramos aquí.

— Bueno...

— ¿Bueno? —Arqueo una ceja—.

— Tú aquí.

Ay, Dios mío, ¿cómo es posible que con una simple frase consiga dejarme así... desconcertada?

Caminamos durante unos quince minutos.

A nuestro alrededor, solo la vegetación, que ya tiene ese color rojizo típico de la estación.

Sin rastro de animales salvajes ni otros visitantes.

— ¿Estás seguro de que no hay osos por aquí?

Él se ríe.

— Tranquilo, neoyorquino. Aquí no hay osos. Aquí verás varias especies de pájaros, ardillas y, si tenemos suerte, algún ciervo, pero nuestra mayor preocupación son las serpientes.

Me detuve en lo de las serpientes.

— ¿Qué has dicho? —pregunto, mirando mis pies, preocupada.

—Aves, ardillas...

— No, lo último.

Él se ríe.

— ¿Te estás riendo?

— Ah, Nueva York, claro que solo te has fijado en eso.

— ¿Podría ser de otra manera? Soy una chica de ciudad. Me dan miedo las lombrices, qué diré de las serpientes.

Dios, hasta me dan escalofríos.

— Solo tenemos que estar atentos al suelo y estaremos bien. — Me atrae hacia él y, por un segundo, olvido hasta mi nombre. — Estás a salvo.

No estoy tan segura, *la verdad.*

— Tenías razón. Hoy no es un día típico de otoño. ¿Qué calor es este? — Me detengo un minuto para recogerme el pelo en una coleta alta y me quito la chaqueta, atándomela a la cintura.

— Ya voy a resolver tu problema —responde guiñándome un ojo y yo no entiendo nada.

¿Cómo que resolverlo?

Caminamos unos minutos más y entonces se detiene cerca de unas rocas.

— Hemos llegado —anuncia.

— ¿Ya llegamos?

— ¡Compruébalo tú misma! — Se adentra un poco en el bosque, aparta unas ramas y entonces lo veo.

— Un lago, eso es... guau. — No puedo hablar, estoy demasiado ocupada mirando todo lo que me rodea.

Desde donde estamos, unos pasos más adelante podemos mojar nuestros pies en el agua cristalina y más adelante parece haber la entrada de una especie de cueva.

— ¿Es eso lo que estoy pensando?

— El parque es conocido por tener kilómetros de cuevas subterráneas. Hoy podemos conocer alguna, pero para conocerlas todas tendríamos que quedarnos aquí unos días. — Pisca, sentándose en la gran roca.

— Es increíble. — Me siento a su lado, todavía impresionada por la belleza del lugar. — Sin duda, quiero conocer una de ellas.

Josh abre su mochila y me da una botella de agua.

— ¡Gracias! ¡Has venido preparado!

— Tengo que cuidar de ti, no tenías ni idea de dónde te metías.

— Confío en ti.

De alguna manera loca, lo hago, y sé que no me metería en un lío.

Él no dice nada, pero su mirada sigue fija en mí.

Es intensa y mi corazón se acelera.

— Aquí... — Se acerca y con el pulgar me toca la barbilla, donde se ha deslizado una lágrima.

— Oh...

Joder.

Tan rápido como se ha acercado, se aleja, levantándose rápidamente.

— ¿Qué estás haciendo? — Casi me atraganto cuando lo veo quitarse la camiseta de un solo movimiento.

— Necesito refrescarme.

Ni hablar.

Mirame a la cara... a la cara, Megan.

— ¡Estás loco! Debe hacer unos 23 grados.

— Yo tengo calor, créeme. — Su voz es ronca y mi cuerpo cobra vida.

Siento que me arden las mejillas y todo lo que hay más abajo también.

Es por la caminata... eso es.

Josh tira la camiseta sobre la roca, se quita las zapatillas, se queda solo en bermudas y luego se tira al agua.

Salpica por todas partes y me hace gritar.

— ¡Loco!

Sale a la superficie unos segundos después, pasándose las manos por el pelo.

— Ven, el agua no está tan fría.

Abro los ojos como platos ante esa invitación absurda.

— ¿Yo? ¡Nunca! ¿Quién sabe lo que hay en esta agua? ¡Serpientes! —Hago una mueca.

— ¿Tienes miedo, Nueva York? Pensaba que eras más valiente.

Entrecierro los ojos.

No vine preparada para esto, pero...

Pienso unos segundos.

Mi sujetador es negro, de esos tops, nada sexy ni revelador, y las bragas también son recatadas.

Finge que llevas un bikini.

Esto es una locura.

—Cierra los ojos —le ordeno, y él hace lo que le pido y, antes de que me arrepienta, me quito la camiseta y los pantalones.

— ¿Listo? —pregunta.

—No —grito—. No puedo creer que esté haciendo esto —murmuro, pero él me oye.

«Vamos, Megan, solo se vive una vez», responde, y sé que está sonriendo, aunque no lo mire.

Con cuidado, camino hasta la orilla.

Mojé mis pies solo para comprobar que estaba helada, pero no tanto como imaginaba.

Vale, puedo hacerlo.

Avanzo lentamente hasta donde está él y solo cuando estoy protegida, con el agua hasta el cuello, digo:

— ¡Listo!

— Realmente viniste —dice mirándome a pocos centímetros de distancia.

—Estoy aquí... —jadeo, tratando de mantenerme a flote, ya que donde estamos es muy profundo para mí, mientras que para él apenas le llega al hombro.

—¿Cómo te sientes? —Su mirada se posa en la mía, baja hasta mi boca y todo mi ser se agita.

—Feliz.

¿En serio, Megan? De todo lo que podías decir... se me ocurre eso.

Fue lo primero que se me ocurrió.

Josh se acerca y nuestros pechos están casi pegados.

Respira...

Sus brazos me envuelven en un abrazo, manteniéndome firme y segura.

—Yo también— susurra, tan cerca que puedo contar las gotas que le resbalan por la cara.

—¿De verdad? —jadeo, temerosa de cómo sonará mi voz.

— Cada vez que estoy contigo —su mano sube hasta mi nuca, sus labios casi tocando los míos—, lo estoy.

¡Oh, Dios!

«Pero ahora solo puedo pensar en una cosa, en lo mucho que quiero besarte». Y entonces sus labios están sobre los míos.

Intensos, hambrientos, saboreando cada pedacito de mí.

Pego mi cuerpo al suyo, enrollando mis piernas en su cintura, mientras mis manos se hunden en su cabello, mi cuerpo vibrando de felicidad con cada toque de su lengua en mi boca.

Y en los brazos de mi Jugador, me olvido de todo lo que me rodea.

Todo lo que no sea él y yo.

Y la forma en que él me hace sentir.

Viva... y feliz, por primera vez en meses.



Dusk till Dawn – Zayn feat Sia

Lo intenté.

Juro que lo intenté, pero necesitaba sentir, saber si sus labios eran tan suaves como en mis sueños.

Y joder... son aún mejores.

Tener a Megan correspondiendo al beso, entregándose, agarrándome del pelo, joder, mi pecho parece a punto de explotar de felicidad y no hablemos de mi polla.

Duro, palpitante... listo para entrar en acción.

Apoyo mi frente contra la suya, tratando de recuperar un poco el control.

La chica me desmontó con un beso.

Un simple beso.

Ni siquiera fue una mano inquieta, ni nada.

Estar cerca de ella me desestabiliza.

Miro sus ojos azules y sé que puedo perderme en ellos.

Ambos respiramos con dificultad y estamos sedientos.

«¿Qué significa esto?», pregunta, y me gustaría tener una buena respuesta, pero no la tengo.

Sigo con la verdad.

— No lo sé, pero quiero descubrirlo.

—El objetivo. —Se muerde los labios hinchados y ya quiero repetir la dosis.

— La meta es lo último en lo que pienso ahora, preciosa.

— En serio —insiste, y de alguna manera eso es importante para ella, lo que significa que también lo es para mí.

—Prometo no enamorarme de ti, Nueva York —bromeo, sujetándole la espalda con una mano mientras levanto dos dedos en señal de juramento.

Ella se ríe, echando la cabeza hacia atrás y poniéndose aún más guapa.

— Bueno —me acaricia el cuello con la punta de los dedos y me cuesta concentrarme—, yo también prometo *no enamorarme* de ti, Jugador.

Normalmente, al oír eso, soltaría fuegos artificiales, pero hoy no.

¡Concéntrate, tío! *Solo es una chica.*

Es solo diversión.

Debería serlo, pero, maldita sea, si sé algo.

Solo sé que necesito más... mucho más de ella.

—¿Puedo volver a besarte ahora? —le susurro al oído y su abrazo a mi alrededor se intensifica, volviéndome loco.

— ¡Claro!

Ni siquiera pierdo tiempo en responder. Ella dijo todo lo que necesitaba oír y me pierdo en su boca, en su sabor, en la forma en que sus labios encajan perfectamente con los míos.

Una brisa fría nos recuerda que no podemos quedarnos allí mucho más tiempo. El tiempo es bueno, pero no podemos abusar.

Lo último que necesito es un resfriado en medio del campeonato o, peor aún, saber que Megan se ha puesto enferma por mi culpa.

Me alejo, dejando un rastro de besos en su cuello, adorando los pequeños sonidos que ella emite sin darse cuenta.

Cada uno va directo a la erección monstruosa que ostento y que quedará en evidencia tan pronto como salgamos del lago.

— Podría quedarme aquí durante horas, pero...

— Tenemos que salir, ¿no? — Me quita las palabras de la boca, haciendo un puchero.

Doy unos pasos más con ella enredada en mí, y cuando sé que ya puede pisar el suelo, la suelto con cuidado.

Sentir su cuerpo deslizándose, rozando el mío, es una tortura adicional, y aprieto los puños.

— Gracias.

— No hay de qué, bajita —la provoqué y ella puso los ojos en blanco.

Salimos del agua y, por supuesto, el viento arrecia en ese momento.

Sin pensarlo mucho, le tiendo mi camisa.

— Úsala para secarte.

— ¿Y tú? —Me mira preocupada.

— No te preocupes por mí. Ya estoy seco y tengo una de repuesto en la mochila.

—Vale —me da las gracias, secándose rápidamente y centrándose en todo lo que me rodea, menos en el cuerpo delicioso que tengo delante.

Joder, sentirlo pegado al mío ya fue una pasada, pero nada me preparó para lo que escondían las aguas.

Me doy la vuelta, dándole privacidad y huyendo de la tentación.

— Puedes darte la vuelta.

Miro hacia abajo y, afortunadamente, mi polla ha decidido calmarse.

Me doy la vuelta y la encuentro vestida.

Todo perfecto, excepto por mi mente sucia, que solo puede pensar que ella está sin bragas a pocos centímetros de mí.

Joder, Josh. ¡Contrólate!

No ayuda mucho el hecho de que la camiseta marque perfectamente sus pechos, ahora libres del sujetador.

Joder.

— Listo. — Se sacude el pelo y empieza a pasar los dedos por los mechones, tratando de peinarlos, y yo solo puedo pensar

que así, con el pelo mojado y sin una pizca de maquillaje, Megan es la chica más hermosa que he visto nunca.

Voy a por mi mochila y, por suerte, he traído otra camiseta, por si acaso sudo demasiado.

Me la pongo rápidamente, aunque el frío es lo último que siento.

La mirada que Nueva York intenta disimular sin éxito tampoco ayuda. Esa chica es mi perdición, más aún ahora, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué planes hay? —pregunta, mirando en todas direcciones menos a mí.

— ¡Calentarte! —No puedo resistirme y la provoqué, y si es posible, se sonroja aún más—. No me lo perdonaría si te enfermaras.

— Estoy casi seca. Solo tengo el pelo húmedo —me tranquiliza.

— ¿Qué te parece si tomamos algo caliente en la cafetería y luego seguimos explorando?

— ¡Suena bien!



— Nunca había oído hablar de este lugar —comenta, sorbiendo una taza de chocolate—. Es realmente increíble.

— Espera a ver las cuevas, son impresionantes. Y hacer kayak en el río verde durante el verano es una experiencia que tendremos que añadir a tu lista.

Ella sonríe, pero de repente parece extraña.

No sé cómo explicarlo.

Solo lo sé.

El tiempo cambia y empieza a soplar un fuerte viento.

— Creo que la excursión a caballo tendrá que quedar para otro día —señalo, tan pronto como nos levantamos.

«Creo que me han engañado. Me prometieron un caballo y solo me he metido en un lío», bromea. «En un lío gordo».

«Piensa más bien en ello como una excusa para llevarte a pasear otras veces», bromeo.

«Me gusta cómo piensas».

— La estrategia lo es todo.

— Dios, pareces mi padre —le respondo y me pregunto si le caeré bien.

¿Qué mierda es esta?

¿Desde cuándo me preocupo por este tipo de cosas?

Es más, ¿desde cuándo pienso en conocer al padre de alguien?

Concéntrate, Josh, tienes tus objetivos y no incluyen ponerte a cuatro patas por la novata.

Acelero el paso hacia el coche y estamos a pocos centímetros cuando ella me tira de la mano.

— ¿Todo bien?

— Sí, ¿por qué?

— No sé, pareces distante. — Hace una mueca. — Pensé que habías dicho algo, no sé.

Me siento como una mierda.

Maldición.

Pon la cabeza en su sitio.

La atraigo hacia mí y entierro la cara en su cuello, tratando de calmar el torbellino que hay dentro de mí.

No puedo resistirme, le doy un beso allí y siento su cuerpo estremecerse con mi toque.

Es mi perdición.

—Megan... —Le paso la mano por el pelo, sujetándole la nuca, y su mirada se encuentra con la mía. Se humedece los labios con la lengua, totalmente ajena al efecto que tiene sobre mí, o a cómo mi polla se presiona contra la áspera tela de los pantalones cortos.

Bajo mis labios hacia los suyos, necesitando más, necesitando calmar todo mi ser, pero en lugar de calma, solo encuentro tormenta.

Ella me abraza, arrastrando sus uñas por mi espalda, mientras su lengua sigue luchando con la mía.

La agarro por la cintura y la presiono contra el coche.

Ya no hay distancia.

Si tenía alguna pretensión de disimular mi erección, ya se había esfumado.

Sus pechos presionados contra mi pecho, sus manos sobre mí, su deliciosa boca, hacen imposible mantener mi polla bajo control.

Me alejo antes de que los guardias de seguridad vengan a molestarnos.

— Tenemos... — Mi voz suena cargada de deseo.

— Lo sé —responde ella, jadeando, apoyando la frente en mi pecho.

Abro la puerta y ella sonríe.

Ignoro mi corazón acelerado y rodeo el coche, listo para ponernos en marcha.

«Adiós, Mammoth Park», grita en cuanto pasamos por el cartel de «Vuelva pronto» a la salida del aparcamiento.

— ¿Todo esto es felicidad por irte?

— Claro que no, tonto. Solo me despido, hemos tenido un gran día, aunque no haya montado *a caballo*, ya sabes —subraya y luego esboza una enorme sonrisa.

—¿Hasta cuándo me vas a echar eso en cara? —bromeo, llevando mi mano a su barriga y ella abre mucho los ojos.

— ¡Ni se te ocurra! ¡Las cosquillas son juego sucio! — advierte, y yo refreno las ganas de hacerla retorcerse de tanto reír.

—Tienes suerte de que esté conduciendo y pretenda llevarnos a casa sanos y salvos.

— ¡Qué bien!

— Sobre los caballos —comienzo y capto su atención—. El invierno tal vez sea un pequeño obstáculo, pero nada que no podamos resolver. —Parpadeo.

El viaje de vuelta es tranquilo y podría pasar horas hablando con Megan sin darme cuenta. Cuando la invité a este paseo, no imaginaba nada de esto, pero ahora no quiero otra cosa.

—¿Estás ansioso por el próximo partido? —pregunta cuando tomamos la salida hacia Georgetown y, si hay algo de lo que puedo

hablar sin parar, es de fútbol.

Me encanta este deporte.

— Sí. Creo que siempre lo estaré, por mucho que me cueste entrenar.

— Es contra Missouri, ¿verdad?

—Así es. Su equipo es fuerte y lo hizo bien en el campeonato del año pasado, pero nosotros también tenemos algunas cartas bajo la manga.

— ¿Ah, sí?

— El nuevo entrenador ha aportado ideas nuevas y está haciendo muchos cambios en el equipo. Todos están muy animados.

— ¿En serio? —pregunta, sin disimular su sorpresa.

— Sí. No es porque antes era suplente y ahora soy titular que estoy adulando, es que realmente sabe motivar y unir al equipo, ¿sabes?

— Eso está bien.

— ¡Por supuesto! Todavía nos queda un largo camino por recorrer. Son cinco partidos y, al final, los mejor clasificados se enfrentan en una fase eliminatoria.

— ¿Una eliminatoria?

—Así es. El ganador se lleva la conferencia de la región y una plaza en el campeonato nacional.

— ¿Crees que...?

— ¿Si creo que tenemos posibilidades? —Hago una mueca—. Quiero creer que sí, pero como dice el entrenador, la guerra no ha hecho más que empezar. Una batalla tras otra.

Solo me gustaría tener una oportunidad, que algún ojeador de la NFL viera mi potencial.

— Suena como un buen plan. ¡Vaya! Ya estamos llegando y ni me di cuenta del paso del tiempo.

— El tráfico ha ayudado y, cuando la compañía es buena, es así. — Aparco delante de su casa. — Entregado, Nueva York. — Me desabrocho el cinturón y me giro para mirarla.

Reúno todo mi control para no atraerla hacia mí.

Su padre puede aparecer en cualquier momento.

— Me lo he pasado muy bien hoy —comienza tímida y no puedo resistirme, le sostengo la cara y su mirada se posa en la mía.

La respiración acelerada.

Tan afectada como yo.

Di algo.

— Josh...

Joder, me encanta oírla decir mi nombre.

Esto es jodido en tantos niveles.

— Megan...

Se muerde los labios y mi mirada se dirige hacia allí.

¡Concéntrate!

— ¿Nos vemos el lunes? —pregunta, con una voz casi inaudible.

— Nos vemos después del entrenamiento.

Ella sonríe y, cuando creo que se va a alejar, me sorprende rozando sus labios con los míos, suave, despacio, con delicadeza, pero luego me muerde ligeramente, solo para pasar la lengua a continuación.

— Quieres matarme, Nueva York —jadeo, apoyando mi frente contra la suya.

—Tú empezaste. —Sonrío.

—Me encanta verte sonreír. —Aparto un mechón de pelo y lo coloco detrás de su oreja—. Estás aún más guapa, si es que eso es posible.

—Este jugador, además de todo, es un galanteador —bromeas.

— Solo digo la verdad.

— Ya que estamos hablando de «verdades», aquí va una... —se detiene y parece pensar—... cuando estoy contigo —su mirada se cruza con la mía—, me dan ganas de sonreír.

Siento un nudo en la garganta.

He visto cómo estabas estos últimos días, la tristeza en tu mirada, así que oír eso es como... es como si hubiera marcado un *touchdown*.

— ¿Soy un payaso para ti? —bromeo, fingiendo que su declaración no me ha afectado, y ella vuelve a sonreír, negando con

la cabeza.

— Contigo, la tristeza parece desaparecer.

Joder.

—Por lo que a mí respecta —le toco la mejilla—, vivirás sonriendo, preciosa.

No sé qué me ha pasado.

¿De dónde ha salido eso? Pero quería decir *cada palabra.*

—Me voy —anuncia, abriendo la puerta del coche.

—Hasta el lunes, Nueva York. Descansa bien y dulces sueños.

—Tú también. —Saluda desde el césped.

Ah, los tendré, sin duda los tendré.

Pongo el Honda en marcha.

Destino: fraternidad y un baño helado infernal.



Drag me Down – One Direction

No podía pegar ojo.

Solo podía pensar en ella.

Megan...

Recordando su sabor.

Recordando sus pechos libres bajo esa camiseta.

Joder.

Cuando estoy con ella es diferente, con ella no soy un GC, solo soy yo, *Josh*.

¡Y eso es terreno nuevo!

Lo que significa ir despacio, por mucho que quiera hacerla perder en mis brazos.

Dios, solo de pensarlo, se me pone dura.

Ahora no, joder.

¡Cálmate, amigo! Esta vez, te va a costar un poco entrar en el campo, pero seguro que la espera valdrá la pena.

Algo me dice que esta chica, que ha venido desde lejos, será mi mejor *touchdown*.

Esto es muy cursi, lo sé.

Me estoy pareciendo a esos nerds enamorados de las películas.

¿Sabes qué? ¡Que le den a todo!

Solo voy a dejar que las cosas sigan su curso.

Me encuentro a los chicos preparando el café en la cocina.

El sábado llegué y fui directo a mi habitación, apenas vi a nadie, y ayer fui al gimnasio por la mañana y luego pasé la tarde en casa de mi madre, así que no vi a nadie en todo el fin de semana.

—¡Hola! —saludo—. Esto huele muy bien, Will.

— ¿En serio? ¿Qué tal si apartas la vista? —me responde, pero sé que está bromeando, W es mi mejor amigo, somos los más tranquilos de los cuatro.

Él también es de último año, pero su carrera no podría ser más diferente a la mía, ciencias agrícolas, sea lo que sea que eso signifique. Es callado y reservado, pero sé que sus padres viven en Boston y que podría estar en cualquier universidad de la Ivy League, pero al final, terminó aquí, en Georgetown.

Se le escapó eso y que sus abuelos viven cerca de aquí. Fue una noche, después de un partido y unas cuantas botellas de vodka. Siempre he tenido curiosidad por retomar el tema, pero el tipo ya ha dejado claro que no le gusta hablar del pasado. A mí me parece bien, ya que tampoco me gusta hablar del mío. Aquí solo miramos hacia el futuro.

— Vaya, agresividad desde primera hora. — Levanto los brazos, bromeando. — ¿Dónde está la camaradería de «nada de mi tocino, tu tocino»? — provoqué.

— Esta conversación es extraña incluso para vosotros dos, idiotas.

— Vete a la mierda, Matt.

— ¿Dónde te metiste, tío? Ni siquiera te vi poner cara de enfado —me responde, y me quedo imaginando lo que dirían si lo supieran.

Por supuesto que no voy a contar una mierda.

— ¿Ahora te encargas de mi agenda?

— Hum, estaba con una chica —afirma, riéndose, y yo me tiro en el sofá, esperando a que la cocina se despeje un poco. — Cuéntanos, ¿está buena? —Arquea la ceja y Will sigue concentrado en la sartén, pero una mirada en su dirección me dice que el cabrón

quiere reírse—. Hay que compartir las cosas, hermano. A ver si se cansa pronto de ti, podemos enseñarle cómo se hace. —Me guiña el ojo, intentando irritarme.

— Ella no es para ninguno de ustedes —le respondo, sabiendo que me la he buscada, tan pronto como las palabras salen de mi boca.

«No pierdan el tiempo. Está colgado de las tetas de la chica de la biblioteca», dispara D, el bocazas.

— Gracias, tío.

— ¿Qué? Solo dije la verdad.

— ¿Qué historia es esa, J? ¿Es la de la fiesta? — Me quedo callado. — ¡Ni de coña! La chica de «verdad o reto». Te la tiraste y ni nos lo dijiste. ¡Hijo de puta! — Me mete la mano en el pelo y me lo despeina.

— Vete a la mierda y quita la mano de mi pelo. Nos estamos conociendo.

— Eso es nuevo, J. Nunca te había oído decir que estás conociendo a alguien. Normalmente, era en pasado. Del tipo: ya me la he tirado, o debería decir, ya me la he comido.

— Vete a la mierda. Megan es especial.

— Sí, tenemos un GC abatido. No pensé que fuera a pasar — provoca y todos se ríen.

— Intenta averiguarlo con *tu chica*, a ver si tiene alguna amiga buena, y tal, a ver si yo también tengo suerte. Espera, acabo de acordarme, joder, está esa rubia, toda de negro, joder, se me han puesto los huevos duros solo de recordarlo. — Matt dispara y yo solo pongo los ojos en blanco.

—Eres asqueroso, tío.

Will, a estas alturas, ya ha terminado de preparar el beicon y se une a mí en la sala.

— ¡Gracias, hermano! —le doy las gracias cuando me ofrece la bandeja.

¿No dije que el chico solo refunfuña?

Apoya las piernas en la mesa de centro y, sin cambiar de expresión, suelta:

— Lo siento, Matt.

— ¿Por qué?

—La rubia —muerde una rebanada crujiente— no es para ti, tío.

— Ah, sí, ¿y puedo saber por qué? —Cruza los brazos frente al pecho—. Debo recordarle que mi cama siempre está caliente.

— Es inteligente —dice él, y todos se vuelven locos.

— Vete a la mierda, Will.

— Solo digo, tío, que ella no es tu tipo.

— Dices eso solo porque quieres tirarte a la rubia tú mismo. Crees que no te he visto preparándole una copa especial.

— Solo estoy siendo educado con los invitados. —Se encoge de hombros—. Deberías intentarlo alguna vez —le espeta.

Los dos siguen intercambiando pullas y yo solo agradezco que ya no sea el centro de la conversación.

— La charla está muy bien, chicas —por supuesto que tengo que provocarles—, pero tengo que irme. Tengo que adelantar algunos trabajos y asistir a una clase. Nos vemos en el gimnasio.

— Esta conversación aún no ha terminado, J —grita Matt—. Ahora que estás atado, podrías pasarme algunos contactos, recuerdo que tienes algunas chicas guapas en tu lista.

Me río y me pongo la chaqueta.

— Lo digo en serio, joder, podría llamar a algunas para divertirnos en la fiesta de Halloween. Quizás la rubia, ¿qué te parece, Will?

Joder, se me había olvidado eso.

Es a finales de mes y necesito conseguir un disfraz nuevo y, lo que es más importante, tengo que llamar a mi chica.

— ¿Josh? ¿Qué pasa, tío? ¡Ayúdame!

Camino hacia la puerta y, cuando tengo la mano en el pomo, solo levanto el dedo corazón, ignorando los insultos que siguen.

No hay nada como otro día en ALT.

Ah, cómo los quiero a estos chicos.



CAPÍTULO 17

Megan

Teenage Dream – Kathy Perry

No sé qué fue peor.

Esquivar las preguntas de mi padre sobre el paseo, que no tuvo nada que ver con caballos... *no, señor*, o si él me observaba atentamente hoy durante el desayuno.

Vale, quizá me arreglé un poco más. No mucho, pero mi padre es muy observador.

¡Mucho!

Pronto tendré que decirle que estoy saliendo con alguien, y vendrán las preguntas.

No pienses en eso ahora, ni siquiera sabes cómo será hoy.

¿Cómo estarán las cosas entre nosotros?

Dijo que me verá después del entrenamiento, pero...

Me estoy volviendo loca, porque realmente me lo pasé muy bien el sábado. No he dejado de pensar en ello en todo el fin de semana y solo no se lo he contado a Ash «todavía» porque estaba fuera.

A ver hasta qué clase consigo mantener esta información solo para mí. Tengo ganas de llegar y contárselo todo a April, pero

tengo que controlarme. Tengo que recordar que no estoy empezando una relación.

Es solo diversión.

Es solo hasta el final del semestre.

Pensar en eso me recuerda a Josh haciendo planes para el verano y la tristeza que sentí al pensar que no estaré aquí.

Maldición.

Soy un desastre.

Me encuentro con April en la clase de química orgánica y llego sin aliento.

— ¿Has venido corriendo?

— Casi —respondo, sentándome y sacando mi cuaderno de la mochila.

—No sé por qué no le pides a tu padre que te deje cerca de aquí.

— Es bueno que haga ejercicio —le respondo evasivamente y, acto seguido, llega el profesor.

La hora pasa volando y salimos con la cabeza a punto de estallar de tanta información y más trabajo por hacer.

— No sé tú, pero yo me muero de hambre —comenta ella, nada más salir al pasillo.

— ¡Dios, me has leído el pensamiento!

Hoy ni siquiera pude desayunar bien, de lo nerviosa que estaba.

— *Vamos*, quiero saber cómo te fue el fin de semana —dice, y casi me atraganto con el agua que estaba bebiendo.

—¡Por Dios, Megan! —Me da unas palmaditas en la espalda —. Ya pensaba que iba a tener que hacerte la maniobra de Heimlich.

— ¡Estoy bien! —la tranquilizo, después de toser un poco más—. El agua se me ha ido por el camino equivocado.

Nos dirigimos al comedor y parece que se ha olvidado de la pregunta.

Me quedo callada.

—No está tan lleno —comento, buscando una mesa en un rincón para sentarnos.

«Podría ser peor, tengo que reconocerlo. Vamos a por la comida y luego buscamos un rincón».

Cojo una ensalada de hojas, una parrillada y una manzana.

No sirve de nada, no consigo que me guste la comida de aquí.

Prefiero mil veces la cafetería de fuera, pero a esta hora sería imposible entrar.

«Vale, ¿ves algún sitio?», pregunto, recorriendo el salón con la mirada en busca de una mesa con sitio para las dos.

— Junto a tu fan hay sitio, pero a juzgar por la forma cariñosa en que nos miran, no te lo recomiendo, a menos que quieras una indigestión.

Sigo su mirada y veo a Heather y otras líderes de la hinchada mirándonos con odio.

Por lo visto, la chica aún no ha superado este asunto.

—¡Pasa! —susurro, tratando de no derribar nada mientras damos la vuelta.

—Ahí —señala—, mira, acaban de quedar libres dos mesas.

— ¡Perfecto!

— Ahora que hemos comido y, teniendo en cuenta que aún nos quedan unos treinta minutos hasta la próxima clase, empieza a hablar.

— ¿Qué? —Me hago la tonta, apartando la bandeja.

Ella entrecierra los ojos.

— Cuéntame primero, ¿cómo te ha ido?

—Nada del otro mundo, me quedé encerrada en la residencia, estudiando, escuchando música, bebiendo...

Hago una mueca.

— ¿De verdad no hiciste nada?

— ¡No!

— ¿Y las chicas de tu dormitorio?

— La mayoría son unas snobs y no tengo paciencia para eso. La única que es realmente simpática tenía mucho trabajo que hacer. — Pone los ojos en blanco.

— ¡Deberías haberme llamado! Podríamos haber hecho algo ayer.

— ¿Ayer? ¿Estabas ocupada el sábado? — Pisca.

— Dios, eres terrible.

— Te entregas, Megan.

— ¿Cómo es eso?

— La semana pasada estabas distante, triste —empiezo a decir, y quiero explicarme, pero ella levanta el dedo—. Ni se te ocurra negarlo, chica. Puede que solo te conozca desde hace poco más de un mes, pero eres fácil de leer.

— Vaya...

— No insistí ni pregunté nada, porque sé lo molesto que es cuando hacen eso.

Me muerdo los labios, conteniendo las ganas de hacerle mis propias preguntas.

— Pero luego desapareciste en esa clase y al día siguiente estabas bien. Puede que me equivoque, pero algo me dice que hay un dedo, o una mano, o todo el cuerpo, no sé —pone los ojos en blanco y me dan ganas de reír—, de cierto jugador.

— En serio, voy a crear un grupo contigo y con Ash. Debieron separaros en la maternidad.

— Ojalá, así tendría una hermana, en lugar de... —empieza, con la mirada perdida, pero luego se detiene.

— ¿En lugar de...?

— ¿Qué? —Vuelve a mirarme.

— Estabas diciendo que tendrías una hermana en lugar de... y luego dejaste de hablar.

Hace una mueca.

— Ni se te ocurra cambiar de tema, Megs, ¡vamos! Quiero saber qué pasó el sábado. — Da unos golpecitos con las uñas en la mesa, cambiando totalmente de tema.

La cagaste.

Estoy a punto de abrir la boca cuando ella abre mucho los ojos y un murmullo se apodera del comedor.

— Oh, Dios mío —exclama.

— ¿Qué pasa? —pregunto.

— Los cuatro GC vienen directamente hacia aquí.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesarlo.

GC... como en...los Guerreros Calientes*.*

Josh...

Respira.

No te asustes.

— A veces ni siquiera pasan por aquí —susurro.

— Uhum.

— Oye... — Su voz suena justo detrás de mí y todo en mí cobra vida.

Me giro hacia él y estoy a punto de saludarlo, pero él es más rápido.

Me sujeta la nuca, baja la cara y me besa.

¡Joder, qué beso!

¿Estaba esperando eso? ¡No!

Pero, en el momento en que sus labios tocan los míos, me olvido de todo, de dónde estamos y de todo el público que nos rodea.

— Hola a ti también... — jadeo cuando se aleja con una sonrisa en la cara.

Vale, entonces no le importa demostrar afecto en público.

Me gusta... *¡mucho!*

Me muerdo los labios, siento que me arden las mejillas y ni siquiera miro a los lados, por miedo a lo que pueda encontrar.

— ¿Todo bien con ustedes? — Se sienta a mi lado. — ¿Qué tal, April, todo bien?

Mi amiga está en shock, mirando de mí al Jugador.

— No sé si decir que todo va genial o que por fin me estoy decidiendo.

— ¡April!

— ¿Qué? —finge no entender.

Apenas tengo tiempo de recuperarme, otro GC se une a nosotros.

Will.

— Veo que no has perdido el tiempo, J. —comenta, sentándose al lado de April, que abre los ojos como platos y se encoge en un esfuerzo por no quedarse pegada al musculoso *receptor abierto*.

¿Conoces al actor que interpreta a Creed? ¿Cómo se llama? Michael B. Jordan, sabía que Will me recordaba a alguien, ahora ya sé a quién.

Me saluda con la mano, me guiña un ojo y luego se vuelve hacia April.

— ¿Me echaste de menos, rubia?

— Vaya, ni siquiera he dormido bien de tanto... — Pone los ojos en blanco y él sonríe.

— Cuidado, que así me enamoro.

Oh, Dios...

¿Soy yo o hay algo entre ellos?

— ¿No tienes a nadie más a quien molestar, o soy la única afortunada?

Por el amor de Dios, ¡esto está muy bueno!

A mi lado, Josh se ríe y yo le doy un codazo.

— Seguro que allí, en esa mesa —señala hacia donde están las animadoras—, te prestarán toda la atención que deseas.

—No tienes ni idea de lo que deseo, guapa —susurra, y luego se levanta.

Venga, quédate, Will, esto está interesante.

— Tengo que irme, tío, nos vemos más tarde en el gimnasio. — Le da un puñetazo en el puño a Josh. — Hasta otro día, Megan. — Parpadea y yo le saludo con la mano en su e dirección. — Intenta no llorar de nostalgia, rubia. Se te va a correr el delineador, y te queda muy bien —la provoca y April se sonroja.

Si pensaba que ella se sonrojaba, eso era antes de verla así.

Desconcertada.

— ¿En serio? Sé que es tu amigo —le dice a Josh—, pero ¿cómo consigue coger las pelotas sin tropezar con su propio ego?

— Will es genial, April, solo tienes que conocerlo.

Ella pone los ojos en blanco, abanicándose.

— Por el amor de Dios, ¿no han encendido el aire acondicionado hoy aquí? Megs, acabo de recordar que tengo que ir a la biblioteca a buscar algo para ese trabajo.

— ¿Trabajo?

— Ese... ¡Nos vemos en el salón, ¿vale?! Hasta otro día, Josh, y cuida bien de mi amiga.

— ¡Déjamelo a mí! —responde él, pero para entonces ella ya se ha alejado y solo quedamos nosotros dos.

— Eso fue... —empiezo, cuando vuelve a reinar el silencio.

— ¡Una locura!

— ¿Qué les ha pasado?

— No tengo ni idea. Nunca había visto a Will así. Normalmente es tranquilo y de pocas palabras y, créeme, no le faltan chicas.

— Entiendo. April también es buena gente. Un poco descarada, pero nunca la había visto así.

— Ahora olvídate de ellos, quiero saber de ti. — Me aparta el pelo y mi corazón se acelera.

— ¿Qué? —Arqueo una ceja.

— ¿Qué tal tu domingo? ¿Sigues enfadada por no haber montado a caballo?

Intento mantenerme seria, pero es imposible.

— Creo que puedo decir que lo has compensado. — Parpadeo y él sonríe, acercándose y, por un segundo, creo que va a besarme de nuevo.

— ¿Tú crees? Creo que tengo que convencerte un poco más —me susurra al oído, y todo mi cuerpo cobra vida.

— Josh... —jadeo.

— No puedo dejar de pensar en ti, Nueva York.

Oh, Dios...

Yo tampoco.

— Aquí estás... y

Claro que no se acuerda de mi nombre, así que se lo pongo fácil.

— Megan. Hola, Matt, Dylan...

Abren los ojos, sin disimular su sorpresa.

Sí, tengo buena memoria.

Nombres, fechas, canciones, en fin.

Se sientan en el asiento delantero y el momento ya ha pasado.

— ¿Ya se lo has dicho, J?

Lo miro, curiosa.

— Estaba en mis planes, pero entonces llegasteis vosotros.

— No aceptamos un no por respuesta, ¿eh, Megs? — El rubio me guiña el ojo.

Son encantadores, tengo que reconocerlo.

Y ya me han puesto un apodo.

Vaya, eso ha sido rápido.

— ¡Buena suerte, miércoles! —dice alguien al pasar junto a la mesa.

— ¡Gracias, tío! — Matt saluda con una gran sonrisa.

Y solo entonces me doy cuenta de que toda la atención sigue puesta en nosotros.

Hola, hay tres GC aquí.

Aunque yo no haya ido a ningún partido, sé que son las estrellas del equipo.

—Dejemos en paz a los tortolitos—. Se levantan y, al igual que Will, tocan el puño de Josh, me guiñan el ojo y se alejan.

— Lo siento —se pasa la mano por el pelo, avergonzado, en cuanto nos quedamos solos.

—Relájate.

— Les dije que quería pasarme un momento y, de repente, todos decidieron venir.

— ¿Qué ibas a decirme? Soy una persona curiosa.

— Me doy cuenta —bromea, manteniendo el silencio.

— ¿Y bien?

— Solo voy a ver cuánto tiempo aguantas.

— Vaya, tú...

— Vale, vale... — Levanta las manos en señal de defensa. — Habrá una fiesta de Halloween el día 28 en ALT.

Dios mío, se me había olvidado por completo.

Siempre decorábamos la casa en Nueva York.

Las cosas deben estar guardadas en cajas.

— *Fiesta*...

— Sé que ya has tachado ese objetivo de tu lista, pero...

— ¿Pero?

— Me gustaría mucho que estuvieras allí... *conmigo*.

— Yo...

— No tienes que responder ahora. Solo piénsalo con cariño.

— Prometo que lo pensaré —le respondo. Las posibilidades de que tenga algún compromiso ese día son muy bajas, pero aun así, prefiero confirmarlo más tarde.

Suena mi alarma y doy un respingo.

— Vaya, no me he dado cuenta de cómo ha pasado el tiempo. Tengo que irme. — Me muerdo los labios, avergonzada.

— Te acompaño.

— No hace falta —me apresuro a decir.

— ¡Insisto! —Me guiña un ojo—. Además, así podré pasar más tiempo contigo.

— Bueno, en ese caso, ¿quién soy yo para negarme, verdad?

Josh me ayuda con la bandeja y, como si no fuera suficiente, lleva mis libros con una mano, mientras la otra se mantiene firme en mi cintura.

Dios, podría acostumbrarme a esto.

Es agradable estar así, *en sus brazos*.

— Justo hoy que tengo compañía, el edificio está cerca — bromeo cuando llegamos a la puerta de mi siguiente clase y él me atrae hacia sí, rozando sus labios con los míos—. Humm, eso no es justo. ¿Cómo voy a concentrarme en clase ahora?

— Te pregunto lo mismo, Nueva York.

Hago una mueca y luego me alejo, tratando de calmar mis latidos.

— ¿Más tarde?

— ¡Cuenta con ello! —responde, y ahí están los hoyuelos.

Perfecto, como si necesitara algo más que me distrajera.

La tarde va a ser larga.

Josh acaba de irse... y estoy deseando volver a verlo.



Encuentro a April sentada al fondo y me acerco a ella. No dice nada, pero su sonrisita lo dice todo.

— Ni siquiera hace falta que me cuentes más sobre el fin de semana —me provoca y yo pongo los ojos en blanco.

—Podría contártelo todo, pero como no quieres... —bromeo y ella abre mucho los ojos.

— ¡No harías eso!

— Acabas de decir que no hace falta que te lo cuente.

— Vete a la mierda, antes de que se me olvide.

— Te prometo que te lo contaré todo, o casi todo, después.

— ¡Te lo voy a exigir!

— Estoy seguro de que sí.

El profesor entra en el aula y todos se quedan en silencio.

Maldición.

Podría seguir parloteando durante horas.

— Solo diré una cosa —susurro.

— ¿Qué? — Parece animada.

— Esto es una vía de doble sentido.

La confusión en su rostro no tiene precio.

— ¿Cómo es eso?

— Te lo contaré, pero primero quiero saber qué está pasando entre tú y el doble de Michael B. Jordan.

— ¿Qué?

Cuando se da cuenta de quién estoy hablando, sus mejillas se tiñen de rojo.

— No puedo creer que me hayas arruinado a este bombón. Cada vez que lo vea, me acordaré de ese desgraciado.

— Sí, como si eso fuera un sacrificio.

— Puede que sea amigo de Josh, pero...

— Pero es muy guapo.

—Iba a decir que es un creído, un arrogante.

— Musculoso.

— Huele bien... ¿Ya te he dicho que hoy te odio?

— Tú me quieres —le señalo.

— Vale, no puedo mentir, realmente me gustas, pero has acabado con mis sueños húmedos con ese hombre, lo has hecho.

— Quizás solo te haya demostrado que tus sueños están a punto de hacerse realidad.

— Uf, perdona, tengo que estudiar. — Pone los ojos en blanco y me ignora, fingiendo prestar atención a la clase.

— ¿Sabes lo que siempre decía mi abuela?

— ¿Qué? —pregunta, sin siquiera mirarme.

— El que desprecia, quiere comprar.

Ella resopla.

¡¡¡Resopla!!!

— ¡Va a haber una fiesta de Halloween, ¿sabes?! —le suelto la información y abro mi portátil con una sonrisa maliciosa en la cara.

Si yo voy a esta fiesta, claro que April también irá, y eso hará que todo sea aún más divertido.

Dejo de parlotear y vuelvo mi atención a la clase, antes de que me llamen la atención.

La clase es aburrida, la materia es difícil, pero finalmente el profesor da por terminado el día. Vaya, creo que nunca me he alegrado tanto por ello.

Guardo mis cosas rápidamente.

Josh ha dicho que quedemos, pero no hemos quedado en ningún sitio.

— Dios, estás realmente enamorada. Mira esa sonrisa — comenta April a mi lado y ni siquiera puedo negarlo.

— Ay, no sé ni qué decir.

— Di: sí, April, ¡tienes razón! Vamos.

— Solo estamos disfrutando.

— Eso es evidente. Cuando él metió la lengua en tu boca, me di cuenta.

— ¡April! Jesús, lo que quiero decir es que tenemos una regla.

— ¿Regla? ¡Cuéntame más, chica! —pide, mientras termina de ordenar sus cuadernos.

— No enamorarse. — En cuanto termino de hablar, ella empieza a reírse a carcajadas. Esas risas que te hacen doler hasta el estómago.

Me quedo quieta, esperando a que se calme.

— ¿En serio? —Me mira, con la cara roja de tanto reír.

— 100 % en serio —respondo, encogiéndome de hombros.

— Ay, Megs, eso no va a funcionar.

— Tiene que funcionar.

No hay otra opción.

— Luego estaré aquí para decirte: te lo dije. — Ella parpadea.

— Qué buena amiga eres.

— ¡Sinceridad!

— Sé que es una locura...

— Más bien imposible —señala—. Ya están juntos, cualquiera que tenga ojos para ver lo ve.

— Solo fueron unos besos.

Se acerca y me pone una mano en el hombro.

— Si crees que puedes divertirte sin todo el drama que suele acompañarlo —pone cara de asco—, solo te diré una cosa*. —Ya viene—.* —¡Disfrútalo! —Me guiña el ojo y empieza a caminar hacia la salida—. ¡Nos vemos mañana! —Me lanza un beso—. Ah, los detalles en mi WhatsApp, por favor.

Loca.

Hablando de móviles, cojo el mío, lista para enviar un mensaje a cierto jugador, pero entonces mi mirada se cruza con la suya.

Oh, Dios mío...

Apoyado en la pared del pasillo.

Guapo.

Esperándome.

«Podría acostumbrarme a esto», bromeo, acercándome a él, y él acorta la distancia.

— Esa es mi esperanza. — Me rodea la cintura y roza mis labios con los suyos.

Es educado, una promesa de más.

—¿Cómo te ha ido el día? —le pregunto, intentando parecer normal, mientras mi corazón parece a punto de salirse del pecho.

— Bien... agotador, hemos entrenado mucho. ¿Hay alguna posibilidad de que vayas? —pregunta y me quedo bloqueada. — Olvídalo, lo sé, quiero decir, lo entiendo.

— Gracias —le doy las gracias, entrelazando mis dedos con los suyos.

— ¿Qué quieres hacer? —cambia totalmente de tema con esta pregunta.

— No lo sé.

— Las últimas salidas las elegí yo, así que ahora te toca a ti.

— La verdad es que no lo he pensado mucho —me río, pero es por nerviosismo.

— No digas luego que no te di una oportunidad, Nueva York.

— Tranquilo. — Hago una mueca. — No te lo voy a echar en cara —bromeo, nada más salir del edificio de ciencias.

— ¿Quieres ver una película? Podemos ir al cine —sugiere, mirándome fijamente—. Ni siquiera sé si hay algo bueno en cartelera, o podemos buscar algo en Netflix, quedarnos en mi habitación y verlo allí.

Te está invitando a ir a su habitación.

Respira, Megan, no parece tener segundas intenciones, eres tú la que está pensando tonterías.

— Tampoco estoy al tanto de los estrenos —hago una mueca —. Creo que Netflix es más seguro —añado, tratando de parecer tranquila, cuando por dentro estoy flipando.

— ¡Netflix será! —Me guiña el ojo—.

Josh me abre la puerta de su coche y le doy las gracias.

Y por un segundo, me pregunto si debería avisarle a mi padre que voy a llegar tarde. Como hoy ya no tienen entrenamiento, tal vez vuelva a casa más temprano. No es que le vaya a extrañar, ya que siempre llego tarde.

Excepto que normalmente estoy en la biblioteca.

Detalles.

—¿Todo bien? —me pregunta al verme pensativa—. Si has cambiado de opinión, podemos ir a otro sitio.

Su preocupación solo me confirma que quiero ir.

— No, los planes siguen siendo los mismos.

Llegamos en menos de cinco minutos y ahí están las mariposas en mi estómago.

Respiro hondo, tratando de relajarme.

Entramos y apenas tengo la oportunidad de fijarme en la decoración de la fraternidad sin esa multitud de gente de la última vez.

Un chico sale de la cocina con una especie de jarra, mientras intenta equilibrar el móvil en el hombro.

¡Esto no va a funcionar!

Apenas tengo tiempo de apartarme de su camino.

Por suerte, claro que no me vio, resultado: un choque que probablemente se convertirá en un moretón y vitamina o *proteína de suero* por todas partes.

Incluso en mi ropa.

— Vaya, lo siento, no te vi. Joder, qué asco — refunfuña, y yo no podría estar más de acuerdo.

— ¿Estás bien? — Josh me ayuda a levantarme, y hasta él tiene un poco de vitamina.

— Sobreviviré, pero debo advertirte que quizá esté más dulce de lo normal.

Él sonríe.

— Me alegro de que tu buen humor siga intacto. Ven, te daré ropa mientras lavas y secas la tuya.

—Vaya, sí, por favor.

— Lo siento, J... y, chica de J —grita el peludo, levantando la jarra, que solo ahora puedo identificar como el vaso de la licuadora.

Jesús.

— Hemos llegado a mi humilde habitación —dice Pisca, abriendo la puerta—. Bienvenida, Nueva York.

Lo primero que siento es su perfume.

Dios, la habitación huele como él.

— Sí... —comienzo, observando todo sin disimular mi curiosidad.

Habitación limpia, clara, cama hecha, punto para él, reconozco que yo mismo, a veces, se me olvida.

¿Cuál es el propósito, verdad? Si voy a desordenarlo todo de nuevo por la noche.

Pero reconozco que una cama hecha es tentadora.

Un mural con avisos, algunas fotos... Me acerco, curiosa, y veo fotos de los chicos, una mujer y un niño, que solo puede ser FT —mi corazón se agita, recordando el cariño con el que habló de su madre y su hermano—, muchos libros y, por supuesto, un balón de fútbol americano sobre un escritorio de madera, una nevera estratégicamente colocada debajo de la mesa y luego el cuadro fijado en la pared, que es muy él...

«Trabaja duro, sueña en grande y nunca te rindas».

— ¿Y bien?

— Es muy tú, Jugador.

Él sonríe.

Abre unos cajones y solo entonces me fijo en la cómoda que hay junto a la cama.

Vuelve con una camiseta y unos pantalones cortos.

— Te quedarán holgados, pero solo hasta que se sequen tus ropas.

— ¡Está genial!

— El baño está ahí. — Señala una puerta corredera que me había pasado desapercibida, ya que es del mismo color que los muebles.

—Gracias —le doy las gracias y nuestros dedos se tocan.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y mi corazón se acelera.

Nos miramos durante unos segundos y la tensión es... enorme.

Respira, Megan. Solo es un baño... y una película. No pasará nada, a menos que tú quieras. Es Josh... Y tú... confías en él.

Sí, lo hago, pero eso no significa que vaya a estar menos nerviosa.

Hola, soy virgen —no tonta— y estoy en la habitación de uno de los chicos más codiciados de la universidad.

Es inevitable pensar en...

Dios, ¿y si él cree que vamos a tener sexo?

Siento que me arden las mejillas.

— ¿Estás bien, Megan?

— Oh, sí, claro. — *Dios, date prisa.* —Me voy... ¡a ducharme! Ahora vuelvo. — Casi corro y solo cuando cierro la puerta detrás de mí, suelto el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta.

No sé qué es más aterrador.

Pensar que Josh pueda tener planes, o el hecho *de que yo* también *quiera eso*. Este deseo es nuevo para mí.

No me da miedo el acto en sí.

Ya he tenido suficientes clases y conversaciones al respecto. Sé cómo funciona.

Pero nunca he ido más allá de los besos.

Nunca quise hacerlo, pero con él, ah...

Con él, quiero... y mi miedo es precisamente que no le guste, que me encuentre muy inexperta.

No sé...

Dios, él es un Guerrero Caliente... debe estar acostumbrado a cosas locas, y yo ni siquiera sé lo básico.

Estoy muy jodida.



CAPÍTULO 18

Joshua

Dusk till Dawn – Zayn & Sai
Perfect – Ed Sheeran
Don't give up on me – Andy Grammer

Vaya, qué desastre...

Me quito la camiseta, que ya no sirve, llena de esa extraña vitamina que Tray insiste en preparar. Ni me preguntes qué le echa dentro. El horrible olor es todo lo que necesito saber.

Oigo el ruido de la ducha apagándose y me preparo para su regreso. Separo ropa limpia y compruebo que esa porquería verde no haya goteado por el suelo.

— Hola... — Su voz suena a mi espalda y me giro para encontrar sus ojos azules.

Ni hablar.

La chica lleva una camiseta holgada, que parece más bien una camisola, tiene el pelo mojado y una mirada asustada, y yo solo puedo pensar en lo afortunado que soy por tenerla conmigo.

Verla con mi ropa me hace sentir como un cavernícola.

Me dan ganas de golpearme el pecho y gritar:

¡Mía!

Concéntrate.

— No debe ser lo que estás acostumbrada a tener en tu habitación. — Hace una mueca.

— Ninguna chica entra aquí —le respondo, sin dejar de mirarla.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida.

—Yo... lo siento, supuse...

— Este es mi refugio. No traigo chicas —me acerco, deteniéndome a pocos centímetros— aquí, *solo tú*.

Sus mejillas adquieren ese tono rojo que me hace imaginar todo lo que quiero hacer con ella.

Imágenes de ella sonrojada, con el pelo revuelto después de correrse alrededor de mi polla.

Aprieto los dientes y cierro los ojos. Necesito calmar esta mierda.

— Yo también voy a darme una ducha —digo, dirigiéndome al baño—. Ponte cómoda.

Joder, ¿qué ha sido eso?

Abro el grifo del agua fría y me meto debajo.

No sirve de nada.

Mi polla late en mi mano, y pensando en la chica al otro lado de la puerta, la de los increíbles ojos azules y una sonrisa que ilumina todo mi interior, empiezo a masturbarme, con la esperanza de calmar el torbellino que hay dentro de mí.

Cada movimiento me acerca más al límite, pero es pensar en ella... Megan, con la mirada fija en la mía, los labios carnosos abiertos, tragándome, tomando todo lo que tengo para dar, lo que es mi perdición.

— Ahhh... — gimo, apoyando una mano en la pared, mientras chorros de semen explotan contra mi palma.

Estoy flácido y jadeante, y el agua fría no ha servido de nada.

Termino la ducha, tratando de recordar la última vez que tuve que recurrir a una paja.

No se me ocurre nada.

Hace muchísimo tiempo.

Pero hasta entonces, no estaba Megan, y si hay algo sobre esta chica, es que después de conocerla, nada parece igual.

No tengo ninguna duda de que ella cree que la traje a mi matadero, pero no podría estar más equivocada.

No soy un santo.

Nunca he dicho eso. Mi fama me precede, pero mi habitación siempre ha estado fuera de discusión. Cualquier otro miembro de esta fraternidad, la historia es otra.

La encuentro en mi cama, sentada, con las piernas cruzadas como en esas posturas de yoga, y aunque no lleva ni una pizca de maquillaje, como las chicas con las que suelo salir, es la más guapa que he visto nunca.

Por eso no puedo estropearlo todo.

—¿Has encontrado algo? —le pregunto, acercándome.

— Tenemos algunas opciones, ya que no sé qué has visto y qué no.

— ¿Cuáles? —Me siento a su lado, tratando de mantenerme indiferente, pero estar tan cerca lo hace todo más difícil.

— Hum, veamos, como compartimos el buen gusto por las películas de Keanu, tenemos desde las antiguas como «Velocidad máxima» —me guiña un ojo—, la he visto una docena de veces, pero siempre la veo. «Matrix», pero entonces seguro que tendremos que seguir con el maratón otro día —pone cara de asco—, y «John Wick»[6] , el mismo problema que con Matrix, muchas películas y poco tiempo.

—Es un problema difícil, todas las opciones son buenas. —Fingo pensar—. Creo que será bueno volver a ver a Neo.

—¡Sí! —celebra y sé que ya tenemos una elegida—. Dios mío, me encanta Trinity.

— Voy a poner palomitas en el microondas y podemos empezar.

—Ah, palomitas otra vez. Realmente quieres que vuelva aquí.

— Hasta que te vayas, estarás completamente seguro de ello —le indico y salgo de la habitación.

Dios, espero no haber ido demasiado lejos. Pero, joder, por lo que a mí respecta, Nueva York no se librará de mí tan fácilmente.

¡Ni hablar!

Cinco minutos después, debidamente abastecidos, comenzamos la sesión nostálgica. Y aunque la vi hace unos seis años, hoy puedo entender y comprender mejor la trama que cuando era un chaval de quince años.

— ¿Te puedes creer que esta película se estrenó hace veinticuatro años?

— ¡No, es muy buena! Joder, yo ni siquiera había nacido — dice ella.

— ¡Yo tampoco!

— ¿Cuántos años tienes, Jugador? —Arquea la ceja con curiosidad.

— ¿Volvemos con los apodos? —bromeo.

— A mí también me gusta llamarte así, aunque tu nombre sea...

— ¿Es?

— Lindo.

— Es el diminutivo de Joshua, pero todos me llaman Josh.

— Joshua, me gusta.

— Me gusta Megan. —Empiezo a dejar un rastro de besos en tu cuello—. De Nueva York...

— Hmm.

— Creo que el problema eres tú...

— ¿Yo? —jadea, hundiendo los dedos en mi pelo.

—Me gustas —le digo, mirando sus labios, y entonces se acabó la película, ataco su boca, necesito sentirla, saborearla...

Megan se derrite en mis brazos y, cuando dejamos de besarnos, los dos estamos jadeando.

— La película... —jadea.

— La película... Prometo comportarme. —Levanto los dedos en señal de juramento y ella se ríe—. Y, por cierto, tengo veintiún años, recién cumplidos. —Le guiño un ojo—. ¿Y tú?

— ¿Cómo que acabas de cumplir? ¿Fue tu cumpleaños y yo no lo sabía? — Abre mucho los ojos.

— Tranquila, Nueva York, aún no habías llegado. Mi cumpleaños es el 8 de septiembre.

—¿Virgo?

— ¿Qué?

— El signo, quiero decir, el signo del zodíaco.

— Lo había entendido, solo quería verte así... — Le toco la mejilla—. Te queda muy bien el rubor.

— Voy a pasar por alto esa broma, porque me has llamado guapa —bromea—. Y antes de que cambie de opinión y no te diga nada, tengo diecinueve años, soy canceriana, llorona y rencorosa.

— ¿Crees en esas cosas de los signos? — Mi curiosidad puede más que yo.

— No leo el horóscopo ni nada de eso, si es lo que me estás preguntando, pero admito que algunas características son reales. Yo, por ejemplo, soy canceriana y tengo una memoria de elefante.

— Anotado: nada de meter la pata, o te lo recordarás dentro de diez años.

— Probablemente —responde sonriendo.

Me acuesto en la cama, necesito estirar la espalda.

— Todavía queda una hora y cuarto de película, ¿qué tal si te estiras? ¡Prometo no morderte! — Le guiño un ojo y estiro el brazo para que se acurruque.

Sí, debo haber sido sádico en otra vida.

Porque tener a Megan tan cerca, sentir su mano sobre mi pecho, inhalar el perfume de su cabello, es una tortura. Una que repetiría tantas veces como fuera necesario, solo por el placer de tenerla conmigo.

Una hora después, película vista, y si tuviera que resumir la situación, sería algo así como: (i) cuándo vamos a ver «Matrix: Reloaded», la segunda de la franquicia, porque, joder, la primera es demasiado buena, y, por supuesto, (ii) un caso grave de bolas azules.

— Yo me lo he pasado bien —comenta, todavía apoyada en mi hombro—.

— Yo también.

Yo también.

Se muerde los labios y veo que está pensando en algo.

— ¿Qué pasa? Puedo ver cómo te da vueltas la cabeza desde aquí.

— ¿Es tan obvio? —pregunta, levantándose y sentándose demasiado lejos para mi gusto.

— No es nada.

— Entonces, dime.

— Solo pensaba que... —se detiene y parece avergonzada —... imaginaba que hoy las cosas serían diferentes.

— ¿Cómo es eso?

Se sonroja.

Más bien como un pimiento.

— ¿Pensaste que íbamos a follar?

— ¡No! Dios, no... —se apresura a explicar—. Quiero decir, todavía no.

Hace una mueca y no puedo contener la sonrisa al verla tan nerviosa.

— Yo... —continúa, pero se detiene—.

— ¿Tú...?

— Pensé que tal vez íbamos...

— Sigo sin entenderlo, preciosa, tienes que ayudarme.

— Pensé que iba a pasar algo, vale, además de los besos...

Joder.

Inspiro y espiro, reuniendo todo mi control, y solo entonces me acerco, acortando la distancia, deteniéndome a pocos centímetros.

— ¿Quieres que te toque? — Apenas reconozco mi voz.

— Yo...

— Estoy tratando de comportarme.

— No quiero que te comportes.

Avanzo lentamente, como un depredador, y en cuestión de segundos la tengo tumbada debajo de mí.

Mantengo mi cuerpo alejado. Observo cómo sus pechos suben y bajan bajo la camiseta.

— ¿Qué quieres, Megan? —le susurro al oído.

— Tú... —jadea

¡Joder!

Me inclino y empiezo a besar su cuello, su cara, su barbilla, hasta llegar a sus labios.

Los muerdo, tirando ligeramente, solo para pasar mi lengua.

Megan me acaricia la espalda, sus uñas rozando mi camiseta.

Me alejo lo suficiente para quitarme la camiseta, necesitando sentir sus manos sobre mí.

Ella sonríe, recorriendo mi pecho sin disimular su admiración.

— ¿Te gusta lo que ves, Nueva York? —bromeo.

—Sabes que sí —responde y vuelvo a perderme en sus labios, juego con su lengua, mientras mis manos suben por debajo de su camiseta y ella jadea contra mi boca al sentir mi pulgar rozando sus pechos.

— ¿Quieres que pare?

Niega con la cabeza, mordiéndose los labios con fuerza.

— ¿Te gusta que te toque así? —Le presiono ligeramente el pezón.

— Uhum...

— ¿Y si sustituyo mis dedos por mi boca? — Arqueo una ceja al ver cómo abre los ojos.

— No sé...

Lo dejo todo y ella se sonroja.

— No sé si me gusta —comienza, sin apartar la mirada de la mía.

— ¿Nunca te han tocado así?

— No.

Respiro hondo y cierro los ojos.

No me importa eso de ser virgen, como les pasa a algunos tíos, que van detrás del cordero para ser los primeros en comérselo.

Eso es ridículo.

Ni siquiera sé si alguna vez he estado con una. Creo que no, lo recordaría.

Todas las chicas con las que he estado tenían experiencia y sabían exactamente lo que yo podía ofrecerles.

Con Megan todo es nuevo. No solo porque ella es inexperta, sino porque, por primera vez, estoy confundido sobre lo que quiero.

«Soy virgen, Josh, creía que era obvio», revela, haciendo una mueca. «¿Es eso un problema para ti?», pregunta, y veo un destello de inseguridad.

Ay, chica, si supieras cómo me afecta.

—No es ningún problema —le susurro al oído—. Solo iremos despacio, a tu ritmo.

— ¿Al mío?

Vuelvo a mirarla fijamente para que no haya dudas.

— Necesito entender lo que ya has hecho, para saber cuánto de esto es nuevo para ti. ¿Te parece bien?

—Vale... —Ahí está ella mordiéndose esos deliciosos labios.

—Ya sé que nunca te han besado aquí... —Vuelvo a tocarle los pechos, provocando que se le pongan duros con mi pulgar—. Podemos empezar por ahí.

Ella asiente con la cabeza y, sin apartar la mirada de la suya, le bajo lentamente la camiseta, dejando al descubierto unos pechos pequeños, pero que encajan perfectamente en mi mano, y *joder* si no quiero meterles la boca.

No le doy tiempo a la timidez, agarro los dos montículos, sintiendo su peso, frotando sus pezones y, sin previo aviso, muerdo uno, chupando con fuerza, mientras sigo provocando al otro con el índice.

— Ohh.

Cada gemido va directo a mi polla palpitante, pero hoy todo gira en torno a ella. Quiero que Nueva York se derrita en mis brazos.

Me alejo y ella refunfuña debajo de mí.

— No te traje aquí para eso. Necesito que entiendas, no necesitamos... — comienzo, preocupado, pero la mirada que recibo está cargada de deseo.

— Yo sí quiero.

Vuelvo a besarla, el cuello, la parte superior de los pechos, rodeo el pezón duro con mi lengua, provocándola, antes de meterlo en la boca y chuparlo con fuerza.

Megan me agarra del pelo y, joder, podría quedarme ahí horas, pero hay más cosas que deseo probar y volverla loca en el proceso.

Libero su pecho y ella refunfuña.

— Tranquila, preciosa. — Empiezo a dejar un rastro de besos por su cuerpo.

Sigo besando su vientre hasta que mi cara se acerca a la cintura de los pantalones cortos.

Levanto los ojos solo para encontrar los suyos.

— ¿Alguien te ha tocado aquí, Nueva York? — Froto mi cara, deseando que ese trozo de tela se salga. — ¿Ya te has abierto bien las piernas y me has chupado el coño? — Mi voz es ronca, cargada de deseo.

— No... —jadea, con el pecho subiendo y bajando.

— ¿Puedo?

— Por favor —pide, levantando las caderas y casi corriéndose en los pantalones.

Joder.

Deslizo la ropa por sus deliciosas piernas y elimino la única barrera entre nosotros.

— Qué vista tan increíble —gruño, con la cara a pocos centímetros de su coño depilado—. Necesito probarte. Mira lo mojada que estás. —Paso el dedo índice por su pliegue y Megan gime, agarrándose a la sábana.

Tenerla así, desnuda en mi cama, con el coño chorreando, entregada, es jodidamente excitante.

No pierdo más tiempo.

—Quiero que te corras en mi boca, Nueva York —le aviso antes de sacar la lengua y pasarla lentamente por el mismo lugar donde estaba mi dedo.

— Joder —gime, echando la cabeza hacia atrás.

—Qué delicia —murmuro con la cara metida ahí.

Separo sus pliegues con el índice y el pulgar y deslizo mi lengua de arriba abajo, solo para luego rodear su clítoris, antes de meterlo en mi boca y chuparlo con ganas.

— Josh... Oh, Dios... — Sonrío con la cara entre sus piernas.

—Aquí no hay Dios, preciosa... *solo yo*.

— Solo tú —bromea.

— Solo yo... *de verdad*. Este coño ha sido reclamado. ¡Es mío, solo mío! —digo con determinación, volviendo mi atención a su clítoris, alternando ligeros mordiscos con movimientos de succión.

Megan gime palabras inconexas.

— Di algo — le pido, estimulando su clítoris con el pulgar.

— Josh —jadea, mirándome con las mejillas sonrojadas.

— Di —repito— que este coño delicioso es mío.

Ella se muerde los labios y sonríe.

— Tuya, Jugador... *solo tuya*.

— ¡Joder, sí!

Le agarro el culo, lo fijo en mi cara y entonces empiezo a meter mi lengua en su entrada, sin dejar de presionar su punto sensible con movimientos circulares.

Megan gime descontrolada.

— Oh, Dios... — Sus piernas comienzan a temblar, pero lo ignoro, sigo estimulándola, provocándola...

— ¡Córrete, preciosa, córrete para mí! —gruño, antes de morder su clítoris hinchado y chuparlo con fuerza de forma rítmica.

— No pares, no pares... — suplica, agarrándome del pelo, y todo vibra en mí, chupo con ganas, sin disminuir el ritmo.

—Córrete, Nueva York, córrete y te lo lameré todo— le ordeno, tirando ligeramente de su clítoris, solo para volver a chuparlo.

— Ahhhh — grita, corriéndose intensamente, conmigo... para mí.

Jodido cielo.

Aferro mis manos a sus caderas, manteniéndola exactamente donde la necesito, mientras mi lengua sigue tomándolo todo, lamiendo su placer.

Megan todavía está temblando por el orgasmo cuando me tiro a su lado, con la respiración acelerada, y la atraigo hacia mí.

— Eso ha sido un *touchdown* increíble —bromeo y ella se ríe. El sonido es contagioso y me sorprendo sonriendo y agradeciendo en silencio que ella haya entrado en mi vid . — ¿No estás de acuerdo, Nueva York? —Hundo la cara en la curva de su cuello,

dándole un pequeño mordisco, solo para dejar a continuación una serie de besos.

—No podría estar más de acuerdo —responde, con una enorme sonrisa en el rostro—. Incluso creo que la puntuación para este *touchdown* debería ser diez, en lugar de los seis habituales —bromea y me sorprendo apartando un mechón de su rostro, solo para poder perderme en sus increíbles ojos azules.

— ¿Te he dicho ya que eres preciosa?

— Sí, pero puedes decírmelo siempre que quieras —bromea —. Siempre es bueno, aunque pueda acostumbrarme mal—. Guiña el ojo.

Cuento con ello.

— Josh...

— Habla, preciosa. ¿Te he asustado?

— No, todo ha sido maravilloso... —Hace una pausa y parece avergonzada.

— ¿Qué pasa entonces? ¿Hay algo que no te haya gustado? Necesito saberlo.

— ¡Dios, no! Me gustó TODO —enfatiza la última palabra y sus mejillas se tiñen del familiar color rojo.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— Me divertí, sin duda, pero ¿y tú? Yo puedo, ya sabes...

Dios, Megan me va a matar.

La chica puede ser sexy e inocente al mismo tiempo.

—El otro día —digo, reuniendo todo mi autocontrol.

—¿No quieres? —pregunta, y veo confusión en su mirada.

— Créeme, nada me atrae más que la idea de tu boca y tus manos alrededor de mi polla, pero no quiero estropear las cosas, ir demasiado rápido y asustarte, eres demasiado especial para mí. —Le acaricio la cara con el dedo índice.

Ella cierra los ojos, sintiendo mi tacto.

—No me asustas —responde, y sin apartar la mirada de la mía, lleva la mano hasta mis pantalones cortos, sintiendo lo duro que estoy.

— Megan —gimo, apretando los puños, lo último que necesito es correrme en los pantalones.

Un golpe en la puerta es el jarro de agua fría que necesitamos.

—¡Ya voy! —grito, sabiendo que si han llamado es porque es algo importante—. Lo siento —le susurro.

Por el rabillo del ojo, veo cómo agarra la ropa y corre al baño.

Abro una rendija en la puerta.

— Hola, J. Perdona por interrumpir, tío —Carter, uno de los centrales del equipo, comienza, visiblemente incómodo, sabe que estoy acompañado.

— Tranquilo. ¿Qué pasa?

—Tu madre ha llamado, parece que estaba intentando llamarte al móvil, pero le salta el buzón de voz.

Mierda, se me debe haber acabado la batería y ni me di cuenta.

— ¡Gracias! Voy a hablar con ella.

— De acuerdo. Dijo que tu hermano pequeño se había metido en una pelea y que necesitaba que fueras al colegio a recogerlo.

— ¡Caramba, Carter! ¡Eres el mejor!

— Hay más...

¿Más?

— La ropa de tu chica se ha secado, me lo ha dicho Tray, y como iba a molestarte —me guiña el ojo con picardía—, he aprovechado para traértela.

— Te debo una. — Cojo la ropa y cierro la puerta, pensando ya en cómo resolver esta situación. Mi madre me había comentado que Jack estaría fuera de la ciudad esta semana y que la cafetería estaría muy concurrida, por lo que necesitaba ayuda.

Conecto el aparato al cargador, esperando poder al menos encenderlo.

—¿Todo bien? —Megan aparece ya vestida, pero mi mente sucia solo puede recordar todo lo que está oculto.

— Tengo que ir a buscar a mi hermanito, darle un tirón de orejas y dejarlo en casa.

— Lo siento.

— Oye, no te disculpes, yo lo siento por haber sido interrumpidos. — Parpadeo y ella sonríe. — ¿Vienes conmigo? — digo de repente.

— ¿A buscar a tu hermano?

Asiento con la cabeza, sin saber de dónde saqué esa idea.

— Será rápido, y luego te dejaré en tu casa.

Megan me mira unos segundos y yo me preparo para su negativa. Claro, la chica no quiere ir, qué plan tan loco.

— Me encantará ir contigo. — Me sorprende. — Sobre todo ahora que ya tengo ropa nueva. — Parpadea y señala mi mano.

— ¡Ah, sí, ya se han secado! —admito.

Salimos de mi habitación cogidos de la mano y yo estaba haciendo un buen trabajo ignorando a todos los que nos rodeaban, pero, por supuesto, tuvimos que cruzarnos con Matt y Dylan en el salón.

— Mira lo que nos encontramos por aquí. — Matt no disimula su curiosidad al vernos allí... *juntos.*

—Nos vamos —anuncio—. Tengo que ir a buscar a FT, el chico se ha metido en un lío.

— Dale un golpe por nosotros —pide Dylan.

— Déjamelo a mí.

— Y, J, solo para que lo sepas, Jones vino a sondearnos para saber si ibas a ser un problema, en caso de que él viniera a la fiesta con... —comenta Matt y yo no entiendo nada.

— ¿Con quién? ¿De qué está hablando Patrick? —pregunto, queriendo zanjar el tema y largarme.

—Con Heather.

Casi me río.

— ¿Qué le respondiste?

—Que no te importaba lo más mínimo. —El hijo de puta me conoce como nadie. Arquea la ceja, con esa sonrisa pícara.

— Bueno, entonces todo solucionado.

Estamos casi en la puerta cuando Matt nos llama de nuevo.

— Espero de verdad que vengas a nuestra fiesta, novata.

— Megan —me corrige ella a mi lado.

— Megan —se corrige—. No le falles a nuestro amigo. La fiesta será divertida, créeme. —Su mirada está fija en mí, y sé exactamente lo que está pensando.

Confusión.

Heather puede ser muy pesada cuando quiere y le cuesta aceptar un no por respuesta, pero ahora está con Pat... lo que significa que yo soy pasado y no me oirás quejarme.

Nos despedimos y, en cuanto nos subimos al Honda, sé que ella quiere preguntarme algo.

— ¡Dilo! —le digo, cuando nos detenemos en un semáforo.

— ¿Qué?

— Parece que quieres preguntarme algo, me estás mirando de forma extraña.

— ¿Me estás llamando rara, Jugador?

— Lo has entendido perfectamente. —Hago una mueca, prestando atención al tráfico, pero esperando su respuesta.

— A veces, solo me gusta mirarte —bromea, pero luego continúa— Vale, iba a preguntarte quién es Jones, Patrick, ¿no sé si es la misma persona? ¿Y qué pasa con tus amigos y esta fiesta?

— ¡Lo sabía! ¡Querías preguntarme algo, ¿verdad?!

— ¡Culpable! —Levanta las manos y se ríe.

— Patrick Jones es de nuestro equipo, es uno de *los quarterbacks* suplentes.

— Hum...

— ¿Eh?

— Este QB está preocupado de que te moleste que venga con su ex.

— Ella no es mi ex —insisto.

— La última vez que hablé con ella, te consideraba *su novio actual* — bromea.

— Bueno, míralo por el lado bueno, ella ya ha pasado página.

— Tus amigos están deseando montar un escándalo. Quién diría que a los adultos les gustaría eso.

— Matt es un caso aparte. Le encanta el caos y cree que...

—Si apareces conmigo, eso puede pasar, ¿verdad?

— Algo así, pero estoy seguro de que todo irá bien.

— Ojalá... —responde ella riendo, pero luego vuelve su atención a la ventana, observando el paisaje tan pronto como entramos en el barrio.

No es bonito.

Y espero que Megan no se asuste con el lugar y huya lejos de mí. No le oculté que mi familia vivía en un lugar sencillo, pero aun así, es un choque en comparación con la enorme casa donde ella vive.

En la escuela fue rápido.

Finn nos estaba esperando en la dirección.

Unos rasguños y un ojo hinchado, pero si conozco a mi hermano, el otro acabó llevándose la peor parte.

—Josh... —Se levanta en cuanto me ve, con esa cara de perro sin dueño, y enseguida se da cuenta de que tengo compañía.

Dentro estuve menos de cinco minutos, tuve que firmar un documento de responsabilidad y él consiguió una suspensión de tres días.

— Espero que tengas una buena excusa, hermanito. Mamá no va a estar nada contenta.

—¿Es tu novia? —pregunta sin filtro alguno, y Megan, a mi lado, se esfuerza por contener la risa.

— Oye, el tema eres tú, no yo.

— Solo por curiosidad. Nunca te he visto traer a ninguna chica a casa. —Se encoge de hombros—. Hola, soy Finn. —Le saluda con la mano, un poco avergonzado.

— Hola, Finn, encantada de conocerte, me llamo Megan — ella lo saluda y el chico se queda embobado.

— Oye, técnicamente todavía estamos en tu colegio — bromeo, revolviéndole el pelo.

—Muy gracioso, pero supongo que me dejarás allí, ¿no?

—Algo así.

— Entonces será en casa, obvio —se burla, levantando una ceja.

— Vale, basta de bromas, ¿qué ha pasado?

Hace una mueca.

— Isaac y yo estábamos en la cancha entrenando después de clase, ya sabes cómo es... echándole el ojo a las chicas, ellas estaban ensayando y tal, y él está interesado en una de ellas.

— ¿Él?

— ¿Me dejas contarlo o vas a seguir burlándote de mí?

— Sigue. — Levanto las manos a la defensiva, curioso.

— Cuando las chicas se dirigían al vestuario, uno de los matones de octavo curso le tocó el culo a Jasmine.

— ¡Qué idiota!

—Exacto.

— La idea era solo decirle que le pidiera perdón, pero las cosas se descontrolaron un poco.

— Un poco, ¿eh? Vale. Te entiendo y probablemente habría hecho lo mismo, pero sabemos que la violencia no es el camino, ¿verdad?

—Él empezó —se defiende—. Y sí, sé que debemos resolver nuestros problemas hablando. —Hace una mueca.

— ¡Exacto! Ahora que ya sé que lo sabes, dime, ¿le diste?

—Justo en la nariz —dice con la boca llena.

—Chicos... —comenta Megan a mi lado, muy seria, pero luego parpadea—. Yo probablemente le habría dado una patada en los huevos.

Finn y yo abrimos mucho los ojos.

—Eso duele mucho —decimos al unísono.

—¡Exacto! —enfatiza, con malicia—. Pero, claro, la violencia nunca es la solución.

— J, si no sales con ella, le pediré que me espere —me susurra mi hermanito al oído, tomándome por sorpresa.

— Oye, tío, quita tus ojos. Ella ya tiene dueño —le respondo, y mi mirada se encuentra con sus iris azules.

Pensándolo bien, creo que quien tiene dueño soy yo.

Al final, pasamos por una pequeña tienda cerca de casa y compramos pan y embutidos, porque no sabía si había comida en casa y no quería dejar a mi hermanito sin nada hasta que llegara mi madre.

Para nuestra sorpresa, nada más aparcar el coche, quién aparca, sí, mi madre.

— Oh, ya habéis llegado. Dios mío, ¿qué ha pasado, Finn Thomas William Miller? —empieza a hablar nada más bajar del coche.

— Vaya, no me gustaría estar en tu lugar. Tu nombre completo, ya está, ¿eh? — Megan me da un codazo, dejo de bromear y decido intentar calmar las cosas con mi madre. — Será rápido —le explico y ella susurra algo, pero con el alboroto con mi madre, ni siquiera la oigo.

—Tranquila, señora Abigail, todo bajo control, ha sido un malentendido —empiezo a decir, pero en lugar de mirarme a mí, mi madre mira sorprendida a Megan, que ha bajado del coche y camina hacia ella.

—Encantada, señora Miller. Me llamo Megan. Soy amiga de Josh, de la universidad.

— El placer es mío, querida, y, por favor, llámame Abigail. Por favor, ven, entremos —pide, casi arrastrando a Nueva York por el brazo.

Si había alguna posibilidad de salir rápido, ya se había esfumado.

—¡Mamá se ha olvidado de mí! ¿Lo has visto? Tío, me encanta Megan, tráela siempre que me meta en líos —bromea, yendo tras ellas con su mochila llena de garabatos.

— Hemos traído pan y embutidos, mamá —aviso, nada más entrar con las bolsas.

— Ah, cariño, muchas gracias. Voy a preparar café recién hecho y podemos comer, ¿qué os parece?

— Ya nos vamos.

— Pero ni siquiera han entrado. No, tienen que quedarse aunque sea diez minutitos.

—Mamá, tengo que llevar a Megan a casa.

— ¿Diez minutos? —Solo falta que me supliques, y mira a quién, sí, justo a Nueva York.

— Por mí, está bien, diez minutos —responde ella, dedicándome una sonrisa que es casi una disculpa.

Durante los siguientes minutos, conversamos, por supuesto que mi madre intentó obtener la mayor cantidad de información posible sobre nosotros, pero Nueva York se libró sin mayores problemas.

— ¿Entonces estaban viendo una película? ¿En el cine de la calle principal?

Oh, mierda.

Megan se atraganta al oír la pregunta y empieza a toser.

Le doy unas suaves palmaditas en la espalda y esa es nuestra señal.

— Tenemos que irnos, mamá —le aviso, levantándome, y ella hace lo mismo.

— ¡Qué pena, vuelvan otro día con más tiempo! —pide, y realmente sé que le debo más visitas.

— Prometo que lo haré, mamá.

— ¡Y trae a tu preciosa amiga otra vez, eh! —Le guiña el ojo a Megan y yo no sé dónde meterme—. Estoy tan feliz por ti, Josh, has conseguido ser titular, habéis ganado el primer partido, te lo dije, cariño, Dios lo sabe todo, todo a su debido tiempo —continúa, ya emocionada—.

— Gracias, mamá. — La abrazo con fuerza. Mi madre nunca dudó de mí, siempre fue mi mayor apoyo, junto con mi padre.

—Ha sido un placer conocerla, señora Miller, perdón, Abigail.

— ¡Mejor así! ¡El placer ha sido mío! ¡Todo mío!

— Ven a almorzar con nosotros el Día de Acción de Gracias, cariño.

—¡Mamá!

— ¡La invitación está hecha! La casa es sencilla, pero eres más que bienvenida.

— Muchas gracias —responde Megan, y luego se sube al coche.

— ¡Perdona todo este lío!

— ¿Qué?

— Ya sabes, mi hermano, mi madre... Te dije que sería rápido, y mira, son casi las 8 de la tarde.

— Tranquilo, Josh. Te avisé que llegaría un poco más tarde, además, me ha encantado conocerlos. Tu hermano es un personaje y tu madre es... una madre estupenda —dice y de repente mira apresuradamente por la ventana.

Me quedo en silencio.

No hace falta ser un genio para saber que se ha acordado de su propia madre. Sigo conduciendo, pero apoyo mi mano sobre la suya, en un mensaje silencioso.

Estoy aquí.

Ella no dice nada, pero entrelaza sus dedos con los míos y me dice todo lo que necesitaba saber.

Quince minutos después, aparco delante de su casa y, a juzgar por las luces encendidas, su padre ya está en casa.

— Entregado.

—Entregado! —Ella sonríe.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, con la tensión llenando el interior del vehículo, hasta que no puedo más, me desabrocho el cinturón y me acerco, sujetándole la nuca, con la boca a pocos centímetros de la suya.

— Realmente he tenido un día fantástico hoy... *contigo*.

— No me vas a oír quejarme, Jugador —bromea, y yo la provoqué, rozando mis labios con los suyos.

— ¿Sin quejas? Eso está bien, ¿no?

— Solo creo que no ha sido muy justo contigo —señala, haciendo una mueca.

Ah, Megan.

— Sobre eso, no te sientas presionada

— ¿Por salir con uno de los GC y aún no haber tenido sexo o por haberte dejado plantado hoy?

— Contigo, solo soy Josh. —Te coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, sin dejar de mirarte—. Y por ti, esperaré todo el tiempo que sea necesario. No tengo prisa, lo más importante lo tengo, *a ti.*

— ¿Cómo consigues decir las cosas más perfectas? En serio, debes tener algún defecto, ¡no es posible! ¿Te huelen los pies? ¿Roncas?

Intento ponerme serio, pero me cuesta.

— Tengo muchos, solo que los disimulo bien —bromeo y ella pone los ojos en blanco.

— Yo... gracias por no presionarme, por respetarme. Eso es importante para mí. Dicho esto, quiero dejar claro que espero todos esos orgasmos, en plural, que mencionaste atrás cuando nos conocimos. — Parpadea, soltando su propio cinturón y preparándose para bajar.

Ni de coña.

Mi polla cobra vida inmediatamente.

— Sigue jugando con fuego, Nueva York —le advierto, y apenas reconozco mi voz—. Lo recordaré, ahora marca mis palabras. —Me acerco a su oído y le susurro—: Vas a suplicarme que pare, cansada de tanto disfrutar.

— Ya lo veremos. —Arquea una ceja y luego roza sus labios en una suave provocación antes de saltar del coche.

— ¡Ya lo verás! —le digo, y sé que me ha oído.

Es una promesa que pienso cumplir.



CAPÍTULO 19

Megan

Love song – Sara Bareilles
Teenage Dream – Kathy Perry

Llegó el viernes y, con él, espero tener la oportunidad de ver a mi Jugador.

No lo veo desde el lunes, y eso fue hace tres días. Los últimos días han sido caóticos tanto para él como para mí. Yo con exámenes y trabajos y él, compaginando los estudios con los duros entrenamientos para el segundo partido de la temporada.

Él no lo ha dicho, pero sé que existe la presión y la necesidad de consolidarse como titular. Afortunadamente, los Guerreros ganaron otro partido, con increíbles pases del *quarterback* más guapo y fantásticas recepciones por parte de los otros *Guerreros Calientes*. Realmente son un equipo muy compenetrado y, por supuesto, me volví loca en casa siguiendo el partido a través de *los tuits* de la gente.

Después del partido, hablamos y nos emocionamos juntos, y eso alivia un poco la nostalgia. *La nostalgia*, es una locura, lo sé, pero maldita sea si no siento una necesidad constante de verlo, abrazarlo, oler su perfume, sentir su tacto.

No vayas por ahí, que aún no son ni las ocho de la mañana.

Salto de la cama, dejo a un lado la pereza y empiezo a arreglarme.

Hoy va a ser un buen día, pensamiento positivo.

— Buenos días, Meg Muffin —me saluda mi padre animado, en cuanto me ve bajar las escaleras.

— ¡Alguien está de buen humor hoy, eh!

— ¡Siempre lo estoy! —Guiña el ojo—. Vale, quizá hoy un poco más. La semana ha sido buena, agotadora, pero buena, y lo mejor...

— ¿Qué?

— ¡Mañana es sábado!

— No me digas, solo quiero dormir.

— Qué desánimo, pensé en explorar la ciudad, desde que llegamos he estado trabajando como un loco, ¿qué te parece? ¿Un plan con tu viejo?

Fingo pensarlo, pero claro que sí, ¿no?

— ¡Será genial, papá!

— Pensaba ir a Williamstown, he oído que hay una réplica del arca de Noé a tamaño real, ¿te lo puedes creer?

— ¿En serio? — Tu entusiasmo no me sorprende, mi padre está un poco loco por todo lo que tenga que ver con la carpintería, una vez incluso pensó en montar una especie de taller en el fondo de nuestra casa, pero luego lo dejó.

— Me informaré bien, pero podemos dar una vuelta por allí y, a la vuelta, pasar por el mercado.

—Me parece un buen plan —digo, cogiendo un yogur de la nevera—.

— ¿Quieres que te lleve hoy?

— ¡Claro! ¿Por qué? ¿No vas hoy? Puedo ir en autobús, papá —digo, mirando la hora en el móvil.

— Sí, voy, solo te lo preguntaba porque pensaba que tu amiga de Honda vendría a recogerte —dice con naturalidad, mientras recoge sus cosas de la mesa del salón.

Ay, papá...

— Es un amigo —le explico, cogiendo mi mochila—. ¡Ya estoy lista!

— ¿Qué has dicho?

— ¡Estoy lista!

— No, antes.

— Ah, es que el Honda es de un amigo.

Mi padre me mira y sé que está deseando preguntarme quién es, si lo conoce, pero está intentando hacerlo sin dar mucho por hecho, recabando información poco a poco.

Por suerte, suena mi teléfono.

— ¡Es Ash! Te espero en el coche —le aviso, aprovechando para escapar de su interrogatorio. — ¡Hola! —contesto.

— Hola, Megs, perdona por tardar en contestarte. Aquí estaba todo una locura.

— ¡Tranquila, aquí también!

— Para que te hagas una idea de lo ajetreada que estoy, estás en el altavoz mientras me maquillo.

Me río al imaginar la escena

— ¡Tenemos que aprovechar cada segundo, ¿no?! Estoy en el coche y mi padre va a llegar enseguida, así que no te extrañes si mis respuestas son «sí», «no» o «ajá».

— Vaya, tendré que llamarte más tarde para que podamos charlar tranquilamente.

— Lo necesitamos.

— No me digas que hay novedades con el Jugador.

Justo en ese momento, mi padre abre la puerta del conductor.

— Ajá, *muchas* —enfatizo la última palabra.

— Joder, ha llegado tu padre, ¿no?

— ¡Sí!

— No puedo creer, Megan, que me dejes así, con la curiosidad. Joder, ¡eso no se hace! — refunfuña y me dan ganas de reír. — ¿Ya ha pasado algo?

— ¡Por supuesto!

— Ni hablar. Me voy a morir de ansiedad. ¿Has perdido la virginidad?

— ¡No! —casi grito y ella se ríe a carcajadas al otro lado.

— Hum, interesante, pero deja otras posibilidades...

— Ash, hablamos más tarde —empiezo a necesitar terminar esta llamada, antes de que me dé un ataque de risa o, peor aún, mi padre escuche sus gritos.

— Solo una pregunta más: ¿te la chupó? Eso fue, ¿no? Di que sí, y que él sabe lo que hace...

Joder, casi me atraganto con saliva.

— ¡Nota A en esta asignatura, guau! —respondo, fingiendo hablar de sus notas y ella se emociona.

— ¡Eh, Megs, qué suerte! Bloquea tu agenda, que luego no te vas a escapar.

— Vale, cuento con ello. Besos.

— Besos y muchos orgasmos para ti.

Dios mío...

— ¿Todo bien con Ash? —pregunta mi padre en cuanto cuelgo.

— Sí, se estaba maquillando y contándome las novedades. Con las prisas, no hemos podido hablar esta semana.

— ¡Así es! Me alegra saber que se ha adaptado bien a Indiana y que está sacando buenas notas, igual que tú.

— ¿Notas?

— Una A siempre es motivo de celebración. —Mi padre parpadea y casi me da un ataque—. James y Helen deben de estar orgullosos.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder sin delatarme.

El resto del trayecto transcurre tranquilo y sin grandes emociones.

—Hasta luego, cariño.

— ¡Adiós, papá! ¡Que tengas un buen día! — Le doy un beso en la mejilla y salto del coche.

Mi móvil vibra en mi bolso y corro a cogerlo.

Josh.

«Buenos días, Nueva York.

¿Sería muy raro si te dijera que estoy contando las horas para verte más tarde?».

Sonrío como una tonta y casi tropiezo con el bordillo.

Concéntrate, Megan.

Escribo una respuesta rápida.

Yo: *«¿Echar de menos? ¿Qué es ese sentimiento?».*

Jugador: *«Sabes cómo mejorar la autoestima de alguien».*

Yo: *«Contando las horas también. Por la tarde no tengo laboratorio. Estaré en la biblioteca, estudiando*».

Jugador: *«Te veo allí... Jugador».*

¿Debería quedarme así? ¿Como si estuviera caminando sobre las nubes? Por supuesto que no, pero es exactamente como me siento.

Es solo diversión... solo eso.

Ajá.

La primera clase empieza dentro de treinta minutos.

¿Habrá llegado ya April?

Sería bueno hablar con ella sobre algunos temas delicados. Tengo algunas dudas y me voy a enfadar si tengo que esperar hasta la tarde para hablar con Ash.

Creo que la rubia puede ayudarme.

Si no, al menos las dos nos reiremos de la situación.

La encuentro en el salón, sola.

— Caramba, April, yo llego temprano, pero tú lo llevas a otro nivel.

— No podía dormir, así que me levanté y vine directamente aquí.

— ¿A qué hora?

— No sé, como a las seis.

— ¡Dios mío!

Ella se encoge de hombros.

— ¿Estás bien? Pareces un poco deprimida.

— Solo preocupada por tonterías.

— ¿Quieres hablar?

— Créeme, no vale la pena.

—April —le cojo la mano y ella pone mala cara—, sé que a veces es complicado hablar de lo que nos pasa por la cabeza, pero estoy aquí para ti, si quieres, ya sabes, desahogarte.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero ella esboza una sonrisa.

— Gracias, Megs, eres lo mejor que me ha pasado desde que llegué aquí.

— Chica, estás muy mal —bromeo y le arranco una sonrisa —. Recuerda lo que te he dicho.

—Gracias.

—Iba a preguntarte algo, pero estás tan deprimida que no va a funcionar, tendré que esperar hasta más tarde para fastidiar a Ash.

— ¡Ah, para ya! Suéltalo de una vez.

—No sé si estoy preparada para eso.

— Créeme, nada de lo que digas me sorprenderá.

Vale, está bien.

— Quería saber si tienes algún consejo, técnica, no sé...

— ¿Sobre qué?

— Las mamadas.

El café sale disparado por todas partes cuando ella escupe lo que estaba bebiendo.

— Maldita sea, Megs, mira lo que me has hecho hacer.

— Dijiste que nada te sorprendería.

— Bueno, claramente estaba equivocada.

Me levanto y la ayudo a limpiar el desastre.

— Pero entonces, ¿lo sabes? —Arqueo una ceja—.

— Me temo que te lo debo, amiga.

— No lo creo.

— ¡Créelo!

— Tú tampoco... —Hago un gesto disimulado y ella se ríe.

—¡Nunca!

— Caramba —murmuro, frustrada—. Pensaba que saldría de aquí convertida en una experta.

— ¿Acaso tengo cara de alguien que hace eso todo el tiempo?

— Dios, no. No es que fuera un problema si lo hicieras —me apresuro a corregir.

— Respira, Megs, estás roja.

—Ay, solo pensaba que era la única...

— ¿Virgen?

— Eso. Te estás guardando para...

— No, es solo que nunca... —Se encoge de hombros—. Es complicado.

— Voy a pedirle consejos a Ash. Ella ya... ya sabes, luego te lo cuento.

— Vale.

— La información es poder.

— En eso, tengo que estar de acuerdo.

La mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos.

Hemos tenido dos clases: cálculo I e introducción a la biología, y estoy casi mareada de tanta información.

April y yo tomamos un tentempié rápido en la cafetería, sin grandes emociones ni *Guerreros Calientes*, y luego me voy a la biblioteca a estudiar y adelantar algunos trabajos.

La primera hora fue muy productiva.

Acababa de empezar un informe cuando mi móvil vibró.

Ash.

«Tengo tanta curiosidad».

Yo: *«Más tarde... lá lá lá».*

No pasan ni cinco minutos y el móvil empieza a vibrar, me está llamando, no me lo puedo creer.

«Hola», susurro. «Estoy en la biblioteca».

— Ahora estoy libre, podemos hablar... bueno, yo puedo, si tú puedes.

— Espera, voy a recoger mis cosas y me voy a una mesita fuera, creo que allí podré hablar contigo sin que me echen de la biblioteca o, peor aún, sin que nadie nos oiga.

— Ve, ve...

Dejo el móvil encima de los cuadernos y los libros y salgo fuera.

Hace un viento helado, pero nada que no pueda soportar.

— Vale. — Miro a mi alrededor y no hay nadie cerca, y la puerta detrás de mí está cerrada. — Perfecto, podemos charlar.

— *Detalles*.

— Hizo lo que estás pensando.

— ¿Te chupó? Las tetas, ahí...

—En los dos... —digo y siento que me arden las mejillas.

— Megs, qué traviesa.

— Ay, ya estoy avergonzada.

— ¿De qué te avergüenzas? ¿De disfrutar? ¡¿Yo, eh?! Pero dime, ¿y el equipo del *quarterback*? ¿Es grande?

— ¡Ash!

— Grueso, ancho, torcido, viejo, vamos... quiero saberlo.

— Por Dios, no tienes ningún filtro.

— Somos amigas, no hay filtros.

— La intimidad es una mierda.

— ¿Y entonces?

— Todavía no lo he visto —reconozco

— Lo siento, no te he oído bien.

— Sí, lo has oído.

— El tipo se burló de Meguizinha y tú ni siquiera *le* diste una lección. Megs, Megs... reciprocidad, amiga.

— En mi defensa, quería hacerlo, pero...

— ¡No lo creo! Él no quiso.

— Créelo. Dijo que sin presión, a mi ritmo, pero mi ritmo es ahora —le digo y ella se ríe—. En fin, todavía no ha pasado nada y realmente me gustaría sorprenderlo... *ya sabes*.

— Quieres chupársela.

— Joder, eso suena raro.

— No te quejes, Megs, ¿quieres meterte su polla en la boca, sí o no?

— Dios, espero que no haya nadie a tu lado.

— Déjame comprobarlo, es broma.

— Solo tú.

— ¿Y bien?

— Lo quiero. ¡Sí, realmente lo quiero!

— ¡Sí! —se emociona—. Vamos con el tutorial sobre cómo hacer una mamada espectacular *por mí*:

> *1. Anticipación: a menos que quieras sorprender al chico metiéndole la boca en la polla, lo cual también está muy bien, puedes enviarle mensajes calientes diciéndole que estás loca por chupársela. A los chicos les encanta eso. ¡Confía en mí!*

— Vale.

> *2. Ganas: es bastante obvio, pero para que sea una buena mamada, tienes que tener muchas ganas de chupársela... y no hacerlo solo para complacer al chico. Ay, Dios, este tema me está poniendo cachonda y mi hombre está lejos.*

No puedo evitar reírme.

— Sí, ríete de la amiga que te aconseja, desagradecida.

— Lo siento, Ash. Continúa, estoy tomando notas.

— Vamos allá:

> *3. Lubricación: un pene seco no se mueve. Un poco de gel o saliva resuelven el problema. ¡Cuanto más húmedo, mejor! Ah, hay geles con sabores, que calientan, enfrían, etc. Me encantan los de sabor y aroma a fresa y menta, parece que estoy chupando un caramelo.*

Dios mío, Ash, menos información.

— Pero, a falta de eso, la buena y vieja saliva resuelve el problema. Pon saliva y deslizará muy bien.

> *4. Manos: pon tus manitas a trabajar. No te limites solo a la boca. Arriba y abajo, movimientos suaves pero firmes. Es una cuestión de equilibrio. Puedes mantener*

una mano en el pene, mientras la otra toca los testículos. Si quieres ir más allá, chupa los testículos.

— Una de las más importantes:

5. Dientes: ¡cuidado! Repito: ¡cuidado! Esto puede arruinar todo el momento. Empieza despacio, gana confianza y abre bien la boca...

6. C. P. F: o cabeza, prepucio y frenillo. La cabeza es una zona sensible, pero no olvides que otras zonas también lo son, pasa la lengua por el frenillo y el prepucio, y el hombre pondrá los ojos en blanco.

7. Pirulito: piensa en el pene como si fuera «tu» pirulito personal. Lámelo de arriba abajo con gusto, con ganas, y luego mételo en la boca, todo lo que puedas, y recorre con la lengua todo su contorno. Piensa en el lado positivo, este pirulito no se derrite.

8. Mirada: el nombre lo dice todo, mirada a los ojos, ningún hombre se resiste cuando encuentra tu mirada y te ve con la boca llena. Ay, me ha dado calor. No sé, Megs, despierta algo primitivo en ellos. Nada de vergüenza en este momento, tú eres la atacante. No se trata de mirarlo fijamente todo el tiempo, pero de vez en cuando lámelo y mételo todo en la boca, con la mirada fija en él... amiga mía.

— Creo que eso es todo, también está el perineo, que es una zona sensible y que puedes estimular, pero como está cerca del culo, mejor dejarlo para otro momento, cuando estés más avanzada.

— Vale, creo que ya tengo consejos para toda la vida.

— No te preocupes, siempre estamos aprendiendo algo nuevo. Dios, casi se me olvida.

— ¿Hay más?

— Sí, hay más.

9. Dentro o fuera: si él es un caballero, como creo que lo es, te lo dirá para que tú decidas.

— ¿Decidir?

— Si va a correrse dentro o fuera de tu boca.

Oh...

Ni siquiera había pensado en eso.

— Si le dejas correrse dentro, solo tienes que decidir si te lo tragas o lo escupes. ¡No estás obligada a tragártelo!

— Vale.

— ¿Demasiada información?

— ¡Demasiada!

— ¿Todavía te apetece chupársela al quarterback?

— Solo necesito unos minutos para asimilar toda esta información.

Estoy distraída, revisando algunos títulos: dientes y CPF, cuando siento un escalofrío detrás de mí.

Una mirada al costado solo confirma que ya no estoy sola.

No.

Josh, en carne y hueso y todo su atractivo, está parado justo a mi lado.

— ¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Mi voz es casi un graznido.

— El tiempo suficiente —responde, conteniéndose para no reírse.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—¿Está a tu lado? —pregunta mi amiga, y sé que está a punto de reírse.

—Ajá.

— ¿Y has escrito en lugar de memorizar lo que te he dicho? —casi grita.

—Quizás...

— Buena suerte. Megs, o debería decir, buena mamada.

Hija de puta.

— Adiós a ti también, Ash. Es mi amiga, la estaba ayudando con una investigación.

— Claro, ¿sobre dientes, lubricación y pollas sonrientes? — pregunta él, sin borrar la sonrisa de su rostro.

— ¿Qué?

Oh, no... oh, no.

Mientras escuchaba a Ash, dibujé una maldita polla en mi hoja e incluso le hice ojitos.

— En mi defensa, solo estaba tratando de obtener algún tipo de conocimiento. — Dios, creo que nunca me había sentido tan avergonzada.

— Oye, yo pensé... — comienza, pero yo soy más rápida.

— ¿Humillante?

— Bonito.

—Claro que sí. —Pongo los ojos en blanco.

— Te lo juro, solo te preocupaba aprender.

— ¡Puedes reírte!

Él no se ríe, pero me tiende la mano.

— ¿Vienes conmigo?

— ¿Adónde?

— ¿Qué te parece poner en práctica lo que has aprendido en teoría? — Me guiña el ojo y, madre mía, mi corazón, que ya latía acelerado, ahora debe de haber batido un nuevo récord.

¡Socorro!

Josh me está invitando a chuparle la polla.

Y yo voy a ir...



Flashlight – Jessie J
This is What you came for – Calvin Harris & Rihanna

¡Respira!

¡No te asustes!

Lubricación, dientes, manos, pelotas, ojos... recito en mi mente mientras caminamos apresuradamente por los pasillos del campus.

El trayecto hasta la fraternidad lo hacemos en un tiempo récord.

Entramos y ni siquiera tengo tiempo de ver o saludar a nadie.

Subimos las escaleras corriendo, con un destino: su habitación.

Oh, Dios...

¡Va a pasar!

La puerta se cierra y ni siquiera puedo abrir la boca.

Me empujan contra la pared y sus labios están sobre los míos, exigentes, hambrientos.

Joder.

Le agarro del pelo, atrayéndolo hacia mí, necesitando que esté ahí, conmigo. Su lengua invade mi boca, tocando, explorando, y

yo le correspondo, sin poder saciarme. Josh me muerde el labio y luego vuelve a besarme. Es intenso, cálido y, cuando se aleja, estoy ardiendo.

— Guau...

— Megan... —jadea, con la frente apoyada contra la mía—. ¡Me vuelves loco!

— Espero que en el buen sentido —le sujeto la cara sin apartar la mirada de la suya—.

Dios mío, siento que el pecho me va a estallar.

— Es bueno, créeme.

Sonrío, con la felicidad desbordándome el pecho.

— Te traje aquí por impulso —comienza y ya sé adónde va a parar esto—. No necesitamos...

Pongo mi dedo índice sobre su boca.

— Yo quiero... — Me muerdo los labios, reuniendo valor—. Quiero chupártela, Josh.

— Joder, Nueva York —gruñe, y su mirada me quema.

Sin dejar de mirarlo, mis manos se dirigen a su cinturón.

Tremo de nervios, pero él me ayuda.

Los vaqueros pronto se convierten en un montón de tela alrededor de sus pies.

Dios mío.

Es enorme. Los calzoncillos blancos no dejan mucho a la imaginación.

Ni de coña puedo meterme todo eso en la boca.

La cabeza sobresale y en la punta hay una gota translúcida.

Vuelvo mi atención a su rostro, le tiro de la camiseta, dejando al descubierto los abdominales que tanto me gustan, y lo empujo hacia la cama.

— Humm... — Sonrío, apoyándome en los codos.

— Hoy me toca a mí —anuncio, observando todo el material a mi disposición.

— Joder, me he muerto y he ido al cielo.

— Avísame si hago algo mal —le pido, subiéndome a la cama, tratando de pensar en mis próximos pasos.

— Imposible —jadea cuando me siento en sus muslos.

Me inclino sobre él, rozando mi cuerpo contra el suyo, a propósito, claro.

— Llevas demasiada ropa.

— Venga, ya has tenido tu oportunidad, Jugador.

Rozó mis labios con los suyos, los mordí ligeramente, solo para provocarle, pasando mi lengua.

— Megan... — Mi cuerpo arde al oír mi nombre de una forma tan necesitada. Lo ignoro y empiezo a dejar un rastro de besos en su cuello.

Mis uñas recorren su pecho definido, llegando hasta los músculos que me llevan a *mi objetivo*. Me tomo mi tiempo, besando su cuerpo, bajando por todo el camino.

Cuando llego a la cintura de sus calzoncillos, no lo dudo, engancho mis dedos y tiro de la tela hasta la mitad de sus musculosas muslos, dejando al descubierto su polla.

Deja de mirar.

Deja. De. Mirar.

Imposible...

— ¿Te gusta lo que ves, preciosa?

— Claro, eso no va a caber en mi boca.

Josh se echa a reír y me doy cuenta de que he pensado en voz alta.

— ¿Te ríes? ¡Mira eso! —Señalo en dirección a su equipo, que es impresionante.

— No tienes que metértelo todo, toma lo que puedas.

Recuerdo el tutorial «métete en la boca todo lo que puedas».

Respira, Megan.

Qué vergüenza.

— Podemos parar. —Arquea la ceja—.

— No. — Sin darle tiempo a reaccionar, me inclino, quedando con la cara a pocos centímetros de su polla.

— Megan... — Apenas reconozco su voz.

Vale, puedo hacerlo.

Con cuidado, agarro su erección y él gime.

— ¿Te he hecho daño? —pregunto, angustiada.

— No.

— Entonces voy a seguir...

— Por favor — me pide, y me gusta verlo tan afectado, cuando ni siquiera hemos empezado.

Saco la lengua y la paso por la punta de su pene, sintiendo su textura.

— Joder —maldice, pero yo sigo con mi exploración, moviendo mi mano arriba y abajo, mientras sigo rodeando la cabeza rosada.

Es hora de poner en práctica los consejos de Ash.

Sin previo aviso, muerdo su polla, llevándola todo lo que puedo, serpenteando mi lengua en ella, solo para volver todo el camino hasta la cabeza.

— ¡Joder! —gime, agarrándose a la sábana.

— ¿He hecho algo mal? — Levanto la cara y encuentro su mirada fija en mí.

— Sigue, preciosa... Dios.

Sonrío con el estímulo y vuelvo mi atención a la punta de su polla, donde se forma otra gota.

Lo lamo, sintiendo el sabor salado, y Josh jadea.

Intensifico las lamidas en esa zona y él se agita cada vez más. Me emociono y centro mi atención en la punta de su polla. Me la meto toda en la boca y empiezo a chupar con fuerza.

Esto está bien.

Mis manos siguen trabajando en su longitud y sus testículos, sí, presté atención a las instrucciones, pero ahora es más instinto.

Sus gemidos y la forma en que contrae el cuerpo son mis guías.

«Qué boca tan deliciosa, Nueva York», gime, agarrándome del pelo.

Mi coño palpita y sé que mis bragas deben estar empapadas.

No en vano lo llaman preliminares.

Ignorando la vergüenza y el miedo a estar haciendo algo mal, levanto la cara y encuentro su mirada.

«Joder...», gruñe, alucinado al verme con la boca llena, subiendo y bajando sobre su polla. «Eso, trágamela... delicia». Sus dedos se cierran sobre mi pelo y mueve la cadera hacia mi boca.

Con cada gemido me siento poderosa, caliente... ¡viva!

— Megan... —jadea, cuando vuelvo a chupar solo la punta de su polla, chupando y jugando con mi lengua allí—. Será mejor que te apartes, preciosa.

Ni hablar, quiero la lección completa.

Aferro mis manos a sus muslos, manteniéndolo allí, para mí.

—Joder—gruñe—. A menos que quieras que te llene la boca de mi semen, mejor que pares—sisea entre dientes.

Debería alejarme, pero saber que lo estoy haciendo perder el control me excita.

Lo quiero todo.

Levanto la mirada y encuentro la suya fija en mí.

Intensifico las mamadas, llevándome todo lo que puedo.

— Joder, joder... — Me mira con tanto deseo y entonces empieza a empujar sus caderas contra mí.

¡Joder!

¡Josh me está follando la boca!

Y me está gustando... *mucho*.

Siento cómo se hincha su polla y sus piernas empiezan a temblar, mi mirada se encuentra con la suya, mantengo mis manos en sus muslos, yendo al encuentro de su erección, y sin decir una palabra, le digo todo lo que necesita saber.

¡Córrete en mi boca!

— Ahhh... — grita, echando la cabeza hacia atrás.

Siento el primer chorro caliente en mi lengua.

Es amargo, ¡pero nada desagradable!

Lo trago todo, sigo lamiendo y Josh casi se desmaya.

Intensifico las lamidas, tomando todo lo que me da, hasta que sus fuertes brazos me levantan.

Joder.

— ¡De verdad quieres matarme! —exclama con voz ronca, agarrándome por la nuca, antes de bajar sus labios hacia los míos—. Maldita sea, Nueva York. —Apoya su frente en la mía, con la respiración alterada—. ¿Qué ha sido eso?

— ¿Mi primera mamada?

—Una mamada increíble... estás tan jodida... quítate los pantalones, quítatelos y siéntate en mi cara.

—Josh... — Abro los ojos con una mezcla de sorpresa y *tentación*, pero entonces recuerdo la hora.

—No puedo —murmuro, rozando mis labios con los suyos y alejándome de la tentación.

—¿Cómo que no? Seguro que tu coñito está empapado y necesita atención.

—¿Ah, sí? —le provoqué y me arrepentí en el instante en que vi cómo arqueaba las cejas. — Está bien, vale... ni se te ocurra —le advertí cuando se levantó, Dios, su polla ya estaba dura otra vez o ni siquiera se había ablandado todavía. — He quedado con mi padre para ir al mercado.

— Prometo ser rápido.

—Estás loco.

— Por ti. — Sus manos se dirigen a mis pantalones, que abre, mientras sigue mordisqueándome el cuello.

Con extrema facilidad, mete la mano en mis bragas y muerdo los labios al sentir sus dedos deslizándose por mis pliegues.

— Oh...

— Lo sabía... estás mojada. — Sin dejar de mirarme, me quita los pantalones y las bragas y quedo desnuda de cintura para abajo.

— Ahora ven aquí. — Me rodea la cintura, tirando de mí hacia él, volviendo a la cama.

—Quiero que te sientes en mi cara, bien abierta.

— Josh... — Jadeo, con el rostro teñido de rojo.

Se apoya en la cabecera de la cama y me empuja.

— No puedo dejarte salir así, mi chica tiene que correrse.

Lo pierdo todo en *mi chica*.

— Ven aquí, ponte de rodillas sobre mi cara —me ordena y yo obedezco. — Eso, abre bien las piernas y ponme ese coño en la boca. — Su voz es cruda y mi coño parece palpitar en respuesta.

Por el amor de Dios.

Hago lo que me pide, apoyo las manos en la pared, con el corazón latiéndome a mil por hora, mientras me agacho,

deteniéndome a pocos centímetros de él.

— Esto es tan vergonzoso —susurro.

— Esto es placentero, y te demostraré que no hay por qué avergonzarse. — Me agarra los muslos con ambas manos y me empuja hacia su boca.

— Joder —jadeo en cuanto siento su boca cerrándose alrededor de mi clítoris.

Josh no se detiene, parece un hombre hambriento y yo soy su comida.

— Estás toda mojada, solo puedo pensar en cómo mi polla se deslizará fácilmente en este delicioso coño.

— Dios...

Miro hacia abajo, solo para ver el momento exacto en que saca la lengua y, cuando creo que no puedo estar más sorprendida, abre mis pliegues y lame de abajo hacia arriba.

Mi cuerpo está en ebullición.

Me agarra el culo, manteniendo mis caderas allí, cautivas de sus besos, y entonces empieza a meter su lengua *allí*.

Ahí...

— Qué bueno...

— ¿Eh? —pregunta, con la boca haciendo ruidos mientras me chupa, cada uno parece ir directo al clítoris y es allí donde se dirige, mordisqueando, mordiendo, para luego chupar con movimientos rítmicos que me hacen echar la cabeza hacia atrás, gimiendo como una loca.

Mis muslos tiemblan, y eso lo enciende.

— Josh... —gimo necesitada—. Por favor...

—¿Qué quieres? —Me mete un dedo.

— ¡A ti!

— Hoy solo tendrás mi lengua y mis dedos —provoca mi entrada—, ¡pero pronto será mi polla la que te abra, penetrándote profundamente en este coño delicioso! —exclama, volviendo a pasear su lengua por mis pliegues.

Me froto contra su cara, buscando contacto.

¡Tan cerca!

— Córrete en mi boca, Megan, manchame la cara —pide, mordisqueando ligeramente mi clítoris, para luego ponerlo entre sus labios y chuparlo con fuerza.

— Ahhhh —grito, con todo el cuerpo temblando, mientras el orgasmo me golpea con toda su fuerza.

— ¡Joder, sí! Qué buena estás, joder. — Josh sigue lamiendo, con la lengua firme, raspando por todas partes, volviéndome loca, hasta que no soy más que un cuerpo flácido en sus brazos.

Si esto es solo el principio, estoy deseando saber cómo es el paquete completo.



Something just like this – Coldplay & The Chainsmoker

Me despierto con la alarma del móvil.

No puedo creer que ya sean las ocho, parece que hace diez minutos que cerré los ojos.

Golpeo la almohada, pero me obligo a levantarme.

Lo prometido es deuda.

Los chicos no tienen la culpa de que haya dormido mal, atormentado por los acontecimientos de ayer.

Solo fue una mamada.

¿A quién quiero engañar?

No fue solo uno más... ya he perdido la cuenta de cuántos he recibido, no soy hipócrita, pero, joder, si Nueva York no ha conseguido elevarlo todo al cuadrado, al cubo, no sé a qué potencia.

Solo sé que no puedo dejar de recordar su boca alrededor de mi polla, sus ojos azules mirándome fijamente, ni siquiera puedo explicar lo que pasa por mi cabeza.

Solo necesito más de ella.

Más y más.

Más de su sonrisa, de su tacto, de su sabor, de su mirada en la mía, de la increíble sensación en el pecho que tengo cuando estoy

con ella.

Salto de la cama, antes de rendirme o quedarme dormido, la ducha rápida hace su trabajo y me despierto.

Bajo las escaleras solo para encontrar a los chicos tomando café.

«Buenos días, Bella Durmiente», bromea Matt. «Ya pensaba que iba a tener que darte un beso, ah, no, espera, solo funciona el beso de Megan», se burla.

Levanto el dedo corazón y él se ríe.

«¿De quién fue la idea de levantarse tan temprano un sábado?», refunfuño, mientras me sirvo un poco de zumo de naranja.

—¡Tuya! —me recuerda Will, que está a mi lado.

¡Perfecto!

—Para cuando lleguemos al campo, estaré más despierto.

—Menos mal, porque despedí a las dos tías buenas antes, solo porque sabía de este puto compromiso.

—¿La pelirroja y la rubia de ayer? —pregunta Dylan.

— ¡Exactamente, hermano!

— ¿Por qué no las llamaste, cabrón?

— Ayer fui egoísta, pero hoy podemos compartir. — Guiña un ojo. — Tú también puedes participar, W. — Matt nos lanza algo, pero Will lo agarra y lo tira a la basura.

— Paso. Ya tengo suficientes pesadillas viendo tus pelotas en el vestuario.

— Me duele, tío. — Manda un beso.

— La charla está bien, chicas, pero vamos, que después del entrenamiento todavía quiero ir al centro. Necesito encontrar un disfraz digno de todo este material, si me entienden —avisa Dylan, y yo lo había olvidado por completo.

— Bah, nada va a ser peor que cuando te disfrazaste de balón de fútbol americano. ¿Os acordáis? — Matt recuerda y todos se echan a reír.

—Era lo mejor que se me ocurrió, me olvidé por completo del maldito disfraz ese año, y entonces encontré esa joya. —Guiña el ojo y, joder, me duele el estómago de tanto reír.

—Basura —Matt tose, bromeando.

— ¡Vete a la mierda! Que sepas que a las chicas les encantaba tocarme la pelota... o las pelotas.

—Necesitas tratarte, tío —dice Will en serio, y hasta D se rinde y empieza a reírse a carcajadas.

— Joder, me duele el estómago. Gracias, Matt, por recordarme este día. Voy a aprovechar para ver algo también, solo para no correr el riesgo de quedarme sin opciones como D. —Parpadeo.

— Vete a la mierda, J. Eres tan perra que eres capaz de ligarte a la novata.

—No es mala idea —replico y ellos abren los ojos como platos.

— Es más grave de lo que pensábamos —le dice Matt a Dylan, como si yo no estuviera allí.

— Basta de charla. *¡Vamos!* —digo, cogiendo mi mochila, y ellos hacen lo mismo.

— *¡Vamos!*

Aprovecho que vamos en el coche de Will y le escribo un mensaje a la causa de mi insomnio.

A estas alturas, debe de estar en la carretera con su padre.

Ayer, antes de irse, comentó que iban a Williamstown. Por supuesto, me alegré de que estuviera explorando y conociendo nuevos lugares, pero una parte de mí, la egoísta, quería estar con ella.

Yo: *«Hola, Nueva York. ¿Has dormido bien? Espero que hayas tenido buenos sueños. Yo sí los he tenido».*

Ni siquiera espero su respuesta y continúo:

«Voy al estadio con los chicos a entrenar algunas jugadas que no salieron bien en el último partido. Espero que te diviertas por ahí...

Ah, antes de que se me olvide. ¿Qué te parece si vamos con un disfraz a juego? Vi este en la página web de esta tienda y me pareció perfecto para nosotros. Avísame. Besos, tu Jugador.

¡Listo!

Estoy a punto de guardar el móvil en el bolsillo cuando vibra.

Ella.

***Nueva York**: «¡Hola, buenos días! He dormido muy bien... creo que ayer fueron muchas emociones ☺, y sí, he tenido buenos sueños, jejeje...».*

Puedo imaginarla sonrojada escribiendo el mensaje y, maldita sea, esa chica me pone nervioso.

Ella sigue escribiendo.

***Nueva York:** Me ENCANTÓ el disfraz. En serio, muchísimo. ¿De verdad quieres ir así? ¡Por mí perfecto!*

En cuanto lo leo, no puedo evitar sonreír.

***Yo**: «Quiero ir contigo, podría ser cualquier disfraz, pero este va a quedar muy loco, además de que me recuerda algunos momentos... deliciosos».*

La respuesta no tarda en llegar:

***Nueva York**: «Pícaro. ☺ Reserva pronto, para que no se agoten. Intentaré ir esta semana. Besos y buen entrenamiento. Te echo de menos, besos, NY».*

Por fin guardo el móvil y solo entonces me doy cuenta de que Will me está observando.

— ¿Qué pasa?

— Nada, solo pensaba en lo mucho que Dylan tiene razón sobre lo de ponerte a cuatro patas, tío.

Pienso en alguna respuesta, alguna broma, pero no se me ocurre nada.

Entonces hago lo peor que podría hacer en una situación como esta.

Me callo y W abre mucho los ojos, entendiendo lo que eso significa.

Sí, estoy colado, a cuatro patas, el término que él prefiera, por la novata.

En resumen: *estoy jodido.*



CAPÍTULO 22

Megan

Symphony – Clean Bandit & Zara Larsson

Mi móvil vibra sobre la cama y me apresuro a cogerlo.

Josh.

Jugador: *«Ya voy».*

Tecleo rápidamente una respuesta.

Yo: *«Vale, ahora bajo».*

No nos vemos desde el viernes, lo que no debería ser mucho, pero lo es.

Me encantó el paseo con mi padre por Williamstown, pero solo podía pensar que era el primero sin ella. En varios momentos del trayecto me sorprendí a mí mismo pensando en cómo sería si ella estuviera aquí.

Le gustaría la ciudad, sin duda. A mi madre nunca le gustaron las grandes ciudades, y le encantaba pasear por pueblos pequeños como este al que fuimos.

La tristeza casi me dominaba cuando recibí su mensaje, algo tonto, deseándome un buen día y preguntándome por el disfraz,

pero fue suficiente. En ese momento, mi estado de ánimo cambió. Pude disfrutar del paseo, dejé la tristeza a un lado y, en el fondo, fue porque sabía que pronto volvería a Georgetown... *a él*.

No nos vimos durante el fin de semana.

Los dos estábamos ocupados y no había otra opción que esperar a que empezara la semana y esperar que fuera tranquila.

Afortunadamente, todo indica que así será, ya que los exámenes mensuales ya han pasado y el próximo partido de los Guerreros no es hasta noviembre, antes de las vacaciones, pero si conozco bien a mi padre, aprovechará este descanso en el calendario del campeonato para entrenar y entrenar.

En el campus solo se habla de la bendita fiesta de Halloween que será este viernes, así que esta tarde voy a ayudar a April a elegir la suya y a buscar la mía, sí, una cosa más para la lista de actividades.

Me echo un último vistazo en el espejo y me arreglo el pelo antes de bajar las escaleras apresuradamente.

— ¡Adiós, papá!

Él levanta la vista, sin disimular su sorpresa.

— ¿No vienes conmigo? —grita desde la cocina, mientras termina de preparar los sándwiches que siempre se lleva.

— No, voy a hacer autostop, ¿recuerdas? —Se lo comenté ayer, pero estaba distraído viendo el fútbol americano. Su programa favorito de los domingos.

— ¿A qué casa?

— Con un amigo, ¡adiós! —grito y salgo, caminando hacia el Honda.

Por suerte, el coche tiene las lunas tintadas y Josh no ha bajado, pero sé que mi padre tendrá muchas preguntas cuando vuelva.

No sé cuánto tiempo podré mantener esto así. Pero eso es un problema para más adelante. Ahora solo quiero disfrutar de su compañía, aunque sea breve.

—Hola —lo saludo nada más entrar en el coche, rozando mis labios con los suyos.

— Acabo de aparcar. Has sido rápida, ni siquiera has tenido tiempo de bajar para esperarme y abrir la puerta.

— ¿Un caballero?

— Lo intento —me guiña el ojo.

— Tranquila, no tenías por qué venir a recogerme, y viniste, ¿hay algo más amable que eso?

— La verdad es que lo hice pensando en mis intereses.

— Ah, sí, ¿cuáles?

— Te echaba de menos —susurra cerca de mi oído, y solo con sentir su aliento tan cerca, se me eriza el vello, así que se detiene a pocos centímetros de mi boca—. Mucho.

—Yo también —le respondo, sin apartar la mirada.

— Vamos, no quiero ser responsable de que suspendas alguna asignatura —bromea, poniendo el coche en marcha.

El trayecto hasta la universidad es demasiado corto.

Podría pasar horas hablando con Josh.

«Voy a recoger el disfraz hoy, todavía hay tiempo para echarse atrás», comento cuando entramos en el edificio de biología.

Sí, él insistió en acompañarme.

—¿Renunciar? ¡Ni hablar!

— ¿Cuál será el disfraz de los chicos?

— No tengo ni idea. Siempre mantienen el suspense hasta el último minuto. La verdad es que les gusta hacer una entrada triunfal.

— ¿Y a ti no?

— Nunca me ha importado mucho eso.

— Tendremos suerte si alguien entiende la referencia.

— ¡Ya veremos! —Me agarra por la cintura y nuestros cuerpos quedan pegados.

Dios, qué bien se siente.

— Buena clase, preciosa.

— Igualmente, y gracias por traerme.

Rozó mis labios con los suyos, suave, educadamente, pero no pude contenerme y le di un pequeño mordisco, lo suficiente para que su mano se enredara en mi pelo y él profundizara el beso.

— ¡Por Dios, buscad una habitación! —April bromea al pasar a nuestro lado y nos separamos, jadeantes.

— ¡Hasta luego!

— Más tarde, Jugador... —saludo con la mano, sabiendo que hoy solo intercambiaremos mensajes y tendremos una conversación por teléfono por la noche.

Veo a Josh alejarse y, sinceramente, no sé cómo es que mi padre no se ha enterado.

No nos escondemos en el campus.

Supongo que es suerte, o quizá el hecho de que él casi nunca viene por aquí ni al comedor. Se queda en su pequeño mundo, que básicamente consiste en el estadio, el gimnasio, el centro de entrenamiento y todas las instalaciones que tienen allí.

—¡Hola! —Me siento al lado de April, que me dedica una sonrisa.

—¡Hola! Veo que has empezado la mañana con energía —bromea—. Perdón por interrumpir vuestro devoramiento mutuo, no he podido evitarlo, cuando me he dado cuenta, ya había abierto la boca.

—Ya nos estábamos despidiendo.

—Ajá, me di cuenta. Tú analizando el paladar de él.

— ¡April!

Ella me guiña un ojo y se echa a reír, no puedo resistirme y me uno a ella.

— ¿Todo bien para hoy? —pregunta, aprovechando que el profesor aún no ha llegado.

— ¡Claro que sí! ¿Por qué lo preguntas?

— No sé, a veces podrías tener algo planeado con Josh.

— ¡No, van a entrenar, además, quedé contigo! — Parpadeo, encendiendo mi portátil.

—Creía que el próximo partido no era hasta noviembre.

— Y lo es, pero... —Casi digo «mi padre», pero me detengo a tiempo.

— ¿Pero?

— El entrenador quiere entrenar algunas jugadas que no salieron muy bien en el último partido, algo así.

— Hum...

— Hablando de noviembre, en las vacaciones, ¿qué piensas hacer?

— Leer.

— ¿Leer? ¿Nada de comidas familiares?

— *No* — responde, sin mirarme a los ojos.

Vale.

Podría invitar a April a pasar el día con nosotros, pero ni siquiera sé si mi padre estará aquí. Ha mencionado un viaje, pero como aún falta casi un mes, no hemos hablado de los detalles.

— ¿Todo bien con tu disfraz? —cambia totalmente de tema.

— Sí. Iré a buscarlo cuando salgamos.

— ¿Cuál?

— Cuando lleguemos allí, lo descubrirás —le respondo, y justo en ese momento entra el profesor.

— ¿En serio?

— Ha llegado el profesor. —Señalo hacia el frente del aula, fingiendo inocencia.

— Claro. No tiene nada que ver contigo y tus misterios.

— Tú también tienes los tuyos —le digo con sarcasmo.

— Creo que todos los tenemos, ¿no? —responde ella después de unos segundos, volviendo a centrar su atención en la parte delantera—. Al menos, yo descubriré el tuyo después de clase.

— ¡No hace falta! —susurro y ella contiene la risa.



La tienda está a unos quince minutos del campus, pero justo hoy hay tráfico.

Parece que hay obras.

—Bueno, ya que estamos atrapadas aquí, podrías contarme cómo te fue con tu investigación —comenta April, bajando el volumen de la radio.

— ¿Investigación? —Arqueo una ceja, perdida.

— ¡Sobre mamadas!

—Eres terrible—le respondo, sonrojándome al instante.

— ¿Yo? No era yo quien estaba investigando este tema —se burla, riéndose.

— Es cierto —reconozco.

— Algo me dice que no solo conseguiste la información, sino que también la pusiste en práctica.

— ¡April!

— Oye, yo soy la santa aquí, pero recuerdo que alguien prometió compartir información.

— ¿Pensando en ponerla en práctica?

— ¡Dios, no!

— ¿Ni siquiera como uno de los *Guerreros Calientes*? ¿Uno que se parece a ese actor tan guapo? —le provoqué.

— ¡Por el amor de Dios, claro que no! Es solo el tipo de cultura inútil que me encanta saber, nada más.

— Ya... —Fingo creerle.

— ¿Me lo vas a contar o no?

— Ya que vamos a hablar de eso, voy a llamar a Ash, así hablo con las dos.

Por suerte, ella podía hablar.

Después de las presentaciones pertinentes, ni siquiera tuve tiempo de sacar el tema.

— Cuéntanos, Megs, ¿funcionó mi tutorial?

— ¿Tutorial? —pregunta April, abriendo mucho los ojos.

— Entonces...

— ¿Aún no se lo has contado? No me lo puedo creer, ¿qué clase de amiga eres?

— ¿Ves, Ash? Es justo lo que te estaba diciendo. No compartes nada.

— Oigan, ustedes dos, paren ya, porque si no dejo de reírme, no puedo decir nada.

— Suéltalo.

— April, Ash me ha dado varios consejos —empiezo, pero me interrumpen.

—Esenciales para una principiante—, subraya ella.

—Exacto, y que te voy a contar *con detalle* otro día.

— Debería haberlo grabado. No te olvides de insistir bien en el 5 y el 7.

— Me están dando curiosidad, pero está bien —refunfuña April, avanzando un poco más por la avenida congestionada.

—Bueno, después de todo este conocimiento, encontré a Josh. De hecho, me pilló hablando con Ash y captó lo que estábamos diciendo...

—¡No! —April se lleva la mano a la boca.

— Sí, solo de recordarlo, me dan ganas de cavar un agujero.

— Vale, pasa a la parte del beso —bromea Ash.

— Todo salió bien.

— ¿Qué? ¡Ni de coña me vas a decir que todo salió bien! — grita y me contengo la risa—. Vamos, vivo por los detalles.

— Pensé que no iba a poder meterme eso en la boca.

— ¡Pollón, lo sabía!

— Filtro, Ashley.

April, a mi lado, solo se ríe.

— Me alegro de que te estés divirtiendo, April.

— Por favor, sigue.

— Sois unas grandes amigas, vosotras dos.

— Bueno, sigamos. Lo conseguí, no todo, obviamente. Me centré más en la cabeza, me di cuenta de que le estaba gustando mucho y dediqué mi atención a eso. Antes de que Ash hablara, recordé los consejos sobre los dientes y el pirulí. Luego lo explico. — Le guiño el ojo a April—. Él... bueno, le gustó y yo...

— ¿Y tú? — Ashley no se controla.

— Lo tragué.

— ¡Joder, Megs! ¡En la primera ya te lo has tragado! ¡Eres increíble, amiga! Apuesto a que puso los ojitos. El chico se puso contento, ¿no?

—Se puso contento y... me dio las gracias —comento, sintiendo que me arden las mejillas.

—Aún así te fue bien y te ganaste una mamada. Eso es lo que yo llamo ganar.

— ¡Estás loca!

— Me alegro de que mi tutorial haya funcionado —celebra—. Debería crear un perfil en Instagram sobre esto, ¿qué os parece?

— Creo que es hora de colgar y que vuelvas a estudiar —bromeé, al ver que el GPS indicaba que estábamos a pocos minutos de la tienda—. Ya estamos llegando.

— Espera, solo tengo una pregunta más.

— ¡Adelante!

— ¿Os acostasteis?

Lo sabía, tardaba y tardaba. Conozco a mi amiga.

— No.

— ¿No quieres? ¿Aún no te sientes preparada?

—Quiero —reconozco—, pero creo que él no quiere asustarme. No sé, por su fama de mujeriego.

— Reacciona, Megs. Ponte el top y ve a por él.

— ¿Sabes que aquí hace frío? —bromeo.

— Ya me entiendes, graciosilla —responde.

Miro a April, que sigue la conversación sin ocultar su diversión.

—No me mires a mí, estoy de acuerdo con ella. Si lo quieres, ve a por él —comenta April, encogiéndose de hombros.

— *Vamos* a hacer que este jugador se suba por las paredes y marque un *touchdown* contigo.

— ¡Eso ha sido horrible! —comento.

— Vale, quizá me haya pasado. Hazle saber que lo DESEAS, mucho, dudo que se resista. Me alegro de hablar con vosotras, chicas. Me alegro de poder charlar por fin contigo, April. Si ella no te explica bien todo sobre el tutorial, habla conmigo.

— No te preocupes, solo tengo curiosidad. No hay ningún tío a la vista —bromea, provocando la risa de mi amiga—. El placer ha sido mío.

—¡Adiós, Ash!

—Besos —grita y luego cuelga.

— Vaya, me ha encantado hablar con ella. Tenías razón, es genial —comenta April sonriendo—. Ah, y necesito saber todos los consejos, por motivos académicos. —Guiña el ojo.

—Ajá. Te los mando *por WhatsApp* hoy mismo.

— Ya estamos en la avenida, solo hay que encontrar la tienda —anuncia.

— ¡Ahí! —Señalo un escaparate con varios disfraces.

— ¡Qué bien que hay sitio!

Media hora después, las dos estamos con nuestras bolsas.

—No puedo creer que me hayas convencido de comprar esto.

— ¡Ah, te queda perfecto!

— ¡Apenas me cubre el trasero! —grita April.

— ¡Vas a llevar medias de rejilla! —le digo.

—Ay, debería haber seguido con mi plan y disfrazarme de Marcia Addams, me queda mejor.

—Por eso es aún mejor ir de Arlequina, porque es inesperado.

— La chaqueta y el bate de béisbol son geniales, tengo que admitirlo.

—Todo el conjunto lo es, incluidos los pantalones cortos azules y rojos. Estarás preciosa... y sexy.

— Para, o me rindo. Ahora la sexy será usted, ¿cómo se llama ese disfraz de cuero negro? Dios, las botas altas y ese abrigo me han conquistado.

— Todavía no puedo creer que no hayas visto Matrix.

— La única película que he visto de ese actor es aquella en la que matan a su perrito y él sale matando a todo el mundo.

— John Wick.

— Creo que es esa.

— Entonces, yo seré Trinity y Josh será Neo. En la película, llevan esa ropa tan elegante cuando entran en Matrix.

— No puedo creer que tenga que ver una película antigua solo para entender la referencia.

— Es un hito del cine. Mírala y luego me darás las gracias. Te deja el cerebro frito.

Miro mi bolsa y recuerdo cuando me vi en el espejo.

Quedó genial.

Cuando Josh lo sugirió, dudé un poco, pero tengo que admitir que será divertido, y si es para causar sensación, llegando allí como pareja, que así sea.

No sé qué es más terrible.

Saber que estaré confirmando, en una de las fiestas más grandes de la fraternidad, que estoy con uno de *los Guerreros Calientes*, o pensar que octubre está terminando.

Todo está pasando tan rápido.

Creo que gana la última opción.

¡Y eso da miedo!



CAPÍTULO 23

Megan

Disturbia – Rihanna
Low – Flo Rida (Feat T-Pain)
Wild Ones – Flo Rida (con Sia)
Fix you — Coldplay.

Pasamos la última hora arreglándonos.

Convencí a April para que viniera a cambiarse y maquillarse conmigo, así podría ayudarla con su look, que es más elaborado que el mío.

«¿Todo bien?», le pregunto, ya que hace unos cinco minutos que se fue al baño a vestirse.

Yo ya estoy lista.

Mi pelo, que normalmente llevo suelto, hoy lo llevo peinado hacia atrás con mucho gel, para conseguir ese efecto mojado. Maquillaje discreto, centrado en el pintalabios.

Me pongo las gafas de sol y me miro en el espejo.

— ¡Vaya, tenía razón! ¡ESTÁS GUAPÍSIMA! — April aparece detrás de mí y me da un susto.

—Exagerada —empiezo a decir, todavía de espaldas, pero luego me doy la vuelta y la veo—. Joder.

— ¿Y bien? —Da una vuelta.

— Te queda muy, muy bien. Dios mío, estoy impresionada.

— Sigo pensando que estos pantalones cortos son demasiado cortos, pero con las medias no me siento tan desnuda. La chaqueta te queda perfecta —sonrío.

— ¡Todo perfecto! Mira esta correa, con la palabra «PUDDIN» escrita, todos los detalles son increíbles. Además, tu pelo y tu maquillaje están increíbles.

— ¡Me gusta! —reconoce.

Como ya tienes el pelo rubio, solo te hemos hecho dos coletas y te hemos pintado las puntas, de rojo por un lado y de azul por el otro, igual que en la película.

— No sé tú, pero esta Trinity está lista —bromeé—. Ahora solo falta encontrar a mi elegido. —Me reí sola, recordando la película—. ¡Neo, en este caso Josh, es el elegido! —le expliqué, al ver su confusión.

— Ah, vale. Estaba aquí pensando, joder, ya están en este nivel.

— Lo siento, se me olvida que no la has visto. Esto es muy friki, incluso para mí.

— ¿Vamos?

— *¡Vamos!*

Bajamos las escaleras y encontramos a mi padre en la sala, viendo la televisión.

— Pero estáis muy guapas: Trinity y... — Se queda en silencio observando a April.

— Arlequina, papá. April va de Arlequina, la novia del Joker.

— Ahh, estoy desactualizado —hace una mueca—.

—¿Viste?, él sabía de Trinity. —Le doy un codazo.

—Claro, tu padre... es viejo —me susurra solo a mí.

— ¿Vuelves hoy? —pregunta, mirando la mochila que llevo en la mano.

— Mañana, papá.

A todos los efectos, voy a dormir en casa de April, aunque, en realidad, tengo otros planes que involucran a mi Jugador.

—Vale, ¡diviértanse y tengan cuidado!

— Siempre. — Le beso en la mejilla y salimos.

Fiesta de Halloween, allá vamos.



Son las ocho de la tarde cuando llegamos.

El lugar ya está lleno.

Abultado de vampiros, brujas, diablos, esqueletos, hadas, varias Barbies y Wandinhas.

— Menos mal que no has venido de Hada. Mira cuántas hay.

— No sé, creo que estaría más cómoda con mi negro.

— Hoy es fiesta, salgamos un poco de este color.

— Dice la chica vestida toda de negro.

— ¡Ya lo has entendido!

Al entrar, todos se volvieron para mirarnos.

Lo ignoro, centrada en encontrar a Josh o a alguno de sus amigos, ya que son los únicos que conozco por aquí.

— Todos nos están mirando, Megs.

— ¡Relájate!

— Imposible. Me siento como un trozo de carne.

—Te dije que estaba buena. Ahí. —Señalé en dirección a la sala.

Solo reconocí a Dylan, por su pelo rubio, pero estoy segura de que los demás deben estar cerca.

— Ni hablar —apenas grita April a mi lado.

— No lo creo.

De pie, en una de las esquinas de la fraternidad, cada uno con su respectiva copa en la mano, están: Matt, disfrazado de Maverick, con vaqueros, esa chaqueta marrón llena de cosas bordadas y gafas de aviador. Está guapísimo. Dylan está increíble, vestido de Ken, para alegría de las innumerables Barbies que he visto por aquí. Está muy gracioso con sus bermudas y camiseta rosa, toda manchada, visera rosa y rodilleras neón, solo le faltan los patines para estar perfecto.

Pero es Will el motivo de mi emoción.

— Debo haber tirado una piedra a la cruz.

— Tranquila, amiga, solo es un disfraz... de Joker.

Y qué payaso.

Will lleva pantalones negros y un abrigo largo morado, el pelo verde, anillos en los dedos y llamativos collares dorados, igual que el personaje.

— Él... él no lleva camisa —jadea April a mi lado.

— Sí, amiga, y con tatuajes falsos por...

— Abdominales, joder.

—Cuidado, no se te caiga la baba— le susurro mientras nos acercamos. Pobre April. Yo solo tengo ojos para mi Jugador, al que, por cierto, aún no he visto, pero, de hecho, el *receptor abierto* de los Guerreros está buenísimo.

Solo un ciego no lo vería.

— Ni de coña — Matt, con su sutileza habitual, nos saluda en cuanto nos ve.

— Hola.

— Mira quién ha llegado. Megan, o debería decir Trinity.

Sonrío, feliz de que alguien más, además de mi padre, sepa cómo voy vestida.

— Y, Will, ha llegado tu mujer —dice su amigo, que no deja de mirar a mi amiga.

April, a mi lado, solo pone los ojos en blanco y agita su bate de béisbol.

— Están increíbles, chicos. Me encantan todos los disfraces. Estoy buscando...

— Creo que él ya te encontró —Matt parpadea, señalando detrás de mí.

Me giro y me encuentro con Josh, guapísimo, vestido de negro, como yo. Pantalones negros ajustados, con varias fundas, camiseta negra y el famoso abrigo negro.

—Hola —empiezo a decir, pero me atrae hacia sus brazos y sus labios se posan sobre los míos, exigentes, hambrientos, cargados de promesas.

— Joder, buscad una habitación —bromea Dylan, y nos separamos, pero su mano no abandona mi cintura.

— ¡Es lo que siempre digo! —April aprovecha para burlarse.

— Tengo que reconocerlo, Will y Josh han ido más allá, ya han venido en pareja, para que nadie mire a sus mujeres —dice Matt

mirándonos—. Voy a dar una vuelta, ahora necesito encontrar a alguien que me acompañe a las alturas —bromea, antes de alejarse.

—Necesito algo para beber —avisa April—. ¡Algo fuerte! —Y se aleja.

—Estás preciosa —me susurra al oído y mi corazón está a punto de explotar dentro de mi pecho, pero lo disimulo.

—Tú tampoco estás nada mal.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta.

— ¡Estoy bien!

— ¡Ahora vuelvo! —avisa Will, saliendo y caminando en la misma dirección que April.

— He visto que hay varias Barbies en la fiesta, ¿te costará elegir una? —bromea Josh con Dylan, que sigue observándonos con curiosidad.

— ¿Quién ha hablado de elegir? —Pisca.

Jesús Amado.

— Ya te he dicho que puedo arreglármelas sola. — Reconozco la voz de April desde lejos, mientras se acerca, seguida de cerca por el Joker.

Dios mío, voy a burlarme mucho de ella.

— ¿Todo bien? —le pregunto cuando se detiene a mi lado.

— Todo perfecto. — Saluda con el vaso, que solo Dios sabe lo que puede haber dentro. — Solo un idiota, que ya está más que borracho, molestando. La fiesta apenas ha empezado y el tipo ya está así. — Me río.

—¿Te molestó?

— Lo intentó, pero entonces llegó el Joker y lo ahuyentó. — Señala en dirección a Will.

—Apenas llegó y ya está armando lío, rubia.

— Nadie te ha pedido que te entrometas —replica ella, mirándolo con odio.

Dos chicas aparecen de la nada. Una se dirige directamente a Dylan y es recibida con una sonrisa. La otra intenta acercarse a Will, pero no tiene tanta suerte.

Él sigue devorando a April, como si fuera su próxima comida.

El DJ pone algunas canciones antiguas de Florida y es imposible quedarse quieto.

Los ritmos parecen sacudir la casa, la energía es contagiosa.

Varias personas comienzan a bailar.

— ¿Quieres bailar, Nueva York?

— ¿Yo? No sé...

— Ven conmigo. — Me tiende la mano y yo la acepto.

Josh pega su cuerpo al mío y, al son de «Low», bailamos en medio de la multitud que abarrota la fraternidad.

— Estás muy buena —me susurra Josh al oído, dándome un ligero mordisco.

—Tú lo has sugerido, no acepto quejas—bromeo, girándome hacia él y rodeándole el cuello con los brazos mientras seguimos bailando.

— ¡Quejarme, nunca! Solo quiero que todos aquí sepan que eres mía... *solo mía*. — Me atrae más hacia él y la temperatura se calienta.

¿Cómo voy a aguantar toda la fiesta?

Me preocupa April, que se ha quedado en el sofá, pero pronto me doy cuenta de que está a nuestro lado, bailando, indiferente a toda la atracción que despierta.

— ¡Esto está muy bien! —me grita, levantando las manos.

— ¡Ahora vuelvo! —le digo al oído, ya que es imposible oír nada con el ruido tan alto.

Él asiente y sé que me ha entendido.

Doy tres pasos hacia mi amiga.

«¿Te lo estás pasando bien?», le pregunto.

«¡Mucho!», responde, y entonces empieza a sonar *Wild Ones,* de Sia con Florida, y ella sigue bailando como si no hubiera un mañana.

Dejo que la letra y el ritmo me invadan y entonces las dos estamos saltando, contoneándonos, divirtiéndonos, bajo la mirada protectora de dos *Guerreros Calientes*.

April puede enfadarse, pero lo cierto es que Will no aparta la mirada de la pista y no es a mí a quien está mirando.

La canción termina y tengo sed.

— Voy a por agua. ¿Quieres algo? —le grito a su lado.

Ella solo me muestra su vaso, que todavía tiene algo.

Me acerco a donde están Josh y Will y él me recibe con un abrazo.

— ¿Te gusta la fiesta, guapa?

— Mucho, pero ahora solo puedo pensar en algo estúpidamente helado.

— ¡Déjame a mí! Ahora vuelvo —le doy las gracias y me siento junto a su amigo.

—¿No vas a bailar? —le pregunto, tratando de entablar conversación.

— Las vistas desde aquí son demasiado buenas como para desperdiciarlas.

— Podrías unirte a ella, ¿sabes? —insisto y consigo su atención.

—Tu amiga ya ha dejado claro que me quiere lejos — responde, serio.

— ¿Y te importa eso? —Arqueo una ceja—.

— ¡En absoluto! —Sonríe y no puedo evitar reírme.

April vuelve donde estamos.

— Megs, sujétame esto —me pide, entregándome el palo, en el que se lee: Buenas noches.

Ella se arregla el pelo, asegurándose de que se mantenga en su sitio un poco más.

— ¿Cansada, rubia?

— Solo estoy empezando —responde con una sonrisa—. Solo necesito más combustible.

— Cuidado, amiga, por el olor parece que está muy fuerte.

Da otro sorbo y pone cara de asco.

—Nada que no pueda soportar.

—Por lo que recuerdo, a Loira le gusta fuerte, veamos cuánto aguanta antes de pedir agua —comenta Will, tomando un sorbo de su propio vaso, en un desafío silencioso.

Oh, Dios mío...

April cierra los ojos y yo solo sé que la noche va a ser larga.

Estamos jodidos con estos GC, eso es un hecho.

Josh vuelve con mi bebida, seguido de Dylan, que está con otra mujer, ahora una vampiresa, parece que Barbie ha perdido su puesto, y Matt está con dos, una monja sexy y una diablilla.

— ¿Nos echabas de menos, Megs? —bromea, y yo pongo los ojos en blanco.

El DJ sigue pinchando algunos flashbacks para deleite de la gente y yo incluso diría que volvamos a la pista improvisada en la sala, cuando todo parece quedarse muy silencioso.

—¿Qué pasa? —susurra April a mi lado.

Estoy a punto de decir que no tengo ni idea, cuando Dylan, a nuestro lado, parece tener la respuesta.

— ¡Es Patrick! Y parece estar muy contento.

Miro hacia donde están mirando.

La mesa del DJ.

El tal Patrick está allí vestido con un uniforme de jugador de fútbol americano, nada creativo el chico, a su lado, la tal Heather, a la que no veía desde hacía tiempo, al menos no ha venido con su uniforme de animadora, sino de pirata sexy.

— Creo que no parece muy contenta de verte aquí, Megs — murmura April a mi lado, visiblemente más alegre—.

— Amiga, creo que ya es suficiente, ¿eh? —Le quito el vaso de la mano y ella se queja.

— Josh. — Will asiente con la cabeza hacia la derecha, donde se acercan los recién llegados.

Oh, Dios... que no haya pelea.

— Hola, chicos, ¿cómo estáis? — Le echa el brazo por los hombros a Heather, mirando a cada uno con una sonrisa, hasta llegar a Josh.

Ahí su rostro se transforma.

Ira, odio... no sé cómo explicarlo.

Da un largo trago a su bebida y le doy las gracias cuando veo que se da la vuelta para alejarse de nosotros, pero parece que me precipité.

— Mira, Miller... — Vuelve, deteniéndose a pocos centímetros de nosotros.

Josh da un paso atrás, tirando de mí hacia él, pero no baja la cabeza, sigue fijándose en cada movimiento de su compañero de equipo.

— Creo que ya has bebido demasiado, Jones —interviene Dylan, acercándose, y me asusto.

Él se ríe, burlón.

— Creo que todos deberían saber por qué conseguiste ser titular —escupe las palabras.

Dios...

— ¿De qué estás hablando, Patrick? —pregunta Josh, pero el otro sigue riéndose—. Heather, deberíais iros, está claro que ha bebido demasiado.

— Ocúpate de tus asuntos, tío —grita, empujando a Josh, y por un segundo casi pierdo el equilibrio.

Josh respira hondo y aprieta los puños.

— ¡Jones, vamos, tío! — Matt también interviene y se lo agradezco.

— Cuéntales, cuéntales que te estás tirando a la hija del entrenador.

Todos se quedan en silencio y siento que se me va el color de la cara.

No.

No así...

— ¿Qué? —pregunta Josh, confundido.

— ¿Vas a decir que no sabías que la novata es hija del entrenador Adams?

Josh me mira, como esperando que lo niegue, pero no puedo.

— ¿Es verdad?

Asiento con la cabeza, sintiendo cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

Me rompe el corazón ver su mirada.

Necesito explicarle.

—Mi padre nunca... —Doy un paso adelante, ignorando que me tiemblan las manos—. Nunca habría metido a nadie en el equipo

si no fuera por méritos propios —grito tan alto como puedo—. Josh es titular porque se lo ha ganado.

El desgraciado se ríe.

— Cállate, zorra —responde, y entonces todo se convierte en un caos.

Josh le da un puñetazo en plena cara y él sale volando.

Se abalanza sobre él, enloquecido, agarrándolo por el cuello, y los chicos intentan sujetarlo.

— Pídele perdón, cabrón. Pídele...

El *exquarterback* escupe sangre y se ríe.

— ¡Oblígame!

— No vale la pena, J. Está loco. — Dylan lo agarra por los brazos y lo empuja hacia atrás.

Todo esto es culpa mía, debería...

Dos chicos que no conozco ayudan a levantar a Patrick.

— Llevad a Patrick a su habitación y aseguraos de que se quede allí hasta que se le enfríe la maldita cabeza —ordena Matt, y ellos siguen arrastrando al suplente, que no deja de insultar.

—Todo esto es culpa tuya. —Heather se acerca a mí y juro que si da un paso más, no me hago responsable—. ¿Cuánto tiempo pensabas que podrías ocultar tu secretito? Te vimos en el mercado, comprando con papá —se burla.

—Claro, tiene mucho sentido, si fuera un secreto, ¿por qué no ir al lugar más concurrido de la ciudad? ¿De verdad eres tan tonta, chica?

—Oye, tú... —gruñe, acercándose.

— Si das un paso más, borracha o no, vamos a tener una charla. — April se detiene a mi lado, sosteniendo su bate de béisbol, que es de mentira.

—Os dos merecéis, perdedoras —escupe antes de alejarse.

—Gracias, April —susurro—. Yo... voy... necesito hablar...

—Ve... —Hace un gesto con la mano en dirección a Josh.

Nuestras miradas se cruzan y él comienza a caminar hacia los jardines al fondo de la casa.

—Josh —lo llamo.

— Ahora no —dice, sin siquiera mirarme.

Joder, ahora no, puede que estés enfadado, pero vas a tener que escucharme.

— April —me vuelvo hacia mi amiga—, ¿estarás bien? Tengo que ir tras él... lo necesito.

— Ve, ve... estoy bien acompañada. — Mira en dirección a los otros *Guerreros Calientes,* que me observan sin disimular su sorpresa por toda esta situación. — O no. — Hace una mueca.

— Sigo siendo la misma Megan, independientemente de que el entrenador sea mi padre —digo, mirando a cada uno de ellos— y él no sabe nada de Josh. Ni siquiera sabe que estoy saliendo con alguien. — Me seco una lágrima rebelde.

—Nunca imaginamos un escenario diferente—. Will da un paso hacia mí y apoya su mano en mi hombro—. Sabemos lo mucho que nuestro amigo luchó para conseguir el puesto.

—¡Joder, sí! —dicen los demás, acercándose a mí.

—Nunca quise este lío.

—Lo sabemos... —Matt también apoya su mano en mi hombro y es bueno saber que no están enfadados.

— Ve a hablar con él... es testarudo y un poco inseguro, y necesita oír eso de ti —dice Will, y yo solo asiento con la cabeza—. No te preocupes, yo vigilaré a la rubia y me aseguraré de que llegue a casa sana y salva.

—Gracias —susurro, mirando a cada uno de ellos y luego me abro paso entre la multitud.

Ignoro todas las miradas curiosas.

Solo tengo un objetivo: encontrar a Josh y aclarar este malentendido.

Solo espero conseguirlo.



Fix - Coldplay

Cuando vi a Patrick y Heather, supe que algo iba mal.

Pero eso nunca se me pasó por la cabeza.

¿La hija del entrenador?

El aire helado me recibe en cuanto empujo la puerta y salgo al jardín. Está vacío.

Respiro hondo, tratando de organizar el torbellino que hay dentro de mí.

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué?

Intento no pensar que a estas alturas todos deben creer que la salida de Patrick tiene algo que ver con esto.

Sé que no es así, pero aun así es una mierda.

Joder, creo que ni siquiera el entrenador lo sabe.

Me lo habría dicho, no puedo imaginar otra posibilidad.

Recuerdo las innumerables veces que hablamos sobre el equipo, le hablé del nuevo entrenador y ella se quedó callada.

Yo...

— Josh... — Su voz suena justo detrás de mí, y sé que está molesta, vi su mirada de sorpresa.

No puedo evitarla toda la noche.

— ¿Debo llamarla señorita Adams? —pregunto, sin poder disimular lo mucho que me ha dolido que me lo haya ocultado.

Veo tristeza en su mirada tan pronto como las palabras salen de mi boca y, en lugar de sentirme bien, solo me siento peor.

—Me llamo Megan Elisabeth Collins Adams —enfatiza el apellido, levantando la barbilla—. Soy hija de Hillary Leah Collins Adams y Andrew David Adams, pero para ti solo soy Megan —sus labios tiemblan y yo aprieto los puños, conteniendo las ganas de acercarme a ella— o Nueva York.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le lanzo la pregunta que me corroe por dentro.

— ¿Qué cambiaría eso? —responde ella, y, maldita sea.

—No lo sé—, reconozco—, pero creo que tenía derecho a saberlo, sobre todo cuando todo el campus, además de mis compañeros de equipo, debe pensar que soy titular porque estoy con la hija del entrenador.

— Eso es ridículo. Estás ahí por tus méritos.

— La gente no dirá eso.

—Quien diga lo contrario, está diciendo tonterías. —Se acerca y se detiene a unos pasos—. Eres un jugador increíble y mi padre es un profesional increíble. Esto es ridículo. ¿Por qué te importa tanto?

Ni siquiera la dejo terminar.

— Porque esto lo es todo para mí —le respondo, mirándola a los ojos—. Es mi futuro, mi billete hacia una vida mejor.

—Iba a decir que te importa lo que piensen los demás... Sé lo importante que es tu carrera para ti y yo... —su voz se quiebra —... nunca quise hacerte daño. Yo...

Cálmate, joder.

Lo sé, siento que hay verdad en cada una de sus palabras.

— ¿Por qué, Megan? — Acorto la distancia entre nosotros y le levanto la barbilla con el dedo índice. — ¿Por qué lo has ocultado?

Se muerde los labios, nerviosa, pero me mira a los ojos.

— Cuando empezaste a hablar conmigo y no dijiste nada sobre mi padre... fue bueno.

¿Cómo es eso? Quiero preguntarle, pero ella continúa:

— Porque estabas ahí por mí, no por la hija del entrenador.

¿Algún hijo de puta ya ha hecho eso? ¿La ha utilizado?

— Por desgracia, antes no era así. Cuando estaba en el instituto, un chico se me acercó... —Hace una pausa y se muerde los labios, nerviosa—. Era guapo, amable, divertido, me pidió salir y yo estaba en las nubes, nunca me habían invitado. —Se encoge de hombros. —Poco antes del día, escuché a algunas chicas hablando en el vestuario que él solo me había invitado porque quería ganarse el favor de mi padre y conseguir un puesto en el equipo, que yo era su pasaporte. Cuando lo confronté, lo confirmó y hasta se rió: «¿Qué esperabas?». No hubo más citas y, desde entonces, evito a los deportistas, incluso a ti...

Tengo mi respuesta y, maldita sea, me dan ganas de darle un puñetazo al imbécil.

— Creo que quería mantener eso... esa sensación por más tiempo. — Se encoge de hombros—. Nunca pensé que íbamos a estar juntos. Lo siento mucho. — Una lágrima le resbala por la mejilla y se apresura a secársela.

Se da la vuelta y empieza a alejarse.

Le agarro la muñeca, impidiéndole ir más lejos.

— ¿Adónde vas?

— Voy a dejarte solo e ir a buscar a April, creo que la fiesta ha terminado.

Cierro los ojos.

— No quiero que te vayas —admito, acercándola a mí—. Y cuando vine aquí, dos preguntas martilleaban en mi cabeza. La primera, ya me la has respondido, era el porqué; la segunda, era si cambiaría algo. Si el hecho de que seas hija del entrenador, del rector... cambiaría algo, y para esta pregunta, tengo la respuesta.

— Josh...

— La respuesta es no. —Le acaricio la mejilla y ella cierra los ojos—. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado.

Ella sonríe y todo mi ser se agita.

Solo la quiero así, sonriendo.

— Perdona el lío. — Me sujeta la cara y yo la acerco más a mí, necesito sentirla.

— No voy a mentir, fue un shock descubrirlo así —hago una mueca—, pero tienes razón, no tengo que preocuparme por lo que

piensen los demás. Las personas que son importantes para mí saben la verdad, conocen mi dedicación.

— No tengo ninguna duda de eso.

—Necesito preguntarte una cosa más —le digo.

— ¡Dime!

— ¿Tu padre lo sabe?

— Sospecha que estoy saliendo con alguien, pero no tiene ni idea de que seas tú.

— Tiene que saberlo antes de que se entere por otra vía.

— Hablaré con él mañana.

— Nosotros hablaremos.

— ¿Nosotros?

— Sí, si estoy con la hija del entrenador, lo justo es que vaya a su casa. — Parpadeo y su sonrisa se amplía.

— Debo advertirte que en casa es peor que en los entrenamientos.

— No me asustas, Nueva York.

— ¿Ni un poquito? —Se muerde los labios, conteniendo la risa.

— Nada de lo que él haga puede alejarme de ti.

— ¿Ni siquiera el banco? —la provoca.

— Ni eso.

—En ese caso, creo que es hora de volver dentro.

— No sé, aquí se está bien, solo tú y yo. — Te agarro por la nuca y empiezo a dejar una serie de besos en tu cara, hasta que me detengo a pocos centímetros de tus labios.

— ¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

— ¿Qué voy a hacer contigo?

— Se me ocurren varias cosas interesantes —me provoca, mirando mis labios—. Pero ¿qué tal si empiezas por besarme, Jugador?

No pierdo el tiempo.

Mi boca está sobre la suya, no es lento ni suave, es hambriento, exigente, es como si necesitara comprobar que ella realmente está aquí, *conmigo*.

Que esto es real.

Que nosotros lo somos.

Megan me acaricia la espalda, arrastrando las uñas, provocándome, mientras nuestras lenguas siguen luchando.

— Dios, te necesito tanto —jadeo, apoyando mi frente contra la suya—.

— Estoy aquí, para ti, contigo.

— ¿Quieres volver allí? —Gesticulo en dirección al desorden.

—¿Tú quieres? —me devuelve la pregunta, astuta.

— Todos nos mirarán —señalo lo obvio.

— ¿Te importa?

Respiro hondo antes de responder. Es difícil desprenderse de la opinión ajena, pero, ¿sabes qué? Que le den.

— ¡No!

— ¡Me alegro de oírlo! Creo que es justo que disfrutemos un poco más de la fiesta, al fin y al cabo, no todos los días soy Trinity y tú... mi elegido.

Sé que se está burlando de la película, pero me da igual si no me gusta cómo suena.

— Vamos, entonces, que después tengo planes.

— ¿Planes?

— Que te involucran fuera de este disfraz y desnuda, en mi cama.

— Mmm, nada como alguien que planea *el futuro*.

— Ah, si supieras todo lo que tengo en mente... *para ti*. — Te muerdo la oreja, rozando mi cuerpo contra el tuyo, para que sepas cómo me afecta.

— Deja de provocarme, que así voy a renunciar a volver — responde ella, riendo.

— ¡A ver si te sale bien! —bromeo.

—Eres terrible, vamos, he dejado a April sola con Will, estoy preocupada.

— Seguro que está bien.

— Es tu amigo el que me preocupa —replica y los dos nos reímos.

— ¡Vamos, preciosa! — Le rodeo la cintura con el brazo y juntos volvemos a la fraternidad.

Que se jodan las miradas curiosas.

Lo que más importa, lo tengo.

El apoyo de mis amigos, *mi* familia y *mi chica*.

Es todo lo que necesito.



— ¡Ya era hora! — Dylan me da un apretón en el hombro nada más llegar.

— ¿Me echaste de menos? —bromeé.

—Estaba a punto de ir tras vosotros, pero me dio miedo presenciar algo inapropiado para mis ojos puros.

— Como si eso fuera posible —le respondo y ambos nos reímos.

— ¡Me alegro de que hayas vuelto, tío! Olvídate de Jones, todos saben que te mereces ser titular.

Siento un nudo en el pecho.

— ¡Gracias, tío!

— Pero no creas que te vamos proteger cuando el entrenador venga a por ti. — Matt suena justo detrás de mí.

— Joder, eso sí que es amistad.

— Para todos los efectos, nunca había visto a Megan en mi vida —bromea, guiñándole un ojo—.

— Me aseguraré de hablar de ti —ella le responde y él abre mucho los ojos.

—Bueno, eso espero.

— ¡No puedo prometer nada! —Se encoge de hombros y ambos estallan en carcajadas—. ¿Habéis visto a April? —pregunta, mirando a su alrededor.

—Se ha ido con Will —dice Matt—. En realidad, él se ha ido con ella —sonríe.

—¿Cómo? —Megan abre mucho los ojos, preocupada.

—Voy a llamar a Will —digo, tratando de tranquilizarla.

—La chica apenas podía mantenerse en pie y aún así quería quedarse —comenta él—. Tengo que admitir que yo no podría beber

lo que ella bebió. Tray tiene muy mala mano para preparar las bebidas.

— El cabrón no sabe divertirse — D está de acuerdo.

— ¡Dios mío!

— Tranquila, Megs, Will se ocupará de tu amiga, iba a llevarla al dormitorio y volver aquí — Matt intenta calmarla.

— Josh.

— ¡Ven conmigo! —Le cojo de la mano y nos dirigimos a la parte delantera de la casa.

Hay algunas personas, pero hay menos ruido.

— ¡Voy a llamarlo, ¿vale?! Estoy seguro de que ella está bien.

Ella asiente.

— Hola, Will, hola, tío. Megan quiere saber cómo está su amiga, ¿todo bien? Vale, os pongo en el altavoz.

— Hola, Megs... — La voz de April está toda entrecortada. — ¿Te puedes creer que este Joker ha tenido la osadía de echarme de la fiesta solo porque es guapo y tiene todos esos músculos? Cree que tiene derecho a mandarme.

Vaya, los chicos no exageraron cuando dijeron que estaba mal.

— April, Will te llevará a descansar, ¿vale? Necesitas dormir y mañana te sentirás mejor. — Hace una mueca, sabiendo que mañana tendrá una resaca enorme, eso sí.

— Yo... estoy... bien...

— ¿Cuál es tu número, rubia?

— Eso no es asunto tuyo, ¿sabes? Si crees que te voy a dejar entrar en mi habitación, estás muy equivocado.

— Es el 27 —avisa Megan—. Y la llave está en el bolsillo exterior de su mochila.

— Megs, traidora.

— Voy a acostar a Arlequina y me aseguraré de que tenga un analgésico a su lado para cuando se despierte.

— Gracias, Will —agradece Megan.

— ¡De nada, tío!

— No hay de qué, hermano.

—Sois hermanos, joder, qué genes hay en esta familia.

— Tengo que cuidar de Loira —avisa él.

— Ve.

— Oh. Dios. Mío. — Nueva York me mira en cuanto termina la llamada, y juro que intento mantener la compostura.

— ¡Ella estará bien!

— Solo puedo pensar en ella mañana, recordando todo esto.

— Quizás ni siquiera lo recuerde —me encojo de hombros.

— ¡Ah, pero yo me encargaré de contárselo!

—Qué buena amiga eres —bromeo, atrayéndola hacia mí.

— Lo veo como una forma educativa de decir que el alcohol humilla.

— ¡Es verdad! ¿Alguna vez te has emborrachado?

— Nunca, ¿y tú?

— Algunas, las suficientes como para controlarme hoy en día.

— Vaya...

— ¿Qué pasa?

— Acabo de recordar que mi mochila está en el coche de April, donde debería ir a dormir.

— Eso es fácil de resolver —le susurro al oído, acercando su cadera a la mía.

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo sería?

—Duerme conmigo, aunque dormir sea lo último en lo que pienso ahora mismo. —Le beso el cuello y siento cómo se estremece.

— Humm, no sé tú, pero creo que ya he tenido suficiente fiesta por hoy —susurra y mi polla presiona contra la cremallera.

— ¿Estás segura, preciosa? —Le sujeto la cara, mirándola a los ojos azules—. Soy paciente, puedo llevarte a tu casa si quieres, puedo esperarte, pero si subes a mi habitación... solo dormirás después de correrte con mi polla dentro de ti.

— No tengo ninguna duda.



Secret Love Song – Little Mix feat Jason Derulo

Hoy es el día...

Josh entrelaza sus dedos con los míos y juntos volvemos a la fraternidad. Atravesamos la multitud con un destino claro: su habitación.

Por dentro, mi corazón está a punto de estallar de ansiedad, emoción... deseo. Es una mezcla de sentimientos, solo que no hay uno: la duda.

No mentí.

Puede que no sepa lo que nos depara el futuro, cuando llegue el momento de marcharme, pero hoy... *ahora*, Josh es mi única certeza.

Eso no quiere decir que no esté nerviosa, lo estoy, mucho.

Él cierra la puerta tras de sí y, de repente, solo estamos nosotros dos.

Respira...

Lo observo quitarse el abrigo y mis ojos se dirigen inmediatamente a la camiseta negra ajustada.

¿Soy yo o hace más calor aquí?

Se acerca y contengo la respiración.

— Desde que te vi con este traje ajustado, marcando cada centímetro de tu cuerpo, solo puedo pensar en una cosa...

— ¿Y cuál sería?

— Cómo quitártelo lo más rápido posible.

Sin apartar la mirada de él, me quito mi propio abrigo y lo tiro sobre una silla.

— ¿Por qué no lo descubres? —le pregunto, levantando las manos en señal de invitación.

Sus dedos agarran el borde de la camiseta negra y me la quitan por la cabeza.

— ¡Preciosa! —exclama, observando cómo mis pechos suben y bajan en el sujetador de algodón negro.

Me acerco y le palpo el pecho, sintiendo sus duros músculos bajo mis dedos.

— Me parece justo que tú también te quites eso... igualdad de derechos. — Parpadeo.

Con un movimiento rápido, se quita la camiseta y, antes de que pueda decir nada, los pantalones siguen el mismo camino.

— ¿Quién lleva demasiada ropa ahora? —pregunta, pero yo solo puedo mirar sus calzoncillos negros y la forma en que marcan su polla, sé que ya lo he visto, pero joder... eso debe doler.

— Mis ojos están aquí arriba, preciosa.

— Es culpa tuya por distraerme. —Hago una mueca y él se ríe.

Josh aparta mi pelo, dejando al descubierto mi cuello, y empieza a dejar un rastro de besos allí.

Baja hasta la parte superior de mis pechos, mientras sus manos me atraen hacia él, frotando su erección contra mí.

Acaricia mi espalda desnuda, manteniéndome cautiva de sus besos y luego, con extrema facilidad, desabrocha mi lencería y mis pechos quedan libres.

Sus manos se dirigen hacia allí.

— ¿Qué te parece si nos damos un baño? —pregunta al mismo tiempo que aprisiona mi pezón entre sus dedos.

— Hum...

— Te prometo que te enjabonaré cada centímetro —me advierte y luego se mete mi pecho en la boca, rodeando el pezón con la lengua, antes de empezar a chuparlo con fuerza.

—Una ducha está bien —respondo con un hilo de voz, demasiado concentrada en las sensaciones que invaden mi cuerpo y en la forma en que palpita mi coño.

Su boca libera mi pecho y comienza a bajar por mi vientre.

Acompaño su exploración, observando cuando llega a mi cinturón, lo desabrocha y, mirándome a los ojos, me baja los pantalones y las bragas, deslizándolos por mis piernas.

Joder.

Su cara está ahí, prácticamente alineada con mi parte íntima, y siento que me arden las mejillas.

Sé que ya lo ha visto, ya lo ha besado, pero...

— Joder, Nueva York, tu coño está brillando. — Su voz es ronca, cargada de deseo, cuando desliza un dedo por mis pliegues solo para encontrarla toda mojada.

— ¡Te quiero! —jadeo.

— Joder, Megan. — En un abrir y cerrar de ojos, me agarra el culo y me levanta en sus brazos.

— Vamos a darnos una ducha, no puedo esperar a tenerte, bien abierta en mi cama.

—Sin duda sabes cómo crear expectación—, le susurro al oído y, lo siguiente que sé, es que estamos bajo la ducha templada.

Josh todavía me sostiene en sus brazos.

Apoya mi espalda contra la pared y luego su boca se cierra sobre mi pecho, mordisqueando, chupando, cada movimiento me enciende aún más y solo puedo gemir y arrastrar mis uñas por su espalda.

—Josh... —gimo su nombre, observando cómo suelta uno, solo para empezar a torturar al otro.

Dulce tortura.

Con cuidado, me pone en el suelo y vierte una generosa cantidad de jabón líquido en su mano.

—Baño —avisa, con una sonrisa pícara.

¿Estaba preparada para eso? Por supuesto que no.

Sus manos comienzan acariciando mis pechos, y yo me muerdo los labios, entregada al momento, me provoca los pezones con movimientos circulares, presiona el pezón entre los dedos y, cuando estoy a punto de rozar una pierna con la otra, sigue su camino, bajando por mi vientre, mis caderas, se arrodilla y su mano sube acariciando mi pierna, mi muslo, me acaricia el culo sin prisa, y joder... yo... quiero sus dedos dentro de mí.

—Mírame, Megan —me pide, con la mano a centímetros de donde mi cuerpo ansía su tacto.

Encuentro su iris marrón y contengo la respiración al sentir sus dedos rozar mi coño.

— Josh... — jadeo, con el pecho subiendo y bajando. El corazón a mil.

Pasa el dedo índice por mis pliegues, provocándome, tocando mi clítoris.

—Por favor —gimo, tratando de encontrar algún pensamiento racional.

Con movimientos ágiles, me atrae hacia él y los dos quedamos bajo el agua.

— Yo... —comienza, sosteniendo mi cara entre sus manos.

—¿Tú? —suspiro en respuesta.

—Te lo voy a enseñar —dice y entonces sus labios están sobre los míos.

Es urgente, hambriento...

Juego con su lengua, muerdo sus labios, mientras mis manos se dirigen hacia su cadera.

Todavía lleva puestos los calzoncillos, hay que quitárselos.

Apoya su frente en la mía y nos quedamos mirándonos.

«Me toca», anuncio, y él solo asiente, sin apartar la mirada de la mía.

Rozando mis pechos contra su pecho, me agacho y le bajo los calzoncillos por las piernas, liberando su polla, que prácticamente me salta a la cara.

Respira, Megan, tú puedes.

Ignoro la mirada hambrienta de Josh y echo jabón en mi palma.

Dos pueden jugar a este juego.

Empiezo tímidamente, enjabonándole los brazos y el pecho, sin prisas.

Paso a sus piernas, subiendo por sus musculosos muslos, dejando lo mejor para el final.

— Date la vuelta —le pido y él se gira, apoyando las manos en la pared.

¡Joder!

El hombre es completamente hermoso.

Le enjabono la espalda, cada movimiento es una excusa para rozarlo y los pequeños gemidos que suelta me encienden.

—Megan —jadea, y sé que lo estoy provocando.

—Ya casi está, date la vuelta —le pido y él obedece.

Nuestras miradas se cruzan y, maldita sea, mi coño palpita.

Josh parece un depredador mirando a su presa... a mí misma.

Concéntrate... casi termino.

—Solo falta aquí —le digo mientras agarro su polla.

— ¡Joder!

— ¿Te duele?

— No — dice con dificultad. — Sigue.

Bajo la mirada hacia su polla en mi mano y empiezo a subir y bajar lentamente.

Sigo enjabonándolo, asegurándome de que todo quede cubierto de espuma, incluida la punta rosada, por donde paso el dedo índice con cuidado.

— Megan —dice de repente, y levanto la mirada, encontrando la suya, que es puro fuego—. Creo que ya estoy limpio, preciosa. —Su voz es necesitada.

¡Dios mío!

La excitación late en mis venas al verlo así.

Empujo su cuerpo bajo el agua y, cuando todo está limpio, hago lo que he estado deseando.

Sin darle tiempo a reaccionar, me inclino y me meto su polla en la boca, todo lo que puedo.

— ¡Joder! —Me agarra del pelo y su agarre me excita aún más.

Un poco más segura que la última vez, empiezo a chuparlo, despacio, pasando mi lengua por toda su longitud, para luego centrarme en la punta, que sé que lo vuelve loco.

Siento su sabor salado en mi boca e intensifico los movimientos de succión.

Cada gemido de Josh va directo a mi coño.

— Por muy bien que estés, ahí... — Me aparta, respirando con dificultad.

— Me estaba divirtiendo —le susurro.

Su boca encuentra la mía y tira de mi labio inferior antes de besarme, con la mano firme en mi nuca, mientras su lengua se bate con la mía, sintiendo su sabor en mí.

—Quiero correrme con tu coño estrangulando mi polla — jadea y mi coño palpita en respuesta.

Con una agilidad envidiable, cierra el grifo de la ducha y nos lleva al dormitorio. Me coloca en el centro de la cama y mi primera reacción es intentar cubrirme.

«Quiero ver, besar, lamer cada pedacito tuyo, empezando por este coño delicioso». Se acerca como un depredador y yo me alejo hacia la cabecera.

Puede que sea virgen y esté un poco asustada, pero las ganas de tocarlo, de sentirlo, son mayores.

— Sé lo que has dicho, pero podemos parar cuando quieras, Megan.

Ni hablar...

— Quién sabe, dentro de unas horas —bromeo y él sonríe, inclinándose sobre mi cuerpo, con la mirada brillante de deseo

. Me besa el cuello y luego me susurra algo al oído que no consigo entender, y sus labios finalmente se posan sobre los míos, exigentes, ávidos, inflamándome aún más.

— Estás tan buena, quiero saborearte por completo.

— Por favor...

Sigue dejando un rastro de besos y lametones hasta llegar a mis pechos.

Muerde uno de mis pezones y comienza a chuparlo con fuerza.

— ¡Qué bueno! —gimo.

— ¿Te gusta? — Da vueltas con la lengua alrededor del pezón y luego se lo mete en la boca, chupándolo rítmicamente.

Le araño la espalda, sintiendo sus músculos en mi mano.

Sin apartar la mirada de la mía, se arrastra hacia el centro de mis piernas y las separa, dejándome abierta, tal y como dije que quería.

Miro hacia abajo, solo para presenciar el momento en que pasa el dedo índice por mi pliegue y se lo lleva a la boca.

Oh, Dios mío...

—Quiero que te corras en mi boca, Nueva York —avisa antes de sacar la lengua y pasarla lentamente por el mismo lugar donde estaba su dedo.

— ¡Joder! —Echo la cabeza hacia atrás.

—Qué delicia —murmura con la cara metida ahí.

Su lengua comienza a circular por mi clítoris, provocándome, excitándome, y todo se vuelve aún mejor cuando se lo mete todo en la boca y comienza a chupar, como si fuera un caramelo del que no se cansa.

— Josh... — Jadeo al sentir un dedo penetrándome.

Le agarro el pelo con fuerza, pero él lo ignora, chupando con fuerza mientras su dedo hace magia.

Siento mi cuerpo ardiendo.

—Podría quedarme aquí horas...

No consigo articular ni siquiera una respuesta ingeniosa.

Solo siento.

Vuelve a lamerme, recorriendo con su lengua todo el camino por mis pliegues, torturándome.

Mis piernas comienzan a temblar, pero él lo ignora. Levanta mis caderas y coloca mi coño justo en su cara.

—Josh, yo...

Empieza a meter su lengua en mi entrada y yo gimo, enloquecida.

Vuelve su atención a mi clítoris, mordisqueándolo ligeramente antes de chuparlo con ganas y es demasiado.

— Ohh... — Me corro con fuerza, con todo el cuerpo temblando, y él sigue manteniendo mis muslos bien separados, lamiendo, chupando, dejándome blanda y necesitando más. — Por favor... — le pido y mi mirada se encuentra con la suya.

Lo veo alejarse unos segundos, coger un condón no sé de dónde y cubrirse la polla con agilidad.

Es tan grande y grueso que no sé cómo no se rompe.

Respira... como dice Ash: si Dios lo hizo, cabe.

Oh, mierda...

Una punzada de miedo me invade, pero tan rápido como llegó, se va.

Es Josh... mi Jugador... el que me hizo sonreír de nuevo, el que es mi nuevo comienzo.

— ¿Estás segura, Nueva York? —pregunta, inclinándose sobre mí—. Sé que ya te lo he dicho, pero podemos quedarnos solo en juegos —propone, pero puedo ver el sacrificio que está haciendo, lo que me hace desearlo aún más.

—Te quiero dentro de mí —susurro en respuesta.

No dice nada, se acerca, unos pocos centímetros nos separan, roza suavemente sus labios con los míos y me mira fijamente, buscando cualquier signo de duda.

No hay

— Te.quiero —insisto, sujetándole con firmeza la cara, para que no haya dudas.

Untas tu polla con mi lubricación y presionas la cabeza contra la entrada.

—Intentaré ser lo más delicado posible, pero...

— Lo sé, ¡confío en ti! —afirmo, queriendo decir cada palabra.

— Enrolla tus piernas alrededor de mi cadera —me pide, manteniéndose firme sobre mí.

Obedezco y lo siento deslizarse un poco.

Mi corazón late acelerado.

—Mírame— me pide, con la voz cargada de deseo y preocupación, y yo le acaricio la cara, atendiendo a su petición.

Sin apartar la mirada de la mía, Josh empuja todo su cuerpo contra mí. Le aprieto el hombro cuando un pinchazo de dolor me atraviesa y hago una mueca.

—¿Estás bien? —pregunta, y juraría que es él quien siente dolor.

El pequeño pinchazo ya ha desaparecido y ahora otros sentimientos comienzan a invadirme.

Me siento llena.

—¿Megan? —insiste, angustiado.

—¡Sí! Bueno... —lo tranquilizo, acariciándole la cara—. Sigue.

— ¡Dios, sí! Necesito moverme. Tu coño está estrangulando mi polla —dice entre dientes.

Josh se aleja, saliendo casi por completo de dentro de mí, pero luego vuelve hasta el fondo.

Cada movimiento parece tocar un punto sensible.

Ya no hay dolor, solo la sensación de querer más.

Sus embestidas aumentan de velocidad y yo me muerdo los labios, absorbiendo estas nuevas sensaciones.

¡Es bueno, muy bueno!

— Por favor, no pares.

— Ni lo sueñes —afirma, mirándome intensamente.

Sonrío y aprieto aún más mis piernas alrededor de él.

Tenerlo dentro de mí, su respiración en mi cara, es algo indescriptible.

¡Perfecto!

Mordisqueándome la barbilla, Josh acelera sus embestidas y el placer crece en mí.

¡Oh, Dios!

Siempre he oído que es difícil correrse con la penetración, así que ya estaba contenta con que fuera bien, pero esto es mejor de lo que imaginaba. Cada embestida de Josh parece rozar el punto exacto, me encuentro gimiendo y ansiando más, más de él.

—Josh —grito, agarrándome a la sábana, mientras mi cuerpo es invadido por un torbellino de emociones.

— ¡Joder, sí! ¡Córrete con mi polla! —ordena, poniendo un pezón entre los dientes y pellizcándolo ligeramente.

Joder.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, dejando que las olas de placer barran mi cuerpo, implacables y poderosas.

Josh me penetra cada vez más rápido, marcándome, tocando cada punto mío, haciendo que esta experiencia sea aún más increíble, y luego gime mi nombre en voz alta.

Nunca, ni en mis mejores sueños, pensé que sería así.

Mi corazón late descompasadamente y todavía siento temblores por todo el cuerpo, pero abro los ojos, solo para encontrar los suyos.

En este momento, me olvido de todo, de todo lo que no sea él y lo que me hace *sentir.*

Él sonríe y yo me sorprendo sonriendo.

Algo se agita dentro de mí.

No se trata solo de sexo, ojalá fuera así, *sería más sencillo.*

Es algo más profundo que no sé explicar, o tal vez lo sé, pero solo lo estoy evitando.

Solo sé que cuando estoy con él, *con mi Jugador*, sonreír es algo que me sale fácil, casi de forma natural.

Porque él...

Él es la razón.



Me despierto y lo primero que siento es su pierna sobre mi muslo y su brazo en mi cintura. Inhalo su olor en la almohada, ahora mezclado con el de mi champú, y la sensación es agradable.

Es bueno despertarse así, es algo a lo que podría acostumbrarme.

Me concentro...

Intento moverme despacio para no despertarlo, pero realmente necesito ir al baño.

— Humm... — murmura en mi oído y suspiro, frustrada.

— Perdona por despertarte —le susurro.

«¿Qué hora es?», pregunta con voz somnolienta.

No nos acostamos temprano, después de todo, nos quedamos tirados en la cama, hablando de todo un poco, con él acariciándome el pelo, hasta que casi me quedé dormida, entonces Josh me atrajo hacia él, y allí me acurruqué y me quedé dormida.

— No lo sé, pero creo que deben ser las nueve.

Frota su nariz contra mi cuello y mi pecho se agita.

— Me encanta tu olor. — Me atrae hacia él y abro los ojos al sentir su erección contra mi trasero.

—Prometo que volveré pronto —le aviso, quitándole el brazo de encima y levantándome de la cama.

Solo llevo puesta una camiseta vieja suya, sin nada debajo, pero, por suerte, Will trajo mi mochila cuando volvió del dormitorio de April.

Iba a ser complicado volver a casa con el disfraz puesto. Como mínimo, a mi padre le habría parecido extraño.

Cuando vuelvo a la habitación, él ya está de pie.

—Realmente te desperté —murmuro, sintiéndome muy mal.

— Tranquila, guapa. Son las nueve y media, por muy tentador que sea, no estoy acostumbrado a dormir mucho más que eso.

— Está bien, entonces.

— Dame cinco minutos, voy al baño y luego recojo tus cosas con Will, así podremos desayunar y seguir con lo planeado para hoy.

— ¿Lo planeado?

— Quiero hablar con tu padre —anuncia, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Con las prisas, ni siquiera me he recogido el pelo.

— ¿Hoy?

— ¿No quieres? —Me mira preocupado.

— No es eso —me apresuro a explicarle—. Solo pienso que también será un gran shock para él.

— Todo irá bien, creo que le caigo bien, al menos un poco.

— Ve al baño, que ahora quiero irme —le respondo, bromeando, y él se ríe.

Diez minutos después, estoy debidamente vestida.

Nada como unos buenos vaqueros viejos y una sudadera calentita.

— ¿Le has dado las gracias a Will?

— Sí, tal y como me pediste, por cuidar de April y traer la mochila. Tranquila, me atrevo a decir que le gustó ayudar a tu amiga.

— Estoy deseando hablar con ella, pero la dejaré dormir un poco más.

— ¿Lista? —Me tiende la mano—.

— No sé si podré comer nada, estoy nerviosa —admito, aceptándola.

—Cogemos algo de fruta abajo y vamos a resolver esto de una vez.

—Vale.

— Recuerda lo que te he dicho. — Me atrae hacia él.

Todo va a salir bien.

Sí, tiene razón.

Mi padre no es ningún cavernícola, pero Josh será el primero que le presente.

Veinte minutos después, aparcamos delante de casa.

Mi estómago está a punto de dar vueltas.

—¿Cómo lo hacemos? —Josh arquea una ceja.

—Buena pregunta —respondo, riendo nerviosamente—. Entraré, diré hola y tal, y le diré que quiero presentarle a un amigo.

—¿Un amigo?

— Un amigo... especial. —Hago una mueca y él se lleva la mano al corazón.

—Déjalo ya, ahora no puedo reírme.

—Claro que puedes, siempre es bueno verte así.

Ahhh, Josh.

—Dame quince minutos, luego puedes tocar el timbre. ¿Qué te parece?

— ¡Trato hecho!

Rozó mis labios con los suyos y él me sujetó la nuca, mirándome de una forma tan intensa que me resultaba imposible pensar con claridad.

— Josh...

— Nueva York...

—Me voy antes de que él llegue al coche.

Encuentro a mi padre en la cocina, prácticamente metido dentro de la nevera.

— Hola.

— ¡Buenos días, cariño! ¿Qué tal la fiesta? ¿Os lo habéis pasado bien? ¿Quieres zumo? — me ofrece, sacando la botella y apoyándola en la encimera.

— ¡Todo genial!

A pesar de todo el lío y la borrachera de April, quiero decir, pero me callo.

— Qué bien, me alegro mucho de que te hayas integrado y lo estés disfrutando. La universidad no es solo estudiar, sino también las experiencias y las amistades que a menudo nos acompañan toda la vida.

Oh, Dios...

—Sobre eso, necesito hablar con usted —comienzo, sin saber muy bien cómo soltar la noticia.

Se pone muy serio, toda su atención está puesta en mí.

Tira de la silla y se sienta.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—No —me apresuro a tranquilizarlo—. Conocí a alguien en la universidad —digo sin rodeos.

—¿A alguien? —Arquea las cejas y me dan ganas de cavar un agujero. Era mucho más fácil hablar de chicos con mi madre.

Respira hondo y dice...

— Alguien especial, un chico.

— Hum, entiendo.

— ¿De verdad lo entiendes?

— Claro, cariño, ya sospechaba algo de ese «amigo» tuyo — comenta, sin dejar de mirarme—. Estás diferente.

¿Diferente, yo?

— Bueno, quiero que lo conozca.

— ¡Genial! Tengo curiosidad. —Se levanta de la silla, muy animado.

— En realidad —continuo y él vuelve su atención hacia mí—, ya lo conoces. — Frunce el ceño en el mismo instante en que suena el timbre—. Yo abro —aviso, saliendo corriendo hacia la puerta, con mi padre pisándome los talones.

Abro la puerta y me encuentro a Josh apoyado en el marco.

Acabo de salir de su coche, después de una de las noches más increíbles de mi vida, y aún así parece que no puedo tener suficiente de él.

—Hola —susurro y luego me aparto, dejando que mi padre vea al visitante—. Papá, creo que ya conoces a Josh...

—Miller. —Si está sorprendido, lo disimula muy bien.

— Entrenador.

— Esto es realmente...

— ¿Una sorpresa? —bromeo, tratando de aliviar la tensión.

— Inesperado —añade, pero luego sonríe, con esa mirada seria. — Entra, Miller, quiero decir, Josh. Tenemos mucho de qué hablar —afirma mirándonos con evidente curiosidad.

¡Oh, Dios mío!

Siento la mano de Josh tocando la mía y levanto la mirada, encontrando la suya, él sonríe y puedo oírle decir «relájate, Nueva York», y pensar en eso me hace sonreír también, cuando entrelazo mis dedos con los suyos y caminamos hacia la sala.

Mi Jugador tenía razón.

Todo salió más que bien.

Le contamos a mi padre que nos conocimos en la biblioteca durante los primeros días de clase y que, desde entonces, nos hemos ido acercando.

Sin detalles sórdidos, al fin y al cabo, es mi padre... por el amor de Dios.

Le expliqué que Josh no sabía que yo era la hija del entrenador hasta ayer, y eso sin duda hizo que mi padre abriera los ojos con sorpresa, bueno, eso y la parte de la confusión con Patrick.

No podía dejar eso fuera, él tenía que saberlo, para prepararse para cualquier chisme dentro del equipo o cualquier pregunta por parte de la rectoría.

— Lo siento, papá, debería habértelo contado antes, pero la verdad es que todo es muy reciente y nuevo. Josh no sabía nada y quiso venir a hablar contigo en cuanto se lo conté.

Tu mirada está puesta en el Jugador.

Serio, pensativo, y mis manos vuelven a sudar.

Todo va a salir bien.

— Parece que te debo un agradecimiento, chico.

¿Qué?

Josh también parece perdido.

— ¿Por qué, señor?

— ¡Por hacer que mi hija vuelva a sonreír! — exclama, y es imposible no notar lo emocionado que está.

Ah, papá, se me llenan los ojos de lágrimas y respiro hondo.

Se aclara la garganta y se levanta.

— Dicho esto, quiero decir que aquí no soy tu entrenador, solo soy un padre. Nada cambia en el campus ni dentro del campo. Seguiré exigiéndote lo mismo, me atrevo a decir que más, solo lo mejor para mi Meg Muffin.

— Ni una palabra, Jugador. Es mi apodo de la infancia y mi padre parece olvidar que tengo diecinueve años.

— ¡Siempre serás mi pequeña! —exclama nostálgico y yo sonrío—. ¿Te quedas a comer? —le pregunta a Josh—. Creo que ya es hora de estrenar esa barbacoa —bromea.

— Será un placer, señor Adams.

— Andrew... —Le tiende la mano y, cuando Josh la acepta, lo abraza.

No llores, no llores.

Cuando lo suelta, su mirada se encuentra con la mía.

—Gracias, papá —susurro, pero él me oye y ahora soy yo quien está en sus brazos.

— Te quiero, cariño.

— Yo también te quiero, papá, mucho.

— La charla está muy bien, pero *vamos* a empezar con los preparativos que tengo hambre. Josh, ¿sabes algo de carnes? — pregunta, arrastrando al Jugador hacia el fondo y yo me quedo atrás, parada, pero con una gran sonrisa en la cara.

Josh tenía razón.
Mejor que eso, imposible.



Hall of fame – The Script (feat Will.i.am)

Hoy es el primer entrenamiento después de todo el lío que hubo en la fiesta de Halloween.

Estoy ansioso, no voy a mentir, pero haber dejado las cosas claras con el entrenador me ha dado la tranquilidad que necesitaba.

Recordarlo me emociona por dentro.

Imaginé varios escenarios cuando estaba delante de la casa, pero, aunque era optimista, que me recibieran como lo hicieron... no estaba entre ellos.

Incluso he tenido una clase sobre barbacoas.

— ¡Buenos días, señores! —Hablando del hombre, llega muy animado al gimnasio, donde todos estamos haciendo nuestra rutina de musculación y ejercicios antes de ir al campo a ensayar algunas jugadas.

— ¡Buenos días! —gritamos.

Aprovecho el momento para beber un sorbo de agua y secarme el sudor que me corre por la frente.

Desde que llegué, estoy totalmente concentrado, evitando mirar a los lados para encontrar miradas curiosas o ver la cara de enfado de Jones, que ha mejorado, a juzgar por el moratón que ahora forma parte de su aspecto.

Aún no nos hemos hablado y no tengo intención de hacerlo.

Mejor dejar que se calme la situación.

—¿Hay algo que quieras compartir con nosotros, Jones? —le pregunta el entrenador directamente a Patrick, mirándolo con curiosidad.

—No, señor, todo bien —escupe, sin mirarme.

Mejor así, idiota.

El entrenador sabe lo que pasó.

No había por qué ocultarlo. Contamos todo, excepto la parte en la que su hija y yo nos revolcamos en mis sábanas, ella abierta en mi cama... Joder, no vayas por ahí.

Explicar una erección ahora sería complicado.

Nos agradeció por compartir la situación con el *mariscal de campo* suplente y nos dijo que no nos preocupáramos, solo me recordó que cuidara mi mano y que no valía la pena correr el riesgo de lastimarme.

Bromeé diciendo que Jones había salido perdiendo y que ahora se estaba dando cuenta de ello.

— Bueno, ¿alguien tiene algo que decir? ¡Vamos, señores! ¿Cómo ha ido vuestro fin de semana? Espero que mejor que el de Patrick. — Joder, el tío sabe cómo meter cizaña.

Todos se ríen y el ambiente se relaja.

— Como nadie quiere decir nada, voy a hablar del mío — empieza y yo contengo la respiración—. Puedo afirmar que fue, como mínimo, revelador —continúa, caminando entre nosotros mientras habla—. Imaginen mi sorpresa al descubrir que mi hija está, ¿cómo lo llaman ustedes los jóvenes?... —Hace una pausa y se queda unos segundos pensando.

Dylan, Matt y Will están en los aparatos cerca de mí y me miran preocupados.

Quiero decirles que se relajen, pero dejo a los chicos en vilo.

No les he dicho que ya he hablado con el Sr. Adams.

—Me acordé —continúa el entrenador—, «vendiéndose» o «disfrutando», nada menos que con el Sr. Miller aquí presente.

Todas las miradas se dirigen hacia mí.

¡Todas!

«Voy a decir aquí lo que le dije a él, y les pido que presten atención a cada palabra, porque no lo voy a repetir.

Joder.

— Aquí solo soy el entrenador Adams y él es el jugador n.º 52, Miller, *quarterback*. Todos somos profesionales. Lo que cada uno de ustedes haga fuera de aquí no me interesa —señala—, siempre y cuando no sea ilegal y no afecte a este equipo.

Todos murmuran en señal de acuerdo.

—Teniendo en cuenta que el hecho de que mi hija y el Sr. Miller se gusten no es ilegal... *todavía* —subraya y todos se ríen—, voy a tener que aguantar esta situación —exclama y las risas aumentan. —Dicho esto, nada de comentarios sobre novias guapas en el vestuario, por favor —bromea y nadie se queda serio, excepto Jones. «Ahora basta de charla y *vamos* a entrenar, Guerreros, porque los Georgia Demons no están interesados en la vida amorosa de nadie».

Todos se emocionan y la energía cambia.

«¡No puedo creer que no nos lo hayas contado, cabrón!», Matt me da un puñetazo en el hombro.

— Oye, cuidado, es mi brazo de lanzar —bromeo.

— Joder, J, por un momento pensé que estabas jodido. — Dylan me da una palmada en la nuca.

— Joder, ¿no podéis hablar sin agredirme? —Zoo y ellos se ríen.

— ¿Dónde estaría la gracia? — Matt se encoge de hombros y vuelve a su equipo.

— ¿Por eso Megs y tú os fuisteis temprano el sábado? — Will me susurra al oído y yo asiento con la cabeza. — Me alegro de que las cosas se hayan arreglado. — Me pone la mano en el hombro—. Olvídate de Jones, está enfadado por estar en el banquillo y ha metido la pata, pero pronto se le pasará.

—Espero que sí, tío.

— ¡Claro que sí! Es solo cuestión de tiempo.

—¿Y tú? —pregunto.

— ¿Qué me pasa?

— Ni siquiera hemos hablado bien, ¿la rubia te ha dado mucho trabajo?

El chico sonríe.

— ¿Eso es un sí? —Arqueo una ceja—.

— Eso es un «no es asunto tuyo».

— Caramba, todo lleno de secretitos —le provoqué—. Sabes que probablemente ella hablará con Megan y yo puedo hacer que mi chica filtre alguna información, solo hay que darle el incentivo adecuado —bromeé.

— Ya lo veremos. Dudo que la rubia quiera hablar de lo que pasó. — Sonrío y, maldita sea, me ha picado la curiosidad.

— ¿Qué interés tienes en la chica? —le pregunto, observando su reacción.

— ¿Quién ha dicho que me interese?

— No sé, tal vez el hecho de que no le quitas los ojos de encima, o que hayas ido a rescatarla...

— Oye, no soy ciego, ella es sexy, atrevida e inteligente — empieza y yo me quedo callado, siguiéndole el rollo—. Vete a la mierda, solo ayudé a alguien que lo necesitaba.

— ¡Claro, claro! Will, el buen samaritano.

— Realmente necesitas mantenerte ocupado, Miller.

Me echo a reír, salgo del equipo y me preparo para empezar otra rutina.

—Ten cuidado de no herir a la rubia—le advierto—. No quiero que mi chica esté triste y tal. Si la fastidias, me salpica a mí.

— ¿Tu chica, eh? ¿Ya estás llamándola mía?

— No me fastidies, era solo una forma de hablar. —Me encogí de hombros.

—Claro, claro. Josh, el gran mentiroso.

Levanto el dedo corazón y me concentro en el aparato que tengo delante.

Wil no podía tener más razón.

Soy un maldito mentiroso.

Megan es mi chica, y no tiene nada que ver con la forma de hablar.

Ella es mía... *de verdad*.



CAPÍTULO 27

Megan

Love Song – Sara Bareilles
Oceans (Where my Feet may Fall) – Hillsong United Taya

— Vaya, ¿dónde está todo el mundo? —pregunto, al ver que el aula está vacía.

— La mayoría ya se ha ido, por Acción de Gracias —April se encoge de hombros.

— ¡Es verdad! Con las prisas de las últimas semanas, se me había olvidado por completo que ya es mañana. ¿Sigues decidida a pasar las vacaciones leyendo?

— Claro, ya he llenado mi Kindle con algunos lanzamientos que llevaba mucho tiempo esperando.

— ¿Qué libros?

— No los conocerás —responde evasivamente.

— ¿Qué son? ¿Fantasía?

— También hay algunos, pero la mayoría son novelas románticas «picantes». — Guiña un ojo.

— Hmm, interesante. Cuando me digas algunos títulos, los añadiré a mi lista.

— No deberías haber dicho eso, no me faltan sugerencias. Hay uno mejor que otro, pero necesito saber cuál te gusta más.

— Hace unos años leí una serie, era una novela con militares, la trama, la investigación —guiño un ojo— me enganchó de una forma...

— ¿La investigación? —Arquea una ceja—.

—Y el hecho de que fueran unos tíos buenísimos de casi dos metros de altura, superprotectores y que se dejarían matar por las chicas, puede haber contribuido —añado, riendo.

— Sé exactamente lo que necesitas. Prepárate para unas recomendaciones *geniales*. —Me guiña el ojo—.

Llega el profesor y la siguiente media hora se centra más en recomendaciones de lecturas para el trabajo que hay que entregar antes de las vacaciones de fin de año y en lo que nos espera el próximo semestre.

Mi último...

— ¿Se habrán ido ya los *Guerreros Calientes*? —susurro.

— ¿Cómo voy a saberlo, loca? Tú eres la que sale con uno de ellos.

—Técnicamente no es salir, estamos saliendo.

— Claro, y yo soy Papá Noel.

— ¡Oye, en serio! Recuerda que incluso tenemos una regla.

— Me da miedo preguntar.

Hago una mueca.

— ¿Cuál es? ¡Debe de ser tan absurda que se me ha olvidado!

— No enamorarse. — Me encojo de hombros.

— No sé quién es más despistado, si tú o él. Está claro que esto no va a funcionar. De hecho, ya ha fracasado.

— Qué pesimista.

Ella se equivoca.

Solo es diversión.

—Prefiero ser realista.

— De todos modos, estoy hablando de los demás, Josh, sé que estás aquí. ¿Sabes algo de Will?

— ¿Por qué iba a saberlo? — Pone los ojos en blanco, pero veo que se le sonrojan las mejillas y sé que he dado en el clavo.

— No sé, tal vez porque fue tu príncipe azul hace quince días.

— ¿Nunca me dejarás olvidar esta humillación?

— ¡No! —No puedo evitarlo y se me escapa una carcajada.

Me tapo la boca, pero por suerte el profesor ya está recogiendo sus cosas para irse.

— Creo que nunca podré volver a ver a Batman o al Joker sin acordarme de él.

— Yo diría que te ha marcado.

—Vete al carajo, Megs —responde, cogiendo el móvil que vibra sobre la mesa.

—Ay, April, tienes que admitir que Will es guapo y que tú y él haríais una pareja muy mona —sigo parloteando y tardo unos segundos en darme cuenta de que probablemente no ha oído ni una palabra de lo que he dicho. Está pegada al móvil, como si su vida dependiera de ello.

— Yo... — Se levanta de un salto, casi tirando todo al suelo.

— ¿Qué pasa? ¡Qué susto!

— Yo... ¡tengo que irme! —Empieza a meter todo en su mochila, mientras murmura frases sin sentido.

Algo sobre que alguien viene, no entiendo nada.

— April, cálmate. ¿Qué ha pasado? ¿Puedo ayudarte en algo?

Niega con la cabeza, se echa la mochila a la espalda y mira a todos lados, en un estado de pánico que nunca había visto.

Me abraza con fuerza.

— Me ha encantado conocerte, Megs —me susurra al oído y luego sale corriendo, dejándome atónita y totalmente preocupada.

— ¿Qué mierda está pasando?

Guardo mis cosas en un tiempo récord y salgo corriendo tras ella.

Ni rastro.

Debe de haberse ido a su dormitorio.

Cojo mi móvil y le envío un mensaje de texto a Josh.

Íbamos a vernos en el comedor, pero no va a poder ser.

Yo: *Voy a faltar a nuestra merienda. ¡April tiene problemas! Algo grave (aún no sé qué es). Voy al dormitorio a buscarla. Nos hablamos, besos, NY.*

Llego a la sede de *Delta Omega Kappa,* o DOK, como ella la llama cariñosamente.

La mayoría de las chicas que están allí me conocen y no tengo ningún problema para entrar y dirigirme directamente a su habitación. En cuanto abro la puerta, me sorprende verla metiendo toda su ropa en una maleta que está apoyada sobre la cama.

—April, ¿qué pasa? —le pregunto, preocupada.

—Tengo que irme —responde, metiendo más ropa en la maleta.

Me detengo frente a ella y puedo ver lágrimas corriendo por su rostro.

— Háblame, April. —Le cojo la mano—. Déjame ayudarte. — Su mirada se encuentra con la mía y, Dios, solo veo miedo y dolor en ella.

Respira hondo y se seca la cara con el dorso de la mano.

—Estoy aquí para ti —le digo, apretándole las manos, y ella me devuelve el apretón.

— ¿Recuerdas cuando te dije que lo mejor de la universidad era estar en una residencia?

Asiento con la cabeza.

— Te dije que era tentador, pero yo vivía cerca.

— Y yo te dije... —Hace una pausa y respira hondo—.

— Dijiste que, en tu caso, era una bendición estar lejos.

Otra lágrima resbala por su mejilla, pero es leve.

— ¿Qué pasa, April? ¿Te has peleado con tus padres?

— Ojalá fuera eso... — Esboza una sonrisa triste.

Me quedo en silencio, esperando a que se abra un poco y pueda ver cómo ayudarla.

—Mi madre se quedó embarazada muy joven, sus padres la echaron de casa y se fue a vivir con mi padre. Según me contó, no duró mucho, me gusta pensar que los dos eran inmaduros y que la vida se complicó con un niño. Él se marchó y ella nunca más supo

nada de él. Cuando yo era pequeña, recuerdo que varios hombres visitaban nuestra casa. Ella me encerraba en la única habitación que había y se iba a jugar con sus amigos al salón.

— Oh, Dios...

— Yo no entendía mucho y, en aquella época, solo me alegraba de que la habitación al menos tuviera televisión. Cuando tenía unos doce años, ella conoció a un médico, parecía simpático y siempre me traía algún libro o revista. — Ella sonríe. — Realmente parecía gustarle a mi madre, compraba cosas para nuestra casa, comida, la ayudó a dejar de beber, tenía mucho dinero y entonces se casaron. Fue entonces cuando vi a mi madre más feliz. Estaba radiante. Decía que le había tocado la lotería. — Hace una mueca. — Yo solo estaba feliz. Ron era un tipo agradable, nos mudamos a una casa bonita, empecé a ir a un colegio mejor. ¡Todo era perfecto!

Ella cierra los ojos y me aprieta la mano con mucha fuerza, pero no me quejo.

— ¡Estoy aquí! —la tranquilizo.

— Una tarde calurosa de verano, su hijo vino a visitarnos. — Fija la mirada en algún punto de la pared. — Era unos años mayor que yo, debí , tendría unos diecisiete años. — Su voz se quiebra—. Un día... mi madre y Ron fueron a visitar a un amigo, a una ciudad vecina, y Brandon se quedó conmigo...

No puede ser... no puede ser.

—Él... me hizo cosas.

—Oh, April...

— Yo no quería, pero él...

La abrazo con fuerza y, cuando me doy cuenta, estoy llorando.

No necesito escuchar nada más para saber que ella pasó por un infierno a manos de ese hijo de puta.

Doce años... una niña.

Me alejo y le acaricio la cara, apartándole unos mechones que se le han pegado a la mejilla.

— Me escapé de casa en cuanto terminé el instituto... necesitaba salir de allí, me estaba muriendo, cada vez que él venía y me tocaba, quería morirme.

Joder.

— ¿Has hablado con tu madre? ¡Tienes que ir a la policía!

— Ella lo sabe desde la primera vez, pero mantener su matrimonio era más importante que denunciar al hijo pedófilo de su marido.

— No... — Voy a vomitar. — ¡Dios mío, tu madre es una zorra! Lo siento.

— ¡No te disculpes! —Seca el llanto—. Es una zorra narcisista, ahora lo sé.

— ¿Has pensado en acudir a las autoridades? ¿Denunciar a ese cabrón?

— No tengo pruebas, es mi palabra contra la suya, un médico de renombre. Él nunca llegó a... ya sabes... me hacía daño de otras maneras.

No puedo seguir escuchando, no puedo dejar de llorar.

Solo puedo pensar en April, con doce años, sufriendo a manos de este abusador y siendo descuidada por su propia madre.

— Tengo que irme, Megs.

— No, no tienes que irte.

—Me ha encontrado, dijo que siempre me encontraría... —Su voz se quiebra y sus manos tiemblan.

Estoy a punto de decirle que encontraremos una solución, que hablaré con mi padre, él sabrá qué hacer, cuando Josh y Will entran en la habitación y nos miran a las dos, sin entender nada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Josh, al ver mi estado.

Me muerdo los labios, tratando de contener el llanto, pero no es mi historia para contar.

— Megs, te agradezco mucho tu preocupación, te agradezco todo —su voz se quiebra—, pero tengo que irme.

— April, no, déjame hablar con mi padre —le suplico, tratando de hacerle entrar en razón.

—¿Qué pasa, rubia? —pregunta Will con ese tono burlón que es característico de las interacciones entre ambos—. Seguro que no es nada tan drástico como para que tengas que huir de aquí de la noche a la mañana y volver corriendo a casa.

No sé si fue el sarcasmo o la mención de volver a casa, pero al oír eso, ella se vuelve hacia él, pero en lugar de responder con ironía o grosería, sus labios tiemblan y caen más lágrimas.

Cayeron sin control.

— Oye... — En cuestión de segundos, Will acorta la distancia y la abraza. — Lo siento, April. — Y contra todo pronóstico, ella lo abraza, como si él fuera su ancla. — Déjanos solos. — Su voz es seria, dura, y aunque mi deseo es discutir y quedarme para ayudar a mi amiga a calmarse, algo me dice que Will podrá ayudarla.

No sé qué hay entre ellos, pero hay una conexión loca, por mucho que ambos intenten negarlo.

Y pensando en eso, acepto la mano de Josh y voy a esperar en el pasillo.



Oceans (Where my Feet may Fall) – Hillsong United Taya

Debería estar dentro del coche, a kilómetros de distancia, pero no.

Estoy aquí, llorando como una niña pequeña.

Abrazada a él, al único chico del que juré mantenerme alejada.

El que parece ver dentro de mí, al que no le intimida el delineador de ojos marcado ni la ropa negra, el que me hace pensar en cómo sería tener una vida normal, sin todo el bagaje que tengo.

Aquí estoy, dejándole ver una parte de mí que lucho mucho por ocultar: mi fragilidad.

Que detrás de las respuestas maleducadas, la ropa negra y el maquillaje, hay mucho más dolor y sufrimiento de lo que la mayoría imagina.

Solo los camuflo, escondo mis sentimientos en lo más profundo, esperando que no resurjan en todo momento. Que permanezcan en las sombras, pero eso es imposible cuando mi peor pesadilla ha vuelto.

—Tengo que irme —digo rápidamente, alejándome unos pasos, mientras intento secarme la cara sin éxito.

Will no me deja ir muy lejos, se acerca y me coge la mano, acariciándola con el pulgar.

Un sollozo sacude mi cuerpo y me muerdo los labios, tratando de calmarme.

Tanto por irme sin mirar atrás, pero... cuando Megan llegó, no pude echarla, estaba preocupada, es mi mejor amiga, una de las primeras a las que dejo acercarse, y entonces no pude guardármelo más dentro de mí.

Vino como una avalancha.

Con fuerza... todo lo que he guardado durante años.

Sufriendo en silencio.

— ¿Qué ha pasado?

—Nada —me apresuro a decir, necesitando terminar de guardar mis cosas y dejar la hermandad.

No sé si ya está aquí, si está de camino, solo sé que me ha encontrado.

Respira...

— No me iré de aquí hasta que me digas qué está pasando, rubia. —Me levanta la barbilla con el dedo índice, haciéndome mirar sus ojos marrones oscuros—. No estoy bromeando, preciosa. Cuéntame qué es tan grave como para dejarte así. —Me acaricia la mejilla y yo contengo la respiración—. ¿Qué te ha hecho pensar que la mejor solución es huir, cuando tienes una amiga que está loca por ti, cuando me tienes a mí? —Cierro los ojos al oír eso—. Puede que no lo parezca, pero aquí estamos unidos. Megan es especial para Josh, eso la hace especial para nosotros, y en cuanto a ti...

— No soy especial para nadie. —Mis labios tiemblan.

— ¡Y una mierda! —replica, sujetándome con fuerza por la nuca, sin dejar que aparte la mirada de la suya—. Eres importante para ella... —señala hacia la puerta—... está ahí fuera, flipando, esperando a que te calmes.

Tiene razón y me siento fatal.

—Y tú eres importante para mí.

¿Qué?

Mis ojos reflejan la confusión que me produce su comentario.

— No me preguntes por qué, sé que la mitad de las veces que hablamos, prácticamente querías sacarme los ojos o pegarme.

— Casi eso —susurro y él sonríe.

—O vomitándome encima —señala, y yo hago una mueca al recordarlo. —El caso es que sí, eres importante, así que quítate esa

loca idea de marcharte.

—Will... —Mi voz es un susurro.

— April, a menos que me cuentes una historia triste, que tu vocecita te necesite, a menos que sea una situación de vida o mu , no te dejaré ir, porque te necesitamos aquí. — Parpadea.

Sé que ese «nosotros» es en nombre de Megan, Josh y los demás *Guerreros Calientes* que acabo de conocer.

Respiro hondo y, durante los siguientes minutos, le cuento sobre mi infancia y adolescencia. Es tan extraño hablar de eso, sobre todo con él, pero es como si un gran peso se me hubiera quitado de encima, como si me hubiera liberado.

Will escucha todo en silencio, su mano nunca me abandona, sigue acariciando mi palma, y es agradable.

Eso me recuerda que él está aquí... *conmigo*.

Sé que es una locura, pero estar cerca de él, su tacto, me da una sensación de seguridad, algo que no sentía desde hacía más de siete años, desde aquel verano.

— Los abusos continuaron hasta finales del año pasado — revelo, mordiéndome los labios mientras miro a cualquier punto de la ventana, menos a él.

Tengo miedo de lo que voy a encontrar allí.

— Cuando supe que había conseguido la beca aquí, Dios, me emocioné tanto, yo... —mi voz se quiebra—... era mi oportunidad de escapar, de dejar todo eso atrás, en el pasado. Solo quería empezar de nuevo, estudiar, conseguir un trabajo, quería vivir... —Un sollozo sacude mi cuerpo y ahí está él, frente a mí, abrazándome.

Apoyo la frente en su pecho y respiro hondo.

— ... sin mirar por encima del hombro, sin esperar lo peor, *sin miedo*. — Me acaricia la espalda y siento cómo me caen más lágrimas.

No puedo parar.

No puedo.

— Lo siento. — Me aparto al ver que estoy empapando su camiseta.

— ¿Por qué? —Me atrae hacia él—. ¿Por ser una luchadora, por sobrevivir, incluso cuando quien debería protegerte fue

cómplice?

— Will, yo...

— Ya no estás indefensa, ¿me oyes? ¡Nunca más tendrás que huir! — Está alterado, y yo quiero creer todo eso, *pero*...

— No lo entiendes, cada vez que intentaba huir, escapar, era peor, él se ponía más agresivo, me hacía daño...

— ¡Dios, quiero matarlo! —gruñe, alterado.

— No, por favor. Solo quiero vivir en paz.

— Escucha bien lo que te voy a decir, April. — Me levanta la barbilla, su mirada es seria, firme. — ¡Vas a venir conmigo!

— ¿Qué?

Ignora mi pregunta y continúa:

— Tengo un apartamento en la ciudad, te quedarás allí.

— ¿Un apartamento? ¡Estás loco! No puedo ir a tu casa.

— Tiene conserje, es seguro... durante las clases, nos aseguraremos de que nunca estés sola.

— Will... —Intento interrumpir esta locura—.

¿De verdad hay alguna forma de que pueda quedarme aquí?

Dios, cómo lo deseo.

—Mi abuelo tiene algunos contactos en el departamento de policía, hablaré con ellos. Si ese hijo de puta pone un pie en la ciudad, lo sabremos y lo pagará.

— No lo sé. Es un médico influyente.

— Créeme, rubia, mi familia también lo es, tengo algunas ideas. Dijiste que nunca lo denunciaste, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

— Mi madre dijo que era una locura mía, que esto destruiría a nuestra familia, que era una desagradecida y que probablemente me había insinuado. — Hago una mueca.

— Para, no puedo escuchar ni una palabra más, sé que es tu madre, pero espero que nunca más tengas que volver a verla. No se merece a la hija que tiene.

Nadie se ha preocupado tanto por mí como Megan y ahora Will, es extraño recibir este cariño y cuidado desinteresado.

— Voy a hablar con mi padre. Es un abogado de puta madre en Boston, él sabrá cómo orientarnos. Quiero que ese hijo de puta

se convierta en una perrita en la cárcel.

Brandon en la cárcel...

Siempre soñé con el día en que la policía aparecería y se lo llevaría lejos de mí, donde nunca más pudiera hacerme daño.

Nunca más.

— ¿De verdad crees que esto puede funcionar?

— Yo no lo creo. — Me sujeta la cara y me mira a los ojos—. Sé que sí, ya no estás sola, April.

No lo estoy.

Cierro los ojos, asimilando sus palabras.

— Ahora escucha, voy a abrir la puerta, porque sé que la chica de J debe estar volviéndose loca.

— Megan —susurro, preocupada por mi amiga.

— Termina de recoger tus cosas con calma. Nadie va a entrar aquí, ¿vale?, nadie —insiste, y yo asiento con la cabeza—. Llévate lo que necesites, sal de aquí, nos vamos a mi apartamento.

— Yo...

— Sin discusiones, April, por favor.

— Will...

— Oye, rubia... — Me aparta un mechón de pelo y me lo coloca detrás de la oreja.

— Gracias... — Mi voz se quiebra, pero respiro hondo y me obligo a continuar: — Siempre he sido solo yo... contra todo.

— Ya no.

Las lágrimas se deslizan obstinadamente por mi rostro.

— No llores, preciosa —susurra, acercándome más a él.

Dios, ¿cómo puede ser tan perfecto?

— Son lágrimas de felicidad, me quedaré aquí.

— Te quedarás.

«Ya no estoy sola», repito, sin dar crédito a mis oídos.

—Nunca más.

¡Nunca más!



Little do you know - Alex & Sierra

Mi sangre está hirviendo.

Lo que daría por estar en el gimnasio ahora mismo, golpeando el saco de boxeo, pero la Rubia me necesita.

Y yo estoy aquí para ella.

Todavía me cuesta digerir todo lo que he oído y lo peor es que sé que no me lo ha contado todo. No quiero ni pensar en lo que ha pasado y, joder, quiero borrar todos esos malos recuerdos y sustituirlos por otros nuevos.

El semáforo se pone en verde y pongo el coche en marcha.

April está callada a mi lado, mirando por la ventana.

Con la mirada perdida.

Hace quince minutos que salimos de su hermandad.

Todo lo que posee cabe en una maleta mediana y una mochila.

Es...

Respira, joder.

Después de hablar con ella y convencerla de que aceptara ayuda, Megan y Josh volvieron a entrar.

Intercambié una mirada con mi amigo, tranquilizándolo de que todo estaba bien. Su chica ni siquiera miró en mi dirección, corrió hacia su amiga y la abrazó con fuerza, asegurándole que todo estaría bien.

Yo me encargaré de ello.

April nunca más estará sola.

—Ya casi hemos llegado —señalo al girar en la calle donde está mi apartamento.

Ella mira a su alrededor sin disimular su sorpresa.

Está un poco alejado del centro y del campus, pero eso es precisamente lo que me atrajo, la tranquilidad.

— Es precioso.

— Me alegro de que te guste. No es gran cosa, un apartamento sencillo en la quinta planta, en un edificio sin ascensor. Prepárate para hacer ejercicio. — Parpadeo y ella esboza una tímida sonrisa. — Lo que me gusta aquí es cómo han conseguido integrar los edificios con la vegetación autóctona. Se ha conservado gran parte y hoy en día es una zona protegida. Es agradable despertarse con el canto de los pájaros.

—Pensaba que vivías en ALT.

— Durante la semana, suelo quedarme allí, es más práctico, debido a los horarios de los entrenamientos y las clases —le explico y ella solo asiente, pensativa—. Además, me encantan los chicos —le guiño un ojo y ahí está su sonrisa de nuevo—, pero aquí es mi rincón.

Está casi anocheciendo cuando aparco el coche frente al edificio.

Bajo y doy la vuelta al coche para ayudarla.

— Voy a coger tu maleta y subimos —le aviso, abriendo el maletero.

— ¡Vale! —responde, y en este momento no se parece en nada a la chica sin pelos en la lengua a la que me encanta provocar.

Subimos las escaleras en silencio.

«Mi casa es tu casa», bromeo en cuanto abro la puerta. «Vamos, rubia». Le tiendo la mano y ella la mira.

Por un momento, creo que me va a dejar en el aire, pero luego acepta.

Y, joder, necesito aclarar mis ideas.

Estar cerca de April parece freírme los sesos y hoy todo parece aún peor.

—Ponte cómoda —le digo, llevando su maleta al dormitorio principal, aunque sé que se quejará.

— ¿No es esta tu habitación? —pregunta justo detrás de mí.

— ¡Ahora es tuyo!

— ¡No! ¡Ni hablar! Ya estoy aquí de favor, no te voy a robar la habitación. Dormiré en el salón, en el suelo, pero ahí no.

— ¿En serio vas a montar un drama por esto?

Como respuesta, la rubia solo cruza los brazos frente al pecho.

Ella habla muy en serio, pero yo solo puedo pensar en cómo se marcan sus pechos contra la camiseta ajustada.

¡Contrólate!

Mira a la cara.

— Yo me quedaré en la otra habitación, ya que solo vengo los fines de semana —argumenté.

— No, yo me quedo ahí.

— Pero...

— No insistas. — Se acerca, deteniéndose a pocos centímetros de mí, y mis manos pican por tocarla. — Me sentiré mejor allí.

Cierro los ojos.

Podría seguir insistiendo, pero la verdad es que solo quiero que ella esté bien.

— ¡Está bien! — Empiezo a arrastrar la maleta hacia la otra habitación que, sorprendentemente, está al otro lado del pasillo, a pocos pasos de la mía. — Tú ganas.

— Ya has hecho mucho por mí al traerme aquí, a tu casa. No podría quedarme en tu habitación. Además, quién sabe todo lo que ha pasado allí —bromea y, joder, qué bien ver a April feliz y bromista de nuevo—. Creo que ni siquiera cambiando las sábanas me sentiría segura —añade con un guiño, sorprendiéndome.

— ¿Así que esa es tu preocupación? —Arqueo una ceja, dejo la maleta y me acerco a ella—. ¿Crees que la habitación está llena de mierda, rubia?

Ella abre mucho los ojos y se le tiñen las mejillas de rojo.

¿Demasiado directo? *¡Me gusta así!*

— Yo...

Me acerco y ella da un paso atrás, con la espalda contra la pared.

— Nunca he traído a nadie aquí —le susurro al oído.

— ¿Qué? —jadea cuando me alejo, mirándome confundida.

—Eres la primera chica que traigo aquí. —Me encojo de hombros, al fin y al cabo, no es nada del otro mundo—. Como te he dicho, este es mi rincón.

— Lo siento, yo...

— Oye, no te disculpes, ha estado bien recuperar un poco de la lengua afilada de April.

— ¿Lengua afilada? — Entreci los ojos y empecé a reírme a carcajadas.

Como hacía tiempo que no lo hacía.

Ella intenta ponerse seria, pero no lo consigue y me sigue, riendo.

Debería alejarme, pero me encuentro acercándome y veo su pecho subir y bajar.

Tan hermosa.

April con maquillaje es fantástica, pero así, sin nada, con el rostro limpio, sus grandes ojos verdes mirándome con una mezcla de expectación y algo más...

— Me alegro de verte así —le digo, acariciándole la mejilla—. Sonriendo.

April cierra los ojos con el contacto y yo contengo la respiración, cuando vuelve a mirarme, Dios... podría perderme allí.

— Voy a perdonar ese adjetivo injusto —comienza, aún sonriendo—, porque... —hace una pausa y sus ojos se llenan de lágrimas—... porque en el último momento, has hecho más por mí que mi propia familia, en toda mi vida.

— April...

—Will...

Mi mirada se dirige a su boca y, Dios, cómo me gustaría besarla, hacerla olvidar todo, aunque solo fuera por unos minutos, sentir su sabor, pero no es el momento. No cuando ya tenemos suficientes problemas entre manos.

El objetivo es ayudarla a superar el trauma y atrapar al hijo de puta que abusó de ella, no meterme en sus bragas.

Mi móvil suena y agradezco la intervención divina.

Es una señal para mantener mis manos lejos de la chica.

Ella necesita protección, no a uno de los *Guerreros Calientes*, aunque con April...

Con ella, solo quiero ser Will.

— Lo siento. — Me alejo y contesto tan distraído que ni siquiera veo quién es.

— Hola.

—Cariño —la voz de mi vocecita suena al otro lado y sonrío —, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

— Todo maravilloso, ya he empezado a preparar nuestro almuerzo. Vendrás, ¿verdad? —pregunta, como si hubiera alguna posibilidad de que no apareciera.

— ¡Por supuesto! ¿Y perderme tu deliciosa comida? ¡Nunca! Ya llevo sin comer desde hoy para dejar espacio —bromeo.

Ella se ríe y puedo oír a mi abuelo al fondo, preguntando qué está pasando.

— Estoy hablando con nuestro niño —responde ella, y yo intento no sonreír.

¿Niño, en serio? Para ellos, siempre lo seré.

— No quiero molestarte. Solo quería confirmarlo. Por si acaso decidías irte a Boston.

Paso.

— No.

— Hablé con tu padre la semana pasada.

Me quedo en silencio.

Hace un mes que no nos hablamos.

Siempre está muy ocupado, por todos lados, y hace años que dejé de preocuparme.

— Te echa de menos.

Tiene una forma extraña de demostrarlo.

— Él sabe mi dirección, abuela.

—Los dos son tan testarudos.

Sonrío, porque es verdad.

April está deshaciendo su maleta.

Guardar algunas prendas en el armario y verlas allí, en mi rincón, me emociona de una forma que no esperaba.

Es agradable.

— Abuela, tengo que colgar, tengo compañía.

Visita no parecía ser el término adecuado, no cuando ella no tiene fecha para marcharse.

Se queda en silencio unos segundos, y sé que las ruedas de su cabeza están trabajando a toda velocidad.

— Es una amiga —le explico, y en ese momento, los ojos de la rubia se posan en mí.

— ¿He dicho algo? —comenta la astuta anciana.

—Abuela...

— Habla, querido.

— Pon más arroz al fuego, que me voy a llevar a mi amiga conmigo.

Aún no he hablado con ella, pero no aceptaré ninguna respuesta que no sea que se siente en mi coche y venga conmigo a la granja.

— ¡Ah, qué bien! Tu «amiga» será muy bienvenida, querido, ¿qué es el Día de Acción de Gracias si no es sentarse junto a nuestros familiares y amigos y dar gracias por los dones recibidos, no?

— Sí. ¡Buenas noches, abuela! —Cuelgo y siento su mirada en la mía.

— ¿Todo bien? —pregunta, acercándose a mí, parece preocupada.

— ¿Todo bien? ¿Por qué?

— Yo... —Mira a los lados, avergonzada.

— ¿Qué pasa, April?

— ¿Tienes que irte? —pregunta con angustia en la voz.

— ¿Quieres que me quede aquí? —le respondo con otra pregunta y ella pone mala cara.

— Yo pregunté primero. — Se muerde los labios y mira a todos lados, menos a mí.

Joder.

—Rubia —la llamo, y su mirada se encuentra con la mía.

— Yo... me encantaría. Si no es mucha molestia para ti.

— Me quedaré —le aviso y el alivio inunda su rostro.

Es casi como un puñetazo en el estómago.

En ese instante, lo sé, la chica me tiene en la palma de su mano.

Porque, maldita sea, me quedaría todos los días que ella pidiera, me quedaría el tiempo necesario para que siempre estuviera sonriendo y se sintiera segura, porque April no se merece sentir otra cosa que no sea eso.

— Imagino que debes tener hambre —digo, decidido a animar un poco el ambiente—. ¿Un bocadillo, pizza?

— Lo que tú quieras —responde, encogiéndose de hombros, y yo solo arqueo una ceja, con la broma en la punta de la lengua, y ella se da cuenta—. Dios, ¿no has salido del quinto curso?

— ¡Nunca! —reconozco, y ella sonríe.

— ¿Pizza, vale?

— ¡Pizza, claro! Voy a pedirla, dile a tu amiga que hemos llegado bien y que aún no nos hemos matado —la provoqué.

—¿Todavía?

—Todo puede cambiar en una fracción de segundo. — Parpadeo.

— Ahora sí que has dicho algo inteligente.

— ¡Oye, eso dolió! —Hago un puchero y ella sonríe.

Sí, eso...

Ella empieza a alejarse y no pierdo la oportunidad.

—Rubia —la llamo y ella gira la cara hacia mí.

— Mañana saldremos temprano, sobre las siete y media, ¿vale?

— ¿Cómo? —pregunta, pero la ignoro.

— Allí hace un poco más de frío que aquí, así que llévate más pantalones y abrigos.

— ¿De qué estás hablando, Will? —Se pone las manos en la cintura, indignada.

— Tú y yo vamos a pasar las vacaciones en la granja de mi abuelo.

Ella abre mucho los ojos.

— Ya le he dicho a mi abuela que prepare más comida, porque comes como un caballo.

— ¡No me dijiste eso! —replica, sorprendida.

— Vale, quizá esté exagerando, pero le dije que irías, así que ahora se pondrá triste si no aparecemos.

— Puedes ir tú solo. Es tu familia, no quiero ser una intrusa ni estorbar.

Cuando me doy cuenta, estoy a pocos pasos de ella.

April es casi como un imán, siempre me atrae.

—Nunca serías una intrusa —exclamo, tratando de enfocar mis ojos en los suyos, pero me sorprendo mirando sus labios—. Tampoco estorbaría, si el propósito de la cita es reunirnos y dar las gracias, entonces no se me ocurre nada mejor que tenerte conmigo.

— Will...

—Eres importante para mí, no te creas superior, pero ya sabes cómo es, nos conocemos, nos ayudamos en las borracheras y nos encariñamos—. Hago una mueca y ella se muerde los labios, conteniendo la risa—. Eres mi amiga, April, y según mi abuela, debemos dar las gracias a las personas que entran en nuestra vida, y tú has entrado en la mía.

No dice nada, pero sus ojos llorosos indican que le he llegado al corazón.

—¿Vienes conmigo? —le pregunto y ella asiente con la cabeza con un jodido sí.

La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza.

En mi cabeza, solo puedo pensar que nuestra amistad ha comenzado de una forma, como mínimo, extraña.

Con una mentira.

Porque nunca, ni en mil años, podría pensar en April solo como una amiga.

Ni de coña, pero es todo lo que tenemos por ahora.

Y el futuro es una gran incógnita.

Una que estoy deseando descubrir, *junto a ella*.



We found love – Rihanna & Calvin Harris

— No puedo dejar de pensar en April —digo en cuanto Josh aparca el coche delante de casa.

— Ella estará bien —intenta tranquilizarme, pero él no tiene ni idea de lo que he oído y, como es algo muy íntimo, solo le he dicho que tiene graves problemas familiares y que quien le ha hecho daño la está buscando.

Eso es suficiente para entender la gravedad de la situación, pero no me corresponde a mí contarlo.

— Espero que tengas razón.

—Will la cuidará bien. —Apoya su mano sobre la mía y entrelazo mis dedos con los suyos.

Aún no estoy lista para despedirme.

Menudo día.

— ¿Has pensado en mañana? —me pregunta, mirándome fijamente, y en medio del ajetreo del día, ni siquiera hablamos del tema.

— Hablaré con mi padre y te lo diré. Es casi seguro que sí, pasaré las vacaciones contigo y tu familia.

—Mi madre me está volviendo loca, quiere saber si vas a ir.

—Siento no haberte confirmado nada hasta ahora. —Hago una mueca.

— Tranquilo, Nueva York, lo que decidas estará perfecto, pero...

— ¿Pero?

— Estaré mucho más feliz si estás conmigo —me susurra al oído y empieza a dejar un rastro de besos en mi cuello.

— Mmm... creo que era la motivación que necesitaba.

— Puedo motivarte más. — Su mano acaricia mi pierna, con el pulgar rozando mi muslo.

— Josh —jadeo, apartándome—. Realmente tengo que entrar si quiero encontrar a mi padre despierto.

— Esperaré tu mensaje —dice con esa sonrisa llena de hoyuelos y luego roza sus labios con los míos, despacio, suavemente, pero no por ello menos apasionadamente.

Dios, me cuesta mucho salir del coche así.

Obligo a mis piernas a moverse y le digo adiós con la mano cuando pone en marcha el Honda.

Antes de entrar en casa, respiro hondo, tratando de organizar mis pensamientos y mis próximos pasos: hablar con mi padre, avisar a Josh, ver cómo está April y acostarme, porque si hay algo que destacar de este día es que ha sido agotador.

¡Mucho!

—Papá —lo llamo al no encontrarlo en la sala ni en la cocina.

¿Se habrá ido a dormir?

—En el dormitorio —grita, y subo las escaleras, ansiosa.

— Hola. —Empujo la puerta suavemente, solo para encontrarlo con dos camisetas en la mano, frente al espejo.

— Hola, cariño, ¡llegas tarde!

— Lo siento, debería haberte avisado. Tuve que ayudar a April con un problema.

— ¿Está bien?

— ¡Ahora sí! —Sonrío—. ¿De verdad te vas de viaje? —Añado otra pregunta, queriendo cambiar de tema.

Él hace una mueca.

— ¿Seguro que no te vas a enfadar? Puedo cancelarlo todo.

— ¡Claro que no! No me voy a enfadar y no vas a cancelar nada.

— No me gusta dejarte sola en Acción de Gracias.

— No estaré sola, papá —lo tranquilizo—. La madre de Josh me ha invitado a comer con ellos.

— ¿No se está volviendo demasiado serio?

— ¿Qué?

— Vosotros dos...

— Solo es una comida, él ha comido aquí estos días —le recuerdo.

— Solo quiero que no salgas herida, Meg Muffin. Ni tú ni él, Josh es un buen chico.

Él, sin duda, lo es.

Quiero decir que estamos bien, que ambos tenemos la misma regla, pero es demasiada información para mi padre, así que solo sonrío.

— No es una relación, papá.

— Sí, lo sé, solo están saliendo.

— ¡Exacto!

—En mi época, cuando un chico llevaba a una chica a su casa, conocía a la familia, la cosa era seria... muy seria.

— Eso es cosa del pasado.

—Si tú lo dices.

— Lo digo y lo repito. Ahora, vamos. La camiseta azul marino es mejor.

— ¿En serio?

— Sí, resalta tus ojos.

— Gracias, cariño, tu madre solía ayudarme con eso — comenta con nostalgia.

— Estoy aquí siempre que me necesites, papá.

— Lo sé, mi amor. — Tira las camisetas sobre la cama y me abraza, acariciándome el pelo. — Cuídate durante las vacaciones, volveré el domingo por la tarde.

— Estaré bien. Cuídate y avísame cuando llegues.

— Intentaré poner esa cosa en WhatsApp.

— ¿El localizador en tiempo real?

— ¡Eso!

— Mira —le provoqué—. Estoy orgullosa de ti.

— Siempre aprendo algo de los jóvenes.

— Buenas noches, papá, y buen viaje —me adelanto, porque sé que va a salir temprano. — Voy a darme una ducha y a dormir.

— ¡Que duermas bien, cariño!

Me tiro en la cama después de una larga ducha.

Cojo mi móvil y confieso que estoy emocionada por lo que nos depara el mañana.

Sé que ya conozco a la señora Abigail, pero aun así.

***Yo**: Confirmado. Me tienes mañana y todo el fin de semana. Mi padre no vuelve hasta el domingo por la tarde.*

Sigo sosteniendo el dispositivo en la mano, esperando a que el símbolo cambie de entregado a leído. Cuando se pone azul y aparece que está escribiendo, vibro como una loca.

Por Dios, Megan. Contrólate un poco, por el amor de Dios.

***Jugador**: La mejor noticia posible. Muchos planes, en la mejor compañía: tú.*

***Yo:** ¿Planes? Pensé que solo era una comida familiar.*

***Jugador**: Ya estoy pensando en el postre.*

***Yo**: Qué travieso.*

***Jugador**: Planificación...*

Le envío un montón de emojis riendo.

***Yo:** Te estoy tomando el pelo, pero estaba pensando lo mismo.*

***Jugador:** Pícara.*

***Yo: Ansiosa**... y golosa.*

Oh, Dios mío, no puedo creer que realmente haya enviado eso.

Edita, borra... lo ha leído y está escribiendo.

Jugador: *Joder, Nueva York, ya me has puesto cachondo, eso no se hace, espérame.*

Yo: Promesas*…*

Jugador: *ESPERA.*

Yo: *La charla está bien, pero tengo que ver cómo está April.*

Jugador*: Ve, guapa, pero te adelanto que acabo de hablar con Will y acababan de cenar. Todo bajo control. Él se quedará a dormir allí hoy, para no dejarla sola.*

Vaya, Will no deja de sorprenderme. Eso fue muy amable de su parte. Claro que April debe estar asustada, incluso en el apartamento.

Yo*: Ha sido increíble por su parte.*

Jugador*: Will es genial.*

Yo*: Ustedes están... contando las horas para verte. Buenas noches y dulces sueños.*

Jugador*: Lo mismo digo, preciosa. Que duermas bien y sueña conmigo. ☺*

Yo*: Voy a pensar en lo de «conmigo» jajaja.*

Jugador*: Sin comentarios. 😕 Hasta mañana.*

Yo*: Hasta luego. ♥*

Aprovecho el momento y le envío un mensaje a April.

Tarda en responder y ya estoy casi dormida cuando el teléfono vibra.

***April**: Hola, Megs, perdona por el retraso. Lo dejé cargando y me fui a dar una ducha.*

***Yo:** No pasa nada, solo quería saber si todo va bien por ahí. Si Will te está cuidando bien o si te está volviendo loca.*

***April:** Todo bien, considerando el día de hoy... Will está siendo, no sé ni qué decir. Solo tengo que agradecer a Dios por haberlos puesto en mi camino.*

Se me hace un nudo en la garganta y respiro hondo.

***Yo:** Nosotros somos los afortunados por tenerte. Gracias por confiar en mí para abrirme tu corazón. Me imagino lo difícil que debe haber sido.*

***April**: Gracias por escucharme.*

***Yo:** Estoy aquí para ti... Te quiero, April.*

***April:** ¡Y yo a ti! Mucho.*

***Yo:** ¿Vendrás mañana?*

Le pregunto, no he hablado con Josh, pero estoy segura de que no le importará que llamemos a April.

***April**: Voy a conocer a los abuelos de Will. No preguntes y nada de bromas, él está siendo amable.*

Mi padre tendría una opinión diferente al respecto, pero quién soy yo para burlarme. Sería como el sucio hablando del mal lavado.

***Yo**: ¡No he dicho nada! Jajaja (pero lo he pensado). Diviértete, amiga.*

***April:** ¡Lo sabía! i ☹ Diviértete tú también con tu jugador. Besos.*

***Yo:** ¡Besos!*

Me despido, sintiéndome mucho más aliviada.

April está bien, considerando todo.

Voy a ver a Josh y hay muchos planes para mañana.

El sueño llega rápido y, aunque haya estado bromeando, está claro que él está en mi mente y en mis sueños.

Mi *Jugador*.



«¿Lista para un poco de locura?», pregunta Josh nada más aparcar el coche delante de la casa de su madre.

—¡Exagerado!

— No bromeo, deberías ver a FT y Jack peleándose por los mejores trozos del pavo.

— Los niños tienen prioridad.

— Díselo a Jack, ese hombre es una máquina de masticar —bromea.

— Más tarde te lo diré —le guiño un ojo y él se ríe.

Salimos juntos al viento helado.

— Vaya, qué frío hace —comenta, abrazándome durante el corto trayecto hasta la puerta principal.

— He visto en el periódico que hoy no pasará de los 5 grados y que por la noche habrá 2 grados bajo cero.

— Ideal para quedarse en casa.

— Veamos una película.

— Nueva York, ¿te he dicho ya que te quiero? —bromea, y mi corazón se acelera—. Lees mi mente.

— Intentemos diversificar y veamos algo que no tenga a Keanu Reeves —zoo y él se ríe.

— ¿Ya podemos empezar a ver películas navideñas antiguas o aún es demasiado pronto?

— Dios mío, estás loco.

— Por ti, preciosa —me susurra al oído y luego roza sus labios con los míos, antes de llamar a la puerta.

Nos recibe su madre, que ya está muy ocupada en la cocina.

La casa huele a comida y mi estómago se revuelve, ya que solo he tomado un yogur esta mañana.

— ¡Vaya, qué bien huele! —comento nada más entrar.

— ¡Oh, cariño, espero que también sepa bien! —Me guiña un ojo—. Este es Jack, mi marido; Jack, esta es Megan... amiga de Josh —añade, tras unos segundos—.

—Encantada de conocerte, Megan. ¿También estás en la universidad? —pregunta.

—Sí, soy estudiante de primer año de bioquímica.

—Lo mismo que Josh, es un buen campo con muchas oportunidades laborales —dice, pero el comentario no parece dirigido a mí.

—Josh va a ser jugador profesional —dice Finn saliendo de la habitación y saludándome con un gesto, mientras echa un vistazo a lo que hay en la encimera de la cocina.

— Ni se te ocurra, Finn Thomas —le reprende su madre, rápida en sus intenciones.

— Ir a la liga nacional es un sueño, Josh ya tiene que empezar a moverse para no quedarse sin trabajo cuando termine la universidad.

El clima cambia. Parece que ha bajado unos diez grados de repente.

— Jack, hoy no —susurra su mujer, apretando con fuerza el paño de cocina.

— Solo lo digo —se encoge de hombros, cambiando de canal en la televisión.

A mi lado, observo a Josh apretar los puños, pero no dice nada.

«Creo que Josh tiene muchas posibilidades de ser seleccionado», comento, guiñando un ojo en dirección al FT, incapaz de permanecer callada. «Abigail, ¿puedo ayudarte con algo en la cocina?

— Oh, querida, un par de manos extra siempre son bienvenidas.

Josh me aprieta la mano con más fuerza y nuestras miradas se cruzan.

Hay tanto ahí...

—Creo en ti —le susurro al oído antes de seguir a su madre a la pequeña cocina.

Una vez superado el episodio con su padrastro, el ambiente mejoró.

Josh, Finn y Jack se quedaron charlando sobre fútbol americano y baloncesto, mientras yo ayudaba con los preparativos, picando algunas especias y charlando.

¡Fue genial!

Y cuando la comida finalmente estuvo lista, nos reunimos alrededor de la pequeña mesa del salón y juntos dimos gracias por la familia, por los logros, por todo lo bueno que había sucedido en los últimos meses.

Confieso que fue un momento difícil para mí.

Me vinieron muchos recuerdos a la mente, las innumerables comidas con mis padres, nosotros en la cocina charlando, hablando del tradicional desfile de Macy's, del fútbol... A mi madre siempre le encantaban estos momentos en familia, se emocionaba cocinando, y nos pasábamos una semana comiendo las sobras. No puedo creer que sea nuestro segundo Día de Acción de Gracias sin ella. El año pasado ni siquiera hicimos nada en casa, todo era demasiado reciente, pero hoy sé que, dondequiera que esté, está celebrando cada uno de mis logros y cuidando de mí.

Una lágrima obstinada resbala por mi mejilla y me apresuro a secarla.

—¿Estás bien, preciosa? —me susurra Josh, y yo le dedico una tímida sonrisa, tragándome el nudo que se me ha formado en la garganta.

— Recuerdos —mi voz es un susurro, pero él me entiende.

Él me conoce.

Me acaricia la cara y yo respiro hondo.

— Todo estaba delicioso, Abigail —exclamo, necesitando pensar en otra cosa.

— Oh, cariño. Me alegro mucho.

— ¡De verdad! —Josh aprovecha la oportunidad para elogiar a su madre—. No sé decir qué es lo que más me ha gustado.

Durante los siguientes minutos, la conversación gira en torno a eso y me dan ganas de reír. Al final, llegan a la conclusión de que fue el pavo, que estaba realmente jugoso y no seco, como suele ocurrir a veces.

— Bueno, si ya han tenido todo un debate sobre los aperitivos, imagínense sobre los postres.

—¡Ay, la tarta de calabaza! —Finn se emociona y es imposible no reírse—. He dejado espacio solo para esta delicia —avisa, y el olor es tentador.

— ¡Yo también! —bromea Jack.

—Ah, espero que esté buena, es una receta de mi abuela —avisa Abigail, trayendo la bandeja del horno desde la cocina.

— Mmm, tendré que probarla también.

Miro a mi lado y veo a Josh mirándome de forma extraña.

— ¿Todo bien? ¿Tengo salsa en la cara? —digo en voz baja, pasando la mano por la mejilla.

— Solo te miro, Nueva York, no me canso de mirarte —susurra y mi corazón se acelera—. ¡Estoy feliz de tenerte aquí! —Rozando sus labios con los míos, indiferente a lo que su madre, su hermano y su padrastro puedan pensar.

Sin duda, solo ser amigos ya no va a funcionar.

—Estoy feliz de estar aquí —le respondo, y quiero decir cada palabra.

Una hora más tarde, todos están tirados en la sala, viendo el partido, bueno, todos no, ya que Abigail y yo seguimos charlando en la cocina.

—Todo en orden —aviso, cuando guardo el último plato en el armario.

— No tenías por qué, pero te lo agradezco. Habría sido difícil conseguir que me ayudaran. Todos son unos vagos —dice señalando el salón.

—Después de comer tanto, es complicado —bromeo.

—Estoy tan contenta de que hayas venido —dice de repente, sorprendiéndome.

— Yo estoy feliz de haber venido.

— ¡Gracias!

— ¿Por qué?

— Por hacer sonreír a mi Josh, hacía tiempo que no lo veía tan animado.

— Yo... —No sé ni qué decir.

— Lo sé, solo sois amigos —pone los ojos en blanco—, pero aún así, me alegro de que hayas entrado en su vida, cariño.

— Yo soy la que tiene que dar las gracias. —Miro en su dirección y pienso en cómo todo se ha vuelto más fácil desde que él entró en mi vida—. Josh es especial —digo, volviendo mi atención hacia su madre.

—¡Lo es! —Parece emocionada y ya me preocupo—.

Por favor, nada de lloros, que no lo soporto.

— ¿Qué soy? —pregunta justo detrás de mí.

— ¡Dios, qué susto! —exclamo—. ¿No haces ruido cuando caminas?

Él se ríe.

— ¿Hablando mal de mí, Nueva York?

— ¡Claro! Es mi pasatiempo favorito —bromeo, cambiando de tema, y su madre se ríe.

— Le estaba dando las gracias a Megan por haber venido, cariño.

— Y yo, por la invitación. —Me encojo de hombros y él nos mira con recelo.

— Ya... ¿qué te parece si nos vamos, preciosa?

¡Dios!

Abro mucho los ojos ante su gesto cariñoso y su madre se limita a reírse.

Diez minutos después, estamos en el Honda con un bote lleno de tarta de calabaza.

— Ya sé de dónde viene tu terquedad —bromeo.

— ¿Yo?

— Le dije a tu madre que pusiera solo un trocito, ¡mira el tamaño de este tarro! —Lo levanto para que lo vea—. ¡Y pesa mucho!

— ¡Qué bien que queda para más tarde!

— Oye, quita los ojos, que es mío —bromeo sonriendo y él arquea las cejas—. Deberías haber pedido un tarro para ti. —Me encojo de hombros.

— Caramba, Nueva York, ¿no te enseñaron que está mal no compartir?

— ¡Es tarta de calabaza! —replico como si fuera una buena justificación.

— Estoy pensando en cómo conseguirlo de ti.

— Hmm, un intercambio, interesante. Se me ocurren algunas cosas que quiero de ti, Jugador —digo, y al instante me sonrojo.

Cuerpo traidor.

— ¿En qué estás pensando? Te daré el tiempo que quieras, con tarta o sin ella —bromea.

— ¡Cabrón! —jadeo.

— Recuérdame que nunca juegue al póquer contigo, guapa —comenta, sonriendo—. ¡Te entregas demasiado!

Pongo los ojos en blanco, intentando ponerme seria, pero al final acabo riéndome de la situación.

— ¡Eres terrible!

— Oye, yo solo estaba hablando de la maldita tarta, fuiste tú quien sacó este otro tema a colación.

— Sí, pobrecito —bromeo y él esboza una sonrisa de lado.

—Iba a decir que, en realidad, solo me interesa otro tipo de postre. —Su mirada recorre mi cuerpo y, maldita sea, se me enciende todo el cuerpo.

— Josh... —jadeo.

— ¿Seguro que la casa es nuestra hasta el domingo?

— Sí, ¿por qué?

— Solo quiero llegar pronto —responde, acelerando el vehículo.

— ¿Te he dicho ya que eres un gran canalla?

—Hace menos de cinco minutos —señala.

—Pues lo eres.

— Pero te gusta, ¿no? Admítelo, Nueva York.

— Mucho —reconozco, acercándome y dándole un beso en el cuello.

— No es justo, estoy conduciendo.
— Vamos a casa, Jugador.



Dusk till Dawn – Zayn Feat Sia
More Tha Words - Extreme

—Puedes parar en el garaje cubierto —avisa Megan, cogiendo su llavero y pulsando el botón del mando a distancia.

— ¿Seguro?

— Claro, está vacío.

— ¡No sé! A lo mejor tu padre es celoso —bromeé, pero aparqué el Honda en el espacioso garaje.

Apenas me desabrocho el cinturón, siento su mirada sobre mí.

— Nunca he follado en un coche —suelta de repente y mi polla se excita al instante.

Me giro en el asiento para mirarla y está roja como un tomate, está claro que ha pensado en voz alta.

Me contengo para no reírme.

— No es muy cómodo —le advierto, acercándome a su deliciosa boca—. Sobre todo cuando tenemos a nuestra disposición la encimera de la cocina —le muerdo la oreja—, el salón... —bajo por su cuello dejando un rastro de besos en su piel caliente—... no podemos olvidarnos de las escaleras, la ducha, la cama, toda la casa.

— Ya me has convencido... —jadea, con las manos recorriendo mi pecho—. Solo de pensar en lo complicado que debe ser quitarme toda esta ropa aquí, ya me desanimo.

Intento contenerme, pero es imposible.

Me río con gusto.

— Es verdad, ¿no? ¡Pantalones, jersey, abrigo! —exclama, haciendo una mueca.

—Pongámoslo como objetivo para el verano, ¿qué te parece? —le pregunto y, de repente, su expresión cambia.

«Yo... tengo que ir al baño», avisa y salta del coche apresuradamente.

Bajo justo detrás de ella, cogiendo el bote de tarta que se ha olvidado en su prisa.

Estoy en la sala, buscando algo en la televisión, cuando ella regresa.

— ¿Todo bien?

— Sí —responde, pero no me convence.

— ¿He hecho algo mal? —le pregunto, preocupado—. ¿Algo sobre no acostarnos en el coche?

— ¡No! —me asegura—. Todo está bien, como dijiste, nosotros... podemos... —Se sonroja y mi corazón se acelera.

— ¿Follar? ¿Tener sexo? —la provoqué, sujetándole la nuca, y ella se mordió los labios.

— Te encanta hacerme sonrojar, ¿verdad? —jadea, mirándome fijamente.

—Me encanta todo de ti, pero reconozco que esto es un placer especial.

Ella sonríe y ahí está esa familiar opresión en mi pecho.

La chica me tiene com las pilas cargadas.

Estoy a punto de preguntarle por qué película vamos a empezar cuando mi móvil vibra.

Me alejo un poco y saco el dispositivo del bolsillo.

Mensaje de Will.

***Will**: Hola, J. Estoy en la granja de mi abuelo con Loira. Si quieres pasar el fin de semana aquí con tu chica, la invitación está*

hecha.

PD: A Loira le encantaría...

Vaya.

Tenía muchos planes para Megan y para mí, y para cada rincón de esta casa, pero seguro que lo pasaremos bien allí, además de que ella podrá hacer compañía a su amiga.

— Era un mensaje de Will —le aviso y ella abre los ojos, angustiada.

— ¿Estará todo bien?

— ¡Todo va genial! —La atraigo hacia mí, necesitando este contacto—. Nos invita a pasar el fin de semana en la granja de su familia.

—¿Granja?

— Sí, con caballos y todo —bromeo—. Está a unos cuarenta minutos de aquí.

— Sería genial —comenta—. April dijo algo al respecto ayer. Ahora que lo recuerdo. — Su sonrisa se amplía.

— Podemos ir mañana. Volveremos el domingo —sugiero, y Megan parece querer decir algo—. ¿Qué pasa?

— ¿Y nuestros planes?

—Los tendremos hoy —le guiño un ojo— y podemos venir el domingo temprano. —Le acaricio la cara—. Sé que te gustaría ver a April, además, la granja es muy chula, un sitio más que conocer.

— ¿No te enfadarás?

— ¿Molesto? ¿Por qué?

— No sé... —Se muerde los labios.

— No estoy aquí solo para follar, estoy aquí por ti, por tu compañía, por tu sonrisa, por tus risas, por cómo me siento cuando estoy contigo. — Hago una pausa, tratando de calmar el torbellino que hay dentro de mí, no quiero asustarla — Me gustas, Megan, *mucho*.

Ella esboza una sonrisa del tamaño del mundo, se pone de puntillas y roza mis labios con los suyos.

— Yo también te quiero, Jugador.

Empiezo a escribir una respuesta, bajo su mirada curiosa.

— ¿Qué estás haciendo?

— Avisándola de que iremos mañana, después del desayuno.

— ¿Café? Ni siquiera te gusta tanto el café.

— Es solo una excusa para levantarnos tarde —le explico—. Tú eres el único café que necesito —bromeo.

—Estás loco. —Me río, poniendo los ojos en blanco.

Por ti, quiero decir, pero me callo.

Basta de revelaciones por hoy.



Si alguien me preguntara por la noche de ayer, diría: ¡perfecta!

No hubo sexo en las escaleras ni en la encimera. Pero sí hubo: muchas palomitas, muchas risas, muchos besos robados entre una escena de acción y otra, hubo tarta de calabaza, sí, porque al final, claro que la compartió... estuvimos nosotros, tirados en el sofá, viendo la segunda película de la trilogía Matrix.

Y, joder, me lo pasé genial cada puto segundo.

Y ahora aquí estoy, admirándola como un tonto, mientras duerme, acurrucada contra mi pecho.

Su culo caliente rozando mi polla, que ya está súper despierta.

Megan tuvo su primera vez conmigo. Pero yo también estoy teniendo muchas primeras veces con ella.

Nunca dormí pegado a alguien, despertarme así, ni hablar, siempre fue una follada y a por la siguiente.

Con ella quiero el paquete completo.

Ella se revuelve en la cama y yo aprieto los dientes cuando se frota aún más contra mí.

Respira.

No la asustes.

Acerco su cuerpo al mío y hundo mi nariz en la curva de su cuello, embriagándome con su dulce perfume.

— Mmm... esta sí que es una forma estupenda de despertarse —murmura.

Sonrío.

«Buenos días, preciosa», la saludo, apartando sus mechones y dejando un rastro de besos allí, mientras mis manos recorren sus muslos, subiendo hasta encontrar los diminutos pantalones cortos que ha elegido para torturarme.

— Josh... —jadea cuando meto mis dedos debajo, encontrando su coño mojado.

—Joder, Megan. —Le muerdo la oreja, mi polla presiona contra su culo—. Mira cómo se deslizan mis dedos —gruño, presionando su clítoris.

— Estaba soñando contigo —revela, y joder, si no me pongo aún más duro.

— ¿Para qué soñar, si puedes tenerme aquí... y ahora, preciosa? —señalo, aprisionándola bajo mis brazos.

— Tenemos que levantarnos —comenta, pero mi mirada ya se ha posado en su escote, que apenas cubre sus pechos.

«Te dije que iríamos después del café», susurro, bajando un poco más el trozo de tela, dejándolos al descubierto. «Qué delicia», gruño antes de bajar mis labios sobre ellos, chupándolos con gusto.

—Qué bueno —gime, cerrando los ojos.

— Te deseo tanto, Nueva York. —Suelto un pezón, solo para prestarle atención al otro.

— Soy toda tuya —jadea, agarrándome del pelo.

Libero sus pechos y ella refunfuña.

— Tranquila, preciosa, quiero el plato completo —bromeo, bajando por su vientre, lamiendo y besando cada centímetro de su cuerpo.

— Josh... — Abre mucho los ojos al verme bajar, hasta que mi cara queda pegada a sus pantalones cortos.

—Esto tiene que salir.

—Yo...

— ¿No quieres? —le pregunto, frotando mi cara allí.

Mi polla parece a punto de explotar.

—Lo quiero, mucho —responde, con el pecho subiendo y bajando.

— ¿Qué quieres, Nueva York? Dímelo, dímelo —le pregunto, provocándole.

—Que me... chupes. —Levanta las caderas, en una invitación.

— Joder, sí — digo, tirando del trozo de tela hasta que no queda nada entre mí y ese coño tan apetecible. — ¡Mírame, preciosa! —le pido y encuentro su mirada, clavada en la mía.

Sin dejar de mirarla, separo sus pliegues, frotando su clítoris con movimientos circulares.

— ¿Te gusta?

— Sí... — Su voz está cargada de deseo.

— Bueno, porque solo pararé cuando te corras en mi lengua —le aviso y muerdo su clítoris, chupando fuerte, mamando con gusto, metiendo dos dedos en su coño empapado.

—Josh —grita, levantando las caderas, pero yo mantengo mi mano allí, sometiéndola a mi ataque—. ¡Oh, Dios! —Se agarra a la sábana, retorciéndose.

— Joder, qué coño más delicioso... *mío* —gruño, deslizando mi lengua por todo el camino, subiendo y bajando, para luego circular su e e clítoris antes de meterlo de nuevo en mi boca, mientras mis dedos siguen trabajando, empujando profundamente.

Megan balbucea palabras inconexas y sé que está cerca.

Agarro su cadera y meto mi lengua donde estaban mis dedos, y empiezo a follarla.

Sus gemidos aumentan y sus muslos tiemblan.

Muerdo su clítoris hinchado, al mismo tiempo que meto tres dedos dentro de su coño, empujando fuerte.

— ¡Joder, no pares! —gime, agarrándome del pelo.

Como si eso fuera posible.

Chupo con ganas, sin disminuir el ritmo.

— Me voy a correr... me voy...

— Córrete, preciosa, córrete que te lo voy a lamer todo — gruño, tirando ligeramente de su clítoris, solo para volver a chuparlo.

— Ahhhh — grita, temblando por completo.

Mía...

Aferro mis manos a sus caderas, manteniéndola exactamente donde la necesito, mientras mi lengua sigue tomándolo todo, lamiendo su placer.

Megan todavía está débil por el orgasmo cuando me acuesto a su lado y la atraigo hacia mí.

— Yo... te necesito. — Me mira fijamente, con los ojos llenos de deseo.

— Soy todo tuyo —le respondo, disfrutando al ver sus mejillas sonrojadas después de correrse. — Móntame, preciosa. Quiero verte subir y bajar sobre mi polla —le pido, mordisqueándole la barbilla.

Se sienta sobre mis muslos y se quita la camiseta de su babydoll, dejando sus pechos al descubierto.

Joder...

Su mirada se dirige a mi polla, que está pidiendo atención, Megan la agarra, su mano sube y baja y yo aprieto los dientes, reuniendo todo mi control para no correrme como un adolescente.

— Estoy al límite, preciosa —gimo y ella sonríe, disfrutando de verme al límite.

— Hay condones en el cajón que tienes al lado —me avisa, y yo arqueo una ceja.

— Me preparé para tu visita.

—Espero que hayas comprado muchos —bromeo.

Ella se ríe y yo rápidamente cubro mi polla.

Megan vuelve a sentarse sobre mis muslos, inclinándose ligeramente sobre mí, con su coño empapado frotándose contra mi polla.

—Qué provocadora.

— ¿Qué has dicho? —Finge no haberme oído.

— Trae esas tetas deliciosas a mi boca, tráelas...

Agarro sus pechos, llevando los pezones erectos a mi boca, rodeándolos con mi lengua, antes de chuparlos con gusto.

— Oh... —gime, frotándose aún más contra mí.

— Megan... —jadeo, necesitado—. Te necesito. —Apenas reconozco mi voz.

Ella sonríe, se aleja un poco y luego agarra mi polla.

— Sí — la animo, observándola colocarse sobre mí y comenzar a bajar lentamente. — Ahh, joder, sí... — gimo, viendo cómo mi polla desaparece en su estrecho coño.

— Ohhh... — Cierra los ojos, echando la cabeza hacia atrás, tomándome todo.

Qué visión.

— Delicioso —gruño, agarrándole el culo—. Me tienes por completo, Nueva York.

— ¡Todo mío! —exclama, levantando las caderas y bajando de nuevo.

Joder.

Le pellizco los pezones, observándola rebotar sobre mi polla, al principio lentamente, pero luego acelerando y mis bolas se tensan.

— Joder... — Me apoyo en la cabecera de la cama, dejándola que me pose, tratando de calmarme, pero es inútil. — Tu coño me aprieta tan fuerte. — Ella sonríe, disfrutando de ver mi sufrimiento, y acelera sus embestidas.

— Qué bueno, qué llena.

¡Oh, mierda!

Me levanto lo justo para morderle el pecho y chuparlo con avidez, mientras ella sigue cabalgando, contoneándose sobre mí.

Pongo mi mano entre nosotros y empiezo a provocar su clítoris con movimientos circulares, cada gemido de Megan va directo a mi polla palpitante.

— Josh... —gime, su coño estrangulándome es mi señal, pellizco sus sensibles pezones con los dientes, agarro su culo, manteniéndola firme sobre mí y entonces empiezo a embestir, penetrándola profundamente.

Megan gime, descontrolada.

—Ahh, sí, sí... no pares— grita, con los ojos cerrados, las uñas clavadas en mi pecho, en la habitación solo se oye el sonido de nuestros cuerpos chocando.

— Joder... — Su coño se contrae y es mi perdición. Aprieto mis dedos en su cadera, penetrándola profundamente dos veces

más y grito su nombre, cuando el placer me invade y siento mi semen saliendo a chorros.

¡Joder!

— Guau... — Suspira, dejándose caer sobre mi pecho, toda flácida por el orgasmo.

Mi corazón late acelerado. Meto una mano en su cabello, mientras la otra sigue acariciando su espalda.

—Sí, esta es una excelente manera de comenzar bien el día, una a la que podría acostumbrarme—, comento, con la respiración aún acelerada, y ella levanta la cara, mirándome fijamente, con el rostro sonrojado de quien acaba de ser bien follada—. Buenos días, preciosa.

— Buenos días... — Sonrío—. Me estás malacostumbrando.

— ¿Yo?

— Orgasmo antes de dormir, orgasmo al despertar, ¿cómo voy a resistirme a ti, Jugador?

— No te resistas. — Le acaricio la mejilla y nos quedamos mirándonos.

— Creo que es hora de levantarnos. — Hace una mueca.

— ¡Creo que sí! ¿Lista para nuestro paseo?

— Lista para todo... contigo.

Oh, Dios... estoy muy, muy jodido, porque yo también estoy listo para todo, siempre que sea con ella.



Llegamos a la granja poco antes de las once.

La previsión para el fin de semana es de bajas temperaturas, así que ya preveo muchos juegos y películas frente a la chimenea.

—Pensé que se habían rendido —dice Will nada más bajarnos del coche.

— ¿Y perder la oportunidad de comer la comida de tu abuela? —choqué mi puño contra el suyo y el hijo de puta sonrió.

—Está muy animada en la cocina. Se volvió loca cuando le dije que tendríamos compañía.

— No me lo perdería por nada del mundo.

— Gracias por venir, tío. Sé que podrías estar disfrutando con tu chica, pero...

— Oye, va a ser divertido el lío. Espero que hayas traído la baraja.

— Ni siquiera sale de aquí. — Pisca — ¿Habrá un poco de póquer más tarde?

Inmediatamente, recuerdo mi conversación con Megan, su mirada se encuentra con la mía y, a juzgar por el rubor que la invade, se ha acordado.

— ¿He oído bien, póquer? —pregunta April—. Me apunto.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que jugué—, revela Megan—. Pero será divertido.

— ¡Entonces ya tenemos planes! —exclama Will—. Pensaba dar un paseo por la finca después de comer, cuando aún no hace tanto frío, y luego podemos jugar, asar malvaviscos, lo que queráis.

— Joder, si hubiera sabido que iba a ser así, habría venido antes —dice Zoo y pone los ojos en blanco.

—Vete al carajo, te dije que podían haber venido ayer.

— Entrad, niños... —grita su abuela desde el porche.

La casa principal es enorme, toda de una sola planta y con porches, las habitaciones tienen esas puertas-balcón de madera que permiten disfrutar del paisaje, pero debido al frío, seguro que están cerradas para mantener el calor.

—¡Ya la han oído! —Will parpadea y todos entramos.

— Joshua, querido, qué alegría verte. ¿Y esos otros dos chicos guapísimos, no han venido?

—Solo yo, Hattie —bromeo— y mi chica, ella es Megan.

Ella se lleva las manos al pecho y su mirada se dirige a Nueva York, que sonríe a mi lado.

—¡Encantada! —Nueva York le tiende la mano, pero ella la atrapa para darle un abrazo.

— El placer es todo mío. Ah, estoy tan feliz de que hayan venido. Esta casa es muy grande y silenciosa, solo estamos mi viejo y yo. — Señala al abuelo de Will, que está a un lado observando el desorden. — Tienen que venir más a menudo y traer a esos dos granujas con ustedes.

—Les daré el recado —le aseguro, guiñándole un ojo.

Mientras que la señora es más habladora, el abuelo de Will tiene un perfil más reservado, pero también es todo un personaje.

—Dejen las mochilas y vengan aquí a comer un trozo de tarta. El almuerzo aún tardará un poco.

Seguimos a Will hasta una de las habitaciones.

— Podéis dormir en las literas o coger los colchones y tirarlos al suelo para dormir juntos —señala—.

— Joder, voy a tener que aguantar tus ronquidos, W. Nadie me había avisado de eso.

— Vete a la mierda. Yo no ronco, ¿verdad, Rubia?

— No sé nada —bromea y todos se ríen.

— ¿Quién necesita amigos cuando se tiene a vosotros? — bromea.

—Te prometo que te diré si roncas, Will —bromea Megan.

Las siguientes horas pasan volando.

Exploramos los alrededores de la propiedad.

Will nos muestra el granero, el establo, la zona de la piscina, la sala de juegos, y las chicas se entusiasman con la idea de dar un paseo a caballo más tarde.

Cuando llegó la hora de comer, fue toda una experiencia.

«¡No me lo puedo creer!», exclamo al ver los platos sobre la gran mesa de madera.

«¡Qué olor tan delicioso!», comenta Megan a mi lado.

—Bueno, espero que os gusten.

— ¡Lo has hecho tú, abuela! — W también está a punto de babear.

— No tengo ni idea de qué es, ¡pero lo quiero! —April observa con curiosidad.

— Esto es un Kentucky Hot Brown —explica W, levantando uno de los platos—. Un sándwich abierto tradicional.

— Mmm...

— Estoy deseando que lo pruebes, rubia. Lleva pavo y beicon cortados en lonchas sobre una rebanada de pan gruesa, cubiertos con mucha salsa Mornay y queso, y gratinados hasta que el pan queda crujiente y la salsa dorada.

— ¿Lista para vivir otra experiencia, Nueva York? —te susurro al oído.

— Por supuesto.

Una hora más tarde, todos estamos satisfechos y con esa pereza de quien acaba de comer.

— Dios, todo estaba delicioso —suspira Megan.

— No tengo palabras —dice April junto a Will, y veo a mi amigo sonreír ante el comentario de la rubia.

— Todavía queda el postre, chicos —Hattie aparece con una tarta de chocolate y nueces—. Espero que os guste, lleva nueces, chocolate y un poco de bourbon.

— Oh, Dios mío —dicen las chicas al unísono y todos se echan a reír.

— ¡Ríen! ¿Cómo voy a rechazar algo así? Tendré que ir andando a la universidad todos los días de la semana, a este ritmo —bromea Megan.

— No necesitas nada de eso —le guiño un ojo—. Estás muy buena —le susurro esta última parte al oído y ella se sonroja.

— ¡Por el amor de Dios, conseguíos una habitación! —bromea April.

— No sabía que tenías ese fetiche, rubia —la provoca Will y ella casi se atraganta.

—Muy gracioso —replica ella cuando deja de toser y él sonríe, guiñándole un ojo.

— Solo señalo lo obvio, ya que estamos todos en la misma habitación —dice ella, antes de apartarse un mechón de pelo de la cara.

Vaya, joder, ahí hay algo.

—Hablando de clase —comienza Megan—. ¿Cuáles son tus planes, amiga?

La rubia parece pensar un poco, pero Will es más rápido.

— April se quedará en mi apartamento hasta que tengamos más información sobre quién le está enviando mensajes.

— Sé quién es —afirma, y parece palidecer—.

— Sí, rubia, pero tenemos que poder relacionar este número con ese cabrón. Ya he hablado con mi abuelo y el lunes hablaremos

con el sheriff.

—¡Eso está bien! —afirma Megan, cogiendo la mano de April, que parece otra persona desde que salió a relucir este tema.

—En el campus, es importante que April no esté sola —señala W.

— ¡No lo estará! Me pegaré a ella como una lapa.

—Tú tienes tus propios asuntos que resolver, Megs, yo me las arreglo, siempre lo he hecho.

— ¡Ya no estás sola! —afirma Will con seriedad—. Métete eso en la cabeza de una vez por todas.

— No quiero molestar a nadie.

— No molestas, amiga, no es como si no lo hiciéramos ya. Relájate, todo va a salir bien.

—Vale, tengo que ir al baño —avisa, levantándose de la mesa.

— Tiene que meterse en la cabeza que tiene amigos y que ya no está sola —comenta W cuando ella se aleja.

—Debe de ser difícil, si siempre ha tenido que ocuparse de esta mierda sola —señalo lo obvio y Will se pasa las manos por el pelo, exasperado.

— Odio verla así.

— Todo va a salir bien —Megan le coge la mano—. Voy a ver cómo está.

— Gracias.

— ¿De verdad crees que el sheriff conseguirá algo? — pregunto cuando Nueva York ya no puede oírnos.

— No lo sé, tío, pero tenemos que empezar por algún sitio. Poco a poco estoy recabando más información de ella, siempre es difícil tocar este tema. Si es necesario, iré a Boston a hablar con mi padre.

Will no habla mucho de ellos, así que si lo hace es porque se preocupa mucho por April.

—¿Por qué haces esto, W?

—Porque... lo necesito. —Hace una mueca—. Porque, de alguna manera, esa chica se me ha metido bajo la piel y yo...

Sé exactamente cómo te sientes.

— Solo quieres verla feliz.

—¡Exacto!

—Bienvenido al club.

— La situación es totalmente diferente a la tuya —intenta argumentar—, nosotros no estamos juntos. Solo estoy preocupado por April, eso es todo.

— Sí, sí, sigue engañándote, amigo.

— Voy a arreglar los caballos. Nos vemos en el establo — avisa y se marcha con paso firme.

Sí, tío, estamos todos jodidos.



El fin de semana pasó en un abrir y cerrar de ojos y creo que hacía tiempo que no me reía tanto.

Nueva York montó a caballo, y esta escena se quedará conmigo para siempre.

April tampoco se había acercado nunca a uno, se aventuró y nos garantizó unas buenas risas. Will y yo estamos bien servidos con estas chicas de la gran ciudad.

Durante dos días, conseguimos dejar a un lado las preocupaciones y simplemente charlar alrededor de la hoguera, asando malvaviscos y, por supuesto, jugando.

Megan fue la primera en perder todas sus fichas.

Mi chica realmente necesita trabajar en ocultar sus emociones, pero fue divertido verla tratando de mantenerse tranquila cuando tenía una buena mano.

La sorpresa de esta vez fue April, la chica tiene habilidad con las cartas y se quedó con todas las fichas, menos mal que no valían dinero, si no habría tenido pérdidas.

— ¡Gracias, Will! — Le pongo el brazo sobre el hombro—. ¡Nos lo hemos pasado muy bien!

— Joder, es temprano. Quedaos un poco más.

— No, ya nos vamos. El padre de Megan vuelve hoy y quiero dejarla sana y salva en casa para que el entrenador no me mate.

— Como si mi padre fuera un monstruo —bromea a mi lado.

— A ver si me deja en el banco —bromeo.

— Solo si te lo mereces —responde rápidamente.

— Bueno, Megan, ¿cuál es tu veredicto, ronco o no? — Will arquea una ceja.

— Me acojo a mi derecho constitucional a permanecer en silencio —dice ella, y todos se echan a reír.

«Queréis hacerme sentir acomplejado. Estoy seguro de que no ronco».

April se pone roja de tanto reír.

— Esto tendrá consecuencias, rubia —replica él, y ella levanta las manos y se despide de Megan.

Aprovecho que las chicas están entretenidas y me acerco a Will.

— ¿Te veo en la fraternidad?

— Todavía no lo sé, tío.

— Vale, cuidaos los dos.

—Como siempre.

— Y, Will, me lo he pasado muy bien, tío, a pesar de tener que dormir en la misma habitación que tú.

Él solo levanta el dedo medio.

— ¡Gracias por la invitación! —Le doy un apretón en el hombro.

—Vete antes de que me arrepienta de haberte llamado.

Nos subimos al Honda y, en cuestión de segundos, Will, April y la granja quedan atrás.

— Creo que ya no me queda nada por aprender sobre caballos —bromeo, tan pronto como tomamos la autopista.

— Estamos bien, Jugador. — Ella parpadea—. Cumpliste tu promesa y me divertí mucho. ¡Gracias!

Miro rápidamente en su dirección, solo para ver su sonrisa, mientras ella mira por la ventana, totalmente ajena al efecto que tiene en mí.

— ¿Cómo va tu lista de objetivos? Creo que has tachado algunos, ¿eh?

— Todo bajo control, ¿y tú?

Ah... estoy jodido.

—Todo va bien, también —miento, sabiendo que he fracasado estrepitosamente en el último objetivo, porque sí...

Por muy aterrador y difícil que sea reconocerlo, yo...

Me enamoré de ella.

Me enamoré de Nueva York.



CAPÍTULO 32

Megan

Stay – Rihanna & Mikki Ekko

Llegó diciembre... y con él el invierno.

Todo parece estar sucediendo a gran velocidad.

¿Puedes creer que ya es Navidad?

Solo puedo pensar: *¿cómo es posible?*

Tiempo, ve más despacio, porque definitivamente no estoy preparada para todo lo que me deparan los próximos meses.

Ya estamos de vacaciones. Saqué buenas notas en todas las asignaturas y ahora las clases no volverán hasta después de las celebraciones de Año Nuevo.

Y las tan esperadas vacaciones de invierno.

Incluso los *Guerreros Calientes* no volverán a jugar hasta enero, lo que significa un poco de descanso para los chicos.

Matt y Dylan viajaron ayer para pasar las fiestas con sus familias. Josh va a pasar la Navidad con su madre y su hermano, pero temprano me envió un mensaje precioso.

April accedió, después de mucha resistencia, a venir a almorzar con nosotros. No hubo más mensajes amenazantes. Nadie extraño en la ciudad. Es como si todo no hubiera sido más que un gran susto. Todo indica que ese tal Brandon sigue viviendo su

miserable vida en Washington, a miles de kilómetros de distancia, y que así seguirá siendo. Ella sigue viviendo en el apartamento de Will, y este acuerdo les ha funcionado. Ella insiste en que solo son amigos, pero no me creo ni una palabra. Hay mucho má í, solo que son demasiado tercos para reconocerlo. Todavía no me creo que ella realmente pensara que se iba a quedar sola en Navidad, nunca, ¿verdad? Por supuesto que la traje aquí.

Will tenía que resolver algunos asuntos familiares en Boston y solo se fue cuando le aseguré que la traería a casa aunque fuera a la fuerza. Se preocupa por ella, le hace bien.

Lo sé porque yo siento exactamente lo mismo por Josh, él es todo lo que necesitaba y no lo sabía.

Por eso, pensar que se acerca el momento de marcharme, en lugar de animarme, me preocupa.

—¿Dónde quieres que ponga esto, Megs? —pregunta April con una bandeja llena de fruta en la mano y vuelvo al presente.

Un día a la vez...

— ¿Qué tal aquí, al lado del pastel? —Señalo una parte de la mesa que aún no está ocupada.

— Buena idea, así podemos ver el melocotón antes de llenarnos el culo de nata montada.

— Me has quitado las palabras de la boca, pero creo que podemos intentar equilibrar la comida.

—Claro —guiña el ojo—, dos trozos de tarta y una rodaja de melocotón.

— ¡Algo así! —respondo riendo.

— ¡Vaya, os habéis tomado muy en serio la tarea de poner la mesa! —exclama mi padre nada más entrar en la sala.

— ¿Te gusta?

— Está —empieza a decir, pero se detiene, con la mirada perdida, como si se hubiera acordado de algo— precioso.

Sé lo que ha pensado.

No necesito palabras.

— No pasa nada, papá. —Lo abrazo y él me devuelve el abrazo, apretándome con fuerza—. Yo tampoco dejo de pensar en

ella —susurro, y él me acaricia la cara y en ese momento hago un gran esfuerzo por no llorar.

Las fechas conmemorativas siempre son difíciles, porque hay muchos recuerdos involucrados, el olor de su comida favorita, ese plato que siempre preparaba, la decoración que le encantaba, los momentos compartidos.

Carraspeo, necesitando cambiar urgentemente de tema.

—Parece que va a venir un batallón de gente, y no solo nosotros tres —comento, mirando la cantidad de bandejas.

«¿Quién necesita un batallón cuando tengo a ustedes dos aquí?», bromea mi padre, subiendo el volumen de la recopilación de canciones navideñas que está sonando.

«¿Es mi impresión o tu padre acaba de decir que comemos para una multitud?», pregunta April, bromeando.

—Lo ha dicho —sonrío.

— Caramba, Megs, después de eso, voy a moderarme con la tarta, solo dos trocitos.

— Y no te olvides del melocotón —le recuerdo, y las dos nos reímos.

Media hora después, vuelvo al salón, esta vez recién bañada y con un vestido rojo que vi en una tiendita del centro y al que no me pude resistir.

Fue amor a primera vista.

De manga larga, llega justo por debajo de las rodillas, pero me queda como un guante.

Estamos charlando sobre las películas que siempre pasan en esta época del año, cuando suena el timbre.

Abro los ojos como platos en dirección a mi padre.

— ¿Esperas a alguien?

— Yo no.

—¡Yo abro! —aviso, ya que estoy más cerca.

Abro la puerta de madera y me encuentro con él: la razón por la que mi corazón se acelera y sonrío desde hace meses.

— *Josh*...

— ¿De verdad pensabas que te librarías de mí, Nueva York?

— Yo...

Me atrae hacia él, rozando mis labios con los suyos y, Dios, es como si una descarga recorriera mi cuerpo.

— Te echaba de menos —susurra, a pesar de haberme visto hace menos de dos días, cuando fuimos al mercado a comprar lo que faltaba para Navidad.

—Hace dos días. —Arqueo una ceja, rodeándole el cuello con los brazos.

—Una eternidad.

—Me alegro de que hayas venido. —Me muerdo los labios, conteniendo a duras penas la felicidad—. ¡Vamos, entra!

Sé que solo ha venido de paso, pero cualquier minuto con él es mejor que nada.

— ¡Mira quién ha venido! —aviso, en cuanto llegamos al salón.

— ¡Josh, has venido, chico! —mi padre lo saluda, dándole un firme apretón de manos.

— Hola, Josh —April lo saluda y luego se levanta del sofá—. Acabo de recordar que tengo que mirar el jamón. Sr. Andrew, ¿me puede ayudar a ver si está bien?

— ¡Claro!

El jamón está listo, yo misma apagué el horno y ella lo sabe.

Lo ha hecho solo para dejarnos solos.

April es genial.

—Pensé que te quedarías en casa de tu madre —comento, de repente nerviosa, lo cual es ridículo, pero Josh siempre me pone nerviosa—.

— Pasé por allí —dice, mirándome con tanta intensidad que me cuesta calmar mi corazón—. Entregué el regalo de FT, de mi madre, los abracé —me aparta un mechón de pelo y me lo coloca detrás de la oreja— y mi madre prácticamente me echó de casa.

—Vamos a abrir los regalos aquí, incluso compré algo para tu hermano y tu madre, para Jack, no tenía ni idea —hago una mueca —, espera, ¿qué has dicho que ella?

Él se ríe de mi estado de confusión.

—Dijo que estaba feliz de verme, pero que debía ir a donde quisiera estar. —Se encoge de hombros.

Oh, Dios mío...

— ¿Y dónde sería eso? —Mi voz es un susurro cuando hago la pregunta.

— ¡Contigo! — Acerca su cara a la mía y me besa suavemente, mordisqueándome ligeramente el labio—. Feliz Navidad, Nueva York. — Entonces me entrega un pequeño paquete.

— Yo...

— Espero que te guste.

— Seguro que sí —le digo, sosteniendo el regalo como si fuera lo más preciado del mundo.

— ¡Vamos, ábrelo! —me anima, y empiezo a desatar los lazos de la pequeña caja.

Dentro hay una de esas bolsitas de felpa con la marca de una joyería.

Oh, Dios...

— ¿Qué estás tramando? —pregunto, con el corazón a punto de salírseme por la boca.

— ¡Descúbrelo!

Con cuidado, vuelco el contenido en la palma de mi mano y todo a mi alrededor parece desaparecer.

— Yo... — Mis ojos se llenan inmediatamente de lágrimas. — Es precioso... — Mi voz se quiebra y levanto la cara, sin siquiera intentar disimular lo mucho que me ha emocionado este regalo.

— Oye, no tienes por qué estar triste.

— Me ha encantado. — Le rodeo el cuello con los brazos, abrazándole con fuerza, y las lágrimas corren por mi rostro. — Gracias. — Me aparto, rozando sus labios.

—Ayúdame a ponérmelo— le pido, mis manos tiemblan y sé que no voy a poder.

— ¡Listo! No entiendo mucho de joyas, pero cuando vi esta, supe que tenía que ser tuya.

—Los colgantes —empiezo a decir, pero tengo que parar para respirar hondo—. Lo siento, me has pillado con esto. —Paso el dedo índice por cada uno. — ¡♥ , Nueva York, me gusta! —Sonrío como una tonta—. Un balón de fútbol americano, creo que entiendo la

referencia. —Le guiño un ojo y él sonríe—. Una J, ¿sugestiva? Una casita... —Lo miro, incapaz de continuar.

— Representa tu nuevo hogar; el caballo simboliza Kentucky —explica.

—Y el corazón —continué, y entonces vi la inscripción—, que dice «Mamá», salió como un suspiro.

—Para que recuerdes que ella siempre está contigo.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar.

Las lágrimas corren por mi mejilla y él intenta secarlas con el pulgar.

—No llores, preciosa —susurra.

A nuestro alrededor, mi padre y April lo están viendo todo, visiblemente emocionados también.

— Vaya, me da vergüenza mi regalo —dice mi amiga y todos se ríen.

Media hora después, abrimos todos los regalos.

Mi padre está encantado con su nueva gorra, cortesía de April; una pizarra para planificar tácticas, claro que ha sido Josh, ¿no? Yo, sin ningún interés, le regalé un nuevo kit para barbacoas.

«Voy a interpretar eso como una petición de más barbacoas, cariño», bromea, abrazándome.

—¡Por favor!

—¡Me encanta todo! Muchas gracias —agradece, y, caramba, qué bueno es ver a mi padre sonreír.

— Gracias, Megs, me encanta mi bolso —April me abraza.

— Eso es un arma, ¿tienes licencia para llevarlo? —bromea Josh, porque el cuero está cubierto de docenas de tachuelas.

— Cuidado, *mariscal de campo*, que te la puedo tirar a la cabeza —bromea April.

—Pensaba que eso era un privilegio exclusivo de Will —la provoca y ella se sonroja.

—¿Cooper? —pregunta mi padre, curioso.

— Él mismo —explica Josh, y él se queda mirando sin entender nada.

—Él y April tienen una relación de amor-odio —le explico, para su sorpresa.

—Más bien de odio— replica ella, guiñando un ojo.

—Ajá, claro— respondo, y una almohada vuela en mi dirección.

—Hablando de Will —Josh rebusca en la bolsa de cartón que tiene a su lado—, me pidió que te entregara esto, April.

— ¿Para mí?

—Ajá.

Mi amiga no puede disimular su sorpresa.

Abre la cajita y lo primero que ve es una tarjeta.

No puedo leerlo, pero sea lo que sea lo que pone, es algo que la ha emocionado mucho.

—Hijo de puta —se queja, secándose una lágrima que le corre por la mejilla—. Es una mota de polvo, se me ha metido algo en el ojo.

Nadie dice nada.

De dentro de la caja, April saca un collar de plata, parece un escapulario, sí, lo es, y en cada extremo hay una piedra preciosa.

— Es precioso.

— El chico tiene buen gusto. ¿Seguro que es odio? —bromea mi padre y April pone los ojos en blanco.

—Ayúdame, Megs, quiero ponérmelo. Luego le enviaré una foto.

— ¿Alguna preferencia, qué piedra quieres delante y cuál detrás?

— La aguamarina delante, aquí dice que ayuda a traer paz, alivia la ansiedad y reduce las crisis de pánico —dice esta última parte en voz muy baja, solo para mis oídos, y yo solo asiento.

Qué delicado regalo.

—¿Y la esmeralda? —pregunto, porque siento curiosidad.

— Aquí dice que ayuda a materializar nuestros sueños, atrae la buena suerte y la riqueza, y —pausa— elimina nuestros miedos e inseguridades.

—Creo que Will acertó con su regalo.

—Así es —responde, mirándome con los ojos llorosos, mientras toca la aguamarina con los dedos.

— Sonríe para la foto —le pide Josh, y ella hace una mueca. — ¡Perfecto! ¡Enviado!

— ¿Ya la has enviado? Pensaba que era una broma. Dios, debo de estar horrible, con el maquillaje corrido.

—Estás preciosa, amiga, déjalo ya.

— ¡Bórrala! —pide ella.

—Demasiado tarde, ya la ha visto.

— ¡Maldición!

—Está escribiendo algo —avisa Josh.

Estiro el cuello, pero Josh aleja el móvil de nuestro alcance.

— Te ha dado las gracias y ha dicho que estás aún *más guapa*.

— Odio... odio —toso las palabras y todos se ríen.

— La charla está bien, pero me muero de ganas de atacar esas delicias de ahí —anuncia mi padre.

— Por fin alguien me entiende —April se une a la broma y lo sigue hacia la cocina.

Allí estamos los dos solos... otra vez.

Josh se sienta en el suelo frente a mí.

— Si quieres cambiar algún colgante —empieza a decir, y le tapo la boca con el dedo índice.

«No voy a cambiar ninguno, porque me encantan todos».

Me dan ganas de gritar: *te quiero*, pero me callo.

Respira, Megan.

— Este es para ti. —Saco un último paquete que estaba escondido debajo del árbol.

Él abre los ojos, sorprendido.

— ¿De verdad pensabas que te iba a dejar sin nada? —Pongo los ojos en blanco.

— No sé, a veces no he sido un buen chico —me provoca, mordiéndome ligeramente el dedo índice.

— Lo has sido... —jadeo, sintiendo cómo el calor se apodera de mi cuerpo—. Te advierto que no se puede comparar con lo que tú me has dado, pero yo...

Josh rompe el papel y, en segundos, el regalo está en su mano, acompañado de una pequeña tarjeta en la que se lee:

Para aquel que me hizo volver a sonreír...
Besos, Megan o Nueva York,

El marco es negro, con un espacio para una foto vertical y otro para una horizontal. Y en el borde superior pone: **«La sonrisa es mía, pero la razón eres tú**». Y, por supuesto, ya he puesto dos fotos nuestras.

— El día del parque —comenta, y yo lo confirmo sin poder contener la sonrisa.

— Cuando acabábamos de llegar, antes de empezar la ruta, y la otra es...

— Vaya, en Halloween —añade, y por su expresión, creo que le ha gustado—. Me encanta, Nueva York, lo pondré en mi mesa, así podré mirarte siempre al despertarme. — Me roza los labios con los suyos, comportándose, ya que mi padre está a pocos metros y, joder...

— ¿Hay alguna posibilidad de que escapemos y nos vayamos a la fraternidad? —le susurro al oído.

— Realmente quieres matarme —responde, con una mirada que no deja lugar a dudas de lo mucho que le gustaría que estuviéramos solos—. Vámonos antes de que tu padre venga a buscarnos y me encuentre con una erección. —Se levanta y me tiende la mano.

—Eso sería, como mínimo, divertido. —Le guiño un ojo con picardía.

—¡Pensaba que te gustaba, guapa! —Hace un puchero.

—Ah, me gustas, mucho. —Acepto su mano y me levanto.

¡Ese es el maldito problema!

Pero esa parte me la guardo para mí.



Don’t stop believing - Journey
Don’t Give up on me – Andy Grammer

Si pensaba que la Navidad ya había estado llena de emociones, es porque no había pensado en el Año Nuevo.

Es la primera vez que lo paso acompañado.

Y tener a Megan en mis brazos mientras esperamos los tradicionales fuegos artificiales en Georgetown es algo para lo que no estaba preparado.

— 5, 4, 3, 2, 1... — empezamos a contar en voz alta, a nuestro lado, su padre nos acompaña en la cuenta atrás. — ¡Feliz Año Nuevo! — gritamos juntos, entonces le sostengo la cara y la beso.

—¡Feliz Año Nuevo, Nueva York! —exclamo, perdiéndome en sus ojos azules.

—¡Feliz Año Nuevo, Jugador! —Me acaricia la cara, roza lentamente sus labios con los míos y me susurra «ahora vuelvo» con esa preciosa sonrisa que, por muchas veces que la vea, nunca me canso de contemplar.

—Feliz Año Nuevo, papá. —Abraza a su padre, le susurra algo al oído y entonces me toca a mí ser envuelto por los brazos del entrenador.

El hombre serio que llegó hace unos meses, asustando a todo el equipo, me acogió en su casa y en la vida de su hija, y eso es algo para lo que me faltan palabras.

Megan vuelve a mi lado y la abrazo por detrás, protegiéndola del viento helado.

Juntos, observamos los fuegos artificiales iluminar la noche.

Está preciosa, con la mirada fija en el cielo.

Yo cierro los míos unos segundos, mentalizando todo lo bueno que deseo para el año que acaba de empezar.

Tenerla conmigo... es parte de ello, por supuesto.

«No quiero que esto termine», murmura, pero con los estallidos es difícil entenderla.

— ¿Qué has dicho? —le pregunto, cerca de su oído.

— ¿Qué...? Ah, no quiero que los fuegos... se acaben. — Señala apresuradamente al cielo y yo le beso la frente, abrazándola con más fuerza.

Hace un frío de cojones, pero pronto volveremos a casa y todo estará bien. Su padre dijo que podía dormir aquí, así que no tengo que preocuparme por conducir hasta la fraternidad a estas horas.

¡Lo agradezco mucho!

Además de poder disfrutar más de la compañía de Megan, si hay una época en la que odio conducir, es esta.

Las calles se llenan de borrachos, es muy peligroso salir de casa. Por desgracia, hay mucha gente que cree que se puede beber y conducir, y sale por ahí poniendo en peligro la vida de los demás.

Volvemos adentro y, por supuesto, comemos un poco más mientras vemos la fiesta en Times Square, con recuerdos de la vez que fueron allí.

Quizás algún día, Nueva York, con mi Nueva York, sería como mínimo divertido.

— Para este viejo, ya basta —avisa su padre, cuando pasan las dos de la madrugada.

—Buenas noches, papá. Voy a terminar de ver la película con Josh y luego subo.

Él saluda con la mano y sube las escaleras.

— ¿Listo para dormir en el colchón inflable? —Señala el objeto que ya está inflado, esperando solo a que lo tire al suelo del salón y me desmaye.

«Lo que sea necesario para estar contigo unas horas más», le respondo, dándole varios besos en la cara.

Megan se acurruca en mis brazos y juntos seguimos viendo *La propuesta*, con Sandra Bullock. Se volvió loca cuando vio que iba a empezar y yo, por supuesto, no iba a negarme.

Las sacrificios que hacemos. Al final, tengo que admitir que me estoy riendo mucho, mientras que mi chica está muy callada.

—Megan —susurro, y nada.

Una mirada hacia abajo confirma lo que ya imaginaba.

Se ha quedado dormida apoyada en mí.

Le aparto un mechón de la cara y nada.

Se ha quedado dormida.

Con cuidado de no despertarla, me levanto con ella en brazos. Ella murmura algo, pero se acurruca contra mi pecho.

Subo los escalones despacio y con cuidado.

Empujo la puerta de su habitación con el codo y la acuesto delicadamente sobre la cama.

Ni se mueve.

Le quito las zapatillas, le cubro con la manta y le doy un suave beso en la frente.

«Dulces sueños, preciosa», le susurro.

Cierro la puerta de su habitación y estoy bajando las escaleras cuando me encuentro con su padre en la cocina.

— Megan se ha quedado dormida en el sofá —le aviso, pasándome las manos por el pelo, avergonzado—. La he llevado a su habitación —señalo hacia arriba—.

Él no dice nada.

Me observa durante unos segundos y luego se acerca.

— Eres un buen chico, Josh —me da una palmada en el hombro—. Espero de verdad que consigas cambiar sus planes —dice de repente y luego sube las escaleras y se encierra en su habitación.

¿Qué demonios ha sido eso? No he entendido nada.

¿De qué plan está hablando?

¿Habrá bebido demasiado?

Apago la televisión y me tiro en la cama, con la cabeza a mil, tratando de entender lo que dijo el entrenador, pero, cansado como estoy, el sueño se impone sobre mí y sobre las preguntas que martilleaban mi mente.

Simplemente me quedo dormido.



Las dos semanas de vacaciones de invierno han terminado.

Se acabaron las fiestas, ahora la rutina vuelve a ser intensa.

Y muy intensa...

¡Último semestre!

Apenas puedo creerlo.

A finales de mayo me habré graduado y *se habrá acabado.*

Me invade el pánico al pensar en todo lo que tengo que conseguir en tan poco tiempo.

El draft de la NFL, ceremonia que se celebra anualmente, en la que los equipos de la liga nacional tienen siete rondas para seleccionar a los jugadores que han destacado en los campeonatos universitarios, este año será solo en junio. Todos los calendarios de los partidos se han modificado en función de ello, incluso en nuestra conferencia, pero en lugar de tener un descanso entre los partidos, ha ocurrido exactamente lo contrario.

Además del cansancio físico, el cambio de fecha supone más tiempo soñando despierto.

Sé que debo centrarme en la batalla que tengo por delante, que es garantizar la plaza en la final de la conferencia, pero es difícil controlar la angustia y la ansiedad.

Últimamente, tengo la sensación de estar remando contra corriente.

¿Tendrá razón mi padrastro y debería estar buscando prácticas o puestos de becario? Pronto seré un recién graduado sin experiencia en el sector, salvo por las pocas horas que he pasado en

el taller, al que apenas he ido últimamente debido a los entrenamientos.

Ganamos los dos primeros partidos del año, contra los South Carolina Riders y los West College Fury. Salimos de enero invictos, pero en cuanto cambió el mes, todo se vino abajo.

Febrero llegó como una nube de tormenta sobre nosotros.

Un jugador de la línea defensiva se lesionó en un accidente de tráfico, nada grave, pero tuvo que ir al banquillo, y para completar la mala racha, el segundo viernes de febrero, en el partido contra nuestro principal rival, los Indiana Wreckers, actuales campeones de la conferencia, perdimos, de hecho, nos arrollaron.

Fue uno de esos partidos en los que todo sale mal. Todos quedaron conmocionados por la lesión de Travis, nuestro *ala cerrada,* que sufrió una grave lesión en la primera parte. Una jugada tonta, una caída sin sentido, el jugador del equipo contrario cayó sobre su tobillo, pero eso podría dejarlo fuera de juego hasta principios de abril. Después de eso, nadie pudo concentrarse en el e , sino en él, que salió en camilla y fue directamente al hospital para hacerse más pruebas.

Con la derrota, quedamos en segundo lugar en la clasificación general, lo que es muy bueno en comparación con el año pasado, ya que significa que disputaremos las eliminatorias.

Debería ser motivo de celebración, pero todos están agotados.

La rutina de partidos semanales nos ha dejado a todos sin fuerzas.

Apenas he visto a Megan y eso me está matando.

Hoy voy a ir a verla, cuando salga del entrenamiento.

Necesito ver a mi chica.

Hablamos todos los días, ya sea por mensaje o por teléfono, pero no es lo mismo. No sirve de nada, la necesito. Su sonrisa, su perfume, su tacto.

Para empeorar las cosas, últimamente la veo triste.

No me ha dicho nada, ni mucho menos se ha quejado de mi ausencia, al contrario, solo me apoya, pero hay algo que le preocupa.

Solo que no sé qué.

Incluso hablé con Will, para ver si April le había comentado algo, pero el tipo fue enfático al decir que no, que *su Loira* suele estar más ocupada discutiendo con él que hablando de su amiga.

Estoy terminando mi serie de ejercicios cuando el entrenador entra en el gimnasio.

— ¡Atención!

Todos se detienen, concentrados en sus palabras.

«Sé que las últimas semanas no han sido fáciles», comienza, mirando a cada uno de nosotros. «Han sido agotadoras física y mentalmente. Sé que todos están abatidos por la lesión de Travis, pero somos un equipo, y es en los momentos de adversidad cuando debemos apoyarnos y motivarnos unos a otros. ¿No es fácil? ¡No!

Todos murmuran en señal de acuerdo.

— Pero aquí solo hay un camino a seguir, y nos lleva hacia adelante. El pasado está detrás de nosotros, tenemos que seguir adelante, como uno solo, como UN EQUIPO. ¿Hemos perdido? ¡Es pasado! ¡Tenemos que ver qué hemos hecho mal y mejorar! El momento de cometer errores ya pasó, y ya hemos jugado esa carta. A partir de ahora, un error significa acabar con el sueño de llegar a la final de la conferencia. ¡Creo en vosotros, Guerreros! —grita—. Ahora, ¿creéis en vosotros mismos?

— ¡JODER, SÍ! —gritan todos y, joder, mi corazón late a toda velocidad.

El entrenador tiene razón, el pasado quedó atrás, ¿es difícil? Sí, pero nadie dijo que sería fácil. ¡Lo importante es no rendirse!

— Ahora que han sacado la cabeza del culo y han dejado de lamentarse —bromea y todos se ríen—, no quiero ver a nadie durante los próximos siete días, considérenlo como unas minivacaciones. Descansen y, por el amor de Dios, no se hagan daño, mi corazón se lo agradecerá.

— ¡Vamos, Guerreros! —gritan todos y ya empiezan a hacer planes para los próximos días. Por mi parte, ya tengo mi destino y consiste en estar en los brazos de una preciosa novata de ojos azules, la hija del entrenador, *mi Nueva York*.



CAPÍTULO 34

Megan

Thousand Years – Christina Perri

La semana que viene es San Valentín y no tengo ni idea de qué hacer.

¿Compro algo o no?

¿Somos novios o no?

No tenemos una etiqueta, pero yo soy suya y él es mío *hasta finales de mayo.*

Dios, solo de pensarlo, me arde el estómago.

He recibido varias alertas de la agencia de viajes, recordatorios de que se acerca el gran día, pero ¿por qué ya no me parece tan emocionante?

Poco antes de que mi madre empeorara, estaba animada, haciendo mil planes, cosas que le gustaría hacer cuando saliera del hospital.

Restaurantes a los que ir, lugares que visitar, y me confesó que uno de sus mayores arrepentimientos era no haber ido a ver una aurora boreal.

Eso nunca se me fue de la cabeza.

Me senté en la silla a su lado y juntas hicimos planes, cuál era la mejor época del año, qué país, pero ella se fue antes de que pudiéramos hacer realidad ese sueño.

Yo iría... por ella.

Lo prometí y lo cumpliría, pero antes parecía más fácil.

Me muerdo los labios, mirando mi reflejo en el espejo.

No hay otra opción, Megan. Todo va a salir bien. Lo repito unas diez veces, pero cuanto más lo hago, menos lo creo.

Suena el timbre, devolviéndome al presente.

¿Se habrá olvidado mi padre las llaves?

No sería la primera vez.

«Ya voy», grito, bajando las escaleras.

Abro la puerta y me encuentro con él, el motivo de mis sonrisas y la razón de todas mis dudas.

— Josh...

Él no dice nada, me pasa la mano por el pelo y baja sus labios hacia los míos.

Oh, Dios... sí, por favor.

Su lengua encuentra la mía en un beso hambriento, necesitado.

— Te he echado tanto de menos. — Apoya la frente contra la mía.

— Yo también. —Pongo mis manos a los lados de su cara.

— Perdona por venir sin avisar, solo necesitaba...

Vuelvo a besarlo, necesitando más, mucho más.

—Megan... —jadea contra mi boca, mientras lo atraigo hacia mí y cierro la puerta detrás de nosotros.

— Te necesito... —mi pecho sube y baja—... dentro de mí — insisto, y Josh me agarra el trasero, levantándome con facilidad—. — El dormitorio —señalo, antes de volver a besarle el cuello.

—Esto es una locura —advierte—. Tu padre puede llegar en cualquier momento.

— Seremos rápidos, por favor —le muerdo la oreja.

— ¡Joder, Nueva York! —gime, apretándome el culo y mi coño palpita.

Apenas entramos en la habitación, me empuja contra la puerta, su cuerpo frotándose contra el mío, volviéndome loca.

— Josh...

Una mano se desliza por debajo de mi blusa, encuentra mi pecho, lo toca, lo provoca, la otra se mete en mis bragas.

—Estás toda mojada, preciosa —gruñe, levantándome la blusa y mordisqueándome el pecho por encima del sujetador de algodón.

— Por favor...

Con movimientos rápidos, me baja los pantalones y las bragas.

«Las manos en la puerta», ordena, y yo obedezco, levantando el trasero.

La excitación me consume.

Oigo el ruido de sus pantalones al quitárselos y el inconfundible sonido del paquete de condones al rasgarse.

«Estás tan mojada. Mira cómo mi polla se desliza fácilmente en este coño delicioso», me susurra al oído, frotándose contra mis pliegues. «¿Es esto lo que quieres, Nueva York?».

Niego con la cabeza, pero él sigue provocándome, rozando su erección en mi entrada, dejándome con ganas.

— Tú... te quiero dentro de mí.

— No hace falta que lo repitas, preciosa. — Me sujeta con firmeza por las caderas y luego entra de un solo golpe, abriéndome, llenándome.

—Ohhh... —gimo, con una mezcla de placer y dolor, mientras siento su polla acomodándose dentro de mí.

— Joder —gime—. Tan estrecha, tan deliciosa...

Se aleja, saliendo por completo, solo para volver a llenarme.

—Recuerda que lo has pedido rápido —me advierte, antes de sujetarme con fuerza por las caderas y empezar a embestir con fuerza, rápido, entrando y saliendo, follándome como si no hubiera un mañana, sino solo aquí y ahora, nosotros...

Joder, qué bueno.

Una mano se dirige a mi clítoris y él comienza a provocarlo, con movimientos circulares, precisos, sin disminuir la velocidad de sus embestidas.

— Josh... —gimo, sintiendo cómo el placer crece en mí—. Qué bueno...

— Eres mía, Megan... *mía.* — Su voz es cruda, necesitada, y me enciende aún más.

—Tuya... —jadeo, porque ser tuya es todo lo que quiero ser.

— Eso, aprieta mi polla, tómala toda, ordeña mi polla, Nueva York. — No sé si es tu boca sucia, tu polla entrando y saliendo, implacable, son tantos estímulos, el caso es que cuando me doy cuenta, me alcanza, y es como una ola, llega sin previo aviso, arrasando con todo, llevándome a un orgasmo aterrador, mis piernas tiemblan, pero él me mantiene firme, mientras embiste dentro de mí dos veces más, antes de gemir mi nombre.

Joder... ¿cómo voy a marcharme?

— ¿Así que esto es un rapidito? —bromeo, tratando así de cambiar el rumbo de mis pensamientos.

— ¡Se podría decir que sí!

— ¿Podemos hacerlo más veces?

— Dios, Nueva York, así me voy a poner duro otra vez.

Sonrío ante su comentario.

Dios, ¿cuándo se complicó todo tanto?

El objetivo era claro. *No enamorarse*.

¿Cómo dejé que esto sucediera? Porque una cosa es segura, cuanto más tengo a Josh, más lo necesito.

El Jugador ya se ha metido bajo mi piel y en mi corazón.

Y estoy perdida.



Los chicos todavía están un poco molestos por la última derrota ante los Indiana Wreckers, lo que en el diccionario de Matt y Dylan significa fiesta y mujeres.

La verdad es que no necesitan motivos para armar jaleo.

«Estoy segura de que eso no es lo que pensó mi padre cuando os dio el día libre», bromeo al llegar a la fraternidad acompañada de Josh.

—Vaya, si es la jefa... *ups*, quería decir la hija del entrenador/novia de J.

— Megan también vale.

—¿Ves?, J, no ha negado que es tu chica. Lo tienes hecho, hermano. —Le da una palmada en la espalda, ya visiblemente animado.

— Será mejor que te modere, Matt, o mañana te despertarás con un dolor de cabeza horrible.

— ¡Estoy bien! La noche acaba de empezar, las chicas están llegando.

Josh intercambia unas palabras con Dylan, que parece más sobrio, y nos alejamos hacia la zona exterior.

— ¿Will y April van a venir?

— Él dijo que sí, algo sobre que ella se estaba cambiando de ropa, por milésima vez.

— Suena muy propio de April. — Me río. — Ah, cambiando totalmente de tema, antes de que se me olvide.

— ¡Dilo!

— Hoy hablé con Ash.

— ¿Tu amiga que está en Indianápolis?

—La misma —respondo, sorprendida de que realmente lo recordara, ya que hablé de ella en la época del tutorial sobre cómo hacer una mamada.

— ¿Qué pasó?

—Me dijo que te dijera que está deseando que ganéis a los Wreckers en la final de la conferencia, y que estará animando para que nuestra línea defensiva no deje que ese desgraciado, *según sus palabras*, el quarterback de ellos, haga ni un solo pase, mejor aún, ojalá lo intercepten —guiño—, porque sabemos que es el mayor temor de *los quarterbacks*.

— Vaya, eso sí que es rabia.

— Metió la pata y, para colmo, no vino a visitarme. — Hago un puchero, todavía sin creer que haya roto con ese desgraciado antes del partido contra los Guerreros.

¡Ni siquiera para hacer eso después de haber venido a verme!

Por supuesto, fue motivo de muchas burlas por teléfono. April y yo no perdimos la oportunidad, pero al final, nos pasamos la mayor parte del tiempo tratando de animarla. El tipo fue un verdadero imbécil. La traicionó con otra novata, pero si conozco bien a Ash, pronto se levantará, sacudirá el polvo y se recuperará.

— Entiendo, ¿tú también estás molesta con el *quarterback* de ellos?

— ¡Por supuesto! Y claro que voy a animar al mío.

— ¿El tuyo?

— ¡El mío! —Levanto la barbilla y él sonríe, me agarra por la nuca y me atrae hacia él.

— Todo tuyo.

Sé que fui yo quien sacó el tema, pero, maldita sea, de repente siento un nudo en la garganta, pero rápidamente disimulo la tristeza que amenaza con invadirme.

Todo es perfecto. Debería estar radiante.

Josh es titular indiscutible, el equipo se ha clasificado para las eliminatorias, me va bien en la universidad, he hecho una amiga increíble, no he perdido el contacto con Ash, de hecho, ahora somos un trío. Todo iría bien si no fuera porque ya casi es marzo.

Me quedan poco más de tres meses.

Todavía no es el final, pero, maldita sea, solo puedo pensar en que *el semestre está terminando*.

—¿Va todo bien? —pregunta, mirándome con atención.

— Sí, todo bien.

— Pareces triste.

— ¡Qué va! Solo estoy ansiosa por hablar con April. — No es verdad, he hablado con ella esta tarde.

Josh no responde, pero no parece creerme mucho.

Al final, solo asiente y juntos volvemos a la fiesta y a nuestros amigos. *Vamos* a bailar y a reírnos, y dejemos esas preocupaciones para mayo.

Siempre escuché a mi abuela decir que no sirve de nada sufrir por adelantado, es hora de ponerlo en práctica de una vez por todas.



—¿Nervioso? —le pregunto.

—Un poco.

— Yo estaría muy nerviosa —reconozco—. Estoy aquí, ya flipando.

— Podrías volverte loca en las gradas —dice Josh de repente y yo me muerdo los labios—. ¿Algún día vendrás a verme, Nueva York? —pregunta y noto una nota de tristeza en su tono.

¡Maldición!

— Yo... — No sé qué decir. Pensé en ir algunas veces, pero siempre era más fácil no presionarme, no remover las heridas.

Ya tengo demasiado en la cabeza últimamente.

—Ten cuidado, puede que sea tu última oportunidad — bromea, porque quien pierda queda fuera de la competición.

«Déjalo ya», le regaño. «Vais a ganar y yo...

— ¡Lo siento, estoy nervioso! — exclama, y yo solo quería abrazarlo en ese momento. — Solo quería verte.

Así me rompes el corazón, Jugador.

«Estaré aquí, pensando en ti», insisto, agarrando con fuerza el móvil, «como hice en el primer partido».

—¿Ya estabas pensando en mí? —pregunta, y juro que puedo ver su ceja arqueada y la sonrisa pícara en su rostro.

—Quizás —le provoqué y él se rió.

Me abandona un poco la tensión.

No quiero que se enfade.

— ¡Ve y arrasa! —le digo.

—Qué mandona, ¿eh?

— Solo un poco.

— ¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta de repente, pero me alegro del cambio de tema.

— April viene para acá —le aviso—. Vamos a adelantar un poco de trabajo y a comer porquerías, que se nos van a acumular en el trasero —comento, tirándome en el sofá.

— Me encanta tu trasero —responde, y siento que se me enrojecen las mejillas.

— Dios, espero que no haya nadie cerca de ti.

— Solo unos amigos, es broma, estoy tranquilo, preciosa.

— Quieres matarme de un infarto.

— Nunca.

— Buena suerte, Jugador —le digo, usando su antiguo apodo —. Espero tu llamada y no acepto malas noticias —le advierto.

—Hasta luego, preciosa.

Cuelgo y me quedo un rato más sosteniendo el maldito teléfono.

Debería ir al estadio, apoyarlo.

Joder, no sé qué hacer.

¿Qué sentido tiene ir allí, si pronto voy a dejarlo a él y todo lo que he encontrado aquí?

Mi corazón se acelera.

Respira.

Cierro los ojos y me concentro en inspirar y espirar.

¡Sin crisis!

Mi móvil vibra y veo que April está llegando.

Perfecto.

Todo lo que necesito: compañía y distracción.



—Estás muy lejos —comenta, lanzándome una patata frita.

— ¿Hola? Lo siento, creo que es el juego —me encojo de hombros—.

— ¡Tranquilo, lo van a hacer bien!

— ¿Los has visto jugar?

— Quizás —responde encogiéndose de hombros.

«Eso no es una respuesta», le respondo, ahora curiosa por saber si ha ido o no.

— Vi un partido el año pasado, antes del Día de Acción de Gracias —revela—. ¡Nada del otro mundo, juegan bien!

— Humm, fuiste a ver al *receptor abierto*, lo sé.

— ¡Estás completamente loca! —desvía la conversación.

— ¿Cómo van las cosas entre vosotros?

— Bien.

— ¿Bien?

— Me vuelve loca.

— Explícate un poco más —le pido, necesitando saberlo.

— Es que él solo puede ir al apartamento los fines de semana —comienza.

— Sí, recuerdo que dijiste eso.

— Excepto que ha estado yendo todos los días.

— Interesante.

Ella pone los ojos en blanco.

— No voy a quejarme, ¿verdad? Me está ayudando, el apartamento es suyo —continúa enumerando—, pero ¿tiene que andar sin camiseta? ¿Es mucho pedir que se ponga la maldita ropa?

Me contengo para no reírme.

— ¿Es ese el único problema? ¿Que ande sin camiseta por el apartamento?

Se sonroja y sé que hay más.

— Me saca de quicio, me provoca, me hace querer...

—¿Querer?

— Olvídalo, Megs, vayamos al grano, ¿has visto que ya está abierto el plazo para renovar la matrícula? ¿Ya has renovado la tuya?

— Yo... —Miro mi mano, a los lados, menos a mi amiga.

Porque eso es en lo que se ha convertido April.

Y ya no puedo seguir guardándomelo dentro.

— ¿Megs? ¿Qué pasa, estás bien?

— No voy a renovar la matrícula —reconozco y sus ojos se agrandan como platos.

— ¿Cómo que no?

Durante los siguientes minutos, se lo cuento todo. Cómo el duelo y el dolor por la pérdida de mi madre me estaban consumiendo, y que había prometido viajar, ir a donde ella soñaba y no pudo. Sería una forma de rendirle homenaje.

— Vine aquí sabiendo que sería algo provisional, la verdad es que no quería dejar solo a mi padre, él se hace el duro, pero estaba

sufriendo.

— Pero, ¿qué vas a hacer?

— Yo... ¡no lo sé! No lo he pensado —reconozco—. La idea era hacer el viaje y luego establecerme en algún lugar. Volver a Nueva York, irme a vivir a Filadelfia, donde tengo unas primas, irme a Indianápolis con Ash, pero todo se complicó.

— Te gustaba este lugar. —Me quita las palabras de la boca.

—¿Cómo no me va a gustar? —Hago una mueca y me esfuerzo por contener las lágrimas—. Te conocí a ti, una persona maravillosa, una luchadora...

— ¡Para, ya! —me ordena, con los ojos llenos de lágrimas.

— Conocí a Josh... —La primera lágrima cae, seguida de la segunda, y April me coge la mano, ella también está llorando.

— No puedo creer que me vayas a abandonar... —Su voz se quiebra, pero intenta sonreír—. Pero decidas lo que decidas, estaré aquí para ti.

— Gracias, amiga. — La abrazo con fuerza y siento como si parte del peso que llevo se me quitara de encima. — Perdona por ocultártelo, yo...

— Estás dudando sobre qué hacer.

Asiento con la cabeza.

—Es una decisión solo tuya —me aprieta la mano— y, decidas lo que decidas, estaré a un teléfono de distancia.

— ¡Qué bien! —bromeo, secándome la cara con el dorso de la mano.

—No me llames, te encontraré dondequiera que estés, maldita sea, te quiero mucho, Megs. —Se seca la cara.

—Y yo de ti —trato de sonreír.

Respira hondo y se pone de pie, caminando de un lado a otro.

— ¿Lo sabe el Jugador?

— Todavía no.

— Oh, Dios mío... estás jodida —dice sin filtro—. Lo siento. —Hace una mueca—. En serio, ¿no te tienta quedarte? Amiga, ese quarterback debería besar el suelo por donde pasas y es guapo, con todo respeto, claro.

— Tranquila, amiga, sé que tu «interés» es por otro jugador —bromeo, con el corazón latiéndome a mil por su pregunta.

— ¿Y bien? —insiste ella.

— La verdad es que no lo sé. He estado posponiendo pensar en el tema. Fingo que está lejos, pero cada vez más, estoy...

— ¿Nerviosa?

— ¡Más bien desesperada! —admito.

— Voy a tomar eso como un «sí, estoy tentada de quedarme», tengo que aferrarme a cualquier esperanza de que te quedes, como un náufrago a un salvavidas.

Me río.

— Solo tú.

— Vaya, ¿qué hay para beber aquí? Después de esto, necesito algo un poco más fuerte.

— Hay cerveza en la nevera —le aviso.

— Tendrá que servir. ¿Quieres?

Lo pienso unos segundos.

— Tráela.

— ¡Sí, este trabajo va a salir perfecto, contigo y conmigo, borrachos!

— Es solo una lata, no exageres.

— Por ahora. — Guiña el ojo.

— Recuerda que te sentó mal la otra vez.

— Esto es diferente, aquella bebida era alcohol puro. Esto — levanta la lata— ni siquiera hace cosquillas.

— Habla por ti —le respondo—. April —la llamo, antes de dar mi primer sorbo—.

— No más malas noticias por hoy —pide ella.

— Por favor, que quede entre nosotros —le miro a los ojos verdes—. Todavía no estoy preparada para hablar de eso con Josh.

Creo que nunca lo estaré.

— No sé nada —responde—. Además, todavía espero que cambies de opinión. —Parpadea y da otro sorbo.

¿Podría... quedarme?



Hall of fame – The Script (Feat Will. i. am)

¡Ganamos!

Fue un partido difícil contra los Florida Knights, pero conseguimos mantener la cabeza fría y no ceder a las provocaciones del equipo contrario.

Conseguí hacer varios pases, que cayeron perfectamente en las manos de Will y Matt, y nuestro *running back* Liam está inspirado. No hay palabras para describir lo mucho que ha corrido hoy el chico.

Estoy rebosante de felicidad.

— Estamos en las semifinales, J — Matt pasa a mi lado emocionado.

Sonrío y le doy un puñetazo en el brazo.

— ¡Buenas recepciones hoy, tío!

— ¡Sí, nosotros! Quiero ganar esta mierda, ¿te imaginas a las chicas si conseguimos el trofeo?

— Ni siquiera había pensado en eso —dice Dylan desde el otro lado del vestuario.

— A veces eres muy lento, tío —le provoca M, y él le responde levantando el dedo corazón.

— No todo el mundo está a tu nivel de vagancia —bromeo.

— Eso es para unos pocos. — Pisca, pasando las manos por su cabello castaño y tengo que reconocerlo, el hijo de puta es bueno, y tiene un don de gentes increíble cuando se trata de chicas. — ¡*Vamos* a salir a celebrar! Preveo muchas bragas en el horizonte.

— Yo paso. Quiero ver si consigo que Will me lleve.

— *Vamos*, J, tengo que ir a recoger a Loira —avisa.

— Se me olvidaba que los dos están atados —se burla M.

— ¡Vete a la mierda! —responde Will.

— ¿Te pide que te sientes y ladres, W?

— Ignórala —le digo.

— *Adiós*, capullos, hasta el lunes —se burla, provocando risas y lanzándonos unas toallas.

— ¿Puedes creer a estos capullos, colega?

— Bueno... — Ni siquiera sé qué responder.

—Tú tampoco, Josh —replica, indignado.

— Solo iba a decir que eres muy protector con la chica.

— Yo... ¿sabes qué? Olvídalo.

— ¿Algún avance con tu padre?

— Estoy esperando la respuesta del especialista.

— Espero que salga bien.

— Yo también, porque estoy perdiendo la cabeza.

Estoy a punto de perder los estribos.

— Ni una palabra, o te vas andando.

Levanto las manos y me callo.

Quince minutos después, estamos en la puerta del edificio.

Ni siquiera envié un mensaje.

Es una sorpresa.

Ahora que lo pienso, debería haber avisado. Solo espero que el entrenador no me eche a patadas.

Will toca el timbre.

Y antes incluso de que se abra la puerta, las oímos a las dos.

Parecen animadas.

«Trabajo animado», comento, curioso.

Megan abre la puerta, visiblemente alegre, junto a ella April, que también está animada, pero no tanto.

— Joder, ¿qué demonios estabais haciendo? —pregunta Will, agarrando a April cuando casi se cae al apoyarse en la puerta.

«¡Estábamos trabajando!», responde Megs sonriendo.

«¿Sobre cervezas?», pregunto, sin poder contener la sonrisa.

—Eres muy listo, Jugador. —Me guiña el ojo.

Dios, incluso alegre está guapa.

— Vamos, Rubia, ya has tenido suficiente.

— Eres muy mandón, Cooper —April lo llama por su apellido, y yo apenas puedo contener la risa—. Pero, aun así, es lindo.

— Ni una palabra, J, ni una maldita palabra —gruñe Will al pasar junto a mí.

— Adiós, Megs, tu secreto está a salvo conmigo. — Hace un gesto de cerrar la boca con la mano y no entiendo nada.

—El tuyo también —responde Megs, saludando con la mano.

Le rodeo la cintura con el brazo antes de que ella también pierda el equilibrio y acompaño a Will y April en su partida.

— Por fin, solos. — Nueva York vibra a mi lado. — ¡¡He oído que habéis ganado!! — Aplaude, muy emocionada. — No se habla de otra cosa en las redes sociales.

Me imagino, la gente es rápida. Además, nuestra hinchada es de otro mundo.

— La señorita necesita un café fuerte y un baño.

— Una ducha... —Arquea una ceja—. ¡Me gusta!

— ¡A solas!

—Ah... —Hace un puchero.

— Si después de eso se encuentra mejor... esperamos que sea antes de que llegue su padre.

— Estoy muy bien —destaca, pero apenas puede mantenerse en pie.

— Entonces veremos si hay alguna posibilidad de que duerma en esta habitación.

— Mi cama es más cómoda —señala.

— No lo dudo, pero eso es el alcohol hablando —digo.

— Me alegro de verte —me abraza—.

— Yo también, preciosa.

Lo necesitaba, sobre todo después de cómo le hablé por teléfono. Prácticamente exigiéndole que fuera a ver el partido, cuando sé que es un tema delicado.

Fui egoísta.

Pero ahora no sirve de nada hablar de eso. Solo cuando Nueva York esté sobria.

— Claro que puedes dormir en el salón. — Señala el lugar con un gesto. — El entrenador es severo, pero debe estar contento, al fin y al cabo el equipo ganó... ¡Sí!

Sí.

Semifinales, allá vamos.

Los Missouri Explorers son nuestro nuevo reto.

Ya conocemos al equipo, las jugadas, pero ahora la batalla es otra.

Antes era clasificatoria, ahora no.

El que pierda queda fuera.

Y nosotros queremos llegar a la final.



CAPÍTULO 36

Megan

Thousand years – Christina Perri Feat Steve Kazee
Stay - Rihanna

Marzo terminó con un gran error por mi parte.

¿En qué estaba pensando al tomarme todas esas cervezas, cuando normalmente solo bebo zumo y refrescos?

Estaba escrito que iba a salir mal.

Creo que fue un reflejo de mi conversación con April.

Me tocó todas las fibras sensibles.

Por suerte, Josh apareció junto con Will y me ayudó.

Después de una ducha fría y dos tazas de café, me recuperé y, afortunadamente, no dije nada inapropiado.

Mi padre, por supuesto, no se quejó de que Josh estuviera allí. De hecho, se alegró de que hubiera venido directamente a casa y me hubiera ayudado.

Qué vergüenza.

Al final, nos quedamos tirados en el sofá viendo una película, porque, ¿quién duerme después de tanta cafeína? ¡Yo no!

Al final, alrededor de la una de la madrugada, empecé a pescar y él me acompañó a mi habitación, como el caballero que es...

El mío.

Ahí tuve un momento de revelación.

Ya no había alcohol en mi organismo.

Estaba totalmente consciente, necesitaba hablar con él.

Josh se merece saberlo.

Sé que creamos la lista de objetivos, y el último es muy claro.

NO ENAMORARSE.

Dios, sé que puede que pase vergüenza, pero él tiene que saberlo antes de verme haciendo las maletas.

Quizás ni siquiera le importe... ¿quizás?

Pero...

Se lo debo, por todo lo que significa para mí.

Puede que no seamos novios, que no tengamos etiquetas, pero es innegable nuestra conexión y, por respeto a eso, *voy a hacerlo*.

—Josh, necesito hablar contigo —comienzo, con el corazón a mil.

—Necesitas dormir —susurra, y luego, con cuidado, me acuesta en la cama.

—Lo digo en serio —replico, mirándole a los ojos marrones.

—Yo también. —Rozó sus labios con los míos—. Mañana me lo cuentas, ¿qué te parece? —Me guiñó un ojo.

Oh, Dios mío...

Vale, ¿qué es un día más?

—Buenas noches, Nueva York.

—Buenas noches, Jugador. Dulces sueños.

— Siempre. — Cierra la puerta y me quedo parada mirando al techo, no sé por cuántos minutos.

Voy a hablar con él.

Voy a...

Y pensando en eso, me quedo dormida.



Todavía no le he hablado.

Soy una cobarde, eso es todo.

Ha pasado otra semana desde aquel fatídico día, ¡y nada!

Ya estamos en abril, los árboles han empezado a florecer, la primavera anuncia su llegada con fuerza y yo, sencillamente, NO LE HE HABLADO.

¡Respira!

Cada día era algo, cualquier excusa.

Una situación «x». Un día difícil en la universidad o estar en medio de una charla con los chicos, o peor aún, cuando por fin estábamos solos, ah, entonces, lo último en mi cabeza era este tema. Solo qu , quería conseguir más y más de él, porque realmente no sabía qué sería de nosotros... después de esta conversación.

Soy una persona horrible.

Cierro el portátil con fuerza, después de recibir otro correo electrónico de la agencia de viajes. Esta vez, con los datos de la reserva del vuelo y el hotel para Canadá.

Se acerca.

Y yo no estoy preparada.

Ni siquiera he visto ropa, no he hecho nada.

Eso es porque, en el fondo, no quieres ir.

Necesito mantenerme ocupada. Distraer mi mente.

Para ayudar, hoy es día de partido.

No uno cualquiera.

Es la semifinal contra los Missouri Explorers. Es un equipo que ya conocemos, pero eso no significa que sea más fácil.

Conocemos algunas de sus jugadas, pero ellos también conocen las nuestras. Mi padre se ha devanado los sesos creando jugadas y haciendo que los chicos entrenen hasta la extenuación.

Creo en ellos.

Debería estar allí, pero otra vez...

Cobarde.

Esta vez, April no ha venido. Va a seguir el partido por las redes sociales, igual que yo.

Según ella, los recuerdos de su última visita, más concretamente de su regreso, fueron traumáticos.

No me dio detalles, solo se sonrojaba cada vez que le hacía una pregunta.

Me imagino que tiene algo que ver con Will.

Después de dar vueltas en círculos durante cinco minutos, decido hacer una videollamada a mis dos amigas y, por suerte, contestan al segundo tono.

—Hola —las saludo.

— Megs — saluda April.

— Hola, Megs, ¿qué pasa? — Ash ya lanza una pregunta, probablemente extrañada por el contacto inesperado. Normalmente, primero envío un mensaje.

—Está ansiosa, hoy es día de partido.

— ¿Ah, sí? Ni siquiera lo sé. —Pone los ojos en blanco—. Ahora solo sigo los partidos de baloncesto.

— ¿Baloncesto? ¿Cómo?

— La moda ha llegado aquí.

— ¡Eso es! — April se emociona.

— Pero el tema no soy yo, ¿qué pasa, Megs? ¡Suéltalo!

— Yo...

— ¿Aún no has hablado con él? —pregunta April.

— ¿De qué estáis hablando? — Ash pregunta sin entender nada.

— Apuesto a que aún no le ha dicho a Josh que se va —dice April, y yo no sé qué decir.

— ¿No? — Ash abre mucho los ojos.

— ¡Sí, quiero decir, no! — Qué lío de preguntas — Ay, tranquila, sí, aún *no* se lo he dicho. — Me tapo la cara con las manos.

— Megs, soy tu amiga y tengo libertad para hablar, tienes que resolver esto, chica. Es cruel.

— Lo sé, me siento fatal.

— Sé lo que está pasando por tu cabeza —continúa—. Esa tontería de no enamorarte.

— ¡Ah, alguien más que está de acuerdo conmigo! ¡Amén! — aprueba April.

— Yo, que no estoy allí y que hablo contigo cada quince días, sé que os gustáis. ¿Te gustaría descubrir que el chico del que estás enamorada se va a marchar cuando él se subiera al taxi?

— No estamos en ese nivel —replico.

— Casi, son detalles. ¡Te vas de viaje el mes que viene, por el amor de Dios!

— Se lo diré —respondo—. Estoy esperando el momento adecuado.

— No lo habrá, amiga. — Esta vez es April.

— Quítame ya la venda —dice Ash.

— Lo haré. ¡Lo prometo!

—Vale —dicen juntas, y me dan ganas de reírme por su sincronía.

— ¿Qué sería de mí sin ustedes?

— ¿Un caso perdido? —bromea Ash, y yo esbozo una tímida sonrisa.

— Gracias.

— Tranquila, estamos aquí, aunque solo sea para tirarte de las orejas.

— Ya veo, regañada, ahora necesito ayuda con un asunto que también se avecina.

— Los Guerreros van ganando. Pasa de Josh a Will y *TOUCHDOWN* — April dispara de la nada, muy emocionada, y mi corazón se acelera.

Que Dios ilumine su camino.

Sé lo importante que es esto para él. *Josh se lo merece.*

Aplaudo y Ash silba.

— ¡Ihaaaaa, vamos, Guerreros! —grito emocionada.

Durante los siguientes minutos, explico que estoy pensando en organizar una pequeña fiesta, como una barbacoa aquí en casa, con la gente del equipo, para celebrar el cumpleaños de mi padre.

—Creo que al señor Adams le gustará —opina April.

—Deja que te oiga llamarle así.

— No puedo llamarlo solo Andrew. —Hace una mueca.

— Yo también creo que a tu padre le gustará. Lástima que estoy tan lejos, si no iría. — Hace un puchero.

—Ay, amiga, ni me lo digas. Te echo mucho de menos.

— Oye, yo también estoy aquí —bromea April.

— La ves todos los días. — Ash se ríe.

— Aun así, estoy celosa —dice seria, pero empieza a reírse a carcajadas.

—Estáis locas —comento—, pero gracias, voy a ocupar mi mente con eso. Tendremos una fiesta.

— ¡Sí! —aplaude April.

— Ahora voy a ver el partido —aviso.

— Lo están retransmitiendo, Megs, la calidad es muy buena.

Cuelgo y paso las siguientes horas pegada al portátil.

Me acuesto en la cama y sigo con orgullo cada avance del equipo ofensivo de los Guerreros.

Son realmente buenos.

Un gran equipo.

Y, por supuesto, el resultado no podía ser otro.

Los GUERREROS en la final de la conferencia.

Y yo salto y salto por la habitación, celebrando otro triunfo del equipo de *mi jugador*.



CAPÍTULO 37

Megan

Stay – Rihanna & Mikki Ekko
Flashlight – Jessie J.

Todos se lo están pasando bien.

Mi padre está sonriendo, muy alegre, hablando con sus compañeros del cuerpo técnico y, por supuesto, con su equipo. Los chicos lo adoran, puede ser duro, pero también es un gran padre. Escucha las angustias de todos, les orienta, es más que un entrenador.

Me dirijo a la cocina, pensando que he logrado mi objetivo, él está feliz.

Al menos eso lo he conseguido.

No puedo decir lo mismo de mis otros objetivos. Llegó mayo y ya no consigo dormir.

La ansiedad es mi apellido.

Todo se juntó. Los preparativos para la fiesta, el hecho de que aún no haya hablado con él. Josh estaba tan feliz la semana pasada. Celebrando haber llegado a la final.

¿Cómo podría llegar y soltarle esta noticia?

Yo...

Hoy se lo diré.

Ese es el plan.

Lo he repasado mil veces en mi cabeza.

Después de la fiesta, todos se irán, él se quedará y entonces no tendré forma de escapar.

— Aquí estás, Meg Muffin.

—Hola, papá, he venido a buscar más vasos para dejar allí.

— Todavía hay en la mesa, relájate.

—Vale —respondo, intentando sonreír.

— ¿Qué pasa, cariño?

— Nada, papá.

—Eso puede funcionar con otras personas, pero conmigo no, jovencita.

Esbozo una sonrisa forzada.

—Ve a divertirte, cumpleañera. Yo ya vuelvo. —Mi mirada se dirige a Josh, que en ese momento está hablando con los chicos.

Dylan, Matt, Will han venido todos y, por supuesto, April, que me ha ayudado con todo.

Él sigue mi mirada.

— ¿Cuándo vas a hablar con él?

—¡Hoy! —le aviso—. Voy a hablar con él, pero no sé cómo.

Mi padre me pone la mano en el hombro y, maldita sea, la emoción me invade.

— Háblale, él necesita saberlo.

— Lo sé —digo en un susurro.

— ¿Decir qué? —La inconfundible voz de Josh suena justo detrás de mi padre.

Oh, Dios.

¿Cómo ha llegado tan rápido?

—Háblale— susurra mi padre y luego nos deja solos.

La hora de la verdad.

— ¿De qué está hablando tu padre, Nueva York? Supongo que «él» soy yo. —Arquea una ceja y yo solo asiento con la cabeza.

Respira.

— ¿Qué necesito saber?

Le cojo la mano.

Dios, qué bien se siente su tacto.

— Me estás preocupando, preciosa.

— Ven conmigo —le pido, subiendo las escaleras hacia mi habitación, y él me acompaña.

Josh cierra la puerta tras de sí.

Solo estamos nosotros dos.

No hay más a dónde huir.

—Megan... —Se acerca, pero extiendo el brazo, pidiéndole que se detenga donde está.

No puedo pensar con él tan cerca de mí.

— Yo... — Miro mis pies, miro a mi alrededor y luego encuentro sus ojos, hay preocupación en ellos, porque así es Josh, es la persona más maravillosa que he conocido y por eso me duele tanto decirlo. — Yo... me voy — digo de repente y él parece confundido.

—¿Te vas? ¿Cómo? —Da un paso más hacia mí y yo retrocedo automáticamente—. ¿Vas a visitar a alguien?

—Me voy de la ciudad —repito, y las lágrimas se acumulan en mis ojos.

— Yo... —Él niega con la cabeza y aprieta los puños—. No lo entiendo.

—Debería habértelo dicho antes —continuo—. Cuando me mudé aquí, nunca tuve intención de quedarme. Solo iba a ser *hasta que acabara el semestre* —le explico, y él no dice nada, pero la tristeza en su rostro lo dice todo—. Josh, yo...

— ¿Por qué no me lo dijiste? —Hay dolor en su mirada y eso me rompe el corazón—. ¡Siempre lo supiste! —Niega con la cabeza.

— No pensé...

¿Cómo explicarle que no pensé que llegaríamos tan lejos, que *me enamoraría de él*...?

Una lágrima obstinada resbala por mi rostro.

— ¿De verdad pensaste que podrías simplemente marcharte? —dice, pasándose las manos por el pelo—. ¿Crees que voy a dar media vuelta y olvidarte? —Su voz se quiebra y yo aprieto las manos, sin saber qué decir.

—No pensé que íbamos a involucrarnos, pensé que solo sería diversión, unos besos, teníamos el objetivo —le recuerdo.

Su rostro se altera.

—Que le den al objetivo, ¿sabes por qué? —Se acerca y se detiene a pocos centímetros de mí.

— Josh...

— Porque ME ENAMORÉ de ti —enfatiza cada palabra.

Las lágrimas caen sin control.

Quiero gritar que yo también, pero eso solo empeoraría las cosas.

Cierro los ojos, incapaz de sostener su mirada.

— SÍ, me enamoré de ti. — Me acaricia la cara. — Te quiero, y joder, no solo *hasta que termine el semestre,* ¡te quiero todos los días!

Oh, Dios.

— Josh... — Abro los ojos solo para encontrar sus iris marrones fijos en mí.

— ¿Por qué, Megan? ¿Tan poco significo para ti?

— ¡No, nunca! —grito, sin importarme si alguien me oye—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

—No lo suficiente, por lo visto —se burla, alejándose.

— Lo prometí —mis lágrimas caen libremente—. Le juré a mi madre que viajaría, que iría a donde ella siempre soñó, pero no pudo. —Un sollozo sacude mi cuerpo—. Lo prometí.

Él se queda en silencio.

— Solo que no contaba con... —Me muerdo los labios, su mirada se encuentra con la mía y hay tanto dolor en ella.

Es culpa mía.

— Fui egoísta, lo siento, debería haberte avisado antes, pero cuanto más te tenía, más te quería, porque nunca me había sentido tan feliz como en estos últimos meses contigo.

— Tengo que irme —dice de repente y me da la espalda.

— No te vayas así.

Se detiene, pero sin volverse, y dice las palabras que me rompen el corazón:

— Ya no tengo nada aquí, tú ya has tomado tu decisión y yo no formo parte de tus planes.

— No es tan sencillo —lloro, queriendo arreglarlo todo.

— Te deseo todo lo mejor, Nueva York. Que seas feliz, solo quería haber sido suficiente para mantenerte aquí, *conmigo,* pero parece que he fallado. — Y entonces, sin mirar atrás, se marcha.

Bajo las escaleras detrás de él.

No puede...

No así.

Pero ya está fuera, arrancando con el Honda.

Y yo estoy en el patio, llorando, porque acabo de perder lo mejor que me ha pasado.

Él...



Naked – James Arthur
The Scientist - Coldplay

Ella se va.

Ella me va a dejar.

No soy suficiente.

Golpeo con fuerza el volante, acelerando sin rumbo fijo.

¿Cómo he dejado que las cosas lleguen a este punto?

Me duele el pecho y, joder, me cuesta respirar.

Abro las ventanillas y dejo que el viento me golpee con fuerza en la cara.

Todo duele.

¿Por qué? *¿Por qué?*

Mi móvil vibra, pero lo ignoro.

No quiero. No puedo hablar con nadie.

Ahora no.

Cuando me doy cuenta, estoy entrando en la propiedad del anciano Sr. Mills.

Apago el motor y apoyo la cabeza en el volante, pensando en cómo resolver esta situación.

Y no sé qué es peor.

Saber que no hay nada que pueda hacer, salvo dejarle claro lo mucho que...

Maldición.

... lo importante que es para mí, lo loco que estoy por ella.

Debería haberle dicho lo que sentía, haberle declarado mi amor...

Pero también tenía mis propios temores, enamorarme de la novata de Nueva York no estaba en mis planes.

El fútbol siempre fue mi única prioridad, hasta que ella llegó, le dio un vuelco a mi vida y entonces hacerla feliz pasó a ser lo más importante.

Porque cuando ella estaba feliz, cuando sonreía, joder, todo en mí explotaba.

Ni siquiera este lugar, que siempre me ha dado paz, me ayuda hoy, porque solo consigo recordarla aquí conmigo.

De ella en mis brazos.

De ella abriéndose a mí.

Nunca fue solo un ligue.

Siempre fue más.

Mi teléfono no deja de sonar.

Will.

Me fui sin despedirme de los chicos, del entrenador...

Dios...

Qué situación tan jodida.

— Hola — contesto, tratando de tragarme la tristeza.

— Hola, J, ni siquiera te voy a preguntar cómo estás, sino dónde estás, tío.

— Enfriando la cabeza. — Cierro los ojos, presionando el punto justo encima de la nariz.

Me late la cabeza, pero aun así me veo preguntando.

—¿Cómo está ella?

— No lo sé, tío, estaba llorando mucho. April se ha subido con ella a la habitación.

Mierda, mierda.

Respira...

— No sé qué coño ha pasado, pero los dos tenéis que calmaros y luego hablar. Estoy seguro de que...

— Me ha dicho que se va, Will. — Mi voz se quiebra—. Yo... — Cierro los ojos, todavía sin poder creerlo.

— Joder.

— ¿Cómo voy a aclarar mis ideas si ella acaba de arrancarme el corazón del pecho?

— J...

— ¿Qué harías tú si April quisiera simplemente salir de tu vida? — Fue duro, incluso para mí. W no lo admitió, pero sé que siente algo por la rubia, a la que le encanta hacerle la vida imposible.

— No puedo pensar en esa posibilidad.

— ¡Yo tampoco!

— ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

— Pídele a April —me detengo, tratando de calmar la tormenta que hay dentro de mí— que cuide de ella.

— Cuenta con ello. Nos vemos en la fraternidad.

— Necesito estar solo.

— Me encargaré de que así sea.

— Gracias, W.

— Estoy contigo y, tío, esa chica está loca por ti.

Pero no lo suficiente como para quedarse.

Cuelgo y solo entonces dejo que mis lágrimas caigan.

No sé cuándo fue la última vez que me pasó esto, pero joder, ya no puedo seguir guardándomelo dentro.

Y allí, en medio de la nada, me derrumbo.

Porque cuando vuelva, tengo que ser fuerte, tengo que tener la cabeza en su sitio.

Hay mucho en juego, la final del campeonato, y tengo que fingir que estoy bien, aunque esté destrozado.



Dos semanas.

Dos semanas de mierda.

Estoy en piloto automático.

Solo me levanto y entreno... duro, hasta que el sudor gotea, hasta el agotamiento, hasta que todo empieza a doler y arder, hasta que no hay nada en mi mente, salvo cansancio, y luego voy a mis clases y me preparo para repetir todo al día siguiente.

No quiero parar a pensar.

Porque si lo hago, es en eso en lo que pienso.

El entrenador me llamó para hablar, confieso que pensé que me iba a sacar del equipo, a ponerme en el banquillo, pero me abrazó.

Me abrazó jodidamente.

Fue difícil no derrumbarme.

Solo con recordar eso y sus palabras, siento que me arden los ojos y respiro hondo mientras me dirijo al campus.

> *«... Esto es algo que os concierne a vosotros dos, pero si hay algo que me corresponde decir... es que fuiste lo mejor que le pudo pasar a Megan, la salvaste, muchacho». Me apretó el hombro, con la voz entrecortada. —La salvaste de sí misma. Mi hija se estaba ahogando en el dolor y yo no podía ayudarla, no cuando yo mismo estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para seguir adelante cada día, así que te estoy muy agradecido, Josh. Eres como un hijo para mí, nada me haría más feliz que veros juntos a los dos.*

El hijo de puta tiene un don con las palabras, nadie puede negarlo.

Por supuesto, no pude ni siquiera responder, porque sabía que si lo intentaba, acabaría llorando en medio del vestuario.

Y prefiero hacerlo solo.

Estoy a punto de llegar al edificio de biología cuando la veo.

Sola.

Y, incluso desde lejos, me doy cuenta de que no está bien, tiene ojeras visibles y, joder, parece más delgada.

La rabia hierve dentro de mí y, cuando me doy cuenta, estoy caminando hacia ella.

No hay nada más que decir.

Todo lo que tenía que decir, lo dije.

Ese día. Cuando todo se vino abajo. Pero solo pensar que puede ser la última vez que vea Nueva York antes de que ella se vaya es motivación suficiente.

Solo me detengo cuando estoy a pocos pasos de distancia y entonces la llamo, esperando que aún se acuerde de mí.

Porque yo no la he olvidado...

No he dejado de pensar en ella ni un solo día.



CAPÍTULO 39

Megan

Oceans (Where Feet may fall) – Hillsong United, Taya
Never Had a Dream Come True – S Club

Dos semanas.

Sin él.

Pensé en enviarle un mensaje, pero me dio miedo.

Dios, cómo lo echo de menos, su sonrisa, sus hoyuelos, cómo me hacía sentir.

Feliz.

Todo eso se acabó.

Y la única culpada soy yo.

No he sido una buena hija, una buena amiga, solo sigo en piloto automático.

Ya queda poco...

Saqué las maletas del armario, pero ¿quién dijo que conseguí meter algo dentro?

Solo lloro.

Y sé que mi padre y April están preocupados.

Me gustaría decirles que voy a mejorar, pero...

Hoy hice los últimos exámenes, pero ni siquiera era yo allí, no sé cómo me fue y, sinceramente, ni me importa.

Cuando entregué el examen, el profesor Thompson me avisó que la coordinación necesitaba hablar conmigo, otra cosa más.

Obligo a mis pies a moverse.

Solo quiero irme a casa.

—¿Lo has entendido, cariño? —me pregunta la señora y yo asiento con la cabeza, cogiendo los papeles que tengo delante.

Solo podrán hacer mi expediente académico después de que las notas finales se introduzcan en el sistema, lo que no ocurrirá hasta dentro de unas semanas.

— Aún hay tiempo para quedarse por aquí, señorita Adams. —Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa, y se me revuelve el estómago.

Le doy las gracias y salgo apresurada.

Siento como si fuera a ahogarme.

La brisa fresca me recibe nada más salir del edificio.

Hay tantos recuerdos en cada rincón.

Todo me recuerda a él.

Miro hacia atrás, hacia el edificio de biología, mi hogar durante los últimos meses, y siento un nudo en la garganta.

Respira, Megan.

Me doy la vuelta, decidida a caminar rápidamente hasta la parada del autobús.

No voy a llorar aquí.

Entonces lo oigo.

No puede ser.

Me quedo paralizada y oigo pasos.

Mi cabeza debe estar jugándome una mala pasada.

Me giro y me encuentro con sus ojos marrones, y de repente todo en mí cobra vida.

Josh...

Una ligera barba cubre su rostro. Está abatido y me dan ganas de correr a sus brazos, pero no puedo.

— Josh... — Mi voz es solo un susurro.

Se acerca y contengo la respiración.

— ¿Último día?

— Última prueba —respondo, ya que aún tendré que volver aquí a recoger el papeleo.

Mira a ambos lados, visiblemente incómodo.

Me muerdo el interior de la boca hasta sentir dolor.

Inspira y espira.

— Sé que ya has tomado una decisión —comienza y yo contengo la respiración—. Joder, lo tenías todo decidido desde que llegaste. — Esboza una sonrisa triste y se pasa la mano por el pelo, que está un poco más largo.

Ahh...

— Pero lo necesito —continúa, y se detiene, respirando profundamente.

—Josh...

— Necesito que lo sepas, nunca lo he dicho claramente, soy muy malo con las palabras, soy bueno con los hechos...

Lo sé.

— Aquella meta fue la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. —Sus ojos están fijos en los míos—. Porque allí, en ese momento, ya me tenías, Nueva York, y fallé, porque sí, me enamoré, estoy completamente enamorado de ti.

Las lágrimas comienzan a caer y trato inútilmente de secarlas.

—Sé que puede sonar repetitivo, pero cuando te vi salir del edificio, solo pude pensar: «Necesito que ella lo sepa, sin lugar a dudas, solo quería que supieras que todo lo que dije ese día en tu habitación era real... y yo... joder, te quiero tanto que me duele, y aunque te vayas, en el fondo, no puedo sentir ira. —Una lágrima resbala por su rostro y me destroza aún más—. No de ti, porque lo único que deseo es que seas feliz, porque yo lo fui, cada segundo que estuve a tu lado, cada sonrisa tuya, cada momento juntos, valió la pena, porque eras tú y tú lo eres todo *para mí.* Buen viaje, preciosa. —Me acaricia la mejilla con delicadeza y luego se aleja.

Ni siquiera puedo decir que se está llevando mi corazón con él, porque ya lo tenía... *siempre fue suyo*.

No me preguntes cómo llegué a casa.

No lo sé.

Abro la puerta de la habitación y me tiro en la cama tal y como estoy, y lloro, maldita sea, pensaba que ya no me quedaban lágrimas, pero me equivoqué.

Lloro por todo lo que he causado.

Por todo lo que podría haber sido.

Creía que me había reencontrado, pero, en realidad, estoy perdida, otra vez.

Estoy aquí tirada, cuando un ruido en la planta baja me avisa de que ya no estoy sola.

Me seco la cara y me siento en la cama.

No quiero preocuparlo.

Ya tiene bastante con la final.

— Oye... — Aparece en la puerta y no le cuesta mucho darse cuenta de lo que estaba haciendo. — ¿Puedo? — Señala la cama y yo solo asiento con la cabeza. — Me mata verte así, Meg Muffin.

Intento sonreír, pero ni siquiera el ridículo apodo consigue el milagro.

Solo siento que se me acumulan más lágrimas.

— Lo siento, yo... — Me tiemblan los labios—. No puedo, no dejo de pensar que debería haber hablado con él antes, o qué podría haber hecho de otra manera, no pensé que...

—Pensaste que no te gustaría esto, la ciudad, ÉL —señala, acariciándome el pelo.

Asiento con la cabeza.

— Intenté convencerme a mí misma de que era algo temporal, que no me iba a encariñar, que no me iba a involucrar, pero...

— Te gusta.

—Me gusta —reconozco, y admitirlo en voz alta abre el grifo de una vez.

Mi padre me abraza con fuerza y nos quedamos así unos segundos.

— Ese chico es luchador, dedicado y está completamente loco por ti, cariño.

—Lo sé... —lloro.

— Pero, independientemente de eso, la decisión es tuya. Si tu madre estuviera aquí, ella podría darte los mejores consejos. — Me seca las lágrimas con el pulgar, y pensar en ella me oprime el corazón. — Lo que puedo decirte, basándome en mis más de cincuenta años de experiencia, es... no tengas miedo de revisar tu ruta, de modificar algunos planes.

— Ah, papá... — empiezo a decir, pero él continúa:

— Cuando encontramos a alguien que nos hace bien, que nos hace sonreír, que nos hace sentir vivos, no debemos desperdiciar eso. Tu madre era eso para mí, me hacía sonreír, me hacía feliz, hacía que cada día valiera la pena y no hay un solo día en el que no la extrañe.

De repente, los dos estamos llorando.

— Te quiero mucho. — Le abrazo con fuerza. — Gracias por todo, por apoyarme, aunque sea tan testaruda.

— Para eso están los padres. — Me guiña el ojo—. Independientemente de tu decisión, te apoyo, cariño, estoy contigo.

— ¡Lo sé! —balbuceo, secándome la cara con el dorso de la mano.

— De verdad tengo que irme... al estadio.

— Dios mío, ve... es la final, ¿no?

— ¡Sí! — Sonrío.

— ¡Buena suerte, papá! Te animaré mucho.

— ¡Cuídate!

— Lo estaré, tengo mucho en qué pensar —reconozco.

Él mira la maleta vacía.

— Piensa con cariño, piensa con —señala su propio pecho— ¡el corazón! No todo es lógico y racional, a veces hay que seguir los instintos.

—Que tengas un buen partido —le deseo y lo veo alejarse.

Me tiro en la cama otra vez. Repaso nuestra conversación en mi cabeza.

«No tengas miedo de revisar tu ruta, de modificar algunos planes...».

Recuerdo haber leído eso en alguna parte.

¡La carta!

Mi madre.

Salto de la cama, voy al joyero y, con cuidado, saco la carta.

Hace tiempo que no la leo.

Empiezo a leerla y ni siquiera intento contener las lágrimas, es inevitable.

A medida que voy leyendo las palabras, con su preciosa caligrafía, ligeramente inclinada, siento como si ella estuviera aquí... conmigo.

Hablándome.

«Nueva York, agosto de 2022.

Si estás leyendo esto, es porque ya no estoy aquí. Pensar en ello duele, pero una de las cosas de ser un enfermo terminal es que te hace reflexionar.

En las últimas semanas, lo he hecho mucho y hoy puedo decir que no tengo motivos para estar triste.

¿Cómo podría? Cuando tengo tanto que agradecer...

Cuando he tenido la bendición de ser tu madre durante dieciocho años.

Cuando tuve el placer de oírte llamarme mamá, de ver tus primeros pasos, de tenerte en mis brazos mientr abas, de ser tu confidente, de prepararte tu comida favorita, de soñar contigo.

¿Quería más? ¡Por supuesto que sí!

¿Quién no lo querría?

Quería haber ido a tu baile de graduación...

Quería saber cómo fue tu primer día en la universidad.

¿Cómo fue tu primera borrachera?

¿La primera fiesta de la fraternidad?

Quería saber de tus encuentros y desencontros.
Quería verte encontrar el amor...
Ir a tu boda.
Ser la abuela más cariñosa que nadie haya conocido, pero las cosas no siempre salen como uno imagina.
Mi misión aquí en este plano puede haber terminado, pero nunca, NUNCA dejaré de mirarte y animarte, querida.
¡Nunca!
¿Sabes por qué? Porque lo que tenemos trasciende esta existencia finita.
Eres lo mejor que Dios me ha dado, Megan.
Y te quiero muchísimo.
Perdóname por no quedarme más tiempo contigo.
Por perderme todos estos momentos.
Cuida de tu padre, puede parecer siempre fuerte, pero te necesitará tanto como tú a él.
Sed fuertes. Cuidaos el uno al otro.
No tengas miedo de arriesgarte.
No tengas miedo de sentir.
¡No tengas miedo de amar!
No tengas miedo a lo nuevo.
No tengan miedo de reinventarse.
No tengas miedo de revisar tu ruta, de modificar algunos planes, si es necesario...
Y, sobre todo, ¡no tengas miedo de ***ser feliz****!*
Ten en cuenta que tu felicidad es mi felicidad, esté donde esté.

Recuerda que estaré bien y que ya no habrá más dolor, solo paz.
Abrazos y besos, con amor, mamá».

Ay, mamá...

Aprieto la carta contra mi pecho, con la frase martilleando en mi cabeza.

¡No tengas miedo!

No tengas miedo...

¡NO TENGAS MIEDO!

Gracias, mamá.

Gracias por, incluso estando lejos, ayudarme, iluminar mi camino y mis decisiones.

Cuando llegué aquí, estaba perdida, pero conocí a personas maravillosas, *descubrí el amor* y cada día fue más fácil que el anterior, porque empecé a tener motivos para sonreír.

Tenía un rumbo.

Me encontré a mí misma.

Sí, hay dolor, pero hay tanta felicidad, tanto amor.

Creo que nunca lo había pensado mucho, pero es así.

Por eso pensar en irme siempre me ha dado tanto miedo.

Porque quiero a Josh y eso significa quedarme.

Me levanto de la cama y abro el portátil.

Con dedos rápidos, escribo un correo electrónico, uno que debería haber enviado hace meses, pero aún hay tiempo.

Todavía hay tiempo.

¿Podrá perdonarme?

Espero que sí, porque no voy a rendirme.

«No tengas miedo».

No lo tendré, mamá, lucharé por lo que creo, creeré en lo que siento, porque es real, siempre lo ha sido.

Yo, que estaba ciega, pero ya no lo estoy.

Cojo mi móvil y marco el número de April.

— Hola, Megs, ¿cómo estás, amiga?

— Hola, April, ¿dónde estás?

— En el apartamento. Hoy no tenía examen.

Respira...

— ¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda? — Su voz suena preocupada.

— No sé tú, pero yo tengo un partido que ver —le digo, sintiendo que el pecho me va a estallar.

— ¡Oh, Dios mío! —grita, y sé que está saltando—. Voy contigo. ¡No te atrevas a ir sin mí, loca! Te recojo en veinte minutos —dice, y puedo oírla revolviendo en los armarios.

— No tardes, quiero llegar antes del descanso.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Gracias, Señor! ¿Significa eso lo que estoy pensando? Dímelo, estoy ansiosa.

— Significa que me he cansado de tener miedo y que voy a seguir mi corazón.

— ¿Me lo traduces? Vas a hablar con Josh, ¿no?

— ¡Sí, tonta! Lo voy a intentar, solo espero que no sea demasiado tarde.

— Deberías estudiar arte, literatura, ¡mujer, qué difícil te lo pones! —bromea y yo sonrío entre lágrimas—. Él te quiere, tonta, vamos corriendo que todavía tengo que comprar palomitas para verlo todo, desde el palco. ¿Conseguiremos un buen sitio? Eres la hija del técnico, debes tener alguna ventaja.

— ¡April, ven rápido!

— ¡Ya voy, besos!

He tardado, Josh, pero ya voy.

Por fin voy a verlo jugar.

Mi madre estará siempre en mi memoria, en mis recuerdos, pero es hora de añadir otros felices, de superación y sin miedo.

Él se lo merece...

Y por él, supero todos mis miedos, porque el mayor miedo en este momento *es quedarme sin él.*

El jugador que conquistó mi corazón y me salvó de mí misma.



Conseguimos una plaza muy lejos y salimos corriendo por el aparcamiento.

Mi corazón late aceleradamente en mi pecho y mis manos están heladas.

El estadio está lleno.

Desde fuera se pueden oír los gritos de la afición animando al equipo.

«Te aviso que vamos perdiendo», comenta April a mi lado, mientras nos acercamos a la entrada. Indiana nos lleva dos *touchdowns* de ventaja y queda un minuto para que termine la segunda parte.

Vale.

— ¡Vamos a remontar, yo creo!

— ¡Yo también! *Vamos* a hacer sudar la camiseta a estos *Guerreros Calientes*. Nada como un incentivo para que el quarterback haga pases perfectos —bromea.

—Estoy nerviosa —admito, apretándole la mano.

— ¡Todo va a salir bien! ¿Lista?

— ¡Como nunca! —Sonrío.

April se abre paso entre la multitud hasta que llegamos a las escaleras, pero en lugar de subir a las últimas filas de la grada y buscar algún sitio libre, me lleva hacia el césped, a los asientos cercanos al área técnica.

— Estás loca.

— ¡Solo ven conmigo! ¡Confía en mí!

— ¿Qué estás haciendo?

— Will me dijo que si cambiaba de opinión sobre venir —explica—, buscara a Joseph, que él me ayudaría con los asientos, pero no quería venir sola. — Hace una mueca.

La sigo y veo el banquillo, mi padre está de pie, absorto en el partido, con su pizarra en la mano.

Miro al campo y lo encuentro.

Mi jugador.

El número 52, Miller.

Se me llenan los ojos de lágrimas y respiro hondo.

— No se permite la entrada, solo acceso autorizado.

— ¡Es la hija del entrenador ofensivo y la novia del quarterback! Si no me cree, puede hablar con Joseph, él lo sabe... — Me mira y apenas tengo tiempo de abrir la boca.

— Pasen.

Funcionó.

—Oh, Dios, estás loca.

— Te dije que confiaras, Megs. — Parpadea y avanzamos, esquivando a algunas personas, hasta encontrar un espacio libre.

Nos sentamos y mi corazón parece a punto de salirse del pecho.

Me seco las manos en los vaqueros, tratando de calmarme.

Miro el marcador: 14-3 para Indiana, a pocos segundos de que termine el cuarto.

Mi padre pide tiempo y llama al *pateador* para que lance el *gol de campo* e intente asegurar tres puntos más, reduciendo la diferencia.

Tiro preciso del número 45.

Visitantes: 14 x Georgetown Guerreros: 6.

La hinchada grita palabras de ánimo mientras el equipo comienza a salir del campo.

Descanso y no hay duda, están abatidos.

No parpadeo, sigo con la mirada cada uno de sus movimientos.

Estamos un poco a la izquierda de mi padre.

— ¡Vamos, Guerreros! — grita April a mi lado, aplaudiendo y saludando al campo. — ¡Will nos ha visto! — avisa.

— ¿Lo has visto? —Busco al *receptor abierto* y veo el momento en que se quita el casco y sonríe mirando en nuestra dirección.

— Hum, alguien parece feliz de verte —le doy un codazo a April.

— Vete a la mierda. Mira cerca de quién se está acercando — dice, y, joder.

Will pone el brazo sobre el hombro de Josh, que camina con la cabeza gacha.

Contengo la respiración.

Le susurra algo al oído y, segundos después, levanta la cabeza y mira hacia las gradas hasta que su mirada se cruza con la mía.

Oh, Dios.

La sorpresa inunda sus iris y yo...

Respira, Megan.

—Ya viene, ya viene, Megs. Ve a hablar con él —grita a mi lado.

¿De verdad?

Sí, realmente viene.

Josh corre hacia mí.

Obligo a mis piernas a moverse y camino hacia la valla que nos separa del césped.

La hora de la verdad.

Hora de no tener miedo.



«El tiempo pasa muy lento para los que esperan.
Demasiado rápido para los que tienen miedo.
Demasiado largo para los que se lamentan.
muy corto para los que celebran
Pero para los que aman, el tiempo es eterno».
William Shakespeare

Hall of fame – The Script Feat (Will.i. am)
Flashlight – Jessie J

Todos están nerviosos.

Es la gran final.

Si los Guerreros ganan, disputarán el campeonato nacional con los ganadores de las otras divisiones.

Will, Matt, Dylan y yo ya no estaremos aquí, pero esperamos que nuestro legado sea llevar al equipo de la pequeña universidad

del noreste de Kentucky a esta competición. Es una forma increíble de terminar nuestra andadura en la Universidad de Georgetown.

Todo mi ser está agitado, pero falta algo.

Alguien.

Verla hoy temprano me ha afectado mucho.

No puedo dejar de pensar en ella.

¡Concéntrate!

Tendrás otros días para lamentarte, pero hoy no.

— ¡Eh, J! — Matt me da una palmada en el hombro, con expresión seria, muy diferente a su habitual juerguista. — Siento lo de tu chica, espero que todo se arregle.

En las últimas semanas, apenas he hablado con los chicos, pero todos saben lo que pasó. Estaban allí, en casa del entrenador.

No es ningún secreto que estoy hecho polvo. Basta con mirarme a la cara.

— Gracias, tío —le doy las gracias.

Ni siquiera respondo que las posibilidades de que todo se arregle son remotas. A estas alturas, Megan debe estar haciendo las maletas.

— ¿Sabes qué es bueno para un corazón roto? —dice de repente y yo arqueo una ceja.

— ¿Qué sabes tú de eso?

— ¿Yo? Nada, algunos dirían que ni siquiera tengo corazón — bromea y no puedo contener la risa.

—Eres muy listo—murmuro, y él pone cara de asco.

—Leí en una revista deportiva, en una entrevista, creo, que el mejor remedio es patear algunos traseros o encontrar otro amor.

— Solo tú, M.

— Como sé que estás loco por Megs, solo te queda patear traseros. ¿Qué te parece? Estoy loco por una revancha.

— ¿He oído revancha? — Dylan aparece, terminando de arreglarse el uniforme.

— ¡Solo motivando a nuestro mariscal de campo! Últimamente está muy deprimido.

—He oído que hay ojeadores de varios equipos —avisa D, y, joder, si mi corazón no se acelera aún más—. Quizás eso le motive.

—Guiña el ojo.

Para eso nos hemos preparado todos.

Es nuestra oportunidad.

Ahora o nunca.

El entrenador entra en el vestuario.

— ¡Buenas tardes, señores! No sé ustedes, pero yo creo que hoy es un gran día.

— ¡Sí! —gritan algunos.

«Un día estupendo para demostrarle a la gente de Indiana que pueden ser buenos, que pueden haber ganado una batalla —levanta la voz, animándonos—, ¡pero la guerra acaba de empezar y hemos venido a ganar!

— ¡Aeeeeeeeeee!

— ¿Vamos, Guerreros?

— ¡GUERREROS, GUERREROS! —El grito resuena alto y fuerte en el vestuario, mientras juntamos nuestras manos en el centro del círculo.

Ahora es el momento.

La hora de la verdad.

Corremos por el túnel que conecta el vestuario con el campo.

Tenemos la suerte de que la final sea en casa y nuestra afición llena las gradas.

Miro hacia arriba buscando alguna cara conocida, a alguien, pero no veo a nadie.

Se lo dije a mi madre y me dijo que intentaría venir con Finn. Espero que puedan venir y que hagamos un buen partido, no quiero decepcionarlos. También me gustaría ver a otra persona en las gradas, pero eso ya no puede ser.

No pienses en ella ahora. Mantén la cabeza en su sitio.

El partido comienza con Indiana al ataque.

Son buenos y, en pocas jugadas, avanzan varias yardas.

Nuestra línea defensiva no consigue frenar su avance y, para empeorar las cosas, Butler, su *quarterback*, está teniendo un día excepcional, a juzgar por los precisos pases que está haciendo.

Respira, joder.

Desde el banquillo, vemos cómo los Wreckers abren el marcador a menos de cinco minutos del comienzo del partido.

Mierda.

«¡*Vamos*, Guerreros!», grito, tratando de motivar a los chicos, pero ver este comienzo ha sido un susto para todos.

— ¡Vamos, joder! —grita Matt mientras corremos hacia el campo.

Vuelvo a mirar hacia las gradas.

Nada.

¿Qué esperabas? ¿Que precisamente hoy fuera a aparecer? Sé realista.

— ¡Vale, vamos allá! Derecha, 43, Foxtrote — anuncio la jugada y todos se preparan.

Recibo el balón y me preparo para el pase, Matt tiene a un jugador pegado a él, todos están marcados.

Estoy a punto de lanzar cuando rompen la línea y el número 22 de Indiana me atropella.

Sacado.

Tardé en lanzar, mierda.

El segundo intento es un poco mejor, el balón pasa a centímetros de la mano de Matt, pero falla la recepción.

— ¡Mierda!

Tercera oportunidad para doce yardas.

O avanzamos o tendremos que devolver el balón a Indiana sin conseguir ni un solo punto.

Está lejos para intentar un *gol de campo*.

Todo sale mal.

Paso rápidamente el balón a Liam, nuestro *running back*, pero apenas da cuatro pasos y lo derriban.

Cuarta oportunidad para cinco yardas.

Se acabó.

Vuelvo al banquillo, frustrado como el carajo.

Otra ofensiva de Indiana y otro *touchdown*.

«Ni de coña», maldice Dylan a mi lado y yo siento lo mismo.

«¡Vamos a darle la vuelta! Son dos *touchdowns*, vamos a reaccionar», grito, tratando de motivar a los chicos, pero yo mismo

me siento como una mierda.

Volvemos al campo y conseguimos convertir el primer down.

«¡Vamos, joder! 24, izquierda, Tango», grito, señalando la siguiente jugada.

Se forma la línea y, cuando tengo el balón en la mano, veo a Will dispararse por la izquierda con un gigante pisándole los talones.

Lanzo y el balón vuela, cayendo perfectamente en su mano, él avanza hasta la línea de treinta yardas.

— ¡Bien, equipo! —grito emocionado.

Las siguientes jugadas son péssimas y no conseguimos avanzar en el juego terrestre.

Al final, no queda otra alternativa que un *gol de campo*, Antony entra y marca.

Salimos del cero.

Indiana 14 x Guerreros 3.

Está fatal, todavía nos queda mucho por hacer.

Comienza la segunda parte de quince minutos y es nuestra oportunidad de acercarnos en el marcador.

El equipo defensivo está mejor en el campo y empieza a hacer un buen trabajo, frenando el avance del equipo contrario. El desafortunado Butler también ha sido derribado, nuestro número 84 ha conseguido sacarlo y no ha podido lanzar.

— ¡Bien!

Intento no recordar a Megan comentando sobre la revancha contra el *quarterback* de Indiana, cómo querían interceptarlo y, lo más importante, cómo estaría animándome.

¿Habrá cambiado eso?

El balón vuelve a nuestro poder, pero las cosas siguen saliendo mal. A menos de un minuto del final de la segunda parte, tenemos una nueva oportunidad.

—¡Vamos, Guerreros! —grita el entrenador, tratando de motivarnos.

La mayoría está desanimada, espero que en el descanso podamos aclarar nuestras ideas.

«¡Vamos, chicos!», grito, reuniéndolos a todos antes de que comience la jugada. «Tenemos que avanzar al menos hasta la línea

de cuarenta yardas y facilitarle las cosas a Antony. *¡Vamos!».*

La primera jugada sale bien y conseguimos avanzar quince yardas.

—¡Sí! —celebro.

Comenzamos la segunda jugada, pero el pase es incompleto.

Lancé demasiado fuerte.

— ¡Lo siento, D! —me disculpo y él solo asiente con la cabeza.

«Solo unas yardas más, chicos. Izquierda, 70, Thunder», grito, y cuando recibo el balón, miro a la derecha, tratando de confundir al equipo contrario, pero lanzo a la izquierda.

El balón vuela y casi lo atrapa la defensa de Indiana, pero Dylan consigue agarrarlo y avanza cinco yardas antes de ser derribado.

— Maldición.

Tiempo.

Antony entra en el campo, pero es una distancia larga, espero que consiga convertir los puntos.

Nos está salvando el pellejo.

—Buena suerte, tío—le digo mientras me dirijo al banquillo.

La hinchada vibra, lo que significa que lo hemos conseguido, pero aún estamos ocho puntos por detrás en el marcador, tenemos que entrar en el partido antes de que sea demasiado tarde.

Empezamos a caminar hacia el vestuario y nadie está contento con el resultado. Estamos jugando muy mal y tenemos suerte de que el resultado no sea peor.

Will se acerca y me pone el brazo sobre el hombro.

— Oye, W, perdona por ese pase, lo lancé con demasiada fuerza —me disculpo, avergonzado.

— Oye, J, relájate. Todos estamos jugando mal, pero vamos a darle la vuelta, lo creo.

— Ojalá tuviera tu entusiasmo —le respondo.

— Creo que sé lo que puede ayudarte con eso.

Por favor, no digas «coños».

Estoy harto de que los chicos digan esas mierdas.

No quiero a nadie, solo *la* quiero *a ella.*

— Mira lo que he encontrado en la grada, cerca del banco, a la derecha.

Miro en esa dirección, automáticamente, esperando ver a algún compañero, algún familiar, a cualquiera... *menos a ella*.

— Ni de coña.

— No sé tú, pero para alguien que nunca ha venido a un partido, creo que el hecho de que ella haya venido significa algo, hermano.

Nueva York.

Ha venido.

Nuestras miradas se cruzan y, joder, siento que el corazón se me sale del pecho. Ni lo pienso, solo camino, con pasos apresurados.

Directo hacia ella.

Veo el momento en que se levanta del banco y se acerca a la reja. Ella también quiere hablar conmigo.

Esto tiene que significar algo, ¿no?

— J, ¿vienes? — me llama D.

— Tiene que resolver algo y ya nos alcanza —avisa W, y ni siquiera pierdo tiempo mirando hacia allí.

—Has venido —es lo primero que sale de mi boca cuando me detengo a pocos centímetros de ella.

Solo la barandilla nos separa.

Ignoro los gritos a nuestro alrededor.

Toda mi atención está puesta en ella.

— He tardado —se muerde los labios y sé que está nerviosa —, ¡pero he venido!

Pregúntale.

— ¿Has venido por tu padre? —le pregunto, necesitando saber qué la ha traído aquí.

Su mirada no se desvía de la mía.

— He venido por ti.

Respira, joder.

¿Esto está pasando de verdad?

Niego con la cabeza, mirando a ambos lados.

— ¿Qué significa esto, Nueva York? —Doy un paso más hacia él.

— Significa que no voy a ir a ningún sitio, Jugador. — Una lágrima le resbala por la mejilla y hago un esfuerzo sobrehumano por contener las mías. — Significa que no quiero irme. — Cierro los ojos y siento sus manos en mi cara.

Mi corazón parece a punto de explotar.

— Y que voy a estar aquí, animándote, ahora, ve, juega, arrasa, que yo estaré aquí, esperándote.

— Megan... — Apenas reconozco mi voz.

— Lo siento —susurra, con la frente apoyada contra la mía, y luego se acerca a mi oído—. Yo tampoco cumplí el objetivo. Estoy completamente enamorada de ti.

Mierda.

Me seco la lágrima rebelde, sin poder contener la sonrisa en mi rostro.

Ella está... ¡Oh, Dios mío!

— Ahora ve, tu equipo te necesita.

Asiento con la cabeza, sabiendo que tiene razón.

— Esto aún no ha terminado —le advierto.

— ¡Cuento con ello! —responde, secándose las lágrimas del rostro, y entonces, rozo suavemente mis labios con los suyos, para delirio de la gente.

—¡Vamos! —grita—. ¡Vamos, Guerreros!

Me alejo con una sonrisa de oreja a oreja y corro hacia el vestuario.

En mi cabeza, solo hay un pensamiento.

Mi chica ha vuelto.

—¡Mira quién ha llegado! —bromean los chicos, haciendo gestos de besos.

El entrenador me mira.

Una mezcla de curiosidad y preocupación.

Cuando le sonrío, él me devuelve la sonrisa.

Y yo, estoy a punto de explotar de felicidad.

Ella vino.

Ha venido.

Sé que aún no hemos hablado, pero esto es importante.

Sé lo que significa que ella esté aquí. Lo difícil que es para ella, pero Megan ha venido... *por mí.*

— Muy bien, chicos, atención. No hace falta que os diga que nos están dando una paliza, ¿verdad? Sabéis leer el marcador — empieza el entrenador.

Todos murmuran.

— Tenemos que reaccionar y ahora es el momento. Solo nos separa un *touchdown*. ¡Vamos a remontar y dar la vuelta al partido! —continúa—.

—¡Sí! —gritan todos.

— Recordad, son los detalles, los malditos detalles. Estamos bien, solo necesitamos algunos ajustes. — Coge su pizarra y empieza a mostrar lo que ha pensado.

—Eres un genio, entrenador —comenta D y todos se ríen.

— Recuerda eso, chico, cuando estés en la liga profesional. Yo creo en vosotros. La afición de fuera cree en vosotros.

Todos se quedan en silencio. Unidos en un propósito: no rendirse.

— El partido solo termina cuando termina. ¡¡¡VAMOS, GUERREROS!!!

— 1, 2, 3, Guerreros... — digo, poniendo la mano en el centro.

Todos se unen, ataque, defensa, somos un equipo.

Y no hemos venido aquí a jugar.



El tercer cuarto comienza con Indiana atacando y, caramba, qué difícil es seguir el partido desde el banquillo.

La línea defensiva está cerrada y los chicos no consiguen avanzar ni una yarda por tierra.

— *¡Bien!* —animo.

— El QB tendrá que intentar un pase, ya es la tercera para el *primer down* — comenta W a mi lado.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

Observo cómo Butler se prepara, lanza el balón y apunta al receptor en el lado derecho del campo.

— Joder, vamos, vamos...

El banquillo estalla cuando nuestro jugador 65, Evans, consigue llegar antes al balón y es INTERCEPCIÓN.

Indiana pierde la oportunidad de continuar el ataque y el balón vuelve a ser nuestro.

«¡No podemos desperdiciar esta oportunidad!», grito, corriendo hacia el campo.

Echo un vistazo a las gradas y veo a Megan y April saltando y animando, junto con el resto de la afición.

Ver eso es casi como un combustible dentro de mí.

— ¡Vamos!

Es una jugada arriesgada, pero creo en ella.

— 24. Centro. Eagle —grito.

Cuando me llega el balón, nuestra línea hace un trabajo impecable conteniendo al equipo contrario, mientras sigo a Matt corriendo por la izquierda y a Dylan por la derecha, con varios jugadores pisándoles los talones.

Will queda libre en el medio, tal como dijo el entrenador, y es a él a quien le lanzo el balón.

Observo cómo el balón vuela y cae con precisión en las manos del *receptor abierto*, que ni siquiera mira atrás, se da la vuelta y empieza a correr como un loco, directo hacia la *zona de anotación*.

«¡Vamos, Will...!», grito, llevando las manos al casco.

La hinchada estalla cuando él lanza el balón al suelo con fuerza, vibrando mucho, y luego da una voltereta mortal.

— ¡Es *un touchdown*, joder!

Antony entra en el campo y anota el punto extra.

Indiana Wreckers 14 x Georgetown Guerreros 13.

Volvemos al banquillo con la sensación de haber cumplido nuestro deber.

— ¡Eso es! — El entrenador sale saludando a cada uno. — ¡Detalles!

Nuestra defensa sigue haciendo su trabajo y ellos no consiguen avanzar mucho, pero aún así logran convertir un *gol de campo*, anotando tres puntos más.

17 x 13.

El partido sigue siendo reñido, con ambos equipos luchando por cada yarda.

Entramos en el cuarto y último cuarto y sabemos que es la hora de la verdad. Necesitamos anotar un *touchdown* para remontar y contener el ataque de Indiana.

— ¡Vamos, Guerreros! —grito, animando a mis compañeros —. ¡Ya queda poco!

— *¡Vamos!* — Matt golpea su casco contra el mío.

— Esta es tuya, M —le aviso.

— ¡Dale! —Sonrío, corriendo a ocupar su posición.

— Izquierda, 43, Tango —anuncio la jugada y todos se colocan en sus posiciones.

El estadio se queda en silencio, falta poco más de un minuto para que termine el partido.

No hay otra opción. Solo avanzar y marcar.

Recibo el balón y doy unos pasos hacia atrás, tratando de tener una mejor visión del campo y de mis receptores.

Todos están muy marcados, pero no hay otra opción.

Matt se lanza hacia la derecha como habíamos ensayado y, acto seguido, vuelve hacia la izquierda, dejando al jugador de Indiana completamente perdido. Es el momento, lanzo y él corre.

Joder...

¡Vamos, Matt!

Salta y atrapa el balón, consiguiendo correr hasta la línea de veinte yardas.

— ¡Cuarenta segundos! —aviso.

—¡Tiempo! —señala el árbitro.

El entrenador detiene el juego para que el cronómetro se detenga.

— Ahora es el momento, Guerreros, necesitamos un *touchdown*. ¡Ahora!

— ¡Vamos! —grito emocionado.

— La maldita minucia... —gritan todos y volvemos corriendo al campo.

Mi corazón late aceleradamente.

Miro a mi alrededor y veo a todos tensos, expectantes.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Es mi momento... y el tiempo parece pasar lentamente.

Grito la jugada final.

Un movimiento loco de inversión, Matt y Dylan, los dos receptores cruzando el campo, confundiendo a la línea defensiva adversaria mientras yo lanzo en medio, hacia el tercer *receptor abierto*, Will.

El balón vuela y él lo recibe, sujetándolo con fuerza contra el pecho mientras corre y avanza.

— Joder, vamos, Will.

Todos se detienen, observando la jugada.

El cronómetro sigue corriendo.

15, 14, 13...

Ya casi lo consigue...

10, 9, 8...

El defensa está a punto de atraparlo, pero entonces cambia de trayectoria, consigue zafarse y corre, corre... llega a *la zona de anotación* y yo caigo de rodillas.

¡Es un *TOUCHDOWN*!

¡Hemos remontado, hemos remontado!

Con tres puntos de ventaja y cinco segundos para que termine el partido, Indiana vuelve al campo en un intento desesperado por conseguir un lanzamiento.

Solo un *touchdown* puede dar la vuelta al partido en este momento, y no tienen tiempo para pedirlo, lo que significa que es todo o nada para ellos.

Nadie puede quedarse sentado en el banquillo, todos estamos de pie, abrazados, y la afición grita *«Guerreros»* sin parar.

Comienza la jugada, Butler recibe el balón, mira el campo, el cronómetro va disminuyendo, levanta el brazo listo para lanzar, pero es derribado por nuestra línea defensiva.

«¡Se acabó! ¡Se acabó!», grita Dylan, saltando y tirando el casco al suelo.

«¡Somos campeones, joder!», grita Will a mi lado, abrazándome.

El estadio se viene abajo, todo el mundo grita y es difícil contener la emoción.

No puedo ni hablar.

— ¡Lo conseguimos, J! ¡Lo conseguimos, joder! — Apoya su casco contra el mío.

Todos empiezan a saltar, celebrando.

Es una auténtica locura.

Respiro hondo, tratando de calmar el torbellino que hay dentro de mí, y camino hacia el campo, saludando al quarterback del equipo contrario. Nunca es fácil perder, pero lo que siempre queda es el respeto entre los equipos.

— ¡Buen partido, tío! —le saludo.

— ¡Has jugado de puta madre, Miller! ¡Enhorabuena! — Me da una palmada en el hombro y le doy las gracias.

Mis ojos se dirigen a las gradas, hacia *mi chica.*

¡Nueva York!

Me quito el casco y corro hacia ella.

Ella está llorando, aplaudiendo.

Es mía.

Hago una señal a uno de los guardias de seguridad y él la ayuda a saltar la valla. Ella corre rápido, directamente hacia mí... hacia mis brazos.

La levanto con una mano y ella envuelve mis caderas con sus piernas.

— ¡¡¡Felicidades!!! Campeón, estoy tan feliz por ti, Josh.

— Lo conseguí, preciosa.

— ¡Lo has conseguido!

Sus brazos rodean mi cuello y ella apoya su frente contra la mía.

— Tengo tanto que contarte.

— Lo más importante ya lo has dicho —le digo, sonriendo—. Que te vas a quedar.

— Me quedaré. —Sonríe, esa hermosa sonrisa que he aprendido a amar y a desear más que nada—. Tenía miedo —comienza, sin apartar la mirada de la mía—. — Pensé que cambiar mis planes sería, de alguna manera, faltarle el respeto a la memoria de mi madre, a lo que le prometí, pero ella nunca se pondría triste, porque lo que más quería era verme feliz y tú eres la razón de mi felicidad. Llegué aquí perdida, ahogada por el dolor y el duelo, atrapada en la oscuridad, pero tú fuiste la luz, me ayudaste a reencontrarme, a *volver a sonreír.*

— Solo quiero verte sonreír —le digo, con la voz entrecortada, pero quiero decir cada palabra.

— Tú eres mi motivo para sonreír —me responde, acariciándome la cara—. Y yo quiero ser el tuyo.

—Lo eres, joder, lo eres. ¿Y tu viaje? —Arqueo una ceja.

— Creo que será aún mejor con buena compañía —sonríe—. No sé cómo quedará tu agenda después de que te seleccionen en el draft de la NFL... —Parpadea.

Levanto la vista al cielo, en una oración silenciosa.

— Pero, ¿qué te parece planear un viaje conmigo? — pregunta y, sin dudarlo, le agarro la nuca y le miro a los ojos azules.

— Será un placer, preciosa, que vengan muchos viajes, muchos descubrimientos, muchas sonrisas, todo contigo. Te quiero, Nueva York.

— ¡Te quiero, Jugador! ¡Mucho! — Acerco mis labios a los suyos, sin poder aguantar más, necesitando probarla, necesitando sentirla, necesitando todo lo que solo ella puede darme.

Porque Megan Adams es mía.

Mi mejor jugada, mi mejor touchdown*, simplemente mía.*

— ¡Eh... buscad una habitación! —gritan los chicos, llegando con el entrenador en brazos.

— Señor... —saludo, sin soltar a su hija.

— Este día no deja de mejorar —dice visiblemente emocionado—. ¡Dejadme en el suelo, chicos! Soy demasiado viejo para esta mierda —bromea, pero le hacen caso inmediatamente.

— ¡Felicidades, papá!

— Estoy tan feliz de verte aquí, cariño —su voz está cargada de emoción.

—Estoy feliz de estar aquí.

— ¿Debo interpretar esto como un cambio de rumbo?

—Ruta definitivamente modificada —afirma, y luego me sonríe.

— ¡Bien, muy bien! —exclama su padre, secándose disimuladamente la cara.

— ¡Joder, por fin vosotros dos, eh, ahora podemos celebrarlo! ¿He oído fiesta? — grita Matt a nuestro lado y todos se ríen.

— ¡Vamos, Guerreros! —anima su padre y todos comienzan a alejarse, dirigiéndose hacia el centro del campo, donde el alboroto continúa y no hay hora para terminar.

Observo a Dylan, Matt y Will con April a su lado alejarse, todos felices, celebrando mucho, y sé que hoy será un día que echaremos de menos, pero también sé que nuestro viaje acaba de empezar.

Puede que la universidad haya terminado para nosotros, pero la historia de *los Guerreros Calientes* acaba de empezar.

Porque guerreros es lo que somos.

¡Es parte de nosotros!

¡FIN!





Hall of fame – The Script feat (Will.i.am)

«[…] ***No esperes a que te sonría la suerte***
No esperes a que llegue la suerte
Dedícate a ti mismo y podrás encontrarte a ti mismo
Dedícate y podrás encontrarte
De pie en el salón de la fama
Estando en el salón de la fama
Y el mundo conocerá tu nombre
Y el mundo conocerá tu nombre
Porque ardes con la llama más brillante
Porque ardes con la llama más brillante
Y el mundo sabrá tu nombre
Y el mundo sabrá tu nombre
Y estarás en las paredes del salón de la fama
Y estarás en las paredes del salón de la fama. […]

1 mes después
Centro de Convenciones Detroit Plaza – junio de 2024

Salimos de Georgetown por la mañana.

Apenas dormí, tal era mi ansiedad, y estoy seguro de que Matt, Dylan y Will tuvieron el mismo problema.

Es el sueño de toda una vida.

El lugar está abarrotado.

Hay muchos aficionados al deporte, muchos periodistas, representantes de grandes franquicias de la liga nacional, además de muchos jugadores universitarios, acompañados de sus respectivas familias.

Respira.

Quien me ve, puede pensar que soy un pozo de tranquilidad, pero por dentro estoy muy nervioso.

Mi madre, mi hermano e incluso Jack han venido a animarme y están sentados unas filas detrás de nosotros.

Por supuesto, el hecho de que hayamos sido campeones de nuestra conferencia aumenta nuestras posibilidades, pero no garantiza nada. Solo queda esperar el comienzo del evento y ver cuáles serán las elecciones de los equipos.

Megan me acaricia la mano y cruzo mi mirada con la suya.

— Todo va a salir bien, Jugador — me susurra solo a mí.

Rozó mis labios con los suyos.

«Yo, nosotros creemos en ti», dice emocionada.

Cierro los ojos, conteniendo la emoción que amenaza con invadirme.

«Ojalá mi padre estuviera aquí», le confieso, y ella me acaricia la cara.

«Está aquí», responde sin dudar, y tiene razón.

Está aquí.

Tragué el nudo que se me formaba en la garganta y le besé la mano.

— Gracias, preciosa.

Es bueno saber que ella está aquí a mi lado, y sé que pase lo que pase, Megan siempre será una de mis mayores apoyos.

— ¿Listo, hijo? —Su padre me pone la mano en el hombro, y sé que él también está muy nervioso.

—En absoluto, señor —admito, y él sonríe.

—¡Estoy seguro de que todos ustedes serán elegidos! —Me guiña el ojo.

— Ojalá —bromeo, pero el entrenador es casi como un padre orgulloso para todos nosotros.

—¡Confía!

Miro a mis amigos y, aunque no hablo con ellos, sé que todos están ansiosos.

Estoy sudando frío dentro de este traje, pero hemos venido lo más arreglados que nos ha permitido nuestra cuenta bancaria, ¿y si tenemos que subir al escenario?

Will está a nuestro lado, con sus abuelos y April, no sé qué ha pasado, pero sus padres no han podido venir. Más al final del pasillo están Matt y Dylan, con sus familias.

«Buenas noches, señoras y señores», saluda un hombre desde el escenario y le estrecho la mano a Nueva York.

La hora de la verdad.

Hay muchas promesas, jugadores de las grandes universidades que probablemente serán las primeras elecciones. Eli Carter, el jugador defensivo de la Universidad de Alabama; Bruce Walker, el *quarterback*, y TJ Adams, el *safety* de Ole Miss.

Hay tantos talentos que, por un momento, me invade el pánico.

¿No me elegirá nadie? ¿Se ha acabado el sueño?

Comienzan las elecciones y, como era de esperar, Eli Carter es el primero seleccionado, por los Houston Texans. Los Jacksonville Jaguars tienen la segunda elección y optan por Bruce Walker.

Con cada nombre, todos vibran y yo, por supuesto, me pongo cada vez más nervioso.

Ya estamos en la cuarta ronda de un total de siete, y empiezo a pensar que viajar a Detroit ha sido una pérdida de tiempo.

— Los seleccionados en el Draft de 2024 por los Indianapolis Knights son Matthew Bennet Harris, *wide receiver*, y Dylan Alvarez Rodríguez, *wide* receiver, de la Universidad de Georgetown.

—¡Sí! —celebro, sin poder permanecer sentado.

Matt y Dylan se levantan y, caramba, es imposible no emocionarse al ver a estos chicos siendo elegidos por los Knights.

— ¡Felicidades, M! — Le doy un fuerte abrazo—. Éxito, hermano.

—Gracias, J, espero que te quedes en la misma conferencia que nosotros, así tendré la oportunidad de patearte el trasero en *los playoffs*.

—¡Sería un gran problema! ¡Vamos, tío!

Dylan está abrazando a Will y yo espero mi oportunidad, mientras tanto, Matt sigue siendo ovacionado y camina hacia el escenario.

— ¡D, tío! —le digo, y él me abraza, conteniendo a duras penas las lágrimas—. ¡Te lo mereces! ¡Sois los mejores!

— Joder, J. ¡No me lo puedo creer!

—Créelo. —Le revuelvo el pelo y él sonríe—. Ve.

A mi lado, Megan se seca las lágrimas disimuladamente.

Es mucha emoción.

Volvemos a sentarnos y el espectáculo continúa.

Los siguientes equipos en elegir son grandes nombres del campeonato nacional, aquellos de los que ni en mis sueños más ambiciosos imaginé formar parte.

En cualquiera de ellos, sería un orgullo vestir la camiseta, aunque, por supuesto, tengo mi favorito.

— Quinta ronda, los seleccionados en el Draft de 2024 por los Cincinnati Rebels...

Otro equipo que elige a más de un jugador.

Los Rebels viven en mi corazón y en el campeonato de 2017 fueron subcampeones en la LX Super Bowl.

Contengo la respiración y agarro con fuerza la mano de Megan.

— Son William Phillip Cooper, *receptor abierto*, y Joshua William Miller, *quarterback*, de la Universidad de Georgetown.

¿Qué?

— Oh, Dios mío — grita Megan a mi lado, y cuando miro el rostro de mi chica, las lágrimas caen a raudales.

— ¿He oído bien?

— ¡Lo has oído! —Sus brazos me envuelven con fuerza y yo la giro, sin poder creerlo.

Me han elegido.

Lo he sido.

El entrenador Adams también está llorando y me abraza.

— ¡Felicidades, chico! ¡Lo sabía!

Mi madre y mi hermano pequeño están saltando, aplaudiendo, e incluso Jack está emocionado.

Siento que voy a explotar de felicidad.

Gracias, Dios.

Lo conseguí, papá... lo conseguí.

Me seco una lágrima que me resbala por la mejilla, ignorando los flashes y todas las cámaras que nos apuntan.

—Lo hemos conseguido, J. —Will choca su puño contra el mío y luego me abraza.

— Yo... — Joder, si consigo decir algo.

April me abraza y también tiene los ojos llorosos, como si hubiera estado llorando.

Respira.

No hay nadie que no esté emocionado.

Nunca me había sentido tan querido.

— ¡Felicidades, cariño! — La vocecita de Will no deja de aplaudir.

Todos en el salón están aplaudiendo.

Miro a Megan, desconcertado.

— ¡Vamos, Jugador! Tu equipo te está esperando. — Roza sus labios con los míos y yo asiento con la cabeza.

Junto con Will, camino hacia el escenario.

Toda la atención está puesta en nosotros.

Nuestras fotos aparecen en la pantalla gigante, junto con nuestras estadísticas.

¡Esto es real!

Nos dan una gorra de los Rebels y caminamos uno al lado del otro por un largo pasillo, en cuyas paredes cuelgan los escudos de todos los equipos de la NFL.

— Ahora es el momento, J —susurra Will cuando nos acercamos al final.

Afuera, miles de personas están emocionadas, viendo la transmisión del draft.

Joder.

Creo que nunca había visto a tanta gente reunida.

Un empleado nos recibe.

— Subirán al escenario uno por uno.

—Vale —respondo automáticamente.

«Chicos, con ustedes, Joshua Miller», anuncia el representante de los Cincinnati Rebels, y esa es mi señal.

Will empieza a aplaudir y yo me dirijo hacia el enorme escenario exterior.

En el centro, un representante del equipo me espera con una camiseta de los Rebels en la mano, y en la pantalla gigante a sus espaldas aparece una foto mía con las estadísticas de la liga universitaria.

Joder.

Está sucediendo.

—Bienvenido a la NFL, Miller. —Me tiende la mano para saludarme y luego me abraza.

A nuestro alrededor, solo gritos y aplausos.

Es difícil contener la emoción.

Me entrega la camiseta negra, con llamas rojas en la zona de los hombros, preciosa, y casi se me saltan las lágrimas cuando veo el número en el pecho, es mi número, el 52, el que me ha traído hasta aquí y que, si depende de mí, me acompañará hasta que me retire, dentro de muchos, muchos años.

«¡Muchas gracias!», le doy las gracias y poso para las fotos, sosteniendo el uniforme abierto para que los periodistas puedan tomarnos una foto.

En este momento, sé que nada volverá a ser como antes.

Mi sueño ya no es un pensamiento lejano, es realidad.

¡Lo conseguí!

Espero que estés orgulloso, papá... desde donde estés, porque sí, soy un jugador profesional y estoy más que listo para

comenzar mi aventura aquí.



Como imaginaba, mi vida cambió de la noche a la mañana.

Poco después del draft, y sobre todo debido al cambio de fecha, ya nos convocaron para el campamento de entrenamiento.

Fueron diez días de entrenamientos abiertos y la oportunidad de que Will y yo fuéramos acogidos por los veteranos y el cuerpo técnico.

Para nosotros, recién salidos de la universidad, fue un cambio drástico.

Entrenamientos abiertos, participación de la comunidad, aficionados y prensa... Casi no me lo podía creer cuando un chico poco mayor que mi hermano vino a pedirme un autógrafo.

Hay momentos en los que parece que estoy soñando.

La pretemporada comenzó en agosto con un partido por semana, fue nuestra oportunidad de demostrar lo que valemos, ya que los titulares fueron reservados para evitar el riesgo de lesiones.

Los Rebels salieron victoriosos y tanto Will como yo tuvimos la oportunidad de jugar en el tercer y cuarto partido, lo cual fue una emoción increíble. Para mejorar aún más las cosas, Nueva York pudo venir a ver uno de los partidos. Ella y April, su fiel escudera, lograron salir de Georgetown y llegar aquí a tiempo para el inicio del partido.

Desde octubre, vivo en Cincinnati.

La rutina de entrenamientos y partidos es intensa, y no me funcionaba desplazarme todos los días desde Kentucky hasta aquí.

Soy el suplente, tengo mucho que trabajar, pero estoy motivado para dar lo mejor de mí y estar listo para cuando el equipo me necesite.

Cambiar nunca es fácil...

Llegar a un grupo ya formado siempre es difícil, pero nos recibieron muy bien y tener a Will conmigo fue una gran suerte. Puede que seamos los novatos, pero nos tenemos el uno al otro.

A pesar del cambio, sigo viajando varias veces a Georgetown.

No podría ser de otra manera.

Mi chica y mi familia están allí.

Afortunadamente, está a poco más de cien kilómetros de distancia, lo que facilita las cosas, ya que en una hora y media estoy en la ciudad.

Will sigue viviendo allí y se está esforzando con esta rutina, todo para no dejar sola a April, pero tenemos planes y, si Dios quiere, todo se arreglará en los próximos meses.

Con mi primer sueldo, conseguí sacar a mi madre de la casita.

Fue una de mis mayores alegrías.

Ella insistió en quedarse en la ciudad. Le gusta estar allí, tiene su trabajo, tiene la escuela del FT, pero ahora están instalados en una casa más grande, en un condominio cerrado, en una buena zona de la ciudad.

Megan y yo estamos juntos, de eso no hay duda.

Ya no... y por eso le he preparado una sorpresa.

Ella no tiene ni idea, lo que lo hace aún mejor.

«¿Adónde me llevas?», pregunta, mirando con curiosidad por la ventana.

— Pronto lo sabrás, Nueva York.

Ella sonríe a mi lado y, como siempre, todo se agita dentro de mí.

— Estás muy lleno de secretitos, Jugador.

— Esa es la idea de la sorpresa —bromeo—. ¿Cómo van las cosas en el campus? —pregunto, aprovechando para ponerme al día de las novedades mientras conduzco por las calles de Cincinnati.

— No es lo mismo sin ti, pero he sobrevivido —pestañea.

— ¿Ya has superado mi ausencia?

— Nunca, pero es el sacrificio de tener un novio que juega en la liga nacional. Al menos tengo la ventaja de poder verte por televisión —dice guiñando un ojo.

—Prefiero tus visitas. —Pongo mi mano sobre su pierna.

— Yo también, pero no siempre es posible, ¿verdad?

Si mi plan funciona, *eso va a cambiar*.



[…] Tengo todo lo que necesito cuando te tengo a ti y a mí
Tengo todo lo que necesito cuando estás conmigo
Miro a mi alrededor y veo una vida dulce
Miro a mi alrededor y veo una vida buena
Estoy atrapada en la oscuridad, pero tú eres mi linterna
Estoy atrapada en la oscuridad, pero tú eres mi linterna
Me estás ayudando, me estás ayudando a pasar la noche […]
Me guías, me guías a través de la noche.

Flashlight – Jessie J.

Octubre/2024.

Hace cinco meses que tomé mi mejor decisión.
Cuando decidí no tener miedo *a lo nuevo*.

Cuando acepté que el Jugador había conquistado mi corazón.

Y no me fui.

Me quedé, sonreí cada día, con cada descubrimiento, y desde entonces he sido feliz como nunca lo había sido.

Han pasado muchas cosas desde mayo.

Los Guerreros fueron campeones de la conferencia universitaria, los chicos fueron seleccionados en el draft.

Sí, ahora son jugadores profesionales de la NFL.

Es tanto orgullo que no me cabe en el pecho.

No están todos en el mismo equipo, sería pedirle demasiado al universo, pero juegan en la misma conferencia y están a pocas horas de distancia, lo que significa que el desorden, o las fiestas, como Matt prefiere llamarlas, siguen estando garantizadas, siempre que se planifiquen con antelación.

Josh se mudó, ha estado entrenando mucho, pero nunca lo vi más feliz.

Y eso me hace muy feliz.

Nos hemos visto todas las semanas, excepto las primeras de julio, cuando tuvo el campamento de entrenamiento.

No voy a mentir, claro que antes era más fácil verlo, estaba a pocos minutos de distancia de la fraternidad, pero ese es el tipo de problema bueno, como suele bromear mi padre.

La temporada regular ya ha comenzado y durará hasta diciembre, lo que significa partidos semanales y mucho ajetreo. Cualquier tiempo libre que nos queda, lo pasamos juntos y aprovechamos cada segundo, créeme.

Cuando recibí su llamada anoche, avisándome de que tendrían una semana de vacaciones antes de volver a los partidos, no me lo podía creer.

¿Qué pensé? ¡*Vamos a* aprovecharlo!

Por suerte, mi último examen fue anteayer y tengo todos los trabajos al día, lo que significa que unos días libres son más que merecidos.

— ¿Seguro que no quieres que te lleve, cariño?

— Solo hasta la estación de autobuses está bien, papá. Josh vendrá a recogerme.

— ¿Seguro?

— Absolutamente, entrenador.

Aparca el coche y me mira de forma extraña.

— Solo son cinco días, papá, pronto volveré. Ha sido difícil estar juntos con la temporada en pleno apogeo.

— Lo sé, diviértete y dale recuerdos a Josh, dile que no podría estar más feliz.

—Se lo diré.

Mi padre está como un padre orgulloso, muy orgulloso de que sus pupilos hayan sido seleccionados y hasta ha recibido otras ofertas de trabajo, pero ha decidido quedarse aquí. Dice que le debe mucho a la universidad y que le gusta la región, pero creo que puede tener algo que ver la nueva fisioterapeuta del equipo.

Él cree que me engaña, pero he notado que va al trabajo más animado y perfumado. Solo quiero que sea feliz y sé que mi madre también lo desearía.

—¡Gracias por traerme! —le doy las gracias, cogiendo mi maleta con ruedas—. Ah, casi se me olvida —empiezo, y consigo su atención—. Aprovecha que no hay partidos y descansa también, ¿quién sabe, quizá puedas llamar a Anne para ir al cine? —Parpadeo y él abre mucho los ojos.

— Megan...

— Solo es una sugerencia —me encojo de hombros—. Parece simpática.

— Ella es... gracias, Meg Muffin, esperaré noticias.

Me despido, sin entender muy bien la última parte.

¿Qué noticias? ¿Querrá saber cuándo llegué?

Siempre hago eso, en fin...

El viaje en autobús dura poco más de una hora y me paso todo el rato charlando con April, con el resultado de que no veo pasar el tiempo.

—¿Adónde me llevas? —pregunto, extrañada de que no nos dirijamos al pequeño apartamento que ha alquilado en la ciudad.

Es un estudio amplio, cerca del centro de entrenamiento de los Rebels, y me encanta quedarme allí con él, viendo películas, haciendo el amor...

— Pronto lo sabrás, Nueva York.

Sonrío al oír mi apodo.

Me gusta pensar que eso no pasa de moda.

Siempre seré Nueva York y él, mi Jugador, y eso es bueno, por muy loco que parezca.

— Estás lleno de secretitos, Jugador —le provoqué y nos quedamos hablando de las últimas novedades en Georgetown, aunque no hay muchas ahora que los *Guerreros Calientes* se hayan graduado.

—Hemos llegado —anuncia, entrando con el coche en el sótano de un edificio muy elegante.

—¿Qué lugar es este?

— Uno de los chicos del equipo me habló de este complejo —explica, deteniéndose junto a un ascensor.

Da la vuelta al coche y me ayuda a bajar.

— Todavía no entiendo nada.

— Ya lo harás. — Entrelaza sus dedos con los míos y utiliza una tarjeta y una contraseña para garantizar nuestro acceso.

— ¿Estás pensando en alquilar algo aquí? —pregunto, sin disimular mi sorpresa.

Las puertas del ascensor se abren y salimos en la planta diecisiete.

El lugar es enorme y está completamente vacío.

Está en obras, pero aun así se puede apreciar su potencial.

En lo que imagino que será el salón, el vidrio va del suelo al techo.

Es absolutamente increíble.

— ¡La vista es preciosa! — exclamo, acercándome al cristal, que permite una vista privilegiada de uno de los parques de la zona.

— ¿Qué te parece?

— Estoy sin palabras, es enorme, precioso...

— Estoy pensando en invertir aquí, se entregará dentro de unos meses.

— Eso es... ¡guau! Me alegro mucho por ti.

— Yo... —comienza, mirándome de una manera extraña que, por un segundo, pensé que me iba a pedir que viviera con él y ya

estaba enloqueciendo, en el buen sentido—. Quiero mostrarte el resto antes de continuar con nuestro paseo.

Exhalo el aire que estaba conteniendo y, por increíble que parezca, la idea de vivir con Josh, de mudarme a Cincinnati, no me asusta.

Ya no...

—¿Qué paseo? —pregunto, siguiéndolo y enamorándome de cada detalle del apartamento.

Solo puedo imaginarlo terminado, con suelo, muebles...

Quince minutos después, salimos del edificio, pero en lugar de dirigirnos hacia el centro, tomamos la dirección contraria.

— ¿Adónde vamos?

— ¡Pronto lo descubrirás!

— No es justo, Josh. Sabes que soy impaciente.

Él se ríe con gusto.

— Esto tendrá consecuencias. — Entrecerré los ojos, tratando de ponerme seria, pero no lo conseguí. — ¿Ni una pista? Si es algo elegante, no voy vestida adecuad mente —dije, mirando mis vaqueros, botas y ropa de abrigo.

— Necesitarás más ropa.

— ¿Cómo? —Abro mucho los ojos.

Él sonríe y, justo después, veo una señal que indica el aeropuerto.

—¿Adónde vamos? —Casi me asusto, pero él sigue en silencio.

Mis sospechas se confirman cuando aparca el coche en el Aeropuerto Internacional de Cincinnati.

— Josh...

— Megan... —Se desabrocha el cinturón y se vuelve hacia mí —. ¿Qué te parece pasar unos días en YellowKnife conmigo?

— ¿Qué? ¿Yellowknife, en Canadá? —digo, sin creer lo que acabo de oír.

—Alguien me dijo que es uno de los mejores lugares para ver la aurora boreal —comenta, como si no estuviera hablando de mi viaje soñado, al que planeaba ir con mi madre.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos.

—Yo...

— Hace un frío de cojones allí —hace una mueca—, pero April y su padre me han ayudado a prepararte una maleta adecuada, la tengo en el maletero.

— ¡No!

— ¡Sí! Solo falta que digas que sí. Nuestro vuelo sale en dos horas.

— ¿Hablas en serio?

— ¡Por supuesto!

Me desabrocho el cinturón con las manos temblorosas y salto a su regazo, sin ocultar mi emoción.

— ¿Eso es un sí, Nueva York? — Me sujeta la cara con las manos y yo asiento con la cabeza, incapaz de decir nada sin empezar a llorar.

— Gracias —susurro, con la voz entrecortada.

— Todo para hacerte sonreír. — Sus labios se posan sobre los míos, suaves, comedidos, pero yo lo necesito tanto que hundo mis manos en su cabello, atrayéndolo hacia mí, rozando su cuerpo.

Josh se aleja y los dos estamos jadeando.

—Por mucho que me encante tenerte así, en mi regazo, rozándome, creo que no es buena idea que nos arresten por atentado contra el pudor si queremos viajar.

—Maldición—, murmuro.

—Guárdate eso para cuando estemos solos tú y yo, en una cabaña de madera, perdidos en medio de la nieve.

— Dios mío, no puedo creer que vayamos a hacer eso.

— Mira, ¿hay mayor prueba de amor que esta? Podríamos estar yendo a México y no tener mis pelotas congeladas a 15 grados bajo cero.

— Va a ser divertido. Yo te calentaré. — Pisco.

— ¡Cuento con ello!



Después de varias horas de vuelo y cambios de avión, finalmente llegamos a YellowKnife, una de las comunidades más

grandes del noroeste de Canadá, a poco más de cuatrocientos kilómetros del círculo polar ártico.

Sí, ¡hace mucho frío!

Nuestra cabaña es preciosa.

Toda de madera, súper acogedora, con una enorme chimenea funcionando a toda máquina, manteniendo el interior súper calentito y, a nuestro alrededor, absolutamente nada.

Bueno, excepto las otras cabañas.

Hay gente de los lugares más diversos del mundo.

Todos están aquí en busca de la tan esperada aurora boreal.

Nuestro guía, cuyo nombre no sé pronunciar, dijo que hay muchas posibilidades de que tengamos suerte en nuestra primera noche, ya que hay pocas nubes en el cielo.

— ¿Preparada, preciosa? —me pregunta Josh.

—¡Muchísimo! —exclamo, conteniendo a duras penas la ansiedad.

— Afuera debe hacer mucho frío.

— ¡Ya preparé nuestra botella térmica llena de chocolate caliente! —Señalo la botella, donde el líquido hirviendo nos ayudará a mantenernos calientes afuera.

Josh y yo parecemos esquimales con tantos abrigos que llevamos puestos, pero no podría estar más feliz.

Son casi las once de la noche cuando salimos de la cabaña y nos reunimos con otras personas alrededor de una gran hoguera, en el centro del campamento.

El guía comienza explicando a todos qué es la aurora boreal, que no es más que la interacción de partículas energizadas por el sol con los gases presentes en la atmósfera terrestre. Estas partículas, también llamadas plasma, son atraídas por el campo magnético de los polos y reaccionan con los gases. El resultado es un cielo colorido, siendo el color más común un misterioso brillo verde.

—Antes de que mi madre fuera ingresada por última vez —comienzo, acurrucándome en su abrazo—, vio un programa en National Geographic y quedó fascinada con la idea de ver esos colores en vivo. Recuerdo que le dije: «Mamá, es casi en el Polo Norte». —Hago una mueca, recordando nuestra conversación. —Y

ella me dijo que algunas cosas merecen el sacrificio, y que ver el cielo así sería una de ellas—. Siento un nudo en la garganta y me detengo, tratando de calmar mi corazón.

Josh me abraza, pero no dice nada.

Llevamos una hora aquí fuera y nada.

Estoy a punto de desanimarme, pensando que el guía se ha equivocado, cuando lo veo.

— Oh, Dios mío.

Todos se ponen de pie y comienzan a señalar la inmensidad azul, ahora teñida de verde.

—Josh —grito, y él sonríe y me abraza por detrás. Apoyo la cabeza en su pecho y, llorando, admiro sin palabras cómo el verde tiñe el cielo.

Es como si fuera un lienzo gigante y Dios hubiera cogido un pincel y hubiera empezado a pintar al azar, creando matices verdes.

—Ojalá ella estuviera aquí —susurro, sintiendo un nudo en el corazón.

—Estoy seguro de que, de alguna manera, lo está —me susurra al oído.

Josh tiene razón.

Ella dijo que siempre estaría, vive en mí.

«Porque lo que tenemos trasciende esta existencia finita...», recito un fragmento de su carta y eso me reconforta el corazón.

Me giro hacia Josh y encuentro sus ojos marrones.

Me mira con tanta intensidad que, de repente, siento que mi pecho va a explotar.

— ¡Te quiero, Josh! Gracias por esto. — Giro trescientos sesenta grados, con los brazos abiertos, mirando al cielo. — Por permitirme cumplir mi promesa. — Una lágrima obstinada resbala por mi mejilla. — Hice bien en no viajar sola porque tú eres mi mejor compañía.

— ¿Te acuerdas del apartamento que visitamos ayer? —Josh empieza a hablar y no entiendo el repentino cambio de tema, pero asiento con la cabeza—. Me gustaría que me ayudaras a darle un aspecto acogedor, *como el de nuestro hogar* —enfatiza las últimas palabras, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Qué has dicho? —pregunto, temiendo no haberlo entendido bien.

No lo repite.

Me mira en silencio durante unos segundos y luego, para mi total sorpresa, se arrodilla y saca de su bolsillo un precioso anillo de diamantes.

¡Dios mío!

Esto es un sueño.

— Desde que te vi en aquella biblioteca —su voz se quiebra y yo me muerdo los labios, nerviosa—, nada ha vuelto a ser lo mismo. Llegaste y le diste un vuelco a mi vida. Me conquistaste con tu sonrisa, tus increíbles ojos azules, tu boca inteligente, creíste en mí cuando muchos no lo hacían, cuanto más intentaba resistirme, más me veía atrapado en tus encantos. Tengo la bendición de tu padre...

Cierro los ojos y recuerdo que me dijo que le dijera a Josh: *«Dile que no podría estar más feliz*».

Ay, papá...

— Y me gusta pensar que tu madre también está aquí, cuidándonos. — Él mira al cielo y las lágrimas corren por mi rostro, pero son de pura felicidad. — ¿Quieres casarte conmigo, Megan Elisabeth Collins Adams? Prometo amarte todos los días de nuestras vidas, prometo intentar hacerte sonreír siempre, porque no hay nada más hermoso en el mundo que tu sonrisa. ¡Te amo, Nueva York! Sé que somos jóvenes y tenemos toda la vida por delante, ven conmigo en esta aventura, acepta el reto de construir una familia, una vida juntos, no siempre será fácil, pero juntos sé que podremos superar todo, porque lo más importante lo tendremos el uno al otro y nuestro amor.

Josh está llorando y yo también.

A nuestro alrededor, todos nos miran expectantes.

—*Hasta que termine el* semestre—murmuro y él abre mucho los ojos, confundido. —¡Es bueno que la obra del apartamento esté terminada, porque no hay otra respuesta a tu pregunta que no sea un enorme SÍ!—digo, y más lágrimas corren por mi rostro—. Te acepto, Josh, mi amor, mi Jugador, mi mejor motivo para sonreír. Un sollozo sacude mi cuerpo. Si hoy ya no tengo miedo a lo nuevo y a

todo lo que tenemos por delante, tú y tu amor sois los responsables, digo que sí a mudarme a Cincinnati, a donde tú estés, a donde la vida nos lleve. Estoy lista para empezar una nueva aventura contigo, sin miedo, solo disfrutando cada día, solo siendo feliz.

Me quito el guante y Josh desliza el anillo por mi dedo.

— Lástima que hace frío, podría pasar horas mirando esta preciosidad —bromeo y él sonríe.

—Ven aquí, futura señora Miller. —Me atrae hacia él y pega sus labios a los míos, a nuestro alrededor, una salva de aplausos, pero solo puedo mirar a mi futuro marido.

Dios, me encanta cómo suena eso.

«Creo que ya hemos visto suficiente cielo por hoy», me susurra al oído, «¿qué tal si nos vamos a nuestra tienda?».

— ¿Y ver las estrellas? —completo la frase, arqueando una ceja, y él se echa a reír.

—Sí, esa es una forma sutil de decir lo que tenía en mente.

—Eres muy travieso, Jugador—zoo, conteniendo a duras penas las ganas de reír.

—Y loco, no te olvides de esta parte —bromea, cogiendo mi mano mientras caminamos hacia nuestro rincón.

—Completamente loco —recalco, con las mejillas doloridas de tanto reír.

— ¡Por ti, solo por ti!

Antes de entrar, echo un último vistazo al cielo verdoso. Este paisaje, este momento, quedarán grabados para siempre en mi memoria.

Sí, mamá, tenías razón.

¡Es realmente hermoso!

Sé que estás ahí, cuidándome, simplemente lo sé...

Quédate tranquila.

Ya no tengo miedo.

¡Soy feliz!

He encontrado mi felicidad...

FIN.

Espero que te hayas divertido y que al final te hayas quedado con el corazón calentito con Megan y Josh.
Los Guerreros Calientes no han terminado.
El libro 2 con la historia de April y Will próximamente en Amazon.



¡Eso es todo!

Otro libro más...

Y pronto el primero de una nueva serie... confieso que da un poco de miedo, pero cuando empecé a escribir esta historia supe que no podía parar solo con *Josh y Megan*... Tenéis que conocer la historia de Will, Matt y Dylan... así que eso es todo, ¡que me las apañe!

Pero vamos allá, porque hay mucho que agradecer.

Sé que me repito, pero hay cosas que no cambian...

Tengo que dar gracias a Dios, siempre, por mostrarme este camino...

Por permitirme redescubrirme... y por darme el valor para cambiar de carrera.

¡No tener miedo!

Gracias a mi marido por apoyarme, ¡SIEMPRE! Eres mi mayor apoyo, desde el principio. (Incluso cuando discutes conmigo porque tengo que desconectar un poco y dejar de hablar de libros y personajes).

Gracias a mis betas: ***Bru y Lu (la pareja más equilibrada que he encontrado, la serenidad y los arrebatos♥)***. Gracias

por el tiempo, las lágrimas (para quienes lloran), los arrebatos y las sugerencias. ¡Me habéis dado la confianza de que la historia iba por buen camino!

Gracias, Bah, mi revisora, siempre arrasando y dejando el texto aún mejor. 😊

Gracias a mi «jefa» ***Ariel @leiturasdaariel***, la que me está encima casi todo el día, exigiéndome, motivándome, animándome y, de paso, enseñándome algunos trucos, además de ocuparse de todos los detalles entre bastidores de un lanzamiento. ¡Te quiero, Ariel!

¡Mis ***maravillosas compañeras*** que aceptaron este reto conmigo! Gracias por inscribiros, por ayudarme a difundir la historia de Josh y Megan. ¡No dejáis de sorprenderme!

Gracias a mis *Ceciletes*, espero que se hayan divertido♥ . ¡Son fantásticas! Gracias por su apoyo diario... ¡Las quiero!

Gracias a ***mis lectores.*** Espero de verdad que os haya gustado esta historia, pero si no ha sido así, *no pasa nada*... quizá la próxima os conquiste. ¡Pero no me abandonéis! Jajaja. Gracias por todo el cariño que me mostráis a mí y a mis libros. Vosotros sois los que me motiváis a traer más y más historias.

¡Gracias a TI, que estás leyendo! Sí, tú. Espero que hayas disfrutado de la historia y tengas curiosidad por lo que viene... Jeje.

Recuerda que me encanta recibir mensajes directos, no seas tímido, ven a charlar conmigo.

Si este es tu primer contacto con mis libros, ten en cuenta que hay más chicos guapos que conocer... (mira las próximas páginas y elige tu próxima lectura).

¡Os quiero a todos!

P. D.: Deja tu valoración y tu comentario, es importante para mi evolución y para que la historia llegue a otros lectores.

¡Un beso enorme y hasta la próxima!

Cecília Turner .



SOBRE LA AUTORA

Cecília Turner es el seudónimo de una abogada de São Paulo.

Lectora voraz desde la adolescencia, solía ir a casa de sus tías a buscar libros y más libros para devorar después de hacer los deberes.

Hoy, casada y con dos hijas, sigue devorando un libro tras otro.

El deseo de escribir surgió hace unos años.

Después de casi cuatro años, compaginando su carrera, la crianza de sus hijas, su marido, sus estudios de posgrado y las innumerables series que le encanta ver, terminó su primera novela, «Viciada em Você» (Adicta a ti), en 2021, y desde entonces no ha parado.

Le gusta crear historias que calientan el corazón y garantizan unas buenas risas.



Instagram: **@ceciliaturner_autora**
@ceciliaturner_author

Facebook: **@CeciliaTurner.autora**
https://www.facebook.com/CeciliaTurner.autora

TikTok: **autora_ceciliaturner**
https://www.tiktok.com/@autora_ceciliaturner?lang=pt-BR

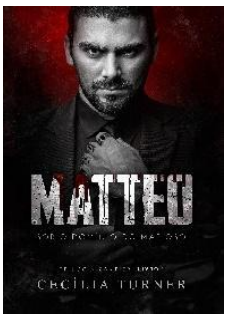
Twitter:
https://twitter.com/Ceci_Turner

Sitio web: **www.ceciliaturner.com.br**

AUTORA
Cecilia Turner



OTRAS OBRAS



"Sus enemigos no tendrán piedad de ustedes ni de sus mujeres, de sus hijos. Tienen que ser fuertes, protegerse a sí mismos y a la familia. Cuidar unos de otros". Giuseppe Zampieri.

Matteo Zampieri es el *Don* de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa del centro de Italia; ellos dominan la Toscana, tienen aliados poderosos y enemigos más que dispuestos a sacarlos del camino.

Es un hombre inteligente, metódico e implacable, criado para ser el líder de la organización. Aprendió desde pequeño que el enemigo siempre acecha y que no hay margen para la debilidad.

Desde que asumió el cargo de su padre, ha estado bajo presión para casarse y tener un heredero, además de tener que lidiar con algunos jefes que creen que sus planes de diversificar su negocio son un error.

Puede manejar esto último, pero cuando se trata de lo primero, sabe que sus días de soltero han terminado.

Todo tiene un precio.

Una reunión de negocios, una emboscada, lo pondrá cara a cara con una brasileña que habla media docena de palabras en italiano.

Ella lo salvó.

Ella simplemente no contaba con que esto la pondría directamente bajo su control.

Giulia Tomazini ha perdido a todos sus seres queridos en los últimos años.

A excepción de su mejor amiga, ella está sola.

Decide seguir con sus orígenes italianos y, como beneficio adicional, obtener su ciudadanía.

Era un viejo sueño de ella y de su madre.

Uno que fue interrumpido.

No más…

Parte hacia Italia con dos objetivos: convertirse en italiana y descubrir más sobre su familia.

Ella no fue criada en la mafia.

Todo lo que sabes es lo que has leído en novelas románticas o películas de acción, pero eso está a punto de cambiar.

Dos desconocidos.

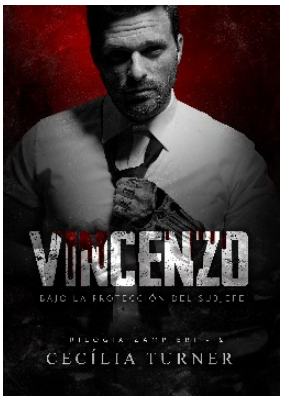
Caminos que se cruzan.

Ella lo salvó.

Él la cuidará, la protegerá, incluso contra su voluntad.

Ella es familia.

Y honra a la familia.



"La inteligencia es el único arma que siempre estará contigo. Afínala". Giuseppe Zampieri.

Vincenzo Zampieri es el subjefe de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa de la región central de Italia. Es observador, experto en informática y especialista en tortura. A los diez años mató a su primer hombre y no sintió absolutamente nada, salvo el placer de ver cómo los ojos de aquel hijo de puta se volvían opacos, sin vida. Odia tanto a las mentiras como a los traidores; por eso se dedica a aprender nuevas formas de obtener respuestas. Vive para la *famiglia* y su único objetivo es honrarla. Si hay algo que ya aprendió, es que el dolor trae la verdad.

Isabella Venturini es analista de sistemas en horario de oficina y, por las noches, una hacker de sombrero blanco. A los dieciséis años perdió a todos los que amaba… todos, excepto a su mejor amiga, Giulia Zampieri, la hermana que la vida le regaló. Podría haberse ahogado en el luto y la tristeza, pero eligió concentrarse en los estudios y en el trabajo, intentando ser feliz a su manera. Ella era lo que sus padres habrían querido.

La realidad no podría ser más distinta. Día tras día, vive para trabajar y mantener a su madrina y a sus dos primos.

Un viaje a Italia…

Una mirada compartida con Vincenzo Zampieri lo cambiaría TODO.

Por primera vez en años, se sintió viva, en casa… feliz. Pero todo lo bueno termina. De regreso en Brasil, lo único que desea es olvidarlo, volver a su rutina y seguir adelante. Sin embargo, cuando el peligro acecha… el subjefe de la Sacra no dudará en ponerla bajo su protección, para bien o para mal.

Él es inteligente.
Ella también.
Él ama matar.
Ella no lastimaría ni a una mosca.
Él es conocido por sus enemigos como el mismísimo Diablo.
Ella está lista para arder en el infierno con él.



NUEVO ADULTO + De amigos a amantes + Haras

Ana Clara Telles *tiene 19 años y acaba de terminar la secundaria.*

Su padre quiere que estudie derecho, pero ella odia la idea con todas sus fuerzas.

Negocia seis meses de descanso...

Destino: la granja de su abuelo, un haras en el interior de São Paulo.

Siempre ha sido su lugar favorito.

Fue allí donde conoció a su mejor amigo... Joaquim.

En realidad, su EX MEJOR AMIGO...

Él dijo «amigos para siempre», ¡pero mintió!

.

Joaquim Alberto Lopes Saraiva *tiene 23 años.*

No tuvo una infancia fácil.

Su vida dio un vuelco de la noche a la mañana.

Encontró en la granja un nuevo hogar, una nueva familia y a su mejor amiga...

Al menos eso creía, pero ella se marchó y él se quedó SOLO, otra vez.

.

Después de seis años, ella va a volver al lugar del que nunca quiso marcharse.

Va en busca de respuestas, de encontrar su camino.

Ya no es una niña...

Pero mentiría si dijera que tu corazón no se acelera solo con la idea de volver a verte.

¿Puede una amistad permanecer después de una larga distancia?

Su corazón de niña siempre fue de él, pero eso es pasado o debería serlo...

Se trata de la amistad...

Se trata del reencuentro...

Se trata de descubrimientos y elecciones.

Se trata de no estar más solo.

Se trata del AMOR...

---

[1] La National Football League es la liga deportiva profesional de fútbol americano de los Estados Unidos.

[2] Frase de Antonio Gomes Lacerda

[3] Son las áreas situadas en los extremos del campo, con unas dimensiones de 10 yardas por 53,5 yardas, normalmente pintadas con los colores del equipo local, y donde se encuentran los postes en forma de «Y».

[4] Película protagonizada por Keanu Reeves y Rachel Weisz, en la que él intenta asegurarse un lugar en el paraíso enviando demonios de vuelta al infierno, pero su destino está ligado al de Angela, una policía que investiga el supuesto suicidio de su hermana gemela.

[5] El Negroni es uno de los cócteles más emblemáticos del mundo, conocido por su color rojo rubí y su sabor amargo. Se elabora a partir de una combinación de ginebra, vermut y aperitivo Bitter, y suele decorarse con una rodaja de naranja.

[6] Películas de éxito en las que el protagonista es el actor Keanu Reeves.